

Los comunes

Procesos de reapropiación *versus* nuevos cercamientos

Monthly Review. Selecciones en castellano

3ª época, nº 2, julio de 2016

Edición *online*



Licencia Creative Commons, Reconocimiento, No Comercial y Compartir Igual

La reproducción parcial o total de esta obra está permitida si y solo si se reconocen y se citan expresamente la autoría y la fuente; la explotación de la obra por terceras partes está limitada a usos no comerciales y a que los nuevos contenidos creados se divulguen bajo la misma licencia que los originales.

ISSN 2462-3121

<https://www.monthlyreview.es>

Editado en Barcelona (España), julio de 2016

Editores: Sandra Ezquerro, Víctor Ginesta y Joan Quesada

Diseño de portada: Laia Arqueros

Ilustración de portada: Mar Estrama

Índice

La resistencia al orden imperial y la construcción de un futuro alternativo en la medicina y la sanidad públicas <i>Rebeca Jasso-Aguilar y Howard Waitzkin</i>	5
<i>Sic vos non vobis</i> (así vosotros, no para vosotros mismos...) La contienda por el agua pública en Italia <i>Andreas Bieler</i>	27
Cooperativas, ¿en la senda hacia el socialismo? <i>Peter Marcuse</i>	53
Crisis, recuperación y economía de transición. La lucha por la propiedad cooperativa en Greensboro, Carolina del Norte <i>Michael Joseph Roberto</i>	67
Bangladesh, un modelo de neoliberalismo. El caso de las microfinanzas y las ONG <i>Anu Mubammad</i>	87
El complejo corporativo-no-lucrativo. Un componente integral y fuerza motriz del imperialismo en la fase financiero-monopolista del capitalismo <i>Efe Can Gürcan</i>	107
Apropiaciones de tierras en el siglo XXI. Acumulación por desposesión agraria <i>Fred Magdoff</i>	135

La economía política de la descolectivización en China <i>Zhun Xu</i>	163
Los orígenes agrarios del capitalismo <i>Ellen Meiksins Wood</i>	195
De la oportunidad al imperativo. La historia del mercado <i>Ellen Meiksins Wood</i>	221

La resistencia al orden imperial y la construcción de un futuro alternativo en la medicina y la sanidad públicas

Rebeca Jasso-Aguilar y Howard Waitzkin

Aunque la salud pública y la medicina han tenido un notable papel en el desarrollo y el mantenimiento del sistema capitalista mundial, las circunstancias han cambiado tanto a lo largo del siglo XXI que ahora es posible vislumbrar un futuro sin la existencia de un orden imperial.¹ En todo el mundo, las múltiples luchas contra la lógica del capital y la privatización dan fe del desafío que la movilización popular representa. Además de esas luchas, en diversos países existen grupos que han pasado a crear modelos alternativos de salud pública y servicios sanitarios. Se trata de intentos que, sobre todo en Latinoamérica, han ido más allá de los patrones que el capitalismo y el imperialismo han propiciado históricamente. (Hemos decidido no ocuparnos aquí del caso cubano, que es

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 67, n° 3, julio-agosto de 2015, pp. 130-143. Traducción de Joan Quesada. Rebeca Jasso-Aguilar es profesora de Sociología en la Universidad de Nuevo México. Howard Waitzkin es profesor emérito de Sociología en la Universidad de Nuevo México y profesor adjunto de Medicina Interna en la Universidad de Illinois. El presente artículo es el resultado de una colaboración que ha dado lugar a una tesis doctoral (Jasso-Aguilar, *How Common Citizens Transform Politics: The Cases of Mexico and Bolivia* [Cómo los ciudadanos comunes transforman la política: los casos de México y Bolivia] [Departamento de Sociología, Universidad de Nuevo México, 2012]) y a un reciente libro (Waitzkin, *Medicine and Public Health in the End of the Empire* [Medicina y salud pública en el final del imperio] [Paradigm, 2011]).

excepcional en muchos aspectos y sobre el cual existe ya una gran cantidad de trabajos.)² Las luchas que describiremos a continuación se encuentran aún en proceso dialéctico de transformación y han experimentado cambios hacia condiciones más propicias o de mayores dificultades. Aun así, todos los casos tienen en común la resistencia a la lógica del capital y el objetivo compartido de crear sistemas de salud pública basados en la solidaridad en lugar de en la rentabilidad.

Los protagonistas de las luchas en Latinoamérica han recibido el impacto directo del imperialismo político y económico impuesto por los Estados Unidos a lo largo de casi dos siglos. Las políticas para fortalecer el dominio estadounidense en todo el continente americano dieron comienzo formalmente con la doctrina Monroe, en 1823. A partir de ahí, las élites económicas y políticas logaron imponer un entorno neocolonial en el que las corporaciones multinacionales afincadas en los Estados Unidos extraían materias primas y abrían nuevos mercados para todo el hemisferio occidental. Durante los siglos XIX y XX, las fuerzas militares estadounidenses protegieron el cada vez más extenso imperio del país con toda una serie de invasiones y otros tipos de intervenciones.

Los países latinoamericanos alcanzaron la independencia política en distintos momentos de los últimos 200 años, pero la independencia económica se les ha mostrado más esquiva. Entre las décadas de 1940 y 1970, los países del subcontinente intentaron establecer una doctrina económica propia y seguir su propia vía económica. Durante ese periodo, la región experimentó con políticas que favorecían la intervención del Estado para fomentar la industrialización. Entre otras cosas, dichas políticas permitieron el desarrollo y la expansión de servicios públicos como la educación y la sanidad. Aunque poco hicieron por reducir la pobreza y la desigualdad, sí que pusieron de relieve el papel del Estado en la política económica del país y la responsabilidad de este en la provisión de una red de seguridad social.

En la década de 1980 se produjo un cambio ideológico, y América Latina se convirtió en un laboratorio para la experimentación con el tipo de políticas económicas de rigor presupuestario que darían en denominarse neoliberalismo. El neoliberalismo pretende reafirmar la superioridad del mercado sobre el Estado; su objetivo es reducir drásticamente el papel del Estado en la economía y fomentar la austeridad, la disciplina fiscal, la desregulación, la privatización y el desmantelamiento del Estado de bienestar.³ Las políticas neoliberales se impusieron por primera vez en Chile durante el periodo de gobierno militar, y más tarde fueron gobiernos electos los que las introdujeron en otros países latinoamericanos, a partir del caso de Bolivia en 1985. Estas políticas se empaquetaron en el denominado Consenso de Washington y se llevaron a la práctica bajo la atenta mirada del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Entre 1980 y 2010, las políticas de privatización, desregulación y liberalización dieron lugar a una transferencia masiva de recursos del sector público al sector privado, a la eliminación sistemática de la red de protección y a la intensificación de las desigualdades sociales y económicas existentes.

Dada su larga historia de confrontación con el imperialismo, América Latina se convirtió en terreno especialmente fértil para la resistencia al neoliberalismo. En consecuencia, los países latinoamericanos convertidos en ruinas económicas debido a la diligente aplicación de las políticas neoliberales han sido los que han liderado la lucha de los últimos quince años. Los movimientos sociales de la región han expulsado a gobiernos, se han apropiado de fábricas, han echado a grandes corporaciones, han buscado la autonomía y la autodeterminación, han librado batallas electorales y han compartido demandas generalizadas de justicia social.⁴

En este artículo analizaremos una serie de luchas políticas en las que hemos participado durante la última década en calidad de investigadores y de activistas. Entre estas se cuentan la resistencia contra la priva-

tización de los servicios sanitarios en El Salvador y contra la privatización del agua en Bolivia. El artículo también trata de los esfuerzos por ampliar los servicios de salud públicos en México. Todos estos escenarios dan una imagen muy diferente a la de la tradicional relación histórica entre imperialismo y sanidad, una imagen que muestra una tolerancia cada vez menor entre los pueblos del mundo a las políticas sanitarias públicas del imperialismo y una exigencia cada vez mayor de sistemas de salud pública basados en la solidaridad. Todos estos ejemplos son también reflejo de un fenómeno más amplio: el éxito de las luchas populares a la hora de facilitar la participación de los ciudadanos de a pie en temas sociales que normalmente se discuten y deciden en los círculos de las élites políticas y económicas. En la práctica, este cambio se ha traducido en la exigencia de voz en las políticas gubernamentales sobre recursos naturales como el agua y el gas, así como en las relacionadas con la sanidad y la medicación. Tal y como dijo uno de los participantes en las luchas bolivianas, las personas se han apropiado el derecho a decidir en cuestiones relacionadas con el sector público.⁵

La lucha contra la privatización de la sanidad en El Salvador

Uno de los primeros estallidos de resistencia sostenida a las políticas imperiales en materia de sanidad y medicina fue el que se produjo a finales de la década de 1990 en El Salvador. Las luchas se centraron entonces en la oposición a las políticas de privatización emprendidas por el Banco Mundial en colaboración con el partido político de derechas que estaba en aquellos momentos en el poder. Los esfuerzos por resistirse a la privatización de los servicios sanitarios y el sistema de salud pública llevados a cabo en El Salvador se convirtieron en un modelo para los movimientos sociales del mismo tipo en todos los demás países de América Latina. El ejemplo de El Salvador ilustra también otros procesos similares que tendrían lugar en muchos otros países de todo el mundo a co-

mienzos del siglo XXI, cuando las políticas imperiales toparían cada vez con mayores resistencias.

De 1998 a 1999, el sector sanitario de El Salvador entró en un periodo de agitación política con el estallido de conflictos en torno a diversas cuestiones. En primer lugar, los trabajadores sindicados del Instituto Salvadoreño del Seguro Social (ISSS) se movilizaron en defensa de aumentos salariales después de que las autoridades del ISSS incumplieran un acuerdo previamente alcanzado. En segundo lugar, una revisión poco favorable del convenio colectivo tensó aún más la relación entre los trabajadores y la administración del ISSS. En tercer lugar, la administración empezó a contratar entidades privadas para prestar los servicios de comida, lavandería o limpieza en los hospitales del ISSS. Esta externalización fue la primera señal de privatización en el ISSS. En esa misma línea, dos grandes hospitales públicos que estaban siendo sometidos a trabajos de renovación estuvieron varios meses cerrados en espera de poder externalizar los servicios a entidades privadas en lugar de devolverlos a la gestión del ISSS.⁶

Todas esas actuaciones formaban parte de una estrategia de privatización de hospitales y clínicas públicas defendida por el Banco Mundial. Simultáneamente, el Gobierno intentaba ganarse las simpatías del público hacia la privatización de la sanidad alegando la corrupción y la ineficiencia del ISSS, pero evitando utilizar el término «privatización». A pesar de todo, eran varias las circunstancias que ponían en cuestión la credibilidad de los argumentos utilizados por el Gobierno. Por ejemplo, durante los trece años anteriores, a los responsables directos del funcionamiento del ISSS los había nombrado el partido en el poder, la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). Los nombramientos incluían tanto a los directores de los hospitales como a los cargos del ISSS. Muchos políticos de ARENA que defendían la privatización tenían intereses financieros en el proceso. Además, el presupuesto de salud no se gastaba nunca en su totalidad, con lo que se producía una escasez artificial de

medicamentos y unos retrasos artificiales en los servicios que, después, los defensores de la privatización utilizaban para argumentar a favor de la «modernización» y la «democratización» del sistema sanitario.⁷

Todas esas cuestiones dieron pie a huelgas parciales y temporales en San Salvador. Los trabajadores se movilizaban en los alrededores de los hospitales públicos. Los afiliados al Sindicato de Trabajadores del ISSS (el STISSS) iniciaron una huelga nacional, una huelga indefinida que fue creciendo en importancia. Las negociaciones entre los administradores del ISSS y los trabajadores del STISSS entraron en punto muerto. Esa situación de atasco se combinó con la creciente preocupación de los médicos por la privatización de la sanidad para sentar las bases de una alianza entre los trabajadores del STISSS y los médicos del recién creado Sindicato Médico de Trabajadores del ISSS (SIMETRISSS). La profesión médica, con escaso o nulo historial sindical, se sumó también a la huelga nacional. La alianza entre el STISSS y el SIMETRISSS produjo un documento titulado «Acuerdo Histórico por el Mejoramiento del Sistema Nacional de Salud», que, entre otros puntos, reivindicaba que se pusiera fin a la privatización del sistema sanitario.⁸

El compromiso del gobierno de no privatizar los servicios sanitarios puso fin temporalmente al conflicto. Sin embargo, en lugar de cumplir su compromiso, el Ministerio de Sanidad y las autoridades del ISSS prosiguieron con la externalización de los servicios a los hospitales, lo que generó continuos conflictos. Durante tres años, los trabajadores del STISSS y los médicos del SIMETRISSS organizaron huelgas y manifestaciones que poco a poco se fueron granjeando el respaldo de la sociedad civil en general. Entre las organizaciones que los apoyaban había sindicatos de profesores y de trabajadores fabriles, grupos estudiantiles, feministas y ecologistas, conductores de autobuses, comerciantes de mercados y cultivadores de café. La mayoría de ellos se sumó a la coalición paraguas Alianza Ciudadana contra la Privatización de la Sanidad.⁹

Las huelgas tuvieron distintas duraciones, y los participantes tuvieron que tener mucho cuidado para no perder el apoyo de la población en general. Durante las huelgas, los médicos solían atender a los enfermos graves en las aceras, en una acción tan humanitaria como estratégica para ganarse el respaldo de la población. Otra acción bien calculada fue «la entrega de los hospitales a los administradores», para después abandonar las instalaciones, en un gesto simbólico que pretendía demostrar que era imposible gestionar los hospitales sin médicos. El Gobierno respondió con represión, y empleó gases lacrimógenos, balas de goma y cañones de agua contra los huelguistas; se despidió a los médicos y se los substituyó por nuevo personal.¹⁰

Una solidaridad y un nivel de organización sin precedentes condujeron a la aprobación del Decreto 1024, por el que el Estado garantizaba la sanidad pública y la seguridad social. El Decreto 1024 estipulaba que la sanidad continuaría siendo pública, evitaba toda externalización futura de servicios sanitarios e invalidaba todas las externalizaciones anteriores que el Gobierno había autorizado desde el inicio del conflicto. El presidente Francisco Flores amenazó con vetar la ley, pero la presión coordinada de los legisladores que la defendían en el Congreso y la acción colectiva de las masas en las calles lo obligaron a acatarla.¹¹

Aun así, la victoria fue breve. El partido de Flores, ARENA, formó una alianza en el Congreso que le granjeó los votos necesarios para revocar el Decreto 1024. El conflicto se prolongó durante seis meses más en los que se produjeron varias marchas y manifestaciones en San Salvador. Fueron manifestaciones masivas, en las que los participantes iban vestidos de blanco como símbolo de paz y en señal de solidaridad con los médicos y las enfermeras, ataviados con batas blancas. Las cifras de manifestantes fueron de entre 25.000 y 200.000, en una ciudad de unos 800.000 habitantes. Muchos médicos vendieron la casa, el coche y los electrodomésticos para obtener los medios financieros necesarios para continuar la lucha.¹²

El conflicto finalizó cuando el Banco Mundial dio marcha atrás en la cláusula de privatización incluida en un crédito destinado a la modernización del sistema público de salud. Los líderes sindicales alcanzaron un acuerdo con los representantes del Gobierno para poner fin a la privatización del sistema. Los miembros de STISSS y SIMETRISSS recuperaron los salarios y la antigüedad previos, aunque algunos de los médicos que habían sido reemplazados durante las huelgas hubieron de ser reubicados. El acuerdo creó también una Comisión de Seguimiento de la Reforma Sanitaria, de la que formaban parte profesionales médicos, cargos gubernamentales y representantes sindicales y de la sociedad civil.¹³

Los esfuerzos por mantener y expandir la sanidad pública han sido continuos, sobre todo después de la elección como presidente del izquierdista Mauricio Funes, representante del ala política del Frente Farabundo Martínez de Liberación Nacional (FMNL), cuya ala militar se había enfrentado a ARENA durante la larga guerra civil de El Salvador en las décadas de 1980 y 1990. La doctora María Isabel Rodríguez, conocida líder de la medicina social en Latinoamérica que vivió exiliada durante gran parte de la guerra civil, regresó al país para dirigir los servicios médicos y de salud pública como ministra de Sanidad. Funes incrementó notablemente las consultas del gobierno a la sociedad civil en materia de políticas económicas y sociales. En sanidad, esta nueva orientación se tradujo en un plan estratégico quinquenal, que se nutrió principalmente de las aportaciones de la Alianza Ciudadana contra la Privatización de la Sanidad. Así, la Alianza Ciudadana contribuyó con su experiencia a la formación de un movimiento independiente para la puesta en marcha de actuaciones proactivas a largo plazo. Se creó igualmente un Foro Nacional de Salud, en el que se invitó a miembros de la sociedad civil a diseñar y desarrollar políticas sanitarias, así como a reclamar al Gobierno el cumplimiento de los compromisos adquiridos. La Administración Funes incorporó voces que antes habían quedado marginadas, como las enfermeras, que han participado junto a otros grupos en la nueva Mesa Re-

donda Nacional del Trabajo. Además, Funes incluyó en su gabinete a un mayor número de mujeres, que han utilizado sus cargos para recalcar la importancia de la salud reproductiva.

Salvador Sánchez Cerén, antiguo líder guerrillero del FMLN que ganó las elecciones presidenciales en 2014, ha prometido consolidar los avances en materia sanitaria logrados durante la presidencia de Funes. El Ministerio de Sanidad ha emprendido nuevas iniciativas para fortalecer el sector sanitario público. Una coalición de profesionales médicos se ha puesto en marcha para prestar apoyo a todos esos nuevos esfuerzos desde una postura crítica constructiva e inspirada en las contribuciones a la medicina social de Salvador Allende en Chile. La coalición ha querido rendir homenaje a Allende con su denominación: Movimiento Doctor Salvador Allende de Profesionales de la Salud. Aunque su origen está en las anteriores luchas contra las políticas neoliberales en El Salvador, la dirección de la coalición la han asumido profesionales sanitarios más jóvenes. Fueron ellos quienes encabezaron la elección de San Salvador como sede del congreso de la Asociación Latinoamericana de Medicina Social, celebrado en noviembre de 2014 y que atrajo a miles de trabajadores sanitarios progresistas para avanzar en la lucha contra las políticas neoliberales y en defensa de modelos alternativos que fortalezcan los servicios públicos.

La resistencia a la privatización del agua en Bolivia

Aunque el agua potable continúa siendo un objetivo fundamental de salud pública, la disminución de la disponibilidad de agua dulce ha hecho de esta un nuevo terreno a conquistar para las ganancias empresariales. Las grandes empresas que pretenden vender el agua como un producto de mercado más han intentado privatizar las fuentes públicas de agua. En este contexto, la resistencia a largo plazo contra la privatización del agua

en Bolivia muestra cómo una población previamente marginada es capaz de organizarse para hacerse con la victoria en la lucha contra las poderosas fuerzas empresariales que pretenden transformar en una mercancía un recurso de salud pública esencial.

Históricamente, el suministro de agua ha planteado siempre graves problemas en la provincia boliviana de Cochabamba. El clima y las condiciones medioambientales hacen de esta provincia una excelente zona agrícola. Los trabajadores agrarios (o «regantes») gestionaban unos menguantes recursos acuáticos con prácticas de riego enraizadas en tradiciones culturales conocidas como «usos y costumbres». La aceleración de la urbanización de la zona aumentó la demanda de agua potable y para usos domésticos, y unas nuevas políticas redujeron rápidamente las reservas de los acuíferos subterráneos y favorecieron el desarrollo urbano a expensas de la población rural.¹⁴

En 1997, el Banco Mundial promovió la privatización de la empresa pública de suministro de agua de Cochabamba, con los argumentos de eliminar los subsidios públicos, asegurar el capital necesario para el desarrollo en materia de agua y atraer a gestores expertos. A la manera habitual, el Banco Mundial presionó al Gobierno boliviano condicionando la condonación de 600 millones de dólares de deuda externa a la privatización del agua.¹⁵ La nueva legislación, ley 2029, permitió que una empresa privada, Aguas del Tunari, se hiciera con el control del Servicio Municipal de Agua Potable y Alcantarillado (SEMAPA) de Cochabamba. El contrato concedía a Aguas del Tunari el control efectivo en régimen de monopolio de los servicios del agua durante cuarenta años. Los términos del contrato imposibilitaban también que los regantes utilizaran el agua de la forma tradicional y permitían que la compañía se adueñara de la totalidad de los recursos hídricos, incluidos los pozos vecinales y el agua de lluvia. Pocas semanas después de la firma del contrato, el recibo del agua se incrementó una media del 200%, en una acción que dio en denominarse el «tarifazo».

A todo ello siguió rápidamente la Guerra del Agua, una serie de acciones colectivas que tuvieron lugar a lo largo del año 2000. Se creó la Coalición para la Defensa del Agua y de la Vida (a menudo llamada simplemente la «Coordinadora») para coordinar las movilizaciones de agricultores, obreros fabriles, profesionales, asociaciones vecinales, maestros, jubilados, desempleados y estudiantes universitarios. Entre las acciones emprendidas se contaron bloqueos viarios, huelgas, manifestaciones masivas y asambleas públicas, así como un referéndum. Una intensa investigación paralela reveló, entre otras cosas, que Aguas del Tunari era un «consorcio fantasma» de empresas agrupadas bajo el control de Bechtel, una gran compañía estadounidense; prominentes políticos bolivianos tenían intereses económicos en el consorcio. Sacar a la luz pública toda esa información le procuró apoyos a la Coordinadora.

A lo largo de todos esos meses de contienda, distintos desarrollos fortalecieron la movilización popular destinada a paralizar la privatización del agua. Los ciudadanos de Cochabamba se negaron a pagar las facturas del agua y las quemaron en público en acciones de un gran simbolismo. En diversas ocasiones, la ciudad quedó paralizada por las manifestaciones, las barricadas y las huelgas, que perturbaron enormemente la actividad económica. El Gobierno respondió con la policía y con acciones militares, lo que llevó a los movilizadores a aumentar las reivindicaciones. En marzo se organizó un referéndum cuyo resultado fue un abrumador rechazo del contrato con Aguas del Tunari y que reveló una profunda preocupación por la privatización de los servicios y el suministro del agua. La respuesta del Gobierno fue desestimar el referéndum. Cuando las demandas de los movilizadores aumentaron y se intensificaron las movilizaciones de masas, el Gobierno incrementó las acciones represivas. Empezó una campaña de desinformación, decretó la ley marcial y autorizó el uso de fuego real en los choques con los manifestantes. Las movilizaciones se intensificaron aún más y se realizaron bloqueos por toda la ciudad, lo que paralizó la actividad. En el punto culminante del

conflicto, un joven de 17 años falleció y varios manifestantes resultaron heridos por los disparos. El funeral del joven concentró a decenas de miles de manifestantes airados. Ese mismo día, Aguas del Tunari anunció que rescindía el contrato y abandonaba Cochabamba.

El SEMAPA continuó siendo una empresa pública y, como consecuencia de las luchas, se realizaron diversos cambios en las políticas a seguir. La junta directiva promovió la implicación de la comunidad y su participación directa a través de la incorporación de representantes electos por la comunidad, que ejercían de responsables ante las organizaciones sociales y ante la población en general. Todos esos cambios representaban una reapropiación social del SEMAPA y su transformación en una compañía pública sometida al control social, entendido este como control de la comunidad. En los diez años transcurridos desde aquella contienda por el agua, los esfuerzos de la sociedad civil por ejercer el control de los recursos públicos han logrado resultados desiguales. Aun así, han supuesto un avance en la debilitación de la hegemonía de la ideología neoliberal y un desafío a la lógica de las políticas de privatización, además de abrir la puerta a nuevas formas de participación ciudadana en la vida política.

La lucha contra la privatización y por el fortalecimiento del suministro público de agua fue la primera de una oleada de movilizaciones y rebeliones que han truncado la trayectoria del neoliberalismo en Bolivia. La oposición a la mercantilización del agua y la reapropiación social del SEMAPA mostraban el deseo de la gente de nuevas formas de hacer política. Esa nueva forma de participación social ha marcado posteriormente toda la agitación social que ha sacudido Bolivia. En los últimos tiempos, los ciudadanos se han opuesto con éxito a una subida de impuestos, han desafiado las políticas de gestión del agua en El Alto (una gran población adyacente a La Paz, la capital de Bolivia), han depuesto al presidente neoliberal Gonzalo Sánchez de Lozada y, en lo que se dio en llamar la Guerra del Gas, han exigido participar en los procesos de deci-

sión concernientes a los recursos gasísticos de la nación. Esta cadena de acontecimientos ha hecho que parezca posible derrotar al neoliberalismo. La Guerra del Agua contribuyó sustancialmente a dicha posibilidad, al igual que la elección en 2005 del socialista Evo Morales, el primer presidente indígena de Bolivia, y su reelección en 2009 y 2014.

Durante la gestión de Morales, se han puesto en marcha novedosos procesos democráticos y de participación. A petición de la Coordinadora y de otros activistas en representación de diversos movimientos sociales, Morales se comprometió a incluir un nuevo cargo en su gabinete: el de ministro del Agua. La función de este era ocuparse de los acuciantes problemas que continuaban estando presentes tras las recientes luchas en torno al agua, así como promover la participación popular en el Gobierno. El Ministerio del Agua creó una comisión técnico-social formada por distintos movimientos sociales, organizaciones sociales y académicos expertos en temas de agua. Su función era debatir, consensuar y aprobar los proyectos, los planes y los programas del ministerio. Una vez más, la comisión era la responsable de ejercer el control social de las políticas relacionadas con el agua. El tipo de control comunitario que se había creado con la reapropiación social del SEMAPA evolucionaba así hasta dar lugar a una forma de codirección compartida entre el Gobierno y la sociedad civil. En su origen, la comisión tenía el derecho de discutir y votar cualquier proyecto, plan o programa que propusiera el ministro. Sin embargo, ya desde los inicios, su papel fue en la práctica más limitado y, poco a poco, fue quedando cada vez más constreñido con el argumento de que las decisiones de otros no podían anteponerse a las del propio ministro. Aunque la comisión acabó por desaparecer, representó uno de los varios ejercicios de participación comunitaria en el control del Gobierno de Bolivia y en la exigencia de responsabilidades a este.

El ascenso al poder de la medicina social en Ciudad de México

Las nuevas y audaces políticas sanitarias que han ido de la mano de la elección de un gobierno progresista en Ciudad de México ilustran lo que una visión alternativa de lo posible puede lograr en circunstancias de amplios cambios sociopolíticos. En las elecciones del año 2000, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), de orientación izquierdista, obtuvo el control del gobierno de Ciudad de México, el equivalente al de un estado, mientras que el conservador Partido de Acción Nacional (PAN) vencía en las elecciones presidenciales. Así pues, durante la primera década del siglo XXI, asistíamos en la vida política mexicana al fortalecimiento de dos proyectos políticos y económicos bien diferentes: una postura antineoliberal en Ciudad de México, representada por Andrés Manuel López Obrador (llamado popularmente AMLO), y una postura neoliberal en el plano federal, encarnada por el presidente Vicente Fox. Ambos proyectos producirían resultados bien distintos.

Como gobernador, AMLO emprendió toda una variedad de reformas de la sanidad y los servicios a las personas. Para el cargo de secretaria de Salud, López Obrador eligió a Asa Cristina Laurell, una respetada líder de la medicina social en Latinoamérica.¹⁶ Laurell y sus colegas emprendieron una serie de ambiciosos programas de salud basados en los principios de la medicina social. Para comenzar, centraron la atención en los ancianos y en la población no asegurada, con el fin de garantizar el cumplimiento del derecho constitucional a la protección de la salud.

El artículo cuarto de la Constitución Política de México y el artículo trigésimo quinto de la legislación federal sobre salud otorgan dicho derecho, además de cobertura universal y asistencia sanitaria gratuita en instituciones públicas. Sin embargo, debido a que ninguno de ambos documentos especifica claramente cuál es el ente sobre el que recae la obligación de prestar los servicios sanitarios, en la práctica el derecho suele entenderse como una mera «declaración de buenas intenciones».

Aun así, a ambos documentos subyace el supuesto de que han de ser instituciones públicas las encargadas de la protección de la salud. Dicho supuesto ofrece la justificación legal para hacer que sea el Estado —supuesto guardián del interés público— el proveedor de los servicios vinculados a ese derecho.¹⁷ El gobierno de Ciudad de México recurrió a esa justificación legal para diseñar y poner en práctica unas políticas de servicios sanitarios y a las personas cuyo objetivo eran los grupos vulnerables y, con ello, para hacer «realidad el derecho a la protección de la salud». Los objetivos generales que guiaron el enfoque de las políticas sanitarias que adoptó el gobierno de Ciudad de México fueron:

Democratizar la sanidad; reducir la desigualdad en la enfermedad y en la muerte y eliminar los obstáculos de acceso de índole económica, social y cultural; fortalecer las instituciones públicas como única opción socialmente justa y económicamente sostenible y que proporciona un acceso igualitario y universal a la protección de la salud; alcanzar la cobertura universal; ampliar los servicios a la población que carece de seguro; lograr la igualdad en el acceso a los servicios existentes, y producir solidaridad mediante la financiación fiscal y la distribución de los costes de la enfermedad entre enfermos y sanos.¹⁸

Las políticas de salud del gobierno de Ciudad de México tenían su origen en una concepción de los derechos sociales. Los líderes de la administración estaban convencidos de que uno de los logros más importantes de la revolución mexicana había sido la creación de los derechos sociales, aquellos que el Estado debe garantizar.¹⁹

Dos de los principales programas emprendidos por el gobierno de la ciudad se destinaron a mejorar la salud pública y los servicios médicos. Primero, el Programa de Apoyo Alimentario y Medicinas Gratuitas para los Ancianos creaba una institución social que otorgaba a los ancianos un

nuevo derecho social. El programa se inició en febrero de 2001 y para octubre de 2002 ya era casi universal y cubría al 98% de los residentes en Ciudad de México con 70 o más años de edad. Los ciudadanos recibían una cantidad mensual equivalente al coste de la alimentación de una persona (el equivalente a 70 dólares) y asistencia sanitaria gratuita en las instalaciones sanitarias públicas.²⁰

Una segunda iniciativa, el Programa de Asistencia Sanitaria y Medicación Gratuitas, se centraba en los residentes no asegurados de Ciudad de México. Para diciembre de 2002, unas 350.000 familias, de las 875.000 elegibles para el programa, ya se habían inscrito. Más adelante, para finales de 2005, 854.000 familias participaban en el programa, lo que equivalía efectivamente a la cobertura universal de la población objetivo. El programa de asistencia sanitaria prestaba todos los servicios de salud personal y pública; los hospitales del gobierno de Ciudad de México ofrecían asistencia primaria y hospitalaria a individuos y familias.²¹

Los programas pudieron financiarse gracias al compromiso del gobierno de Ciudad de México con la reducción del derroche administrativo y la corrupción. El programa de austeridad iniciado el año 2000 redujo en un 15% la paga de los altos cargos administrativos y eliminó gastos superfluos. Las medidas de austeridad representaron un ahorro de 200 millones de dólares en 2001 y 300 millones en 2002. Simultáneamente, el gobierno adoptó medidas enérgicas contra la evasión fiscal y la corrupción financiera. Todo ese ahorro le permitió incrementar el presupuesto sanitario en un 67%, lo que representaba que el 12,5% del presupuesto de Ciudad de México se destinaba a salud pública y servicios sanitarios.²²

Iniciativas de orientación comunitaria como esta provocaron la admiración generalizada y contribuyeron a los éxitos electorales del PRD. Mientras que en el año 2000 la victoria del PRD en Ciudad de México había sido ajustada, para abril de 2003 AMLO había alcanzado una tasa

de aprobación de entre el 80% y el 85%, algo sin precedentes. El PRD arrasó en las elecciones a medio mandato de 2003 y se hizo con el control del legislativo de Ciudad de México. La administración austera y eficiente de AMLO, con tolerancia cero hacia la corrupción y un fuerte énfasis en los programas sociales destinados a la población más vulnerable, le granjeó el apoyo de la población de Ciudad de México en su apuesta por la presidencia nacional en 2006. También le granjeó la ira de las fuerzas partidarias del statu quo neoliberal, entre ellas las élites políticas y financieras de México, que controlaban los grandes medios de comunicación del país. Semanas después de las elecciones, la comisión electoral nacional otorgaba la presidencia al candidato del PAN, Felipe Calderón, a pesar de las amplias movilizaciones sociales que cuestionaban el proceso electoral debido a las pruebas generalizadas de fraude.²³

El movimiento lopezobradorista surgido para desafiar los resultados de las elecciones continuó en pie pese a la imposibilidad de revertir dichos resultados. Este llevó a la formación del «Gobierno Legítimo de México», un gobierno paralelo, no oficial, en el que AMLO ejercía de presidente y que contaba con un gabinete formado por intelectuales, científicos sociales y políticos de ideología izquierdista y antineoliberal. Cristina Laurell, nuevamente, ejercía de ministra de Sanidad. Ese gobierno paralelo mantuvo viva la visión de la medicina social como una política alternativa viable. Según Laurell, el Gobierno Legítimo «no era un gobierno a la sombra, entendido como reacción a las actuaciones oficiales del otro Gobierno»; era «mucho más proactivo», y tenía la capacidad de «elaborar y debatir propuestas originales partiendo de una idea distinta de cómo queremos que sea nuestra nación».²⁴

Por otra parte, el Seguro Popular, un programa federal de cobertura sanitaria propuesto y parcialmente llevado a la práctica entre 2003 y 2006 por la Administración de Vicente Fox, se extendió con la Administración de Calderón entre 2006 y 2012. Este programa de seguro incluía un paquete de servicios de cobertura limitada, con copago por parte de

las familias y la gradual afiliación de la población no asegurada. Los límites en la cobertura impedían la prestación de una asistencia global. El copago representaba el 6% de la renta familiar, una verdadera carga económica para las familias pobres. Los servicios no incluidos había que adquirirlos mediante seguros privados. Esto último suponía un nuevo avance hacia la privatización de la sanidad, lo que era coherente con las agendas neoliberales de Fox y Calderón.

Los distintos modos de enfocar la sanidad pública y los servicios públicos de salud de, por un lado, Fox y Calderón, y por otro, AMLO ilustran dos visiones discrepantes del desarrollo. En 2006, las elecciones presidenciales mexicanas fueron tan reñidas porque se trataba de un referéndum sobre esos distintos proyectos con el potencial de producir países bien diferentes. Como señala Laurell:

En 2006, lo que estaba en juego no era solo la elección de un candidato; el futuro de un país estaba en juego... Perdimos la oportunidad de reedificar nuestro país y de hacerlo menos desigual, de construir una nación para todos, en la que se garantizaran y se construyeran los derechos sociales; eso es lo que perdimos con el fraude electoral... Lo que estamos intentando hacer con el Gobierno Legítimo y con la movilización de los ciudadanos es mantener viva la esperanza.²⁵

El movimiento lopezobradorista se transformó en un movimiento social contra el neoliberalismo y a favor de la transformación social, política y económica del país. En 2008, hizo descarrilar los intentos de Calderón de privatizar la energía, y en 2009 obtuvo varios escaños en el Congreso, donde representaban la única oposición al proyecto neoliberal. Pusieron en cuestión los presupuestos y las reformas, defendieron las posturas del movimiento y presentaron contrapropuestas.

Mientras que el movimiento continuó organizándose y promoviendo un proyecto nacional alternativo, AMLO se presentó de nuevo a las elecciones presidenciales en 2012. Las elecciones de 2012 fueron una repetición de la lucha entre dos proyectos bien distintos. Uno de ellos intentaba preservar la hegemonía neoliberal, y estaba encarnado por el candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Enrique Peña Nieto, con el apoyo del PAN, la clase empresarial y la jerarquía eclesiástica. El otro era un proyecto contrahegemónico apoyado por el movimiento lopezobradorista, del PRD y de pequeños partidos progresistas, y suponía un desafío al statu quo. La corrupción y el fraude volvieron a estar ampliamente presentes en estas elecciones, con prácticas como la compra con dinero y tarjetas regalo del voto de la gente a favor del candidato del PRI.

Las reformas neoliberales y la represión de los movimientos sociales se han convertido en marca del Gobierno de Peña Nieto. Su gestión se inició con una reforma laboral que erosionó aún más los derechos y la seguridad de los trabajadores, y durante 2013 realizó reformas de carácter regresivo en educación, energía y políticas fiscales. Aun así, el movimiento contrahegemónico sigue estando vivo en México, y sus líderes (incluidos AMLO, Laurell y muchos más) y sus votantes continúan con la lucha en el área de la salud y en otras arenas, como, por ejemplo, con los intentos más recientes y, hasta la fecha, exitosos de crear un nuevo partido político de izquierdas. El proceso dialéctico continuará desplegándose en México en los años venideros.

El activismo sociomédico por un nuevo orden

Las luchas que acabamos de describir confirman ciertos principios centrales de la sanidad pública: el derecho a la asistencia sanitaria; el derecho al agua y a otros elementos de un medio seguro, y la reducción de las

circunstancias causantes de enfermedades como son la desigualdad y los determinantes sociales relacionados de la falta de salud y el fallecimiento prematuro. El acceso a precio razonable a la asistencia sanitaria y al agua potable proveídos por el Estado, por ejemplo, se ha convertido en una cuestión central para activistas de todo el mundo. Sus luchas refuerzan el principio del derecho a organizarse de las personas llanas y a que las voces de las comunidades se escuchen y se tengan en cuenta en las decisiones sobre las políticas que deben adoptarse. Los movimientos que pretenden implantar alternativas al neoliberalismo y a la privatización fomentan la participación de poblaciones diversas, resaltan la solidaridad y rechazan las formas tradicionales de política.

El reto está en desarrollar estrategias para que los movimientos puedan extender esos espacios «contrahegemónicos» para promover un cambio social más amplio. El objetivo de los movimientos sociales que acabamos de describir aquí no es simplemente alzarse con la victoria, sino también fomentar el debate público y elevar el nivel de conciencia política. Esta nueva conciencia rechaza la lógica del capital y promueve una visión de la medicina y la salud pública construida sobre los principios de la justicia, y no sobre la mercantilización y la rentabilidad. Ninguna otra vía podrá satisfacer nuestras aspiraciones más fundamentales a la sanación.

Notas

1. Howard Waitzkin y Rebeca Jasso-Aguilar, «Imperialism's Health Component», *Monthly Review*, vol. 67, n° 3, julio-agosto de 2015, pp. 114-129.
2. Howard Waitzkin, *Medicine and Public Health in the End of the Empire*, Paradigm Publishers, Boulder (Colorado), 2011, cap. 4.
3. Susanne Soederberg, «From Neoliberalism to Social Liberalism: Situating the National Solidarity Program within Mexico's Passive Revolution», *Latin American Perspectives*, n° 28, 2001, pp. 104-123; Héctor Guillén Romo, *La contrarrevolución neoliberal en México*, Ediciones Era,

- México, DF, 1997, p. 13.
4. La obra de Samir Amin es una de las influencias presentes en nuestros propios escritos. Véase, por ejemplo, «Popular Movements Toward Socialism», *Monthly Review*, vol. 66, n° 2, junio de 2014, pp. 1-32.
 5. Las observaciones incluidas en los apartados sobre El Salvador, Bolivia y México proceden del trabajo de campo participativo de Rebeca Jasso-Aguilar, y de las fuentes que se irán citando a continuación.
 6. STISS (Sindicato de Trabajadores del Instituto Salvadoreño del Seguro Social), documento interno sobre la cronología del movimiento, STISS, San Salvador, 2002, en posesión de los autores; Leslie Schuld, «El Salvador: Who Will Have the Hospitals?», *NACLA Report on the Americas*, n° 36, 2003, pp. 42-45.
 7. Leslie Schuld, «El Salvador».
 8. SIMETRISS, «Acuerdo Histórico por el Mejoramiento del Sistema Nacional de Salud», documento de trabajo, SIMETRISS, San Salvador, 2002.
 9. Lisa Kowalchuck, «Mobilizing Resistance to Privatization: Communication Strategies of Salvadorean Health-Care Activists», *Social Movement Studies*, n° 10, 2011, pp. 151-173.
 10. STISS, documento interno.
 11. SIMETRISS, «Acuerdo Histórico por el Mejoramiento del Sistema Nacional de Salud».
 12. SIMETRISS, «Acuerdo Histórico por el Mejoramiento del Sistema Nacional de Salud».
 13. Leslie Schuld, «Anti-privatization Victory», *NACLA Report of the Americas*, n° 37, 2003, p. 1; Kowalchuck, «Mobilizing Resistance to Privatization».
 14. Alberto García Orellana, Fernando García Yapur y Luz Quiton Eras, *La guerra del agua, abril de 2000: La crisis de la política en Bolivia*, Fundación PIEB, La Paz, 2003; William Assies, «David versus Goliath en Cochabamba: Los derechos del agua, el neoliberalismo y la renovación de la protesta social en Bolivia», *Tinkazos*, n° 4, 2001: pp. 106-131.
 15. Jim Shultz, «La guerra del agua y sus secuelas», en Jim Shultz y Melissa Crane Draper (eds.), *Desafiando la globalización: Historias de la Experiencia boliviana*, Plural Editores, La Paz, 2008, pp. 17-51.
 16. Howard Waitzkin, Celia Iriart, Alfredo Estrada y Silvia Lamadrid, «Social Medicine in Latin America: Productivity and Dangers Facing the Major National Groups», *Lancet*, n° 348, 2001, pp. 315-323; Howard Waitzkin, Celia Iriart, Alfredo Estrada y Silvia Lamadrid, «Social Medicine Then and Now: Lessons from Latin America», *American Journal of Public Health*, n° 91, 2001, pp. 1.592-1.601.
 17. Asa Cristina Laurell, «Interview with Dr. Asa Cristina Laurell», *Social Medicine*, n° 2, 2007, pp. 46-55; Asa Cristina Laurell, «Health Reform in Mexico City, 2000-2006», *Social Medicine*, n° 3, 2008, pp. 145-157.
 18. Asa Cristina Laurell, «What Does Latin American Social Medicine Do When It Governs? The Case of the Mexico City Government», *American Journal of Public Health*, n° 93, 2003, pp. 2.028-2.031.
 19. Laurell, «What Does Latin American Social Medicine Do When It Governs?».
 20. Laurell, «What Does Latin American Social Medicine Do When It Governs?».
 21. Laurell, «Health Reform in Mexico, 2000-2006».
 22. Laurell, «Health Reform in Mexico, 2000-2006».

UN FUTURO ALTERNATIVO EN MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

23. Héctor Díaz Polanco, *La cocina del diablo. El fraude de 2006 y los intelectuales*, Editorial Planeta Mexicana, México, DF, 2012.
24. Laurell, «Interview with Dr. Asa Cristina Laurell».
25. Laurell, «Interview with Dr. Asa Cristina Laurell».

***Sic vos non vobis* (así vosotros, no para vosotros mismos...).**

La contienda por el agua pública en Italia

Andreas Bieler

Prólogo

S*ic vos non vobis* («así vosotros, para vosotros mismos...») fueron las palabras que Virgilio escribió en la pared cuando Batilo, otro poeta, le había plagiado una obra. El uso de estas palabras como título de este artículo estuvo inspirado por una exposición sobre el agua como bien común en el Parco Arte Vivente, en Turín, Italia, en la primavera de 2014.¹ *Así vosotros, no para vosotros mismos...* refleja bien las dinámicas tras el conflicto por el agua pública; el agua está ahí para que todos puedan disfrutar de ella, pero nadie debería poseerla y obtener de ella un beneficio económico.

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 67, n° 5, octubre de 2015, pp. 35-50. Traducción de Víctor Ginesta. Andreas Bieler es profesor de Economía Política y becario del Centro para el Estudio de la Justicia Social y Global (CSSG) en la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad de Nottingham. El autor quisiera agradecer a Chiara Carozza, Margherita Cierva, y Emanuele Fantini, así como a los participantes del seminario del Departamento de Economía Política de la Universidad de Sydney, los comentarios sobre los borradores previos. También está agradecido a sus compañeros del Transnational Labor Project en el Centro de Estudios Avanzados de Oslo (véase <http://transnationallabour.wordpress.com>) por sus comentarios y el tiempo y el espacio necesarios para completar este artículo, que es parte de su contribución al proyecto colectivo.

Introducción

En el contexto de la crisis financiera global y de la Eurozona, así como de la austeridad que atraviesa Europa, la presión a los gobiernos para privatizar los servicios públicos es inmensa. Los esfuerzos para combatirla son cada vez más necesarios. Este artículo examina uno de esos intentos, el Fórum de Movimientos por el Agua italiano (también simplemente llamado «el Fórum»), una amplia alianza de sindicatos, movimientos sociales, ONG para el desarrollo y grupos medioambientales, y su exitosa movilización de 2011 en apoyo de un referéndum contra la privatización del agua. El artículo busca responder a dos cuestiones. En primer lugar, ¿cómo fue el Fórum capaz de reunir semejante amplia variedad de grupos diferentes dentro de una campaña exitosa? En segundo, ¿por qué, a pesar del abrumador éxito en el referéndum, únicamente hubo una implementación parcial de los resultados?

Conceptualmente, este artículo se centra en la lucha de clases, entendida en un sentido amplio. Reflexionando sobre el crecimiento de esta lucha a finales de la década de 1960 y en la de 1970, el sociólogo Harry Cleaver escribió que «la reproducción de la clase trabajadora no incluye solamente el trabajo en la fábrica sino también el trabajo en casa y en la comunidad de hogares...; la clase trabajadora tenía que ser redefinida para incluir un análisis fuera de las fábricas».² Por tanto, el análisis de la lucha de clases tiene que cubrir la «fábrica social» entera, no solamente el lugar de trabajo. El acceso al agua es precisamente uno de estos asuntos.

¿Hasta qué punto, entonces, fue el Fórum un agente de la lucha de clases? Y en la medida en que lo fue, ¿en qué condiciones estructurales operó y cómo afectaron estas tanto a la victoria inicial como al problema subsecuente de convertir la victoria en el referéndum en la implementación de una nueva política del agua? Para responder a estas preguntas, este artículo analizará además la agencia del Fórum, desde su emergencia

a principios de la década de 2000 hasta el establecimiento del Fórum como una alianza coherente, y luego desde el referéndum de 2011 a la batalla aún en curso en torno a su implementación. La tercera sección examinará la agencia del Fórum dentro de las condiciones estructuradoras más amplias del capitalismo global, las cuales han impedido severamente la consecución del objetivo final. El Fórum y su lucha contra la privatización del agua se contemplarán a través del prisma de una perspectiva de materialista histórica, con énfasis en las dinámicas de la lucha de clases dentro de la estructura más amplia del capitalismo global.³

El camino hacia la victoria

La emergencia del Fórum

En un contexto de crisis política y económica, a principios de la década de 1990 se reestructuraron los servicios públicos en Italia. El sector privado se consideró como una fuente de inversión de capital y las colaboraciones público-privadas parecieron un buen paso adelante.⁴ La privatización del agua en Italia empezó a finales de los años de 1990 y principios de los de 2000, especialmente en la región de la Toscana, pero también en otros lugares del centro de Italia. La empresa multinacional francesa Suez llegó a Arezzo en 1998, y a Florencia en 2001. En 1999, la multinacional Veolia compró una participación de la compañía de agua de Aprilia, en la región del Lazio.⁵ Las promesas hechas por los partidarios de la privatización del agua incluían las afirmaciones habituales: menores precios para los consumidores, un incremento de la inversión en infraestructuras y mejoras en los servicios.⁶ La realidad devino muy diferente. Casi inmediatamente, la privatización condujo a un incremento drástico del orden de un 50% a un 330% de los precios del agua. En respuesta a esto, surgieron una variedad de comités locales y se llevaron a cabo las primeras acciones de desobediencia civil. En Aprilia, por ejem-

plo, los ciudadanos continuaron pagando las facturas del agua, pero según las tasas antiguas, y pagaban a la municipalidad local en lugar de hacerlo al nuevo proveedor público-privado.⁷ La privatización, no obstante, no solamente resultó en colaboraciones público-privadas. Algunas compañías públicas de derecho público se transformaron en «*società per azioni*» o «sociedades anónimas», las cuales pertenecían plenamente a lo público, pero operaban según los principios del mercado.⁸

Pese a ello, el impulso inicial por un movimiento más amplio fue solo parcialmente el resultado de esos desarrollos locales. Los miembros del CICMA (Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua), creado a finales del año 2000, ya habían participado en 1998 en un encuentro en Lisboa, donde se acordó el primer manifiesto antiprivatización del agua, que exponía que el agua es un derecho humano y no una mercancía para vender en el mercado.⁹ El foco inicial del movimiento era de nivel internacional, y estaba influenciado por las luchas de los indígenas latinoamericanos por acceder al agua. Detrás de este movimiento estaban principalmente las ONG del desarrollo, que aportaron desde sus mismos comienzos una dimensión internacional al Fórum.¹⁰ Una segunda influencia internacional fue el resultado de lo que a veces se denomina los movimientos antiglobalización, incluida ATTAC Italia. En Italia fueron las experiencias con la cumbre del G-8 en Génova en 2001 las que brindaron un nuevo impulso y centraron la atención en resistir a la privatización del agua como un objetivo internacional.¹¹

Un momento crucial en la formación del Fórum fue el primer Foro Internacional Alternativo del Agua de Florencia, en 2003, a su vez inspirado por el primer Foro Social Europeo celebrado en la misma ciudad en noviembre de 2002.¹² El objetivo del Foro Alternativo era, a fin de cuentas, el de desmercantilizar el agua y democratizar la gobernanza del agua como un recurso.¹³ Un primer gran éxito fue la adopción de una resolución de la ONU en 2010 reconociendo el agua como un derecho humano.¹⁴ Mientras que el foco del Foro Internacional Alternativo

del Agua fue el derecho a acceder al agua en un nivel global, las experiencias de la privatización del agua en los países latinoamericanos, donde las empresas multinacionales cosecharon pingües beneficios, hicieron que los participantes italianos en Florencia en 2003 fueran conscientes de las similitudes con su propia situación. La mezcla de experiencias locales e internacionales resultó, primero, en el establecimiento del Foro del Agua de la Toscana. Después, el Fórum se establecería a nivel nacional en 2006 como una red más amplia con secretaría nacional en Roma.¹⁵

Inicialmente, ATTAC Italia, Cobas (un sindicato de base) y CICMA fueron clave para empezar el movimiento por el agua.¹⁶ La membresía del Fórum se amplió en los años transcurridos entre la constitución del Fórum y la campaña del referéndum en 2010-2011. Por la parte de los sindicatos, el actor más importante fue Funzione Pubblica-CGIL (FP-CGIL), la mayor federación italiana de sindicatos que organizan a los trabajadores del sector público y que se unió al proceso desde alrededor de 2004-2005 en adelante.¹⁷ Un segundo sindicato de base, la Unione Sindacale di Base (USB), también devino activamente involucrada. Abordando asuntos de trabajo social, la izquierdista red de centros sociales, ARCI (Associazione Ricreativa e Culturale Italiana), así como la red católica de centros sociales, ACLI (Associazioni cristiane dei lavoratori italiani), también se apuntaron cuando se fundó el comité del referéndum en 2010, igual que lo hicieron varios grupos medioambientales, incluidos el World Wildlife Fund Italia y Legambiente. Además, también se apuntó la asociación de consumidores Federconsumatori, junto a varios precursores del Movimiento Cinco Estrellas, hoy un partido con representación parlamentaria.¹⁸ Significativamente, además de ACLI, un amplio abanico de organizaciones católicas y de individuos apoyaron el movimiento por el agua, incluidos el movimiento *scout* Católico AGESCI, el grupo pacifista cristiano Beati I costruttori di pace, la Diócesis de Termoli-Larino y el conocido misionero Alex Zanotelli.¹⁹ En resumen, fue un movimiento

enormemente amplio construido a lo largo de los años del periodo previo al referéndum.

Tensiones dentro del Fórum

Las tensiones en las alianzas dentro y entre los sindicatos y los movimientos sociales son normales, y el movimiento italiano del agua no fue una excepción.²⁰ Primeramente, hubo tensiones dentro de CGIL, la confederación de sindicatos más grande de Italia. Mientras que FP-CGIL apoyaron fuertemente el movimiento contra la privatización de 2004-2005 en adelante, FILCTEM (Chimica, Tessile, Energía, Manifatture), una federación más pequeña que de hecho organiza a los trabajadores que están en compañías de agua privatizadas, no jugó ningún rol.²¹ Con una visión mucho más estrecha de sus tareas como sindicato, argumentó que, siempre que los trabajadores de esas compañías tengan buenos salarios y sus condiciones laborales sean negociadas por su sindicato, no importa si una compañía es pública o privada. Al final, el CGIL como confederación se sumó al lado del FP-CGIL durante la campaña del referéndum. Sin embargo, ha habido verdadera preocupación por que se desequilibrara la balanza entre las fuerzas a la derecha del sindicato, centradas en la cooperación social y el diálogo social con la patronal y el gobierno, y las fuerzas a la izquierda, con su énfasis en alianzas y luchas más amplias. Esto estaba estrechamente relacionado con las preocupaciones que tenían por cooperar con los denominados grupos *altermunistas*, los cuales estaban fuera del control de los sindicatos.²²

Muchos activistas de los movimientos sociales estaban preocupados por cooperar con los sindicatos establecidos como FP-CGIL, a los que percibían como conformistas y como parte del *establishment*. Los acusaban, por ejemplo, de ignorar la difícil situación de un número cada vez mayor de trabajadores precarizados. CICMA también era ligeramente crítica sobre la implicación de los sindicatos, a los que consideraba un

grupo de interés especial. Las personas serían ciudadanos primero con un derecho humano al agua y, en segundo lugar, trabajadores. Se argumentó que la campaña no podía incorporar asuntos como los salarios de los trabajadores y las condiciones laborales y seguir siendo al mismo tiempo amplia e inclusiva. La cooperación con Cobas y USB era considerada por algunos como más fácil, ya que esos sindicatos tienen en sí mismos un carácter más de movimiento.²³

Además, algunos sindicatos habían creído inicialmente que la privatización podía ser de hecho una forma de modernizar las compañías de agua. Que las compañías de agua pertenecieran al Estado no significaba por sí que estuvieran bien dirigidas. Incluso, más concretamente, hubo tensiones acerca de cómo evaluar las compañías que eran plenamente propiedad de lo público pero que operaban según principios de mercado. Algunos en FP-CGIL arguían que dichas empresas eran una empresas públicas y que, por lo tanto, este tipo de empresas debería ser el objetivo, mientras otros en el movimiento del agua señalaban que solamente si una empresa pública opera fuera del mercado, sin el objetivo de sacar beneficios, podía considerarse una empresa pública propiamente dicha. Un proyecto de investigación conjunto a cargo de FP-CGIL, ARCI, Associazione Rete Nuovo Municipio y ATTAC Italia dio como resultado libro *15 anni dopo: il pubblico è meglio* (Quince años después: lo público es mejor) en marzo de 2007. Esto ayudó a proveer argumentos a los sindicatos, especialmente a FP-CGIL, para aceptar que lo público —y no el mercado— es el mejor proveedor de servicios, y contribuyó a garantizar una conexión orgánica entre los diferentes miembros del movimiento.²⁴

El agua como punto de encuentro en el camino hacia la victoria

Fue la cuestión concreta del agua la que hizo esa gran alianza posible. Había habido muchos ejemplos concretos que mostraban que la privati-

zación no había dado lugar a una mayor eficiencia, precios más bajos o una mayor calidad del agua. No se había hecho la inversión necesaria en infraestructuras y los precios habían subido.²⁵ Aunque las federaciones de CGIL están en desacuerdo con USB y Cobas sobre todas las cuestiones de los sindicatos, la privatización del agua y sus implicaciones negativas para trabajadores y usuarios, permitieron que se unieran en una campaña conjunta. Además, el tema del agua también incluía poder simbólico, ya que el agua se entiende como una fuente fundamental de vida, un derecho humano y parte de los bienes comunes. Este discurso resonó con la Doctrina Social Católica, la cual facilitó «la movilización de los grupos católicos, particularmente durante el referéndum, y contribuyó a destacar los aspectos morales, simbólicos y culturales de la contienda, consolidando un consenso popular amplio sobre los principios de justicia social y universalidad que deberían inspirar la gestión del agua». Subyacente al éxito en el referéndum estaba el éxito de la campaña para dominar el discurso público, es decir, ganar el debate público. Así pues, «el referéndum de 2011 señaló el éxito del movimiento italiano del agua de enmarcar el tema de la gestión de los servicios del agua en términos de derechos humanos, bienes comunes y democracia, contra aquellos marcos rivales que se referían a los aspectos técnicos o la gobernanza del sector del agua».²⁶

No obstante, más allá del tema el agua, el movimiento del agua había tomado un número de decisiones estratégicas clave, que facilitaron el resultado positivo. Primero, aunque procedía claramente de la izquierda y del movimiento antiglobalización, el movimiento abandonó la dicotomía tradicional entre la izquierda y la derecha. Conscientemente, con el fin de darle un mayor atractivo, el Fórum decidió no presentar el referéndum como una campaña de izquierdas. Por consiguiente, los partidos políticos fueron relegados a un comité secundario y de apoyo.²⁷ Segundo, la adopción del discurso inclusivo sobre los «bienes comunes» ayudó a reimaginar lo «público» como el mejor organizador de los servi-

cios del agua. Tercero, el movimiento rechazaba a los líderes carismáticos. Aunque algunas personas son claramente identificables con el movimiento, nadie dentro del movimiento es irremplazable. El movimiento del agua estuvo claramente abierto a la participación activa de la gente interesada y en gran medida se organizó horizontalmente, más que verticalmente.²⁸

Además, todas las organizaciones se pusieron de acuerdo en las tres partes necesarias de la campaña: (1) los trabajadores del sector del agua, por consiguiente, los sindicatos; (2) los ciudadanos como los consumidores del agua, por consiguiente, los movimientos sociales, y (3) las municipalidades, las cuales son las responsables últimas de la provisión de agua. La primera red de municipalidades locales a favor de la remunicipalización de los servicios del agua, encabezada por la ciudad de Bari, se formó en la región de Puglia en 2007. Sobre la base de esta experiencia, se estableció en noviembre de 2008 una red similar a nivel nacional, la Associazione Rete Nuovo Municipio. El grupo, de más de 200 municipios, participó en el Fórum y trabajó por la provisión pública de los servicios de agua. Debido a las presiones por un servicio mercantilizado del agua, muchas de las municipalidades se sentían desempoderadas, privadas (de derechos) y expropiadas en relación a una función local importante.²⁹

Esencial, también, fue que la doble estructura de la organización del movimiento se juntara en el Comité de Coordinación nacional. Por un lado, el Fórum incluyó un número de conocidas organizaciones nacionales, como, por ejemplo, FP-CGIL, ATTAC Italia, Legambiente y WWF Italia. Por el otro, el movimiento estaba organizativamente presente en todas las regiones italianas, a menudo incluyendo también el nivel local y provincial. Aquí, los miembros no eran las conocidas organizaciones nacionales, sino más bien ciudadanos individuales de una gran variedad de procedencias diferentes que se habían involucrado activamente en la campaña del agua.³⁰

Finalmente, un proceso de aprendizaje general transpiró para todos los involucrados. La constitución italiana proveía la oportunidad a los ciudadanos de proponer una ley por iniciativa popular. Si se recolectaban suficientes firmas de apoyo, esas leyes tenían que ser llevadas a cabo por el parlamento. La proposición de una legislación tal que requiriera específicamente la remunicipalización de los servicios del agua y la recogida de las firmas suficientes se consiguió primeramente a nivel regional en 2005 en la Toscana —dato nada sorprendente, considerando que la privatización había empezado en esta región—. Esto se repitió con éxito en el nivel nacional en 2007, cuando se recolectaron en tan solo unos meses un número récord de 400.000 firmas.³¹ Fue en el proceso concreto de las luchas colectivas que el movimiento del agua fue mutando en un actor homogéneo y se convirtió en más que simplemente la suma de las organizaciones participantes. Como un entrevistado señaló, la proposición de Ley de 2007 fue un genuino esfuerzo colectivo. Alrededor de 200 personas participaron en el proceso mismo de escribirla y varios borradores fueron discutidos por alrededor de 10.000 personas en toda Italia. Aunque largo y engorroso, este largo proceso permitió que el movimiento por el agua madurara.

Otro ejemplo de lucha concreta son los acontecimientos en el interior de Publiacqua, la compañía de agua público-privada de Florencia. En respuesta a la privatización, se formó un comité de trabajadores, que unía a miembros de diferentes sindicatos y trabajaba estrechamente con las organizaciones de usuarios. Fue aquí cuando empezaron a desarrollarse las primeras nociones de un nuevo modelo de democracia basado en las demandas de participación de los trabajadores y los consumidores en la gestión de las compañías de agua, con los sindicatos trabajando conjuntamente con otras organizaciones, demostrando que eso podía ser posible a nivel nacional. Muchos activistas habían entrado en el movimiento a partir de sus antecedentes organizativos particulares, pero, como resultado de la lucha, empezaron a ampliar su enfoque y se transfor-

maron en activistas por el agua, lo que condujo a una organización más homogénea.³²

El referéndum y sus consecuencias: *la lotta continua*

El principal impulso del referéndum de 2011 fue de hecho una ley aprobada por el Gobierno de Berlusconi, el denominado «decreto Ronchi». Este impuso privatizaciones al requerir a las municipalidades poner los contratos de agua a concurso y establecer asociaciones público-privadas con una participación privada de como mínimo un 40%.³³ En respuesta, el movimiento por el agua recogió primero un número record de 1,4 millones de firmas en apoyo a las tres preguntas del referéndum contra la privatización del agua, y luego hicieron campaña por el referéndum mismo.³⁴ (Los referéndums en Italia adquieren un estatus legal inmediato, siempre y cuando estén basados en una participación electoral de como mínimo el 50% más una persona del electorado, pero únicamente pueden revocar leyes.) La tercera pregunta, que debería haber prevenido la participación de los proveedores privados en la gestión de los servicios del agua, fue catalogada de inconstitucional y, por lo tanto, no admitida por el Tribunal Constitucional, con el argumento de que la Unión Europea ya había decidido que el agua era un producto de mercado.³⁵ Por consiguiente, el eventual referendo sobre el agua incluyó dos preguntas. «La primera pregunta cancelaba la obligación legal de privatizar la gestión de los servicios del agua», esto es, la ley del Gobierno de Berlusconi de 2009.³⁶ La segunda pregunta eliminaba el derecho legal de los inversores privados de sacar un 7% de beneficios en su gestión de los servicios del agua. Juntas, ambas preguntas eliminaban las bases para la participación privada en la distribución del agua.

Durante la campaña del referéndum, hubo una actividad constante basada en una mezcla de iniciativas *online* vía redes sociales y *offline* con

presencia específica en las calles. Las actividades incluyeron encuentros políticos, manifestaciones, mítines, asambleas, banderas específicamente diseñadas para la campaña del referéndum e imaginativos anuncios publicitarios. El compromiso católico con el discurso del agua como un derecho humano «se trasladó a campañas de base, información y actividades educativas dirigidas a escuelas, asociaciones y parroquias, la cuales bebían fuertemente de las experiencias y del capital social de las ONG del desarrollo». El hecho de que durante un periodo de diez años se desarrollara un nuevo acercamiento cultural al agua como un derecho humano tuvo finalmente su recompensa.³⁷

El referéndum del 12 y el 13 de junio de 2011 fue una aplastante victoria para el movimiento por el agua. Por primera vez en 16 años, había sido otra vez posible asegurar el quórum de, como mínimo, el 50% más uno de los votantes. De hecho, un poco más del 57% del electorado —más de 26 millones de italianos— depositaron su voto.³⁸ Las mayorías en relación a las dos preguntas sobre el agua fueron todavía más impresionantes: 95,35% sí (4,65% no) sobre la primera pregunta; 95,80% sí, (4,20% no) respecto a la segunda.³⁹ La victoria no podía haber sido más decisiva. Sin embargo, ¿era suficiente para asegurar que los servicios del agua podrían o bien permanecer públicos o bien ser transferidos de vuelta a las manos públicas?

El socavamiento de la voluntad popular

Tiene que recordarse que los primeros pasos dados por el movimiento italiano del agua ya habían sido bloqueados a nivel político. La proposición de 2005 por iniciativa popular de la ley contra la privatización del agua fue presentada al parlamento regional de la Toscana, pero nunca debatida. La proposición de 2007 por iniciativa popular de la ley contra la privatización del agua fue recibida por el parlamento nacional, pero tampoco fue nunca debatida. Esas leyes fueron simplemente puestas en

un cajón. El referéndum encontró obstrucciones similares. Casi inmediatamente después del referéndum, el Gobierno de Italia actuó para subvertir el resultado. Primero, desempoderó a los municipios, confiando la tarea de establecer las tarifas de agua a la agencia nacional reguladora independiente AEEG (l'Autorità per l'Energia Elettrica e il Gas). Se presentó una compleja ecuación matemática, que las municipalidades debían traducir a su situación particular. En segundo lugar, el principio del Pacto de Estabilidad Europeo de equilibrio presupuestario se transfirió al nivel de los municipios italianos. Con sus posibilidades financieras constreñidas, aquellas municipalidades donde los servicios del agua ya habían sido privatizados encontraron difícil, si no imposible, readquirir acciones privadas, especialmente en el contexto de la crisis de la Eurozona.⁴⁰

Además, la segunda pregunta del referéndum, la cual derogaba el derecho de las compañías privadas a unos beneficios garantizados del 7%, nunca ha sido realmente implementada. En el último giro, la fórmula, calculada exactamente de la misma forma pero con un nombre diferente, ha sido reintroducida al nivel ligeramente menor del 6,4%. En marzo de 2014, el Fórum objetó esto infructuosamente al Tribunal Administrativo de Milán.⁴¹

Balance

A pesar de estos reveses, sería erróneo argumentar que nada positivo resultó de la victoria del referéndum. Primero —como muchos de los entrevistados señalaron, y quizá más notablemente— ha sido revocada la ley de 2009 del Gobierno de Berlusconi que impuso la privatización del agua en todas las municipalidades. Esto fue confirmado por el Tribunal Constitucional el 20 de julio de 2012, cuando el principio fue impugnado.⁴² Por lo tanto, muchas compañías de agua como las de Turín y Milán son todavía plena propiedad del gobierno local, aunque puedan operar

como una compañía privada en su estatus de sociedades anónimas. La extensión de las privatizaciones se ha detenido. En segundo lugar, la ciudad de Nápoles ha remunicipalizado los servicios del agua. Un grupo de abogados ha trabajado en estrecha colaboración con el movimiento por el agua y a uno de ellos, Alberto Lucarelli, le fue encomendada la tarea de organizar este paso por el alcalde de Nápoles, que incluía además formas de participación directa del ciudadano/consumidor y de los trabajadores de la empresa.⁴³ En tercer lugar, el 20 de marzo de 2014 la región italiana del Lacio aprobó por unanimidad una ley que está destinada a facilitar el retorno de la gestión del agua a las autoridades locales.⁴⁴

Además, cuando después del referéndum se vio claro que los intentos estaban hechos para bloquear la implementación del resultado, el movimiento en pleno adoptó la campaña de obediencia civil, ideada por el comité del agua de Arezzo. Estaba relacionado con la segunda pregunta del referéndum contra los beneficios garantizados del 7% y se llamó «obediencia civil» más que «desobediencia civil», porque los impulsores argüían que, mediante la retención del 7% de sus tarifas del agua cuando pagaban las facturas, de hecho acataban la ley nacional resultante del referéndum. Sobre la base de esta experiencia, y en el contexto de haber sido una y otra vez bloqueada en la esfera política, el Comité del Agua de Arezzo está ahora entre esos comités locales que abogan fuertemente por la acción política directa basada en la autoorganización de los ciudadanos. Esos comités ya no están preparados para involucrarse en iniciativas políticas como recoger firmas. Además, otros en el Fórum han revivido la iniciativa de ley nacional contra la privatización del agua de 2007 y han formado estrechas alianzas con un grupo interparlamentario de más de 200 miembros del parlamento, incluyendo todos los miembros parlamentarios de los partidos Movimiento Cinco Estrellas e Izquierda, Ecología y Libertad Sinistra Ecologia Libertà, así como unos pocos miembros del Partido Democrático. Este grupo está en camino de

presentar una versión revisada y actualizada del borrador de la ley de 2007 por iniciativa popular. Finalmente, a pesar de los problemas con la implementación de los resultados del referéndum, los activistas señalan que el hecho mismo de que actualmente el movimiento haya existido durante más de diez años debería ser reconocido como un éxito.⁴⁵

El movimiento italiano del agua en las condiciones estructurales del capitalismo global

Debido a la forma como se organizan las relaciones sociales de producción capitalista, el capitalismo está caracterizado por un conjunto de dinámicas clave.⁴⁶ Primero, las relaciones sociales capitalistas de producción, organizadas alrededor del trabajo asalariado y de la propiedad privada de los medios de producción, son enormemente dinámicas, porque tanto el capital como el trabajo tienen que reproducirse a sí mismos a través del mercado. Mientras que los trabajadores compiten unos con otros para vender «libremente» su trabajo, los capitalistas están en competencia constante unos con otros por la rentabilidad y la cuota de mercado. Por consiguiente, el capitalismo está caracterizado por un impulso constante hacia una mayor innovación con el fin de que cada entidad capitalista pueda superar a sus competidores. Pero a pesar del dinamismo del capitalismo, también es propenso a las crisis, lo que nos da una segunda dinámica estructural. Cuantos más bienes se producen y más beneficios se generan en la incesante búsqueda del crecimiento rentable de las oportunidades de inversión, más difícil se convierte juntar el exceso de trabajo y el exceso de capital de una manera exitosa, lo cual da lugar a un «estado de sobreacumulación».⁴⁷ Tercero, Rosa Luxemburgo ya señaló «la inherente contradicción entre la ilimitada capacidad expansiva de las fuerzas de producción y la limitada capacidad expansiva del consumo social bajo condiciones de distribución capitalista».⁴⁸ Por lo tanto, el

capitalismo tiene que expandirse constantemente hacia el exterior e incorporar nuevos espacios no capitalistas para poder superar las crisis.

Esta expansión hacia el exterior puede ser geográfica, en la medida en que las nuevas áreas son integradas o reintegradas de nuevas maneras en el capitalismo, o puede ser una expansión hacia dentro en la que áreas desmercantilizadas son remercantilizadas para la obtención de beneficios. Es aquí donde la privatización de los servicios públicos se vuelve importante. La demanda garantizada por servicios como el agua convierte la privatización de esos servicios en una atractiva oportunidad de inversión para el capital, como han visto los propios activistas.⁴⁹ A veces, cuando la economía global está en crisis y otras oportunidades de inversión se han secado, invertir en la provisión de servicios en última instancia garantizados por el Estado promete fabulosos beneficios.

Como confirman los recientes informes, los bancos internacionales y las instituciones de inversión han identificado el agua como una oportunidad de inversión excelente y rentable. Yang Jo-Shing escribe que «los nuevos “barones del agua” —los bancos de Wall Street y los elitistas multibillonarios— están comprando agua alrededor del mundo a un ritmo sin precedentes». Eslóganes como que «el agua es el petróleo del próximo siglo» (Goldman Sachs) o «que el mercado del agua eclipsará pronto al del petróleo, la agricultura y los metales preciosos» (Citigroup) impulsan esta fiebre inversora.⁵⁰ Los fondos de capital privado están jugando un rol cada vez más decisivo en el sector del agua británico. «De las diez grandes compañías de agua y alcantarillado, cuatro —Anglian, Southern, Thames y Yorkshire— ya son propiedad de capital privado o grupos financieros. Tres grandes compañías siguen siendo parte de los grupos citados en la Bolsa de Londres —Severn Trent, South West y United Utilites—; de esos, Pennon Group, propietarios de South-West Water, está dirigido en un 46% por seis grandes accionistas financieros».⁵¹

Una estrategia clave para generar beneficios es el apalancamiento de la deuda. Como Aditya Chakraborty informó en *The Guardian*, entre 2007 y 2012 hubo únicamente un año en el que el consorcio de accionistas de Thames Water en el Reino Unido extrajo menos dinero de la compañía que el que había sido hecho en beneficios después de impuestos, de ese modo la deuda de la compañía se dobló a 7.800 millones de libras.⁵² Y los beneficios no solamente se logran a través de un incremento de los precios, de una reducción de la inversión en infraestructuras y de una reducción de los salarios de los trabajadores y las condiciones de trabajo. Como explicaron los activistas del Comité del Agua de Arezzo, en lo relativo a los trabajos de mantenimiento de las infraestructuras, esos contratos lucrativos son a menudo otorgados a compañías conectadas con miembros del consorcio público-privado del agua.⁵³ En resumen, las mismas dinámicas estructurales del capitalismo implicaban que una plena implementación de los resultados del referéndum iba a ser siempre una lucha difícil.

La lucha se volvió todavía más dificultosa por la crisis financiera global de 2007-2009, sus secuelas y la cercanamente relacionada crisis en la Eurozona que empezó en 2010. Los endeudados países periféricos de la Unión Europea —especialmente Grecia, Irlanda y Portugal— fueron rescatados por la Troika compuesta por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional a cambio de unas reestructuraciones forzosas, que incluían desregularizaciones del mercado de trabajo, recortes en el empleo del sector público y la privatización de compañías públicas.⁵⁴ La privatización del agua ha sido especialmente forzada en Grecia y Portugal.⁵⁵ Fue precisamente poco después del referéndum, en la segunda mitad de 2011, cuando Italia tuvo también cada vez más dificultades para refinanciar la deuda estatal en los mercados financieros. A su vez, la Unión Europea y el BCE ejercieron una gran presión hacia la privatización en Italia. En agosto de 2011, Jean-Claude Trichet, entonces presidente del BCE, y Mario Draghi, quien le sucedió

en noviembre de 2011, urgieron «la plena liberalización de los servicios públicos locales [...] a través de privatizaciones de gran escala», ignorando el hecho de que hacía menos de ocho semanas que el 95,5% de los votantes italianos habían rechazado la privatización de los servicios locales del agua en un referendo nacional válido».⁵⁶ La Comisión Europea añadió más presión en términos de privatización del agua y liberalización en un informe para el Eurogrupo el 29 de noviembre de 2011. Decía que «Italia necesita intensificar la competitividad en una red de industrias clave», mientras «otros sectores como telecomunicaciones, servicio de correos, agua y transportes, están también significativamente protegidos de la presión de la plena competencia». ⁵⁷ Finalmente, una sentencia del Tribunal Constitucional bloqueó categóricamente la liberalización del agua.

No obstante, el requerimiento tras el referéndum a las municipalidades italianas para que respeten el equilibrio presupuestario puede considerarse parte de este desarrollo europeo general. Significativamente, si una compañía de agua local es una sociedad anónima, pero es completamente propiedad pública, no aparece en el presupuesto de este municipio. No obstante, si la compañía de agua fuese remunicipalizada y es propiedad directa, entonces sí aparecería. Esto hace que los municipios locales se piensen dos veces si la remunicipalización es viable desde el punto de vista financiero.⁵⁸

La gestión del agua se ha convertido en un gran negocio. No es ninguna sorpresa que poderosos intereses económicos están detrás del fomento de la privatización. David Hall indica que «el sector privado del agua está globalmente dominado por dos multinacionales francesas, Suez y Veolia, que controlan más de dos tercios de las operaciones globales de agua privada». ⁵⁹ Estas presionan duro y aplican su poder estructural a las administraciones para así conseguir políticas privatizadoras. ⁶⁰ Ambas estuvieron involucradas en los pasos iniciales de la privatización del agua en Italia hacia finales de la década de 1990, juntamente con empresas

asociadas italianas. En relación a estas últimas, Acea ha emergido como el mayor operador privado de agua. Hall y Emanuele Lobina señalan que «en 2012, Acea tenía la propiedad de partes importantes en los operadores de agua de Roma y Frosinone, Gori, Pisa, Florencia, Perugia, Arezzo y Siena».⁶¹ Estas multinacionales están implicadas en hacer beneficios a través de la gestión de los servicios del agua y trabajan fuertemente contra la remunicipalización. Interessantemente, cuando los activistas del Comité del Agua de Arezzo hablaron con la agencia «independiente» responsable de establecer tarifas de agua, de repente observaron un expediente grueso titulado «Encuentros con Suez» en la estantería de detrás del funcionario de la agencia. Claramente, hay lazos estrechos entre las compañías privadas y estas agencias reguladoras que administran el sector de forma supuestamente independiente.⁶²

El fomento a favor de privatizar los servicios del agua por parte de la Comisión Europea no debe caer como una sorpresa. Partiendo de su poder estructural, grandes empresas multinacionales europeas han presionado duro por una reestructuración neoliberal. Pasada la última década, los grupos de presión, en especial los de la industria de servicios, se han vuelto cada vez más poderosos. El Foro Europeo de Servicios (ESF) ha estado estrechamente involucrado en aconsejar a la Comisión para que se incrementase la liberalización y la privatización del sector público. El Observatorio de las Corporaciones Europeas escribe que «en 2012, la Comisión aceptó solamente un encuentro con los sindicatos en el asunto de los servicios de comercio. En contraste, se reunió más de veinte veces con el ESF».⁶³ En octubre de 2005, se creó Aguafed, un grupo de presión que representaba principalmente los intereses de Suez, Veolia y sus varias subsidiarias con un foco específico en la formulación de políticas de la UE.⁶⁴ Como concluyó Olivier Hoedeman, del Observatorio de las Corporaciones Europeas, «la respuesta de la Unión Europea frente a la crisis va como un guante con el programa empresarial de esos grupos de presión. El uso por parte de la Comisión de sus nuevos pode-

res de gobernanza económica va a remodelar las sociedades de la manera exacta que esos grupos de presión han pedido durante años». ⁶⁵

Conclusión: ¿hay legados duraderos del movimiento italiano del agua?

Sería incorrecto afirmar en última instancia que el movimiento italiano del agua ha fracasado debido a la incompleta implementación de los resultados del referéndum. Podría decirse que el éxito del Fórum en el referéndum de 2011 es el ejemplo más importante de una campaña exitosa antineoliberal que haya sucedido en Europa durante la última década. La amplia alianza, la amplia movilización de la sociedad italiana y el enfático apoyo de más del 95% de los votantes no tienen comparación. No obstante, la victoria vino en un momento desafortunado. Considerando las condiciones estructuradoras del capitalismo global caracterizado por las crisis de la eurozona y la financiera global, fue difícil impulsar su implementación. No obstante, a pesar de esas dificultades, claramente hay legados duraderos del movimiento italiano del agua.

Primero, el discurso subyacente sobre el agua como un bien común, entendido como «elementos que nosotros mantenemos o reproducimos juntos, de acuerdo a reglas establecidas por la comunidad: un área que debe ser rescatada de la capacidad de decisión de la élite posdemocrática y la cual necesita ser autogobernada a través de formas de democracia participativa», es crucial. ⁶⁶ Este desafía directamente la fijación capitalista por mercantilizar cada vez más áreas y someterlas a la lógica de beneficios del mercado, por lo que implica un movimiento hacia un nuevo modelo económico. ⁶⁷ Este foco se combina con una nueva forma participativa de la democracia en la gestión de los servicios del agua. Precisamente, en una situación percibida por algunos dentro del Fórum como posdemocrática, el foco en una nueva forma de democra-

cia resultó atractivo. Como señaló Emanuele Fantini, «la movilización por el agua pública adquirió el rol de una batalla paradigmática en defensa de la democracia y contra la mercantilización de la vida, poderosamente sintetizada en el eslogan del movimiento: “Se escribe agua, se lee democracia”». ⁶⁸ En otras palabras, es una nueva forma de enfocar la democracia y una nueva manera de entender cómo manejar la economía y, significativamente, de cómo esas dos dimensiones están cercanamente e internamente relacionadas, lo cual trae consigo una dimensión transformativa.

Además, el exitoso referendo en Italia inspiró a finales de 2011 a la Federación Europea de Sindicatos de los Servicios Públicos (EPSU) para tomar la decisión final y seguir adelante con una Iniciativa Ciudadana Europea (ECI) con el agua como un derecho humano. De forma parecida a Italia, una gran alianza de sindicatos, movimientos sociales y ONG ambientalistas se estableció a nivel europeo, pero también en el nivel nacional de los variados países miembros de la Unión Europea, en apoyo del ECI. Entre mayo de 2012 y septiembre de 2013 la iniciativa recolectó cerca de 1,9 millones de firmas y forzó que la Comisión adoptara una posición oficial sobre el agua. A su vez, cuando los activistas organizaron un referéndum exitoso contra la privatización del agua mandaron supervisores de apoyo. En otras palabras, el referendo italiano continúa teniendo implicaciones internacionales para las luchas en otros lugares. ⁶⁹

Notas

1. «Sic Vos Non Vobis, 15 de marzo – 4 de mayo», <http://parcoartevivente.it>.
2. Harry Cleaver, *Reading Capital Politically* (2ª ed.), Anti/Theses, Leeds, 2000, p. 70.
3. Andreas Bieler, «Transnational Labor Solidarity in (the) Crisis», *Global Labor Journal* 5, n° 2, 2014, pp. 114-133, <https://escarpmentpress.org>.

4. Chiara Carrozza y Emanuele Fantini, «Acqua paradigma dei beni comuni: tra epica e pratica», en Chiara Carrozza y Emanuele Fantini (eds.), *Si scrive acqua... Attori, pratiche e discorsi nel movimento italiano per l'acqua bene comune*, Accademia University Press, Turín, 2013, pp. 7-8.
5. Entrevista con el presidente del Comité del Agua Pública de Arezzo, Florencia, 2 de abril de 2014.
6. Margherita Ciervo, *Geopolitica dell'Acqua*, nueva edición, Carocci editore, Roma, 2010, p. 161.
7. Emanuele Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», en Carrozza y Fantini (eds.). *Si scrive acqua...*, pp. 27-28; entrevista con el presidente del comité Acqua Publico en Arezzo; entrevista con un investigador del movimiento del agua, Fondazione Lelio e Lisli Basso, Roma, 31 de marzo de 2014.
8. Chiara Carrozza, «Riforme, attori e conflitti nelle politiche dei servizi idrici italiani», en Carrozza and Fantini (eds.), *Si scrive acqua*, p. 13.
9. Entrevista con el presidente del Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua Onlus; Riccardo Petrella, *The Water Manifesto: Arguments for a World Water Contract*, Zed Books, Londres, 2001.
10. Entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Universidad de Turín, Turín, 7 de abril de 2014.
11. *Ibidem*; Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», p. 24.
12. Entrevista con el coordinador de las políticas del Estado de bienestar, FP-CGIL, Roma, 26 de marzo de 2014; entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia, Roma, 27 de marzo de 2014; entrevista con el coordinador de la International Section, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua, Florencia, 2 de abril de 2014.
13. Entrevista con el coordinador de la Sección Internacional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua.
14. Entrevista 13, Tommaso Fattori, «The European Citizens' Initiative on Water and "Austeritarian" Post-Democracy», *transform!*, n° 13, 2013, en <http://transformnetwork.net>.
15. Entrevista con dos representantes del Secretariat, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua, Roma, 25 de marzo de 2014; entrevista con el presidente del comité Acqua Publico de Arezzo; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Universidad de Turín.
16. Entrevista con el coordinador de redes más amplias, Cobas, Roma, 26 de marzo de 2014; entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia; entrevista con el presidente de Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua Onlus, Milán, 8 de abril de 2014.
17. Entrevista con el coordinador de políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL.
18. Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», p. 32.
19. Emanuele Fantini, «Catholics in the Making of the Italian Water Movement: A Moral Economy», *Partecipazione e Conflitto*, 7, n° 1, 2014, pp.35-57, en <http://sibaese.unisalento.it>.
20. Andreas Bieler y Adam David Morton, «"Another Europe is Possible"? Labor and Social Movements at the European Social Forum», *Globalizations* 1, n° 2, 2004, pp. 303-325.
21. Entrevista con el coordinador para políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL.
22. Entrevista con el coordinador para políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL ; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Fondazione Lelio e Lisli Basso ; entrevista

- con el coordinador de la Sección Interancional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con el coordinador del Comité del Agua en Turín, Turín, 7 de abril de 2014, y entrevista con el presidente de Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua Onlus.
23. Entrevista con un miembro del grupo de Coordinación Nacional, USB; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Fondazione Lelio e Lisli Basso; entrevista con el coordinador de la Sección Internacional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con el presidente del Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua Onlus.
 24. Entrevista con el coordinador de redes más amplias, Cobas; entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Fondazione Lelio e Lisli Basso.
 25. Entrevista con dos representantes del secretariado, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua.
 26. Entrevista con el coordinador para las políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL; entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia. Las dos citas en el párrafo son de Fantini, *Catholics in the Making of the Italian Water Movement*, pp. 37, 42.
 27. Entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia.
 28. Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», en *Catholics in the Making of the Italian Water Movement*, p. 50.
 29. Entrevista con el coordinador de políticas de Estado del bienestar, FP-CGIL; entrevista con el coordinador de las cuestiones relacionadas con el agua en la Toscana, Legambiente Toscana, Florencia, 3 de abril de 2014; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Universidad de Turín; entrevista, a través de Skype, con el referente del Comité del Agua de la región de Puglia (Italia), 6 de junio de 2014; Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», p. 29; Carrozza y Fantini, *Acqua paradigma dei beni comuni*, pp. 86-88; Ciervo, *Geopolitica dell'Acqua*, p. 166.
 30. Entrevista con dos representantes del secretariado, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con el coordinador de la Sección Internacional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con los miembros del Comité del Agua de Arezzo; entrevista con el coordinador del Comité del Agua en Turín.
 31. Ciervo, *Geopolitica dell'Acqua*, p. 163; Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», p. 31.
 32. Entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Fondazione Lelio e Lisli Basso; entrevista con el coordinador de la Sección Internacional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Universidad de Turín.
 33. Ciervo, *Geopolitica dell'Acqua*, p. 162.
 34. Fantini, «Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune», p. 33.
 35. Entrevista con el presidente del Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua Onlus; Ciervo, *Geopolitica dell'Acqua*, p. 170.
 36. Tommaso Fattori, «Fluid Democracy: The Italian Water Revolution», *transform!*, nº 9, 2011, en <http://transform-network.net>.
 37. *Ibidem*; Matteo Cernison, «La comunicazione e i referendum sull'acqua. Nouve strategie tra

- rete e territorio», en Carrozza y Fantini, *Si scrive acqua*, pp. 57-74; entrevista con el coordinador en la Toscana para cuestiones relacionadas con el agua, Legambiente Toscana; Fantini, «Catholics in the Making of the Italian Water Movement», p. 46.
38. Hubo cuatro preguntas de referéndum en esos días. Además de las dos sobre el agua, hubo una sobre el rechazo del impedimento del Presidente del Consejo de Ministros y otra sobre el rechazo de la energía nuclear. El desastre nuclear de Fukushima en marzo de 2011 pudo haber ayudado a la gran participación, considerando que la cuarta pregunta era precisamente sobre ese tema. Estoy agradecido a Emanuele Fantini por indicarme esto.
 39. Fattori, *Fluid Democracy*.
 40. Entrevista con el coordinador para políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL; entrevista con los miembros del Comité del Agua de Arezzo; entrevista con el presidente del Comitato Italiano Contratto Mondiale sull'Acqua Onlus; Fantini, *Gli attori e il percorso storico del movimento italiano per l'acqua bene comune*, p. 18.
 41. Entrevista con dos representantes del secretariado, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con el coordinador de políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL; entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia.
 42. Entrevista con un miembro del Grupo de Coordinación Nacional, Unione Sindacale di Base (USB), Roma, 27 de marzo de 2014; véase también «The Italian Constitutional Court Blocks the Privatization of Water», 20 de julio de 2012, en <http://fame2012.org>.
 43. Carrozza y Fantini, *Acqua paradigma dei beni comuni*, p. 95; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Universidad de Turín.
 44. «Under Pressure from Citizens, Lazio Regional Government Approves Law on Public Management of Water», *Water is a Human Right*, 20 de marzo de 2014; en <http://right2water.eu>.
 45. Entrevista con el coordinador de las políticas del Estado del bienestar, FP-CGIL; entrevista con un miembro del Consejo Nacional, ATTAC Italia; entrevista con el presidente del Comité del Agua Pública en Arezzo; entrevista con el coordinador de la Sección Internacional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua.
 46. Bieler, *Transnational Labor Solidarity in (the) Crisis*, pp.116-119.
 47. David Harvey, «The Geopolitics of Capitalism», en Derek Gregory y John Urry (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, Macmillan, Londres, 1985, p. 132.
 48. Rosa Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*, Routledge, Londres: 2003 (originalmente 1913), p. 323.
 49. Entrevista con los miembros del Comité del Agua de Arezzo.
 50. Yang Jo-Shing, «The New “Water Barons”: Wall Street Mega-Banks Are Buying Up the World's Water», 21 de diciembre de 2012, en <http://marketoracle.co.uk>.
 51. David Hall y Emanuele Lobina, *Water Companies and Trends in Europe 2012*, Public Services International Research Unit, Londres, 2012, p. 20, en <http://psiru.org>.
 52. Aditya Chakraborty, «Thames Water: The Drip, Drip, Drip of Discontent», *Guardian*, 15 de junio de 2014, en <http://theguardian.com>.
 53. Entrevista con los miembros del Comité del Agua de Arezzo.
 54. Costas Lapavistas et al., *Crisis in the Eurozone*, Verso, Londres y Nueva York, 2012.
 55. Hall y Lobina, *Water Companies and Trends in Europe 2012*, p. 28.

56. Roland Erne, «European Industrial Relations after the Crisis. A Postscript», en Stijn Smismans (ed.), *The European Union and Industrial Relations—New Procedures, New Context*, (Manchester University Press, Manchester, 2012, p. 229.
57. «Italian Water Movement Forces Monti to Respect the Results of the Referendum», *European Federation of Public Service Unions*, en <http://epsu.org>.
58. Entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Universidad de Turín.
59. David Hall, «Corporate Actors: A Global Review of Multinational Corporations in the Water and Electricity Sectors», en Daniel Chavez (ed.), *Beyond the Market: The Future of Public Services, Public Services Yearbook*, TNI / Public Services International Research Unit, Londres, 2006, p. 179.
60. Ciervo, *Geopolitica dell'Acqua*, p. 17.
61. Hall y Lobina, *Water Companies and Trends in Europe 2012*, p. 22.
62. Entrevista con el presidente del Comité del Agua Pública en Arezzo; entrevista con los miembros del Comité del Agua de Arezzo.
63. «At Your Service: The European Services Forum's Privileged Access to the EU Commission», Observatorio de las Corporaciones Europeas, 2013, en <http://corporateeurope.org>.
64. David Hall y Olivier Hoedeman, *Aquafed—Another Pressure Group for Private Water*, Public Services International Research Unit, Londres, 2006, en <http://psiru.org>.
65. Olivier Hoedeman, «Europe Inc. in Crisis—The EU's Alliance with Big Business Is a Dead-end», Observatorio de las Corporaciones Europeas, 2012, en <http://corporateeurope.org>.
66. Fattori, *Fluid Democracy*.
67. Entrevista con el presidente del comité Acqua Publico de Arezzo; véase también Carrozza y Fantini, *Acqua paradigma dei beni comuni*, pp. 77-88.
68. Fantini, «Catholics in the Making of the Italian Water Movement», p. 42; entrevista con los miembros del Comité del Agua de Arezzo, Arezzo, 4 de abril de 2014.
69. Entrevista con dos representantes del secretariado, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con un investigador sobre el movimiento del agua, Fondazione Lelio e Lisli Basso; entrevista con el coordinador de la Sección Internacional, Forum Italiano dei Movimenti per l'Acqua; entrevista con el subdirector general de la Federación Europea de Sindicatos de los Servicios Públicos (EPSU), Bruselas, 6 de mayo de 2014; Fattori, «The European Citizens' Initiative on Water and “Austeritarian” Post-Democracy». Véase también <http://right2water.eu/supporting-organisations>.

Cooperativas, ¿en la senda hacia el socialismo?

Peter Marcuse

Aclarar lo que pensaba Karl Marx sobre el papel de las cooperativas es útil, no para obtener la respuesta «correcta» sobre cuál debería ser dicho papel, sino para ayudarnos a pensar sobre qué respuestas alternativas podría haber y en cómo estas podrían moldear las expectativas actuales con respecto al movimiento cooperativo. Si alguien considera que una organización no capitalista, o socialista, de la sociedad es en último término deseable, entonces cómo cabría responder a las siguientes preguntas hoy en día:

(1) ¿Son las cooperativas de producción, las empresas propiedad de los trabajadores, mejoras experimentales deseables para la organización de la producción más allá de las prácticas estándares capitalistas y que van en la dirección de producir un *bienestar social* inmediato?

(2) ¿Son, además, esas cooperativas de producción pequeñas islas de un futuro diferente, *modelos de socialismo* en el interior de una sociedad capitalista?

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 66, n° 9, febrero de 2015, pp. 31-38. Traducción de Joan Quesada. Peter Marcuse (<http://pmarcuse.wordpress.com>), urbanista y abogado, es profesor emérito de Planificación Urbana en la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York. Su última obra, con Neil Brenner y Margit Mayer, es *Cities For People, Not For Profit* (Ciudades para las persona, no por el beneficio), publicada por Routledge en 2011.

(3) ¿Son la *punta de lanza del socialismo, avances políticamente prácticos* en la senda hacia el alumbramiento de una posible sociedad alternativa?

(4) ¿Serán también en última instancia los *cimientos* de esa sociedad, si esta llega a desarrollarse?

(5) En definitiva, ¿cuál es *su importancia, su papel*, en las luchas diarias?

La respuesta que aquí sugerimos a las tres primeras preguntas es que sí, las cooperativas actuales son experimentos que aún no han agotado todo su potencial; ciertamente, representan una mejora con respecto a la mayoría de las estructuras capitalistas existentes y tal vez sean un presagio del futuro, aunque también poseen limitaciones que es preciso reconocer. Las primeras cuatro preguntas no plantean disyuntivas mutuamente excluyentes, en el sentido de que pudieran suscitar, aunque no necesariamente, cuestiones fundamentales sobre si son deseables mayores transformaciones. Muestran que los trabajadores pueden gestionar fábricas por sí solos, que la democracia en el puesto de trabajo es posible y que los capitalistas no son necesarios para la organización de la producción.

La respuesta a la quinta pregunta, relativa a la importancia neta de las cooperativas hoy en día, depende, por supuesto, de la fuerza de las respuestas a las cuatro primeras, y de si se considera que el fin último es una transformación social fundamental. Una transformación social fundamental lo utilizamos aquí para referirnos a un movimiento hacia el socialismo, una alternativa a la formación social capitalista actual. La noción de socialismo de Marx era la de una alternativa como la mencionada, aunque los detalles específicos de esa sociedad podían variar significativamente, siempre que se tratara de una sociedad no capitalista.

Dado que Marx representa un claro punto de partida en la historia de la experiencia con las formas modernas de cooperativas obreras, el

presente artículo examina algunos de los comentarios del autor sobre estas para establecer el contexto para una evaluación más contemporánea.

¿Suponen las cooperativas obreras un bienestar social inmediato?

Sí, las cooperativas obreras son claramente superiores a la forma de organización empresarial basada en la propiedad y la gestión del capital. En primer lugar, sustituyen al capitalista por la asociación democrática de los trabajadores; como dice Marx, los trabajadores se convierten en sus propios capitalistas y, por lo tanto, pueden organizar su propio funcionamiento en la medida en que deseen. El bienestar de los trabajadores mejora materialmente, ya que las *ganancias* que el capitalista habría realizado como consecuencia de la propiedad de la empresa se convierten en renta del 99%, que aumenta proporcionalmente al descenso de la del 1%.

Además, el hecho de que los trabajadores controlen su trabajo inmediato, de forma cooperativa, es ya en sí mismo una contribución a la mejora de su bienestar. Disminuye la alienación del trabajo y les permite ejercitar el músculo intelectual tanto como los músculos físicos.

Ambas ventajas, por supuesto, tienen sus límites, ya que las presiones de la competencia y las exigencias del marketing en una economía de mercado orientada al beneficio privado limitan las opciones de que disponen, aunque en general el resultado neto es un aumento de la igualdad del sistema de producción. En palabras de Marx:

Las fábricas cooperativas gestionadas por los propios obreros son, dentro de la vieja forma, los primeros ejemplos del surgimiento de una nueva forma, aunque naturalmente reproducen en todos los casos, en su

presente organización, todos los defectos del sistema existente, y han de reproducirlos. Sin embargo, la oposición entre capital y trabajo queda abolida en ellas, aunque al principio sea tan solo en la forma de que los trabajadores asociados se convierten en sus propios capitalistas, es decir, utilizan los medios de producir para valorizar su trabajo.¹

¿Son las cooperativas obreras modelos de socialismo dentro del capitalismo?

Sí, en algunos aspectos. Concretamente, las cooperativas obreras pueden hacer visible el verdadero potencial de las formas cooperativas de producción en el capitalismo (incluidos la autogestión, el beneficio material inmediato y la experiencia de empoderamiento) y plantear cuestiones sobre cuáles son las alternativas reales a los modos de producción existentes. No obstante, como Marx señaló, las cooperativas obreras que operan en una economía capitalista de mercado, guiada por el beneficio, no pueden funcionar con independencia de dicha economía. Tal vez puedan estar más cerca de hacerlo en aquellos sectores que en realidad ya se encuentran en cierta medida fuera del mercado, como puedan ser la educación, la sanidad, los servicios municipales, las cooperativas artísticas, pero estos son solo excepciones, relativamente pequeñas dada la escala de ese tipo de actividades libres de competencia, además de estar constantemente amenazadas en la actualidad por la expansión de la destructiva privatización.

¿Son las cooperativas obreras punta de lanza del socialismo y avances políticamente prácticos hacia este?

Una vez más, la respuesta es sí. Sin embargo, hay un importante efecto «silo», ya que, a medida que las cooperativas envejecen, tienden a convertirse en pequeñas torres defensivas aisladas en un paisaje inalterado por

su presencia. La contribución que puede hacer la lucha por las cooperativas obreras y el desarrollo de estas no tiene tanto que ver con los no participantes como con los efectos de concienciación que estas tienen sobre los participantes mismos. Es probable que aumenten el empoderamiento personal y la motivación de los participantes para participar en transformaciones más amplias que las propiciadas por las cooperativas cuando la experiencia les demuestre que las limitaciones a las que antes hacíamos referencia en el desarrollo de sus empresas son inevitables si no se producen cambios políticos mucho más generales y transformaciones económicas sistémicas que, en última instancia, conduzcan a un sistema más cercano al socialismo que al capitalismo.

Al mismo tiempo, las presiones exteriores de la competencia cotidiana, presiones para reducir costes, recortar la calidad y mantener bajos los salarios y el número de empleos, es probable que no den tregua. La tentación de concentrarse en la defensa del silo es inherentemente grande cuando se opera en un sistema de mercado competitivo y con las relaciones de poder político que lo acompañan.

Así pues, los esfuerzos que implica la lucha inmediata por gestionar el negocio y competir con éxito suficiente para, al menos, mantenerse a flote (sobre todo si tenemos en cuenta la limitada experiencia empresarial de la mayoría de los trabajadores) resultan desalentadores. Gestionar una empresa consume gran cantidad de tiempo y de energías, y plantea innumerables problemas tanto técnicos como comerciales. Fácilmente, puede coartar el impulso de intentar expandirse en direcciones que no ofrecen ninguna recompensa inmediata.

La experiencia vital real de los trabajadores en la creación y la gestión continuada de cooperativas obreras debilita, más que fortalece, el alcance político de estas para el cambio de sistema, un cambio que va más allá de las exigencias inmediatamente necesarias. Es posible que la existencia previa de una fuerte orientación ideológica radical baste para

mantener vivo el compromiso de plantear siempre objetivos más a largo plazo en el transcurso de las luchas diarias. No obstante, una cuestión distinta es si, cuando ese compromiso existe ya de antemano, la creación de cooperativas obreras y el apoyo a estas es la forma más efectiva de pasar del compromiso a la práctica.

¿Son las cooperativas obreras los cimientos de una sociedad alternativa, no capitalista?

En un cierto momento, Marx pensó que así era:

Si la producción cooperativa ha de ser algo más que una farsa y una trampa; si ha de superar el sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional según un plan común y, de ese modo, someterla a su control y poner fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas que constituyen la fatalidad de la producción capitalista, entonces, caballeros, ¿qué sería esta si no el comunismo, un comunismo «posible»?²

Sin embargo, las cosas han cambiado desde que Marx escribió esas palabras en referencia a la Comuna de París de 1871. Brevemente:

- Las tecnologías de producción han cambiado, incluidas la globalización, la automatización y las tecnologías de la información.
- Han cambiado la función económica y el poder político de la clase trabajadora, así como su estructura organizativa, y ha aumentado el poder del capital.
- El desarrollo tecnológico ha progresado sustancialmente y ha creado la posibilidad de una abundancia real.³

- El consumismo y los medios de comunicación han modificado y han ampliado su función de control.⁴
- El papel de la ideología y de la conciencia, en oposición a las simples preocupaciones materiales, se ha ampliado (piénsese, por ejemplo, en el surgimiento del conservadurismo social, del Tea Party, de la nueva izquierda y del movimiento Occupy Wall Street).⁵
- El papel del Estado en la implementación del sistema económico es ahora mayor.⁶

Marx pensaba, además, que el Estado no debía tener papel alguno en la creación de cooperativas ni en su gestión. De no ser así, argumentaba, el socialismo se instauraría por la acción del Estado, en fuerte contraste con la idea central del socialismo científico de que los trabajadores solo lograrán la emancipación por sus propios esfuerzos. Si los trabajadores necesitaran el apoyo del Estado para su movimiento revolucionario, con ello solo se pondría de manifiesto «la plena conciencia de estos de que ni gobiernan ni están preparados para gobernar [...] [E]n cuanto a las actuales sociedades cooperativas, estas solo son valiosas en la medida en que son creaciones independientes de los trabajadores, y no protegidas ni de los gobiernos ni de la burguesía».⁷

Este comentario parece contradecir el apoyo entusiasta que brindó Marx a las sociedades cooperativas y que aparecía en la cita anterior. Entiendo que la primera cita hace referencia a circunstancias, como las de la Comuna de París de 1871, en las que el capitalismo ya ha quedado esencialmente *desbancado* y se ha instaurado el control directo de los trabajadores sobre la economía. Dadas las distintas circunstancias de 1875, el entusiasmo de 1871 ha sido reemplazado por un escepticismo que podríamos describir como la creencia en una fácil cooptación de la forma cooperativa por el Estado capitalista.

Así pues, la respuesta a la pregunta sobre si las cooperativas obreras constituyen la base de una sociedad alternativa parecería ser: sí, una vez que se ha establecido un sistema alternativo, no capitalista, pero no antes de ello.

¿Cuál es el papel de las cooperativas en las luchas cotidianas de hoy en día?

Vivimos en una economía de mercado abrumadoramente privada, guiada por el beneficio y competitiva, en la que el Estado está en esencia dominado por el poder del capital. Actualmente, las cooperativas de trabajadores constituyen avances útiles y progresistas que pueden servir para respaldar los esfuerzos para reunir una oposición notable al Estado existente, pero ellas mismas no pueden ser instrumentos para transformarlo. La situación tal vez sea distinta en el futuro; cuál pueda ser su papel entonces es imposible de predecir. Hoy en día, hay que apoyar su papel actual, pero no hay que exagerarlo.

Del análisis anterior podrían extraerse algunas implicaciones específicas para las empresas de todo tipo que son propiedad de los trabajadores, las cooperativas de carácter económico, político y social. Por el lado positivo, habría que fomentar las cooperativas, en cualquier ámbito de actividad, como alternativa a las actividades lucrativas vinculadas al mercado. Las cooperativas evitan la explotación por parte de otros en la producción, y pueden enseñarnos las posibilidades de la autogestión y la democracia participativa inmediata en acción.

Las cooperativas pueden arrojar luz sobre el papel contradictorio del Estado en las actividades colectivas. El papel de estas en una sociedad poscapitalista es posible que sea bastante distinto. No podemos dar por sentado que las cooperativas actuales se mantendrán y se convertirán en uno de los pilares de una nueva sociedad. Podría ser así, o no. Nos

pueden enseñar cosas útiles sobre esa nueva sociedad, pero en la actualidad este es solo un aspecto insignificante de sus actividades.

Sin embargo, la función de las actuales cooperativas en la economía en general se limita básicamente a aquellos sectores económicos en los que las actividades no competitivas tienen un papel significativo y que, clásicamente, son los ámbitos de la educación, la sanidad, la policía, la prevención de incendios, los oficios artesanos, las artes y ciertas actividades públicas como el transporte público, la protección medioambiental y las actividades regulatorias. No obstante, para las cooperativas el Estado es siempre en cierta forma la competencia, y el sector lucrativo privado representa una agresiva amenaza, como sucede con las escuelas concertadas, la seguridad privada y las empresas de servicios sociales. Además, cuanto más grande es una unidad de producción, más difícil es que los trabajadores ejerzan su control directo, y mayor es la dependencia de los dueños del capital para su funcionamiento.

La penetración de las cooperativas en la fuerza laboral también es limitada. La capacidad de estas para pagar salarios está restringida por la competencia, de modo que para que las cooperativas puedan llegar a los trabajadores de los sectores peor retribuidos y pagar un salario digno, es bien posible que necesiten apoyos estatales. Por ejemplo, para que una cooperativa de vivienda para personas de renta baja pueda garantizar que los precios son asequibles, esta debe contar con fuentes de ingresos adicionales distintos de los pagos que efectúan los residentes con sus limitadas rentas, lo que la obliga a depender bien de las ayudas estatales o de empresas colaterales que generen beneficios y permitan efectuar subvenciones internas.

Las cooperativas, inevitablemente sometidas a las presiones del mercado, se ven por lo tanto empujadas a convertirse en sus propios capitalistas y, de este modo, a autoexplotarse, lo que es mejor que ser explotado por otros, pero no deja de ser explotación. Lo mismo sucede

en las cooperativas de productores que en las de consumidores; los voluntarios que trabajan sin retribución son, en términos económicos, trabajadores con salario cero.

La función política y social de las cooperativas de productores se encuentra igualmente limitada por la función que desempeñan los trabajadores en general en las estructuras económicas y políticas que conforman el capitalismo (y que podrían conformar el socialismo, dadas las tecnologías actuales). En tiempos de Marx, esto era central: la estructura de clases descansaba sobre la relación entre el capital y el trabajo, el proletariado. Marx veía al proletariado como los organizadores futuros de la estructura política, dominadores del Estado. Lenin lo interpretó en términos de un Estado transformado de ser instrumento del gobierno de clase a ser una forma de gestión técnica en interés de la eficiencia, un órgano simplemente administrativo, y no responsable ante una jerarquía de poder.

Sigue pendiente el interrogante sobre cuál es el papel que las cooperativas y el movimiento más amplio del que forman parte (un clúster cada vez mayor agrupado bajo los rótulos de «Nueva Economía», «Empresas Propiedad de los Trabajadores», «Economía Solidaria») podrían desempeñar en una transformación social fundamental, dadas las limitaciones que hemos discutido.⁸ La respuesta debe basarse en parte en el examen detallado y la interpretación del papel que han desempeñado hasta ahora, pero aquí aún carecemos de verdaderas pruebas. Existen, es cierto, numerosos estudios de caso de ejemplos individuales, como la cooperativa Mondragón en España y sus imitadores, y algunos estudios más generales como la obra de Gar Alperovitz, o las investigaciones del Instituto de la Nueva Economía, o de Democracia Colaborativa, así como los escritos de economistas como Richard Wolff.

Lo que hace falta, sin embargo, es centrar la atención en aspectos difíciles de aprehender de las experiencias de que disponemos entre co-

operativas. ¿En qué medida las cooperativas han tenido un papel fuera de la propia empresa u organización? ¿Acaso la experiencia ha llevado a los miembros de las cooperativas a una actividad política o social más general fuera del propio silo? ¿Se han posicionado sobre asuntos públicos clave? ¿Han apoyado solidariamente los esfuerzos de otros que pretendían seguir su misma dirección? ¿Han movilizado a otros para que siguieran su ejemplo? Al intentar evaluar la influencia agregada que han tenido, resulta crucial la definición que adoptemos de lo que cuenta como cooperativa o empresa propiedad de los trabajadores (o, en realidad, como parte de una formación alternativa de tipo solidario). Las cooperativas de crédito, por ejemplo, comparten algunas de las características de la categoría en cuestión, pero hay dudas sobre si se puede pensar que, en la práctica, muchas cooperativas de crédito desempeñen un papel externo significativo en los intentos por modificar la economía. Hay ciertas pruebas de que las cooperativas de alimentos frescos sí que intentan influir en las actuaciones públicas, aunque con toda probabilidad solo lo hagan en su limitada esfera de interés directo. Sería muy interesante tener información sobre los dilemas a los que se enfrentan los representantes de los accionistas-trabajadores en las empresas con planes de participación accionarial de los empleados, en situaciones como cuando se sientan en el consejo de dirección y tienen que votar sobre las demandas de aumento salarial de los sindicatos.⁹ Lo que podría mostrarnos una investigación más extensa sigue sin estar claro. En realidad, el hecho de que la respuesta esté aún poco clara puede ser revelador por sí mismo.

Así pues, desde el punto de vista de la preocupación progresista por la justicia social y la transformación social, las cooperativas obreras y el movimiento de la economía solidaria son buenos, pero no debe exagerarse su contribución a una transformación social fundamental. Además, podría ser que acabaran aceptando beneficios inmediatos a expensas de consentir con las formas económicas actuales a largo plazo.

Todo lo dicho hasta aquí es coherente con las observaciones de Marx. Sin embargo, la estructura básica de clases ha evolucionado enormemente desde la época de Marx. En la base, sigue estando la producción de plusvalía en el proceso de producción, ingrediente esencial que subyace a toda ganancia, pero ya no el único lugar en el que se producen ganancias: las finanzas y el comercio son también formas de explotación. El 1% extrae beneficios de diversas partes del 99%, de formas bastante distintas. Cuando Marx escribe sobre el «modo de producción», piensa en un sistema de clases en el que la lucha esencial es entre los proletarios y la burguesía, y se produce en el lugar de trabajo; el consumo es secundario, y las finanzas son, tal vez, terciarias.

Las ideas de Marx sobre las cooperativas se encuentran dentro de este marco. Las cooperativas son proletarias; su organización y su poder son un avance en la senda hacia el poder completo de la sociedad; su importancia se apoya en la importancia del proletariado y la lucha de clases contra el capital.

Por lo tanto, tanto si las cooperativas son el motor del cambio social dentro de una sociedad capitalista como si no, sugieren una alternativa al modo de producción capitalista —aunque conserven la forma de trabajo asalariado— sencillamente porque distribuyen la plusvalía producida entre los propios trabajadores. Aun así, el modo de producción, entendido en sentido estricto, ha dejado de ser por sí mismo el determinante de la organización capitalista de la sociedad. La organización de las finanzas, la propiedad inmobiliaria y el consumo son también componentes cruciales del capitalismo contemporáneo. Y, aquí, las cooperativas tienen un papel muy distinto, y dejan inalterado en gran medida el modo de producción.

Es muy posible que las cooperativas sean un modelo de cómo organizar la producción en el socialismo, pero no lo son de manera exclusiva.

El desarrollo tecnológico ha complicado aún más las cosas. En el sentido gerencial de Lenin, el Estado es necesario a causa de la complejidad de las interrelaciones. Las cooperativas de trabajadores no pueden gestionar separadamente esas relaciones; no pueden, ni deben, determinar qué es socialmente necesario producir, ni en qué proporción, ni cómo distribuirlo, ni cómo utilizarlo.

La importancia de las cooperativas reside en que son un modelo de cómo podrían ser los modos de producción alternativos y de cómo podrían ser ciertas partes de un mundo sin capitalistas, pero estas no pueden ir mucho más allá del papel cada vez más limitado, aunque absolutamente vital aún, del modo de producción.

Desde una perspectiva que mira hacia un cambio social básico en una dirección no capitalista, la principal importancia de las cooperativas tal vez resida más en lo que estas pueden decirnos y enseñarnos sobre el potencial de autogestión y la capacidad del 99% para trabajar y gestionar la sociedad, que en los cambios reales que ocasionan con su actividad.

Notas

1. Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Penguin, Londres, 1981, p. 571. La discusión de Marx que aquí llevamos a cabo ha estado influida por un excelente trabajo de Bruno Jossa, «Marx, Marxism and the Cooperative Movement», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 29, n° 1, 2005, pp. 3-18.
2. Karl Marx, *The Civil War in France*, en Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, International Publishers, Nueva York, 1975, vol. 22, p. 335.
3. Herbert Marcuse, «The End of Utopia», en *Five Lectures*, Beacon Press, Boston, 1970.
4. Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man*, 2ª edición, Beacon Press, Boston, 1991, con una nueva Introducción de Douglas Kellner.
5. Martin Jay, *The Dialectical Imagination*, University of California Press, Berkeley, 1973, 1996.
6. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Farrar & Rinehart, Nueva York, 1944.
7. Karl Marx, *The Critique of the Gotha Programme*, en Marx y Engels, *Collected Works*, International Publishers, Nueva York, 1975, vol. 24, pp. 93-94.
8. «Nueva Economía» es un término que, como los demás, posee diferentes significados, es decir, se utiliza también para referirse a la economía verde, una economía solidaria. Es el término

COOPERATIVAS, ¿EN LA SENDA HACIA EL SOCIALISMO?

que usan Gar Alperovitz y otros, y yo lo utilizo aproximadamente en el mismo sentido, aunque a veces entre comillas, ya que creo que los intentos de especificar detalladamente su significado no son demasiado productivos hoy en día. El sentido general es que se trataría de una forma poscapitalista de organización social y económica. Marx utilizaba a veces el término «socialismo» en un sentido similar, pero abjuró específicamente, por utópicos, de los intentos de definirlo en detalle o de describirlo, y se limitó a tratar de algunos principios generales que este seguiría. Véase Marx, *Critique of the Gotha Programme*, y Friedrich Engels, *Socialism: Utopian and Scientific*, International Publishers, Nueva York, 1935.

9. Para una discusión del modelo en relación con los esfuerzos organizativos en la planta estadounidense de Volkswagen en Tennessee, véase Alexandra Bradbury, «“Employee Engagement” No Substitute for a Union at VW», *Labor Notes*, 17 de diciembre de 2014, <http://labornotes.org>.

Crisis, recuperación y economía de transición.

La lucha por la propiedad cooperativa en Greensboro, Carolina del Norte

Michael Joseph Roberto

Hay mucho que reflexionar mientras el tejido de la sociedad estadounidense sigue deshilachándose por los efectos de un nuevo tipo de depresión capitalista. Son millones de personas las que parecen haberse resignado a un desempleo que es tanto crónico como muy elevado, una situación odiosa a la que se hace referencia con expresiones como «la nueva normalidad», que pretenden que aceptemos las cosas *tal y como son* (marcadas por las privaciones y las disfunciones en múltiples niveles), en lugar de decidir conscientemente cómo *deberían ser*. Mientras tanto, los únicos que hablan de recuperación desde que, en diciembre de 2007, comenzó la actual crisis son los propietarios y los gestores del capital. Se trata, como señalaba Paul Krugman en el *New York Times*, de una «recuperación de los ricos».¹

Los comentarios de Krugman aparecían después de un informe que mostraba que el 1% más rico de los estadounidenses obtuvo más del

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 66, nº 1, mayo de 2014, pp. 130-143. Traducción de Joan Quesada. Michael Joseph Roberto (mjroberto48@gmail.com) es profesor asociado de Historia en la Universidad Técnica y Agrícola de Carolina del Norte. Lleva tiempo involucrado en el activismo local y está trabajando actualmente en una obra sobre la génesis del fascismo en los Estados Unidos en la década de 1930.

19% de la renta familiar del país en 2012, el mayor porcentaje desde 1928, que fue el año anterior al hundimiento de la bolsa de Wall Street. Y eso no es todo. El 10% superior también acaparó en 2012 la cifra récord del 48,2% de las ganancias.² Y, sin embargo, ¿qué pasa con la mayoría de la gente trabajadora, que durante la mayor parte de 2013 fue perdiendo terreno mientras seguía braceando para mantenerse a flote? Mientras las personas con mayores ingresos amasaban las ganancias que les proporcionaban unos dividendos empresariales al alza y el aumento del precio de los valores bursátiles, los salarios de los 145 millones de estadounidenses que componen la fuerza de trabajo subían un mero 1,9%, que, en realidad, era tan solo un 0,4% una vez descontada la inflación.³ Peor aún era la situación de los casi 25 millones de personas que ganaban menos de 10,10 dólares por hora (el salario mínimo que desea Obama), y sencillamente horrible era la de los 3,5 millones que ganaban el salario mínimo federal de 7,25 dólares a la hora o menos incluso.⁴ Por último, no olvidemos a los 10 millones de personas «oficialmente» en paro, que no incluyen a quienes, sencillamente, han tirado la toalla o se han jubilado por necesidad, ni a la innumerable cantidad de personas en situación de subempleo. Tal y como sugería hace poco tiempo el columnista económico Eduardo Porte, será enormemente difícil calcular el coste total que ha pagado la sociedad estadounidense como consecuencia de la peor crisis económica desde la década de 1930.⁵

Mientras todo esto sucede, la izquierda ha sido incapaz de formar y mantener un movimiento masivo de respuesta a la crisis. El ascenso y el ocaso del movimiento Occupy dan buena fe de ello. Digan lo que digan sus acérrimos seguidores, el hechizo y la fuerza inicial del movimiento solo son comparables a la imperturbabilidad de las políticas que provocaron su fin. No hay duda de que Occupy nos dejó una poderosa herencia, la idea de quiénes somos el 99%. Usémosla, pues, para empezar otra vez a construir desde cero. Para eso, vale la pena examinar la breve historia del movimiento Occupy más allá de Wall Street, es decir, en las

poblaciones donde se hizo sentir inicialmente su viva energía y donde es probable que muchos de nosotros nos hayamos embarcado en nuevos proyectos con el potencial de generar una política transformadora y de transición. Eso es lo que ha sucedido en Greensboro, Carolina del Norte, una ciudad sureña de medianas dimensiones bien conocida por las luchas por los derechos civiles y la justicia socioeconómica. Es aquí donde el movimiento Occupy tuvo un papel que, aunque reducido, resultó ser el origen de una feroz lucha popular a favor de la propiedad cooperativa dentro de la comunidad afroamericana.

Occupy Greensboro surgió rápida y espontáneamente de las filas de activistas experimentados y, desde entonces, ha dado la bienvenida a muchos jóvenes que se han incorporado hace poco a la lucha política. Dos semanas después del nacimiento del movimiento en Wall Street, en Greensboro los organizadores lograron atraer a centenares de residentes (jóvenes y ancianos; blancos, negros y latinos; heterosexuales y homosexuales; de clase media y trabajadora; pobres y sin techo) a su primera manifestación en el distrito de negocios de la población.⁶ En aquel momento, el paro era del 11% en la ciudad, y la tasa de pobreza del 20%, según las estadísticas oficiales, que lamentablemente no reflejan completamente la verdaderas cifras en ninguna de ambas categorías. Los activistas de Occupy celebraban nutridas reuniones en la cavernosa trastienda de una librería local en un barrio trabajador, mientras que un grupo de ellos ocupaba físicamente un enclave en el centro de la población. De las reuniones de la Asamblea General, tres veces por semana, surgió todo un conjunto de comités y subcomités que comenzaron a ocuparse de los problemas más apremiantes de la ciudad: el paro, las ejecuciones de hipotecas, el desarrollo económico, los problemas locales con la energía, el comportamiento del Departamento de Policía de Greensboro, el género y la raza, y algunos otros. Las reuniones eran animadas, y pronto empezaron a producirse protestas en el lugar en que se erige el mayor símbolo del 1% en Greensboro: la oficina de Bank of America en el distrito de

negocios. Los comités recopilaron estadísticas y recogieron imágenes de la creciente desigualdad en la ciudad. Gracias a un oportuno artículo del *New York Times*, los activistas de Occupy supieron que el 1% más rico de Greensboro ganaba unos 344.000 dólares de media, aún lejos de los 908.000 dólares de promedio que ganaban sus equivalentes en otros lugares más ricos de los Estados Unidos, pero un dato que todavía resultaba difícil de digerir, dado que la mediana de la renta familiar en East Greensboro, donde reside la mayoría de los afroamericanos de la ciudad, era de 21.617 dólares (el umbral de pobreza para una familia de cuatro miembros era de 22.350 dólares), que suponían aproximadamente la mitad de la renta familiar de West Greensboro (42.927 dólares), un distrito predominantemente blanco y de clase media.⁷ Otros activistas intentaron aprovechar la indignación existente en diversos barrios como consecuencia de la falta de empleo y de vivienda, así como por la «cultura de corrupción» que se percibía en el Departamento de Policía de Greensboro. Todos esos debates y discusiones partían de la plena consciencia del racismo omnipresente en una ciudad que, con frecuencia, se presentaba como una población ejemplar del «Nuevo Sur».

Sin embargo, a pesar de toda la vitalidad y del prometedor carácter del movimiento, este pronto se fragmentó, sobre todo cuando algunos activistas más antiguos, más experimentados, intentaron convencer sin éxito a los más jóvenes de que las condiciones objetivas exigían una política estratégica y programática. Más allá de esa fractura generacional, socialistas, comunistas, marxistas de salón, anarquistas, demócratas liberales y progresistas de variadas condiciones tampoco lograron ponerse de acuerdo. De hecho, las constantes riñas entre los activistas más antiguos —reducibles en ocasiones a puro egoísmo o a intentos de saldar viejas cuestiones en un nuevo escenario— no hicieron más que fomentar el desprecio hacia una parte de la vieja guardia de los idealistas más jóvenes, quienes, con irrefrenable optimismo, defendían las acciones espontáneas frente a todo intento de establecer unos objetivos políticos, una organi-

zación y una estrategia. Más significativo aún fue el hecho de que la incapacidad de Occupy Greensboro para atraer y mantener la participación de los vecinos de East Greensboro —donde la crisis reciente solo había venido a exacerbar los ya antiguos sufrimientos y donde, sin embargo, la desconfianza hacia los blancos de ideas radicales parecía ser ahora mayor que nunca— contribuyó a provocar el desmoronamiento del movimiento. Un año después de su inicio, este ya había hecho implosión. La experiencia, de hecho, vino a ilustrar lo que Marx quería decir cuando escribió: «la tradición de todas las generaciones ya fallecidas pesa como una pesadilla en la mente de los vivos».⁸

Mientras tanto, la ciudad continúa pasando penurias, aunque la población no siempre lo tenga tan claro debido a los esfuerzos, superficiales y a menudo interesados, de las empresas locales de medios de comunicación. Nada puede enturbiar más las aguas que la amplia presencia que se otorga a los gacetilleros de las universidades y las grandes empresas en el periódico local, el *News & Record*, para que anuncien a bombo y platillos las «buenas nuevas» de los momentos de éxito de las empresas de Greensboro, mientras intentan dar sentido siempre que pueden a la versión de la actual «recuperación sin empleo» que impera en la ciudad. El resultado es una mareante acumulación diaria de noticias y de pretendidos análisis. Por ejemplo, los inmuebles comerciales en el distrito de negocios estaban «al rojo vivo» a fines del verano de 2013, mientras que los precios de venta de las viviendas habían aumentado un 30% con respecto al año anterior, hasta los 174.000 dólares de media, lo que no es exactamente un precio asequible para la clase media-baja de Greensboro.⁹ Después, el mercado inmobiliario se hundió en enero, lo que algunas luminarias locales atribuyeron a las «ambiguas señales presentes en la economía», principalmente al deprimente mercado de trabajo en el que muchas personas sencillamente habían dejado de buscar empleo.¹⁰ Hubo también aplausos cuando el paro descendió del 8,6% de finales de verano hasta el 7,2% de enero, aunque en un estudio del economista de Har-

vard Lawrence Katz dicho descenso se atribuía casi exclusivamente a la reducción de la fuerza laboral en Carolina del Norte, y no a la creación real de ocupación.¹¹

Aun así, las cifras oficiales poco nos informan de esa sombría economía. Nadie sabe con certeza cuántos de los residentes de la ciudad están subempleados, un segmento cada vez mayor de la población local cuya existencia diaria es realmente precaria y que ayuda a comprender por qué la tasa de pobreza permanece fija en el 20%, un valor que no ha variado desde 2009.¹² En septiembre, el *News & Report* informaba de que un tercio de los 95.480 habitantes de la ciudad y el condado circundante (Guilford) que habitaban en zonas consideradas como de inseguridad alimentaria percibían rentas demasiado elevadas como para tener derecho a recibir bonos de comida (según un umbral de pobreza fijado en 23.550 dólares para una familia de cuatro miembros), y los grupos de voluntarios tenían cada vez más dificultades para mantener los bancos de alimentos de la ciudad.¹³ Muchos de esos pobres con empleo trabajaban para agencias de trabajo temporal, cuyo número había aumentado espectacularmente dada la creciente demanda en las industrias locales de distintos tipos de obreros especializados a precios que a veces son la mitad de lo que cobraban los trabajadores cuando eran empleados permanentes con salarios óptimos y buenas prestaciones.¹⁴ Todas esas personas son «afortunadas» de tener un empleo, pero lo bastante desafortunadas como para no poseer las condiciones materiales que permiten llevar una vida saludable y feliz. Entretanto, mientras el número de pobres con empleo sigue aumentando, el ayuntamiento se enorgullece de los esfuerzos realizados en los dos últimos años para aportar 30 millones de dólares de financiación pública a la construcción de un nuevo centro de artes escénicas en el centro de Greensboro y, de ese modo, igualar la aportación de los donantes privados al proyecto.¹⁵

En medio de todo eso, fue un aspecto del trabajo realizado por Occupy Greensboro el que resultaría de importancia seminal para los

intentos de establecer la propiedad cooperativa en la economía local. Antes de que Occupy se disipara, se había creado un subcomité de desarrollo económico para examinar diversas cuestiones, entre ellas, la de las cooperativas. Uno de los miembros del subcomité, Ed Whitfield, codirector del Fondo por las Comunidades Democráticas (F4DC), con sede en Greensboro, poseía amplios conocimientos sobre cooperativas y desempeñó un papel crucial. El otro codirector de F4DC, Marnie Thompson, participaba también en uno de los subcomités de Occupy sobre ejecuciones hipotecarias. El subcomité de ejecuciones hipotecarias se mantuvo en pie, cosa que no sucedió con el grupo de economía. Aun así, algunos de sus anteriores miembros se unieron a Whitfield y Thompson en los debates con líderes de la comunidad afroamericana del noreste de Greensboro, que llevaban luchando desde finales de la década de 1990 para crear una tienda de comestibles en un centro comercial en ruinas en esa parte de la ciudad. El centro comercial, conocido como Centro Bessemer, había quedado vacante en 1998, cuando la cadena de supermercados Winn-Dixie lo había abandonado. Tras el cierre, el ayuntamiento de Greensboro había adquirido las instalaciones casi desocupadas con la esperanza de atraer a un comprador que estableciera en ellas un nuevo negocio de alimentación. Sin embargo, los líderes municipales no habían visto cumplidos sus objetivos y la propiedad se había convertido en signo visible del declive, aparentemente irreversible, de la zona noreste de Greensboro. Whitfield y Thompson establecieron lazos con algunos residentes clave de la zona noreste y, juntos, presionaron al ayuntamiento para que reemprendiera la búsqueda de un nuevo negocio de alimentación que deseara instalarse en el noreste, un área que, para entonces, se había convertido en uno de los diecisiete desiertos alimentarios de la ciudad.¹⁶

Al establecer relación con dos grupos comunitarios, Ciudadanos Preocupados por el Noreste de Greensboro (CCNG en sus siglas en inglés) y Ciudadanos por la Justicia Medioambiental y Económica

(CEEJ), Whitfield y Thompson propusieron la creación de una tienda de alimentación de propiedad cooperativa en el Centro Bessemer, que el ayuntamiento restauraría y, después, alquilaría a la cooperativa, con el acuerdo de que esta al final adquiriría el espacio. A diferencia de las cadenas de alimentación de propiedad privada, una cooperativa alimentaria sería beneficiosa para la comunidad porque (1) proporcionaría alimentos asequibles y nutritivos a los residentes, que se encontraban entre los más empobrecidos de la ciudad y cuyo barrio estaba situado en uno de los mayores desiertos alimentarios de la población, y (2) generaría nueva riqueza basada en la propiedad cooperativa y el control democrático, en una comunidad muy necesitada de formación primordial y habitualmente excluida de los planes municipales de desarrollo económico. Whitfield participó en las reuniones de los grupos CCNG y CEEJ para aportarles información detallada y textos sobre el concepto de tiendas de alimentación cooperativas, y distribuyó ejemplares de un manual práctico de creación de cooperativas alimentarias confeccionado por la Asociación Nacional de Cooperativas de Alimentación. Hizo también persuasivas presentaciones sobre los diferentes márgenes de beneficio de las tiendas de alimentación privadas y de las cooperativas, sobre los productos nutritivos que las segundas podían ofrecer a precios sustancialmente inferiores y sobre cómo las ganancias de la cooperativa podían reinvertirse en la comunidad. Lo principal fue que la idea de propiedad comunitaria y control democrático de F4DC desató el debate sobre cómo la comunidad podía acabar siendo propietaria de todo el centro comercial y destinar las ganancias a nuevas inversiones en beneficio del noreste de Greensboro.

El concepto arraigó rápidamente entre un grupo reducido, aunque cada vez mayor, de residentes del barrio del noreste, así como entre grupos activos y comprometidos de ciudadanos blancos de clase media y trabajadora que llevaban tiempo apoyando los intentos de lograr la paridad entre los barrios del este y el oeste de la ciudad, y se dieron pasos

coordinados para implicar al ayuntamiento y a personas clave en la iniciativa. Al principio, los líderes comunitarios del noreste se mostraron esperanzados de que la tan esperada paridad y justicia en cuestiones de desarrollo económico se haría realidad. Incluso el representante del distrito en el ayuntamiento, un promotor inmobiliario llamado Jim Kee, parecía respaldar la iniciativa, que llegó a comparar con el caso de éxito de la cooperativa alimentaria de la cercana ciudad de Burlington.¹⁷

La importancia de todo el proceso pronto se hizo eco entre los residentes de toda la ciudad. El proyecto tenía el potencial para convertirse en un modelo para otros barrios, en particular, para el sudoeste de Greensboro, en el que se concentraban los blancos de clase obrera y los latinos (que representaban ya el 8% de la población de la ciudad) y donde la pobreza y la inseguridad alimentaria iban en aumento. Para el verano de 2012, los residentes y los miembros de F4DC habían creado ya un comité permanente, que pronto se establecería formalmente como la Cooperativa Comunitaria Renaissance (RCC en sus siglas en inglés). Simultáneamente, otros antiguos activistas del movimiento Occupy habían empezado a reunirse con personas favorables del ayuntamiento para discutir sobre la necesidad de una «nueva economía» en Greensboro, que utilizara financiación pública, es decir, mediante un referéndum vinculante, para apoyar a nuevas empresas de propiedad local y, entre estas, a las cooperativas. La recuperación económica nacional, sostenían, no vendría de la mano de las grandes empresas estadounidenses ni de mayores estímulos federales. Más bien, cada ciudad tendría que encontrar su propia forma de crear una economía del siglo XXI.¹⁸ Para ello, el sector público tendría que asumir un papel vital y generar un desarrollo económico destinado a satisfacer las necesidades reales de las zonas más vulnerables de la población y, en el caso del Centro Bessemer, una cooperativa de propiedad democrática capaz de fundir los intereses de clase y los de raza.

Para la primavera de 2013, la iniciativa comunitaria caminaba viento en popa y buscaba activamente el apoyo del ayuntamiento. Los representantes de CEEJ y F4DC se reunieron con las autoridades municipales para pedirles que conservaran la propiedad del centro comercial, ahora rebautizado como Centro Renaissance, se hicieran cargo de la restauración y prestaran asistencia a la nueva cooperativa. Solicitaban al ayuntamiento que garantizara a RCC el alquiler del edificio durante 25 años a precios inferiores a los del mercado, y le concediera un préstamo de 600.000 dólares y una subvención de 100.000 dólares para ponerse en marcha. El dinero serviría como garantía para un préstamo que un sindicato de crédito, Self-Help, ya había aprobado si se cumplían ciertos requisitos, uno de los cuales era que la cooperativa tuviera prioridad a la hora de adquirir la totalidad del centro comercial.¹⁹ Además, el acuerdo con el sindicato de crédito dio pie a la iniciativa por parte de una de las organizaciones comunitarias, CEEJ, de crear una asociación sin ánimo de lucro que acabaría adquiriendo la totalidad del centro comercial mediante un Fondo Comunitario acogido a las condiciones del artículo 501(c)3 sobre organizaciones no lucrativas.²⁰

La posibilidad cada vez más cercana de que RCC se estableciera como arrendatario clave en un revitalizado centro comercial de propiedad municipal contribuyó también a lanzar otro proyecto crucial que se estaba desarrollando en la zona noreste. Después de varios años de intentos, se había formado una sociedad entre el ayuntamiento, la Universidad Estatal Agrícola y Técnica de Carolina del Norte y una asociación sin ánimo de lucro del noreste para crear un huerto comunitario de casi 2 hectáreas en unos terrenos municipales a poco más de un kilómetro del Centro Renaissance. La iniciativa había partido de Terrence Thomas, profesor de la Escuela de Ciencias Agrícolas y Medioambientales de A&T, que había conseguido una beca para emprendedores del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Como líder del proyecto, Thomas empezó a diseñar un plan para acabar transfiriendo el huerto a

una empresa de propiedad cooperativa a fin de abastecer directamente a la comunidad y a la cooperativa de productos frescos y nutritivos de manera permanente y a precios inferiores a los del mercado.²¹ Algunas personas del área noreste comenzaron a pensar en las ventajas de unir los dos proyectos, ambos destinados a resolver los problemas de inseguridad alimentaria de la zona.

Sin embargo, por el camino se fueron presentando importantes retos. El interés privado, la avidez de ganancias, el engaño y la manipulación, la desconfianza derivada de las permanentes divisiones raciales de la ciudad, la ignorancia con respecto a la propiedad cooperativa... Todos ellos estuvieron presentes en las luchas políticas sobre quién debería ser el propietario del centro comercial y sobre si la RCC era un arrendatario viable. El ayuntamiento pronto se mostró dividido en torno a la cuestión. Algunos de sus miembros eran conscientes de las ventajas de la RCC y estaban dispuestos a buscar la forma de que el ayuntamiento restaurara el centro comercial, nombrara un gestor, apoyara las aspiraciones de la cooperativa a convertirse en arrendataria y considerara la posibilidad de que, al final, la comunidad fuera la propietaria de todo. Sin embargo, una exigua mayoría empezó a presionar para que el centro se vendiera a un grupo inmobiliario llamado Renaissance Center of Greensboro (RCG), representado por Alvin «Skip» Alston, un prominente empresario de color y antiguo miembro de la Junta de Comisionados del Condado de Guilford. Para esta facción, entre los que se contaban el alcalde, blanco, y la alcaldesa interina, una mujer negra que había sido el primer alcalde de color de la ciudad, lo más importante era ser pragmáticos. El ayuntamiento, afirmaban, no debía entrar en el negocio de los centros comerciales, aunque ignoraban con ello otros proyectos en los que este sí que había conservado la propiedad para asegurar que las iniciativas llegaran a buen puerto. Además, justificaban su postura con la idea de que la responsabilidad de la recuperación económica en Greens-

boro correspondía a la empresa privada, y no a la administración municipal.

La comunidad negra también se dividió cada vez más en torno al tema de a cuál de los dos grupos debía apoyar, una división alimentada por los intentos de Alston de intimidar al CEEJ, con la ayuda de Kee, el concejal municipal del distrito noreste, que astutamente cambió de bando y comenzó a plantear objeciones sobre el impacto fiscal que tendría para la ciudad el hecho de conservar la propiedad de las instalaciones y a esgrimir dudas sobre las posibilidades de una tienda de alimentación cooperativa. En consecuencia, Kee hizo virar el apoyo de la dirección del otro grupo comunitario de color, el CCNG, hacia Alston y su compañía inmobiliaria, entre cuyos negocios en Greensboro se contaban tiendas de horario comercial extensivo que vendían algunos productos básicos y montones de comida basura a elevados precios. Todo ello dio pie a una serie de tumultuosas reuniones entre la comunidad y las autoridades municipales que polarizaron a la comunidad negra, divida entre el respaldo a un empresario mezquino que pretendía defender los intereses de su comunidad y el apoyo a la alternativa de la propiedad cooperativa en el noreste. Para ofuscar aún más, si cabe, la verdad sobre la propiedad cooperativa y sus potenciales efectos multiplicadores, los partidarios del grupo de Alston expresaron su preocupación por el hecho de que los blancos del bando contrario intentaran decirles a los negros lo que tenían que hacer en su propia comunidad. En el proceso, transformaron de golpe la antigua reivindicación de que el ayuntamiento destinara recursos e inversiones al distrito este de Greensboro, una reivindicación que normalmente también defendían los blancos, hasta convertirla en un discurso de autoayuda.

Ese fue el contexto en el que el consejo municipal votó, cinco contra cuatro, a favor de iniciar las negociaciones con el grupo de Alston (RCG) para venderle el centro comercial por 490.000 dólares y concederle, además, un crédito condonable de 2 millones de dólares para restaurar

el lugar. Para recompensar a los vecinos que habían apoyado a RCG, Kee diseñó una cláusula por la que se requería que la empresa transfiriera el 43% del espacio disponible a una asociación vecinal sin ánimo de lucro que, a su vez, arrendaría parte de ese espacio a la cooperativa.²² Sin embargo, el acuerdo pronto se deshizo cuando el ayuntamiento prestó atención a las críticas crecientes de grupos heterogéneos de vecinos del barrio este que mostraban su indignación por los motivos que guiaban a Alston y por el uso que RCG pensaba hacer del crédito de 2 millones de dólares. El momento culminante se alcanzó en una reunión de vecinos celebrada el 30 de julio en la que Alston fue abucheado por mostrarse más interesado en el dinero que en las personas, ya que RCG no tenía ninguna intención de emplear ni un céntimo de los 2 millones de dólares para restaurar el espacio destinado a la asociación sin ánimo de lucro.²³ Además, los miembros del consejo municipal no tardaron en confirmar que RCG no respetaría el pacto del 4 de junio que lo obligaba a invertir 2 millones de dólares de su propio capital en las obras de restauración. Cuando RCG se negó a cumplir las nuevas condiciones que le imponía el ayuntamiento y el acuerdo se rescindió a finales de septiembre, todo el proceso hubo de iniciarse de nuevo.

Para entonces, empezaba a cuajar entre los vecinos y el ayuntamiento un nuevo plan coherente con el objetivo inicial de crear un centro comercial revitalizado al servicio de las verdaderas necesidades de la comunidad. El 19 de febrero de 2014, el ayuntamiento votó por unanimidad a favor de entablar negociaciones con al Fondo de Capital Riesgo Self-Help, una institución financiera no lucrativa dedicada al desarrollo comunitario con sede en Durham, Carolina del Norte, y que cuenta con un sólido historial de ayuda a las minorías y a personas de renta baja para la adquisición de viviendas y la creación de negocios. En el momento de redactar este escrito, ambas partes estaban diseñando un acuerdo por el que el ayuntamiento venderá el centro comercial a Self-Help, que se encargará de la restauración y, posteriormente, alquilará el espacio, con la

ayuda de 2 millones de dólares aportados por el ayuntamiento.²⁴ Self-Help ha dejado claro que RCC será el arrendatario de referencia. También se ha creado una junta asesora de vecinos que contribuirá al diseño del centro comercial y participará en la selección de los demás arrendatarios. Mientras tanto, RCC continúa avanzando en la definición de su propia organización, de la afiliación a esta y de su financiación. Su junta, recién creada, asegura que la cooperativa estará lista para iniciar el negocio en el momento en que finalicen las obras de restauración, quizás antes de que acabe el año. Y aún mejor, la iniciativa conjunta para crear un huerto comunitario en las proximidades también avanza.

Como consecuencia de todas estas evoluciones, el proyecto de promover la propiedad cooperativa en Greensboro está en marcha. No hay duda de que las condiciones materiales que generan la necesidad y la voluntad política de establecer un control democrático de la riqueza mediante cooperativas vecinales de todo tipo —tiendas de alimentación, agricultura urbana, centros de atención diurna, talleres de automoción, etc.— no harán más que empeorar. Igualmente, las iniciativas para satisfacer a las élites acaudaladas y privilegiadas de la ciudad, como la decisión municipal de sumar 30 millones de dólares de dinero público a los 35 millones que supuestamente invertirá el sector privado para la edificación de un nuevo centro de artes escénicas en el centro de la localidad —además de los 11,5 millones para la adquisición de los terrenos y de asumir los costes de mantenimiento y gestión en los años venideros— no harán más que ensanchar la distancia que separa a ricos y pobres. Según un estudio reciente de los investigadores de la Universidad de Stanford Sean F. Reardon y Kendra Bischoff, en el área metropolitana de Greensboro-High Point, la clase media ha descendido desde constituir más del 50% de la población hasta representar el 45% de esta en la última década. Al mismo tiempo, la suma de la proporción de familias que habitan o bien en zonas pobres, o bien en zonas acomodadas, ha aumentado desde el 15,2% hasta el 32,2%. Ninguna otra área metropolitana ha

experimentado un aumento tan drástico de la proporción de familias que viven repartidas entre las zonas pobres y las zonas ricas.²⁵

En tales circunstancias, la propiedad cooperativa en East Greensboro traerá cierto alivio a los barrios a los que ahora se les niega la prosperidad de otros tiempos y que se están llevando la peor parte de la crisis económica actual. En términos inmediatos, traerá sustento a un desierto alimentario y dará trabajo a algunas personas en la cooperativa y en el centro comercial. Sin embargo, su efecto multiplicador aún tiene mayor potencial. La capacidad de destinar los beneficios a la formación de capital social y reinvertir en otras empresas cooperativas estará determinada por la capacidad de la comunidad para entender la importancia seminal de la propiedad comunitaria como esencia de la democracia participativa. En este sentido, la resurrección del antiguo Centro Bessemer supondrá en realidad el inicio de un renacimiento digno de su nuevo nombre.

Aun así, sería mejor entender dicha resurrección, no como un renacer, sino como un nuevo comienzo capaz de hacer perdurar en el futuro el instinto comunitario de un grupo vecinal que hace mucho tiempo que sufre. Por supuesto, será un camino difícil. Los defensores de la propiedad cooperativa ya han tenido que enfrentarse a la oposición de unas estructuras de poder bien atrincheradas capaces de hacer pasar en un instante del apoyo a la oposición a sus partidarios en el gobierno local y entre las clases dirigentes. En segundo lugar, el capital de todos los colores siempre lleva ventaja a la hora de argumentar sobre las virtudes de la empresa privada, porque normalmente se la considera la única alternativa posible. Existe, además, la dinámica siempre presente de la raza, que a menudo tiene el poder de desmontar cualquier pacto entre personas bienintencionadas.

De hecho, hay algo muy significativo que surgió de Occupy Greensboro, y no solo por lo que respecta a esta iniciativa. Retrospectivamente, vemos que el fracaso de un movimiento centrado en Wall Street

nos ha permitido criticar nuestras propias compañías financieras locales y, en consecuencia, nos ha llevado a algunos de nosotros a su antítesis: la propiedad cooperativa. Si el movimiento en su totalidad hubiera percibido la voluntad política de organizarse y diseñar acciones concretas, uniformes, en Nueva York y en otros lugares, ahora habríamos avanzado más en la creación de un movimiento viable de izquierdas en el plano nacional. Sin embargo, aunque eso no sucedió, el principal mensaje político de Occupy resonó con fuerza en numerosas ciudades y poblaciones. Nosotros asumimos la tarea de construir el movimiento aquí en Greensboro y fracasamos, aunque sí hallamos algunas semillas que algún día podrían germinar para convertirse en árboles.

Lo que hemos expuesto aquí es una economía de transición que es fundamentalmente democrática y potencialmente socialista. «La verdad», escribió el joven Marx, «no solo incluye el resultado, sino también la vía hacia este».²⁶ Lo que está ocurriendo en Greensboro hoy, y probablemente en el futuro inmediato, no puede considerarse socialista en sentido estricto. Aun así, resulta sorprendente y, seguramente, alentador oír a ciudadanos que declaran que el capitalismo no funciona y, de hecho, no funcionará jamás. Eso también me recuerda lo que un antiguo vecino negro me dijo hace años cuando vine a Greensboro por primera vez después del asesinato, el 3 de noviembre de 1979, de cinco miembros del Partido Obrero Comunista por parte de un grupo de nazis y miembros del Ku Klux Klan. A los negros, me dijo, no nos hace falta que nadie nos venga a explicar lo que es el socialismo. Por Dios, hace muchos años que lo practicamos. ¿Cómo crees que hemos logrado sobrevivir, sin dinero y sin medios?

Tal vez podríamos conectar eso con lo que dijo Marx sobre las cooperativas en el Discurso Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores en 1864. Más importante que el histórico logro de la ley de las diez horas como gran «victoria de un principio [...] la primera vez que a la luz del día la economía política de la clase media sucumbió a la

economía política de la clase trabajadora» fue «la victoria aún mayor de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad», el movimiento cooperativo en las fábricas inglesas. Marx continuaba diciendo:

No es posible exagerar el valor de estos grandes experimentos sociales. Con los hechos, en lugar de con argumentos, han mostrado que la producción a gran escala, y según los requerimientos de la ciencia moderna, puede continuar sin la clase de los patronos que emplean unas pocas manos; que, para producir frutos, no es necesario monopolizar los medios de trabajo como medios de dominio y extorsión del propio hombre trabajador, y que, al igual que el trabajo esclavo e igual que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria e inferior, destinada a desaparecer frente al trabajo en asociación, que realiza su esforzada tarea con gusto, entusiasmo y alegría.²⁷

Marx añadía en seguida que la experiencia del periodo que va de 1848 a 1864 «había probado más allá de toda duda que, por muy excelente que sea en principio y por muy útil que se muestre en la práctica, si se mantiene dentro de los estrechos límites de los esfuerzos accidentales de trabajadores particulares, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni liberar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga que los patronos representan».

Para Marx, el movimiento cooperativo era un paso muy importante hacia la realización del «gran deber de la clase trabajadora»: la conquista del poder político.²⁸

Notas

1. Paul Krugman, «Rich Man's Recovery», *New York Times*, 12 de septiembre de 2013, <http://nytimes.com>.
2. Associated Press, «Richest 1% Earn Biggest Share Since '20s», 11 de septiembre de 2013, <http://jamaicaobserver.com>.
3. Nelson D. Schwartz, «Payroll Data Shows a Lag in Wages, Not Just Hiring», *New York Times*, 7 de febrero de 2014, <http://nytimes.com>.
4. Steven Greenhouse, «The Walls Close In: Low-Wage Workers Finding It's Easier to Fall Into Poverty and Harder to Get Out», *New York Times*, 16 de marzo de 2014, <http://nytimes.com>.
5. Eduardo Porter, «Recession's True Cost Is Still Being Tallied», *New York Times*, 21 de enero de 2014, <http://nytimes.com>.
6. Joe Killian, «600 March Downtown», *News & Record*, 16 de octubre de 2011, <http://tmcnet.com>, p. 22.
7. Shala Dewan y Robert Gebeloff, «Among the Wealthiest 1 Percent, Many Variations», *New York Times*, 14 de enero de 2012, <http://nytimes.com>; Michael E. Tabb y Mike Neal, «Balanced Economic Development: A Strategy Plan for East Greensboro», Colliers International y Red Rock Global, 2011, <http://eastmarketstreet.com>, p. 22.
8. Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, en *Karl Marx-Frederick Engels Collected Works*, Progress Publishers, Moscú, 1979, p. 103.
9. Richard M. Barron, «Ready for Liftoff», *News & Record*, 25 de agosto de 2013, <http://news-record.com>.
10. Richard M. Barron, «Greensboro home slaves have nowhere to go but up in 2014», *News & Record*, 18 de marzo de 2014.
11. Investigación Económica, Banco de la Reserva Federal de Saint Louis, «Unemployment Rate in Greensboro-High Point, NC (MSA)», <http://research.stlouisfed.org>; «Employment Spin», *News & Record*, 9 de enero de 2014.
12. Richard M. Barron, «Income, Jobs Weigh Down City's Growth: Greensboro Economy Still Has Miles to Go», *News & Record*, 16 de enero de 2014.
13. Kelly Poe, «Working Poor Struggle in Greensboro», *News & Record*, 2 de septiembre de 2013.
14. Richard M. Barron, «Temp Jobs Increase in Triad: Personnel Companies Ride the Wave of Changing Economy», *News & Record*, 28 de abril de 2013.
15. Dawn DeCwikel-Kane, «Art Center Gets a Name», *News & Record*, 10 de septiembre de 2013.
16. Joe Killian, «For Some, Finding Food Can Be Tough», *News & Record*, 2 de junio de 2013. El artículo define los desiertos alimentarios como «zonas de renta baja en las que al menos el 33% de las personas están a más de una milla [o 1,6 km.] de una tienda de comestibles o un supermercado».
17. Marnie Thompson, «The Early History of F4DC's Role in Community Based Efforts to Build a Cooperative Grocery Store at Bessemer Center», 14 de mayo de 2013, <http://f4dc.org>.
18. Larry Morse y Michael Roberto, «Strategy to Grow Local Businesses Would Help Revive

MICHAEL J. ROBERTO

- East Greensboro», *News & Record*, 12 de mayo de 2013.
19. Amanda Lehmert, «Council Considers Options for Bessemer Plaza», *News & Record*, 8 de mayo de 2013.
 20. Fund for Democratic Communities, «A Pathway to Responsible Community Ownership of the Renaissance Center», 25 de mayo de 2013 (actualizado el 7 de agosto de 2013), <http://f4dc.org>.
 21. Terrence Thomas, *Research and Action for Empowering Residents of Food Desert*, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, NIFA, Evans Allen Funded Project, NC.X-999-5-09-120-1, 2014.
 22. John Newsom, «More Details in Greensboro's Sale of Bessemer Center», *News & Record*, 5 de junio de 2013.
 23. Joe Gamm, «Residents Criticize Alston Over Site», *News & Record*, 30 de julio de 2013.
 24. Amanda Lehmert, «Greensboro Closer to Selling Shopping Center to Nonprofits», *News & Record*, 19 de febrero de 2014.
 25. Jordan Green, «Pulling Apart: The Piedmont Triad's Rapidly Expanding Income Gap», *Yes! Weekly*, 11-17 de enero de 2012, <http://yesweekly.com>.
 26. Karl Marx, «Comments on the Latest Prussian Censorship Instruction», *Collected Works*, vol. 1, Progress Publishers, Moscú, 1975, p. 113.
 27. Karl Marx, «Inaugural Address of the Working Men's International Association», *Collected Works*, vol. 20, Progress Publishers, Moscú, 1985, p. 11.
 28. Karl Marx, «Inaugural Address of the Working Men's International Association», p. 11.

Bangladesh, un modelo de neoliberalismo.

El caso de las microfinanzas y las ONG

Anu Muhammad

El mito y el teatro

En 2006, pocos meses después de que se anunciara la concesión del Premio Nobel de la Paz a Muhammad Yunus y Grameen Bank, estuve de visita en Alemania. Muy comprensiblemente, encontré allí a bangladesíes residentes en el exterior llenos de júbilo y orgullo por el premio. Muchos alemanes, incluyendo académicos de izquierda y activistas, lo vieron como una victoria contra el neoliberalismo. Un grupo alemán de teatro activista me invitó a la representación de su última obra, *Taslima y el microcrédito*. El espectáculo me abrió los ojos: me di cuenta de hasta qué punto se había malentendido el Grameen Bank en Occidente, y de cómo las campañas de los medios de comunicación y la actuación de las relaciones públicas, incluidos los estudios a ellas asociados, habían creado un mito alrededor de Grameen Bank y de Yunus.

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 66, n° 10, marzo de 2015, pp. 35-46. Traducción de Víctor Ginesta. Anu Muhammad es profesor de Economía en la Universidad de Jahangirnagar, en Dhaka, Bangladesh; entre 1991 y 2005 enseñó Antropología. Es secretario miembro del Comité Nacional para la Protección de los Recursos de Petróleo, Gas, Minerales, Energía y Puertos, y ha publicado libros sobre la economía de Bangladesh, la globalización, las políticas revolucionarias, el género, las ONG y la energía.

La obra estaba ambientada en un pueblo remoto de Bangladesh, lleno de gente sin recursos y con unos pocos terratenientes. Taslima, una niña pobre, vivía allí con sus padres. Un día, un consultor del Banco Mundial, trajeado de arriba a abajo, llegó con un proyecto de «desarrollo» para salvar a los pobres y hacer que el pueblo se desarrollara. Al cabo de un tiempo, y como es habitual, el proyecto del Banco Mundial hizo estragos y solo trajo más angustia para los pobres, más dinero para los ricos y una intensificación de los desastres naturales. Las riadas cada vez más frecuentes y la erosión del río hicieron que la familia de Taslima lo perdiera todo. En ese momento ocurrió un milagro: llegó Grameen SOS. Los pobres aldeanos recibieron información sobre los microcréditos: ¡la manera de alcanzar prosperidad y empoderamiento! Taslima y otros formaron un grupo para conseguir microcréditos pero, al ser únicamente cuatro miembros, necesitaban uno más para formar un grupo elegible para un préstamo. Mientras tanto, el consultor del Banco Mundial se dio cuenta de su desastroso papel y, después de buscar desesperadamente a Taslima para comenzar una nueva vida, se unió a ella y dejó atrás su mundo trajeado. Pasaron a ser cinco, lo que les permitió formar un grupo para entrar en el mundo de los microcréditos, ¡y vivieron felices para siempre!

Los organizadores del teatro me pidieron que me uniera al debate de después del espectáculo. De pie, ante un público fascinado, tuve que explicarles la cruda verdad con datos y cifras. Les dije que, a pesar de sus mejores deseos, estaban cometiendo un terrible error. Grameen nunca había sido una alternativa al modelo económico neoliberal impulsado por el Banco Mundial; más bien, nació y se puso sobre la mesa como un complemento necesario del mismo.

Es, por tanto, preciso examinar las microfinanzas y el modelo de ONG en un contexto más amplio, así como la relación entre la financiación del capitalismo global y las reformas neoliberales que, de hecho, crearon el espacio para el boom de las microfinanzas. Es también impor-

tante investigar la naturaleza y la dirección de las microfinanzas en Bangladesh: su impacto en la vida y el sustento de los pobres, y en la realidad macroeconómica.

Globalización, financiarización y privatización

La globalización no es un fenómeno repentino del capitalismo. Las dinámicas capitalistas han sido siempre dispares en su dimensión global. Paul Sweezy identificó las «tres tendencias subyacentes más importantes» de la historia reciente del capitalismo, que comenzaron con la recesión de 1974-1975: (1) la desaceleración de la tasa general de crecimiento; (2) la proliferación mundial de empresas multinacionales monopolistas (u oligopolistas), y (3) lo que bien pudiera ser llamado «la financiarización del proceso de acumulación de capital».¹

El neoliberalismo ha sido resultado de esas dinámicas. Se extendió por el mundo en tres fases: (1) empezó en la década de 1970 y siguió adelante en la de 1980 con el poderoso apoyo de Ronald Reagan y Margaret Thatcher; (2) la caída de la URSS creó oportunidades sin precedentes para que los ideólogos neoliberales dominaran el pensamiento sobre el desarrollo; (3) desde 2011, la llamada Guerra contra el Terror ha hecho más fuerte el poder empresarial y ha racionalizado el uso de la fuerza con fines geopolíticos.

En las últimas décadas, el comercio internacional se ha expandido rápidamente. Muchas economías se han vuelto más integradas en un único sistema económico global, y los sistemas de información y comunicación se han desarrollado a gran velocidad a causa del rápido desarrollo de las tecnologías de la información. Aunque siguen en pie las restricciones a la movilidad laboral, se han realizado muchas reformas en la escala global y nacional para asegurar la libre movilidad de capital. Encontramos que, a estas alturas, la globalización es poco más que el capita-

lismo monopolístico global, que integra a los países periféricos en un único sistema global bajo los términos de los poderosos.

La mayor financiarización del capitalismo global, por un lado, y la veloz privatización de los bienes públicos y de la propiedad común, por otro, han facilitado las tres décadas de reestructuración neoliberal global. El Estado ha quedado en un segundo plano. Las reformas estructurales (por ejemplo, las reformas agrarias y las reformas institucionales) se han sustituido por ajustes estructurales bajo el Consenso de Washington. El gasto público en educación, sanidad, agua potable y capacidad energética se considera deuda. La austeridad se convierte en un arma dirigida contra la esfera pública, mientras se mantienen intactos el presupuesto militar, los subsidios a las empresas y las ventajas fiscales a los ricos.²

Según David Harvey, esos recortes selectivos de presupuesto siguen presiones que existen desde tiempos inmemoriales dentro del sistema, porque «el capital siempre ha tenido problemas para internalizar los costes de la reproducción social (el cuidado de los jóvenes, los enfermos, los lisiados y los ancianos, los costes de la seguridad social, la educación y la sanidad)». ³ El neoliberalismo, simplemente, propuso la solución de hacer que fueran las mismas poblaciones afectadas las que pagaran. Esto requirió la expansión de las finanzas; como dice Samir Amin, la financiarización «no es una “desviación” que pueda corregirse mediante formas apropiadas de regulación; es inseparable de los requerimientos de supervivencia del sistema». ⁴

Muchos arguyen que la regulación más estricta de la década de 1990 y comienzos de la de 2000 podía haber prevenido la gran Gran Crisis Financiera. Pero el contraargumento, el de que el proceso desregulador intensificó la gran crisis que ya se vislumbraba, es fundamental. Es importante señalar que «su causa subyacente fue una burbuja de deuda que ya hacia 1989 había llevado a los Estados Unidos al umbral de los niveles de deuda de la Gran Depresión». ⁵ Las dos décadas siguientes

fueron mucho más lejos de eso. A través de la financiarización, «emergieron nuevos y extraños mercados, liderados por lo que luego se conoció como el sistema de “banca paralela”, y se permitió la inversión en canjes de créditos, derivados de divisas y demás... desde intercambiar derechos de emisiones contaminantes a apuestas sobre el clima». ⁶

No deben pasarse por alto las poderosas razones políticas que hay detrás de las reformas neoliberales, incluidas las más recientes medidas de austeridad e incluso en condiciones exentas de crisis. Alan Budd, el asesor económico principal de Margaret Thatcher, admitió más tarde que «las políticas de la década de 1980 de atacar la inflación asfixiando la economía y el gasto público fueron un pretexto para golpear a los trabajadores» y crear «un ejército industrial de reserva» que debilitaría el poder de los sindicatos y permitiría a los capitalistas conseguir beneficios más fácilmente. ⁷ Apoyar y promover el modelo de las organizaciones no gubernamentales y de las microfinanzas es también una manera de aplicar la economía política de la clase dominante.

La trayectoria de las reformas neoliberales en Bangladesh

Después de la independencia de 1971, Bangladesh no tardó en caer presa de la red de capital global, es decir, la trampa reformista del Banco Mundial y del FMI. Como muchos otros países periféricos, Bangladesh fue blanco de los programas de ajuste estructural que formarían después la columna vertebral del Consenso de Washington: la llamada disciplina fiscal, la reordenación de las prioridades del gasto público, la reforma de los impuestos, la liberalización de los tipos de interés, los tipos de cambio competitivos, la liberalización del comercio y la inversión foránea directa, la privatización y la desregulación, que han sido siempre los principios clave de los programas de ajuste estructural y del Consenso de Washington. ⁸ El objetivo es, en pocas palabras, poner todas las cosas

imaginables al alcance de la empresa privada, convertir cada actividad en algo que proporcione beneficios y abrir todos los espacios y propiedades públicos a los intereses empresariales. En la ideología hegemónica, todo ello se impone con la justificación de que es «eficiente y racional».

El impacto de todas esas reformas en Bangladesh fue significativo:

- Grandes empresas públicas fueron desmanteladas; grandes fábricas fueron reemplazadas por zonas francas de exportación, centros comerciales e inmobiliarias.
- Las fábricas textiles orientadas a la exportación se convirtieron en el pilar de la industria. Incidentes como los del derrumbe del edificio Rana Plaza en abril de 2013 mostraron el grado de crueldad y codicia que hay en esas trampas mortales.⁹
- Los trabajos estables en las fábricas se sustituyeron por un sistema de trabajo temporal, a tiempo parcial, externalizado e inseguro.
- La mayor fuente de divisas extranjeras han sido las remesas de los emigrantes; que se han producido junto a una gigantesca salida de recursos efectuada por las empresas extranjeras utilizando los precios de transferencia [entre empresas de un mismo grupo] y mediante la expatriación de los beneficios, además de la transferencia al exterior, legal e ilegalmente, de la riqueza acumulada por los grupos empresariales locales.
- El número de trabajadores en el extranjero es ahora mayor que el número de trabajadores ocupados en las fábricas del país, trabajadores que tomaron esa arriesgada opción a causa de la escasez de puestos de trabajo.
- Otro fenómeno reciente es la feminización de la clase trabajadora, lo cual ha ocurrido a causa de la reducción del poder adquisitivo y del incremento de la inseguridad laboral. Esto ha presionado a las familias a trabajar más y sumarse a la fuerza de trabajo con más de un miembro, niños incluidos.

- Los recursos energéticos y la electricidad han sido sistemáticamente privatizados.¹⁰ La energía se ha convertido en un producto caro y los costes para el sector productivo se han incrementado, mientras que la mayoría ha visto amenazada su seguridad energética. Todo esto ha perjudicado a los campesinos, muchos de los cuales tuvieron que sumarse al mercado laboral en el país y en el extranjero.
- El acaparamiento de tierras, la ocupación de espacios públicos por parte de las empresas privadas y la deforestación han desterrado a muchos.
- Las sucursales rurales de los bancos propiedad del Estado han cerrado y se ha restringido el acceso de la población a la financiación más asequible, con lo que se la ha obligado a recurrir a los microcréditos, que tienen un tipo de interés más elevado.

El auge de los superricos y de los capos de la mafia y el dominio de los responsables políticos que estos ejercen hace que a las instituciones globales les resulte fácil promover su programa; por ejemplo, la privatización ofrece enormes oportunidades a esta clase para apropiarse de las propiedades comunes. El banco más grande que ha quebrado es el grupo empresarial más grande del país; su propietario, que ha sido acusado de vaciar millones de Taka hacia el extranjero mediante la manipulación de la cuota de mercado, continúa siendo el consejero económico del primer ministro del país.¹¹

Un estudio todavía sin publicar del Ministerio de Finanzas estima que el tamaño de la economía sumergida es de un mínimo del 40% al 50%, y de un máximo del 83% del PIB de Bangladesh.¹² Esta particular economía incluye el soborno, los crímenes, el comercio de armas, el empleo de criminales profesionales, la corrupción, el pillaje de recursos, el tráfico de mujeres, las comisiones ilegales de negocios dudosos y las fugas de dinero de diferentes proyectos del gobierno, especialmente de los que gozan de «ayuda extranjera».

Irónicamente, al igual que en todos lados, las reformas neoliberales en Bangladesh se emprendieron en nombre de la moderación de la corrupción, de mejorar la eficiencia y la transparencia, de incrementar el empleo digno y de reducir la pobreza. Pero, en lugar de eso, esas reformas incrementaron el alcance y la legalidad de la corrupción, de la criminalidad, de la apropiación de recursos, de las comisiones procedentes de los malos negocios y del gangsterismo. Este proceso de acumulación de capital es, en muchos sentidos, similar a lo que Marx escribió acerca del proceso de acumulación primitiva de capitales en Europa, en el cual las viejas y las nuevas élites se apropiaban de los recursos comunes y los convertían en propiedad privada.¹³ En Bangladesh, los programas neoliberales y el modelo de acumulación primitiva de capital operan conjuntamente: se ayudan, se racionalizan y se hacen más fuertes el uno al otro.

Neoliberalismo para los pobres: el modelo de las ONG/microfinanzas

Para abrir el espacio a las diferentes formas de privatización y financiación, una campaña ideológica ha demonizado la responsabilidad del Estado hacia sus ciudadanos. La retirada gradual de esas responsabilidades ha dejado a la mayoría de la población desprotegida frente a las hambrunas, la pobreza, la inseguridad laboral y las enfermedades.

Desde principios de la década de 1970, el Banco Mundial se ha centrado en los programas de reducción de la pobreza. Por aquel entonces, la pobreza y la desigualdad crecientes, resultado de un proceso de modernización basado en el «goteo» hacia abajo de la riqueza, habían generado un amplio descontento. Por lo tanto, la aparición y el desarrollo de las ONG para el desarrollo dispusieron de un entorno propicio en cuanto a inversiones y políticas de apoyo. Bangladesh, recién independi-

zada pero golpeada por la pobreza, parecía un caso ideal para la experimentación y un buen caldo de cultivo para las ONG.

En 1974, BRAC inició su propio programa de microcréditos con la formación de grupos (de pobres rurales) y un enfoque que consistía en concentrar los esfuerzos en grupos específicos (es decir, en dirigirse a los pobres); más tarde se convertiría en la ONG más grande del país.¹⁴ ASA, otra gran agencia de microcréditos, nació en 1978. Muhammad Yunus creó el proyecto que sería el embrión de Grameen Bank en 1976; ahora se ha convertido en la organización de microfinanzas más conocida del mundo.¹⁵ Un cambio de políticas en 1981 que afectaba a los bancos privados hizo que en 1983 fuera posible la creación del Grameen Bank.¹⁶

El modelo de desarrollo de las ONG pronto apareció como una opción conveniente para trabajar con los pobres y evitar a la vez las soluciones estructurales a la pobreza. La participación de las ONG se convirtió en una condición para recibir ayudas, impuesta por los países donantes y las agencias. Así pues, durante el período más intenso de la embestida neoliberal (1980-1995), las ONG se convirtieron en parte integral del proceso de diseño de políticas, y fueron utilizadas por el Estado periférico como un medio y un sistema de prestación de servicios, con lo que se convirtieron en una efectiva herramienta para el proceso de privatización.¹⁷ En este sentido, lo que James Petras y Henry Veltmeyer observaron en Lationamérica es igualmente cierto para Bangladesh: «La proliferación de ONG no ha reducido el paro estructural ni los desplazamientos masivos de campesinos, ni tampoco ha proporcionado un nivel salarial digno al creciente ejército de trabajadores informales. Lo que han hecho las ONG ha sido proporcionar una renta en divisas fuertes a un delgado estrato de profesionales, que así pueden escapar a los estragos de la economía neoliberal que afecta a su país y a su pueblo y escalar dentro de la estructura de clases sociales existente».¹⁸

Al principio, las ONG empezaron a trabajar con un claro compromiso de abordar asuntos sociales como la desigualdad o la falta de atención sanitaria, y de movilizar a los pobres para que se pronunciaran en contra de la explotación, las privaciones y la estructura de poder dominante.¹⁹ Sin embargo, muchas de ellas se retractaron de sus promesas iniciales y se concentraron principalmente en las operaciones de microcréditos. Esto ocurrió a causa de las restricciones legales impuestas a las ONG por el Estado, por el riesgo de oponerse a actores poderosos y debido a las condiciones de financiación de los donantes.

Desde inicios de la década de 1990, el sector de las ONG se ha polarizado enormemente. Unas pocas ONG se han hecho con el control de los recursos del sector, con la mayor parte de su fuerza de trabajo y con los apoyos internacionales y la red de financiadores, mientras que muchas otras ONG se han visto forzadas a convertirse en subcontratistas de las primeras.²⁰ Esas pocas ONG de grandes dimensiones han acumulado sustanciales cantidades de capital gracias a sus actividades de microfinanzas y han abierto gradualmente varias ventanas comerciales, entre las que se incluyen las empresas conjuntas con compañías multinacionales. Su poder se refleja en los edificios de varias plantas en que se alojan, en su cultura empresarial y su influencia sobre los medios de comunicación y las políticas gubernamentales.

Esa polarización ha provocado también una importante transformación de ciertas ONG, lo que a mí me gusta llamar su «corporativización». Grameen Bank y BRAC se han convertido en actores globales, entrando en iniciativas conjuntas con multinacionales y organizaciones como el Banco Mundial, y convirtiendo a sus propios grupos en grandes compañías, ya sea formalmente o no. La formación de esas «ONG empresariales» es ciertamente un fenómeno nuevo, no solamente para el sector de las ONG, sino también para el mundo empresarial, y ha dado lugar a una nueva forma de propiedad privada y de monopolización/oligopolización de ciertas áreas de negocio.

Microcréditos: la financiarización del modelo de las ONG

La financiarización del capitalismo global, y su hambre de nuevos mercados debido al desequilibrio entre la oferta de bienes y la capacidad de compra de la mayoría global, han creado un espacio abierto para los microcréditos/microfinanzas como mercado financiero para los pobres. Por lo tanto, no deberíamos considerar las microfinanzas como meras «sumas reducidas de dinero manejadas en transacciones básicas», sino como «parte de un sistema de finanzas reconocible por otros sistemas de finanzas. Las microfinanzas no son lo mismo que el préstamo de dinero o las operaciones de las casas de empeños; son financieramente más avanzadas, en cuanto incorporan las herramientas de cálculo, el lenguaje y la lógica del sistema financiero dominante en el acto de prestar a la gente sin recursos».²¹

En Bangladesh, los programas de microcréditos/finanzas se han expandido rápidamente desde la década de 1980.²² Es el mismo periodo en el que innumerables trabajadores sin empleo entraron en el mercado laboral procedentes de empresas manufactureras cerradas o privatizadas y desterrados de granjas grícolas. Diferentes programas dirigidos a los pobres evolucionaron para servir de «red de seguridad» a fin de rescatar a las víctimas de los Programas de Ajuste Estructural. El sector informal se expandió, ya que era la única opción que les quedaba a las personas desarraigadas, en paro y desprotegidas. Los microcréditos se hicieron con ese mercado.

El Banco Mundial consideró inicialmente que las microfinanzas eran ineligibles para su apoyo, ya que estaban subvencionadas y tenían un cierto carácter «amateur». Pero pronto se dio cuenta de que la «nueva ola» de microfinanzas era de hecho perfectamente «coherente» con su cometido general de ocuparse de la pobreza y, al mismo tiempo, imponer políticas neoliberales. En consecuencia, a comienzos de la década de 1990 el Banco Mundial entró agresivamente en el campo de las microfi-

nanzas, especialmente a través de uno de sus organismos: la Corporación Financiera Internacional (CFI). De hecho, el Banco Mundial pronto «asumió el liderazgo a la hora de presionar para imponer el modelo de microfinanzas de la “nueva ola”». ²³ En 1995, el Banco Mundial creó el Grupo Consultivo para Asistir a los más Pobres (CGAP, en sus siglas en inglés) y, en 1997, se celebró en Washington la primera cumbre del microcrédito. Las microfinanzas se convirtieron en un poderoso componente dentro del conjunto de herramientas para el desarrollo de la financiarización-globalización.

Las microfinanzas son ahora una industria que mueve más de 90.000 millones de dólares, con más de 200 millones de prestatarios. Se calcula que «los prestatarios de microfinanzas satisficieron un total de 19.583 millones de dólares» a esta industria en 2010. ²⁴ Atraer a la red de las finanzas a un gran número de personas sin recursos del mundo ha contribuido a esa «transformación del valor en valor globalizado» que hace que el trabajo de estas resulte accesible al capital global. ²⁵

A pesar de toda la fanfarria que pregona el éxito de los microcréditos y de las ONG en Bangladesh, muchos estudios han puesto de manifiesto desde el principio las limitaciones de las microfinanzas como herramienta para la reducción de pobreza. En un estudio sobre «una muestra total de 1.489 familias procedentes de 15 pueblos, únicamente entre un 5% y un 9% de los tomadores de préstamos resultaron usar los microcréditos para su mejora económica, y muchos de ellos tenían también otras fuentes de ingresos». ²⁶

En otro estudio, Q. K. Ahmed y otros encontraron que 1.189 de los 2.501 encuestados no podían devolver a tiempo los vencimientos de sus micropréstamos. Ahmed encontró que el 72,3% de ellos tenía que pedir dinero prestado a altos tipos de interés a prestamistas y otras figuras, mientras que alrededor de un 10% tenía que vender bienes tales como sus cabras para poder devolverlos. ²⁷

En el caso de Bangladesh, el número de prestatarios y la cantidad de préstamos empezaron a mostrar una tendencia declinante a partir de 2009. Un estudio encargado por el Banco Mundial para la evaluación de la pobreza mostró que, de 2003 a 2008, la tasa de crecimiento anual de los miembros activos estaba entre el 12,5% y el 17,85%. Las cosas no podían continuar indefinidamente así, de modo que el informe anterior mostraba que a partir de 2009 se había registrado una caída en el número de miembros, primero del 0,55%, en 2009, y después del 3,04%, en 2010.²⁸

No obstante, el Grameen Bank y otras Instituciones de Microfinanzas (o IMF) tienen sus propias historias de éxito espectacular. Pero el éxito no consiste en la reducción de la pobreza, sino más bien en la expansión empresarial y el establecimiento de una nueva forma de industria financiera. Por ejemplo, Grameen Phone es ahora la mayor compañía de telefonía móvil de Bangladesh, con más de un 62% propiedad de Telenor, una compañía noruega. Grameen Telecom (otra empresa estrechamente vinculada a Grameen Bank) posee el resto de las participaciones.²⁹ Al principio, Grameen Phone empezó sus operaciones a través de la red de microcréditos de Grameen; Grameen Bank concedía préstamos para que sus miembros entrasen en el mercado de Grameen Phone.

Grameen DANONE Food y Grameen Veolia Water Ltd. son otros ejemplos que nacieron como iniciativas conjuntas con empresas globales y se popularizaron en nombre de los pobres, pero que no son propiedad de los miembros de Grameen. Grameen Veolia Water Ltd. es una iniciativa dedicada a formar parte de una estrategia a largo plazo de privatización del agua. Ahora ya sabemos que el sector privado «grameenizado» no aporta nada diferente; simplemente, nos encontramos ante una nueva retórica para ocultar la expansión empresarial bajo el velo de la ayuda a los pobres.³⁰

La reducción de la pobreza y el branding de Bangladesh

En la literatura actual sobre el desarrollo, BRAC y Grameen se han convertido en marcas altamente reconocibles de Bangladesh que constituyen, respectivamente, la mayor ONG de microfinanzas y la más premiada internacionalmente, premio Nobel incluido. Ya que ambas son elogiadas por su éxito en la reducción de pobreza y en el desarrollo humano, y el modelo de microfinanzas se ve como la solución a la pobreza, se supone también que Bangladesh es líder mundial en ambos apartados. Sin embargo, ¿cuál es la realidad sobre el terreno?

Bangladesh presenta al mundo algunos números agradables. Todo el mundo, desde el gobierno, el Banco Mundial-FMI-ADB, y *The Economist*, hasta los medios locales y los consultores, amaña las cifras para mostrar que el actual paradigma de desarrollo está produciendo resultados positivos y que la combinación de la privatización con el modelo de las ONG está dando buen rendimiento.³¹ Sí, el país ha tenido un crecimiento anual del PIB del 6% durante más de una década; la renta per cápita superó los 1.000 dólares en 2013; ha habido un crecimiento remarkable de las exportaciones, y las ganancias por las remesas, las carreteras y las comunicaciones se han extendido significativamente. Aún así, esas cifras «impresionantes» en variables macroeconómicas no alteran el desolador panorama para las vidas humanas y el medioambiente; de hecho, para muchos, en toda la sociedad, lo que encontramos es un empeoramiento.

Hay muchas cosas sutiles y maliciosas en el discurso sobre la pobreza. Las cifras sobre la «reducción» de la pobreza de renta se han convertido en una cuestión de fe basada en el supuesto de que algo así «debe de haber sucedido». La Encuesta sobre Rentas y Gastos de las Familias de 2010 recompilaba datos de 2005 y 2010 para revisar las estimaciones de pobreza para 2010; mostró que el porcentaje de gente que vivía por debajo del rango más elevado del umbral de pobreza había decrecido de

un 40% en 2005 al 31,5% en 2010.³² No obstante, el método, la calidad de los datos y la falta de consistencia plantearon muchos interrogantes a los académicos independientes.³³

El Banco Mundial ha reconocido que la proporción de gente situada por debajo del umbral de pobreza aumenta significativamente cuando se aplican pequeños cambios en la vara de medir. Según el informe más reciente del Banco Mundial sobre Bangladesh, si tomamos como umbral de la pobreza per cápita un ingreso diario de 1,09 dólares, la gente que vive en la pobreza se sitúa en el 31,5%; pero si lo incrementamos a 1,25 dólares, entonces se eleva hasta el 43,3%, y si lo situamos en 2 dólares, asciende hasta el 75,8%.³⁴ Aunque el Banco Mundial ha reconocido los límites de sus mediciones del umbral de pobreza, sigue sacando conclusiones basadas en esos criterios.³⁵

Un estudio reciente revela que, si se calcula el umbral de pobreza a partir del coste de las necesidades básicas, tal y como este se correlaciona con los precios actuales, la ratio de pobreza difiere significativamente de los datos que proporcionan los gobiernos.³⁶ Una encuesta reciente muestra que el 57% de las familias del Bangladesh rural carecen de tierras, y, en conjunto, el 82% de la población rural puede calificarse de «pobre en recursos».³⁷ ¡Esa es la realidad sobre el terreno, aún después de décadas de ONG y operaciones de microcréditos «pro-pobres»!

Los datos más llamativos aparecen en un documento reciente del gobierno que muestra que Bangladesh tiene la proporción más alta de gente que vive por debajo de la línea de pobreza en toda Asia meridional. Según sus cálculos, mientras que en Bangladesh el 31,5% de las personas viven por debajo de la línea oficial de pobreza, las tasas en los países vecinos son del 29,8% en la India, del 25,2% en Nepal, del 23,2% en Bhután, del 22,3% en Pakistán y del 8,9% en Sri Lanka.³⁸ ¡No hay explicación disponible sobre por qué el país emblema de los microcréditos y las ONG figura tan atrás con respecto a los demás!

Todos estos datos indican una cosa: que el PIB y los ingresos per cápita se han incrementado sin que eso haya supuesto una mejora significativa para la gente pobre y necesitada de Bangladesh, y que muchos pueden incluso haber visto cómo se deterioraban aún más sus condiciones de vida. A los campesinos en la agricultura, a los obreros en las fábricas textiles y a los trabajadores migrantes les cuesta sangre, sudor y lágrimas mantener las cifras de crecimiento al alza. A causa de la privatización, han aumentado los costes de la educación y de la sanidad; por lo tanto, a pesar del crecimiento de esos servicios en el sector privado, para la mayoría el acceso a ambos se ha reducido. Muchos proyectos de desarrollo han hecho aumentar el PIB a costa de acabar con las formas de vida de las personas y destruir los sistemas fluviales y el entorno medioambiental único de Bangladesh. El paradigma bangladesí de desarrollo es claramente, por lo tanto, una vía de crecimiento neoliberal endulzada con ONG y microcréditos «orientados a los pobres».

Conclusión

La economía rural de Bangladesh está ahora mucho más orientada al mercado, y las relaciones de mercado han pasado a ser dominantes. Junto a otros factores internos y externos, las remesas han sido la principal causa de ello, mientras que la producción textil ha sido otra de las causas. La propagación de los microcréditos ha jugado también un papel a la hora de incrementar la orientación hacia el mercado de la economía rural. El pequeño comercio y los pequeños prestamistas de dinero han crecido a causa tanto de las remesas como de los microcréditos. El tan aplaudido aumento de la movilidad de las mujeres se ha debido más a la producción de prendas de vestir que a los microcréditos. El desarrollo de infraestructuras tales como las carreteras y la electrificación ha creado nuevas oportunidades para diferentes empleos y empresas, así como para la migración a corto plazo. Así pues, tomando en consideración todos

esos factores, diferentes estudios han concluido que las condiciones de los pobres rurales no difieren mucho entre los prestatarios de microcréditos y los no-prestatarios.³⁹

Muchos estudios han revelado también que las microfinanzas/créditos son incapaces de mejorar la situación de los pobres que no poseen ninguna otra fuente de ingresos. Al contrario, un informe reciente muestra cómo la vulnerabilidad se incrementa después de quedar atrapados en un círculo sin fin de endeudamiento. En su intento por salir de ese círculo, a los prestatarios se los fuerza incluso a vender sus órganos y a enfrentarse a un sufrimiento evitable, cuando no a una muerte prematura.⁴⁰ La alta tasa de crecimiento de la migración del campo a la ciudad, el constante flujo de mujeres y hombres que llenan las calles y las barriadas de Dhaka en busca de trabajo, el destino de estos en fábricas trampa y en trabajos informales inciertos, así como en tierras extranjeras, muestran todos ellos el fracaso del muy aclamado modelo de las ONG y las microfinanzas.

En esencia, el modelo de las ONG y el enfoque basado en las microfinanzas casan bien con la ideología neoliberal y el paradigma dominante de desarrollo que produce y reproduce la pobreza para muchos y la prosperidad para unos pocos, destruyendo la naturaleza y la vida de las personas para maximizar los beneficios empresariales. Mientras tanto, y no obstante, la retórica de la «ayuda a los pobres» y de una «alternativa de los pueblos» genera ilusiones en torno a las ONG y las microfinanzas. Mientras sirva al capital global, esa ilusión debilita las políticas y la visión de una alternativa real basada en la soberanía y la emancipación de los pueblos.

Notas

1. Paul M. Sweezy, «More (or Less) on Globalization», *Monthly Review*, vol. 49, n° 4, septiembre de 1997, pp. 1-4.
2. El nuevo estudio de la Red de Justicia Impositiva [Tax Justice Network] estima que «existen tantos como 32 billones de dólares, lo que es más del doble de la deuda nacional entera de los Estados Unidos, ocultos sin pagar impuestos. Véase Mark Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Oxford University Press, Nueva York, 2013.
3. David Harvey, *The Enigma of Capital and Crises of Capitalism*, Profile Books, 1ª edición en Asia meridional, 2011, p. 265.
4. Samir Amin, *The Law of Worldwide Value*, Monthly Review Press, Nueva York, 2010.
5. Steve Keen, *Debunking Economics*, Zed Books, Nueva York, 2011, p. 395.
6. Harvey, *The Enigma of Capital and Crises of Capitalism*, p. 21.
7. Harvey, *The Enigma of Capital and Crises of Capitalism*, p. 15.
8. William Easterly, «What Did Structural Adjustment Adjust? The Association of Policies and Growth with Repeated IMF and World Bank Adjustment Loans», en *Journal of Development Economics*, n° 76, 2005, pp. 1-22.
9. Para un análisis sobre el peor derrumbe de una fábrica, que mató como mínimo a 1.134 personas, véase mi reciente artículo «Bangladesh RMG: Global Chain of Profit and Deprivation», 17 de mayo de 2014, <http://opinion.bdnews24.com>. Para un análisis de la industria entera, véase: «Wealth and Deprivation: Readymade Garments in Bangladesh», *Economic and Political Weekly*, 20 de agosto de 2011, pp. 23-27, <http://epw.in>.
10. Para más detalles, véase Anu Muhammad, «Natural Resources and Energy Security, Challenging the “Resource-Curse” Model in Bangladesh», *Economic & Political Weekly*, 25 de enero de 2014, pp. 59-67, <http://epw.in>.
11. *Prothom Alo*, el diario de mayor distribución en Bangladesh, ha publicado varios informes sobre el grupo Beximco y sus créditos incobrables. Recientemente, el diario informaba de los más de 670 millones de dólares de créditos impagados principalmente de bancos propiedad del Estado y del privilegio especial del que gozaban. Monjur Ahmed, «Beximco grouper jonyo bishesh subidha» (Los privilegios especiales del Grupo Beximco), *Prothom Alo*, 15 de diciembre de 2014.
12. El ministro de Finanzas afirmó tal cosa en la conferencia de prensa posterior a los presupuestos del 8 de junio de 2012. FE Report, «It’s a People’s Budget», *Financial Express*, vol. 20, n° 260, 9 de junio de 2012, <http://thefinancialexpress-bd.com>.
13. El cual, como arguye Harvey, continúa como «acumulación por desposesión». Véase Harvey, *The Enigma of Capital and Crises of Capitalism*, pp. 40-57.
14. BRAC era anteriormente conocido como «Comité de Asistencia para la Rehabilitación de Bangladesh» y luego como «Comité de Progreso Rural de Bangladesh»; actualmente no es un acrónimo. Véase <http://brac.net>.
15. La Asociación para el Progreso Social (ASA) se fundó en 1978. Para más información, véase <http://asa.org.bd>.
16. Para más detalles, véase <http://grameen.com>.
17. Este proceso lo comentó anteriormente S. R. Osmany, «Limits to the Alleviation of Poverty

- Through Non-farm Credit», *Bangladesh Development Studies*, n° XVII, 1989, pp. 1-19. Y también David J. Lewis, «Catalyst for Change? NGOs, Agricultural Technology and the State in Bangladesh», *Journal of Social Studies*, n° 65, 1994, pp. 1-35.
18. James Petras y Henry Veltmeyer, *Globalization Unmasked: Imperialism in 21st Century*, Zed Books, Nueva York, 2001, p. 129.
 19. Empecé a estudiar las ONG desde su surgimiento. Después de algunas investigaciones sobre el terreno, escribí acerca de sus limitaciones en 1980 y, más tarde, en 1982 con el título de «Samrajyabadi songstha, NGO, O Krishok Mukti» [Organizaciones imperialistas, ONG's y emancipación del campesinado], un artículo en Anu Muhammad, *Biswa Pujibad O Bangladesher Anunnayan*, Karim Prakashani, Dhaka, 1983; eso fue antes de publicar un libro sobre la crisis del desarrollo y del modelo de las ONG, *Bangladesher Unnayan Songkeot ebong NGO Model*, Prochinta, Dhaka, 1988. En el momento en que se publicó la segunda edición de ese libro, en el año 2000, la polarización de las ONG y su integración dentro de la estructura dominante era todavía más evidente.
 20. Si consideramos únicamente el control sobre los microcréditos, encontramos que «las tres mayores IMF —Grameen Bank, BRAC y ASA— representan el 62% de todas las cuentas de prestatarios y el 69% por ciento de las carteras restantes. El *top* 15 sirve el 82% de todas las cuentas y provee el 82% de todas las carteras pendientes», según Abdul Bayes (ed.), *Bangladesh at 40 Changes and Challenges*, AHDPH, Dhaka, 2012, p. 284.
 21. Philip Mader, *The Political Economy of Microfinance: Financialising Poverty* Palgrave, Londres, 2014, p. 137.
 22. Como muestra el documento del gobierno, «en Bangladesh hay cuatro tipos principales de instituciones involucradas en actividades de microfinanzas. Estas son: Grameen Bank; más de un millar de organizaciones no-gubernamentales, de las cuales unas 500 son instituciones microfinancieras con licencia; bancos comerciales y especializados, y programas de microfinanzas esponsorizados por el gobierno», en Microcredit Regulatory Authority, *Microfinance Regulations in Bangladesh: Development & Experiences*, documento de posición presentado en la Conferencia Internacional sobre Microfinanzas, Dhaka, 15-17 de marzo de 2010.
 23. Milford Bateman, *Why Doesn't Microfinance Work? The Destructive Rise of Local Neoliberalism*, Zed Books, Londres, 2010, p. 16.
 24. Philip Mader, *The Political Economy of Microfinance*, p. 140.
 25. Amin, *The Law of Worldwide Value*, p. 84.
 26. Anu Muhammad, «Grameen and Microcredit: A Tale of Corporate Success», *Economic and Political Weekly*, 29 de agosto de 2009, pp. 35-42, <http://epw.in>.
 27. Q. K. Ahmed (ed.), *Some Findings on Micro Credit at Micro Level: Socio-economic and Indebtedness Related Impact of Microcredit in Bangladesh*, University Press Limited, Dhaka, 2007.
 28. Banco Mundial, «Bangladesh Poverty Assessments», *Bangladesh Development Series*, junio de 2013, p. 128, <http://documents.worldbank.org>.
 29. Citando a diferentes fuentes, Philip Mader señaló que «Telenor también había hecho dos años antes una importante donación de 14 millones de coronas noruegas al Centro Nobel de la Paz. El hombre que nominó a Yunus para el premio trabajaba como consultor para Telenor». Philip Mader, *Financialising Poverty, The Transnational Political Economy of Microfinance's Rise and Crises*, tesis doctoral no publicada, Max Planck Institute for the Study of Societies, Colo-

BANGLADESH, UN MODELO DE NEOLIBERALISMO

- nia, 2012, p. 49.
30. El término ha sido usado por Muhammad Yunus, fundador del Grameen Bank, en varias ocasiones; recientemente lo ha hecho muy a menudo en relación con su última misión de «negocios sociales». Véase Muhammad Yunus, *Building Social Business: The New Kind of Capitalism that Serves Humanity's Most Pressing Needs*, Public Affairs, Nueva York, 2010. Además, sobre sus ideas y su experiencia con los préstamos de Grameen, véase Muhammad Yunus, *Banker to the Poor*, Public Affairs, Nueva York: 1999.
 31. *The Economist*, en particular, da crédito a BRAC y al modelo de las ONG en general con respecto a la «reducción de pobreza». Véase «Bangladesh Development: The Path the Fields», *The Economist*, 3 de noviembre de 2012, <http://economist.com>.
 32. Ministerio de Finanzas, Gobierno de Bangladesh, *Bangladeshe Daridro o Oshomota* [Informe gubernamental sobre la pobreza en Bangladesh], junio de 2013, p. 5.
 33. Para un excelente análisis sobre los problemas que presentan los umbrales de pobreza oficiales de la India, similares a los de Bangladesh, véase Utsa Patnaik, «Poverty Trends in India 2004-5 to 2009-10», *Economic and Political Weekly*, 5 de octubre de 2013, pp. 43-58.
 34. Banco Mundial, Bangladesh Development Series, vol. II, «Bangladesh: Towards Accelerated, Inclusive and Sustainable Growth—Opportunities and Challenges», junio de 2012, <http://documents.worldbank.org>.
 35. «Las estimaciones de pobreza de 1 dólar a 2 dólares aquí descritas son útiles solamente como indicadores de progreso global, no para evaluar el progreso en el nivel estatal o para guiar las políticas de los países y para programar formulaciones». Banco Mundial, *World Development Report 2000/2001: Attacking Poverty*, p. 17, <https://openknowledge.worldbank.org>.
 36. Para más detalles, véase Saiful Malek Ansary, *Poverty and Self Employment, A Study on 20 Villages*, tesis doctoral, Jahangirnagar University, 2014.
 37. IFPRI-USAID, *Bangladesh Integrated Household Survey 2011-2012*, Dhaka, abril de 2013, <http://usaid.gov>.
 38. Ministerio de Finanzas, Gobierno de Bangladesh, *Bangladeshe Daridro o Oshomota* [Informe gubernamental sobre la pobreza en Bangladesh], junio de 2013, pp.39-41.
 39. Anu Muhammad, «Grameen and Microcredit: A Tale of Corporate Success», *Economic and Political Weekly*, 29 de agosto de 2009, pp. 35-42, <http://epw.in>; véase también Banco Mundial, *Bangladesh Poverty Assessment, Bangladesh Development Series*, junio de 2013, <http://documents.worldbank.org>.
 40. «The Bangladesh Poor Selling Organs to Pay Debts», *BBC News*, 27 de octubre de 2013, <http://bbc.co.uk>.

El complejo corporativo-no-lucrativo.

Componente integral y fuerza motriz del imperialismo en la fase financiero-monopolista del capitalismo

Efe Can Gürcan

Según Michal Kalecki, el sistema imperialista de la era keynesiana descansaba sobre una estructura triangular compuesta de (a) la producción militar financiada por el Estado (el complejo corporativo-militar, a menudo llamado «complejo industrial-militar»), (b) la propaganda de los medios de comunicación (el complejo corporativo-mediático), y (c) una superestructura de supuesto pleno empleo y orientación al bienestar (el keynesianismo) apuntalada por la máquina de guerra y que servía para justificarla.¹ John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Robert W. McChesney nos proporcionaron, a partir de la obra de Kalecki, una versión actualizada de la teoría del imperialismo de tradición capital-monopolista y pusieron el énfasis en el papel primordial del citado triángulo en la reestructuración y la preservación del sistema imperialista contemporáneo.² En un intento de ampliar su trabajo, sostengo que uno de los cambios más significativos en la estructura triangular del imperialismo contemporáneo es el que se ha producido en el tercer pilar, sobre

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 66, n° 11, abril de 2015, pp. 37-53. Traducción de Joan Quesada. Efe Can Gürcan es doctorando en la Universidad Simon Fraser. Es coautor de *Challenging Neoliberalism at Turkey's Gezi Park* [El desafío al neoliberalismo en Gezi Park, Turquía], publicado por Palgrave Macmillan en 2015.

todo con el abandono del paradigma de la orientación al bienestar y la adopción del proyecto de globalización neoliberal.

Las cuestiones aquí son: ¿Qué es lo que ha venido a llenar el espacio dejado por el abandono del keynesianismo de pleno empleo/orientación al bienestar? ¿Cómo ha sido posible sostener un imperialismo incapaz de resolver los problemas del desempleo y el empeoramiento de los niveles de vida? ¿De qué modo la amenaza implícita que representa la globalización sirve para reforzar una nueva dialéctica neoliberal de militarismo acompañado por acumulación por desposesión?

En la primera parte de este artículo presentamos la teoría del imperialismo de la escuela del capital monopolista y aportamos una breve discusión de esta que tiene en cuenta las recientes metamorfosis del imperialismo bajo el influjo de la financiarización y la neoliberalización. En la segunda parte, ofrecemos un análisis teórico y empírico del desarrollo del complejo corporativo-no-lucrativo como componente integral y fuerza motriz del imperialismo neoliberal contemporáneo.

La metamorfosis del capital monopolista y la reestructuración de la estructura triangular del imperialismo

Es útil distinguir entre dos puntos de inflexión en el sistema imperialista posterior a la Segunda Guerra Mundial, ambos con raíces en la situación de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. El primero fue el declive de la hegemonía británica en la economía capitalista mundial y el ascenso de los Estados Unidos, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial.³ La ascensión de los Estados Unidos a la posición hegemónica coincidió con la instauración de las instituciones de Bretton Woods: el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Acompañándose de medios y estrategias militaristas, los Estados Unidos priorizaron

las oportunidades de inversión para las grandes empresas estadounidenses y les facilitaron el acceso a los recursos naturales de la economía mundial. En otras palabras, la posición hegemónica y los medios militares del imperialismo estadounidense se han utilizado para incrementar la competitividad internacional y las ganancias del capital monopolista del país.⁴

El segundo punto de inflexión fue la financiarización y la neoliberalización de la economía mundial, que cobraron fuerza en la década de 1980 bajo liderazgo de los Estados Unidos.⁵ Los teóricos del capitalismo monopolista sostienen que la tendencia económica general del capitalismo tardío es al estancamiento, principalmente por falta de oportunidades de inversión que sean provechosas. Debido a la ralentización del crecimiento económico en la década de 1970, la financiarización y el neoliberalismo —el segundo como contrapartida política de la primera— se presentaron como soluciones parciales al problema de estancamiento del capitalismo tardío. El control de la economía pasó de las juntas de dirección de las empresas a los mercados financieros, lo que hizo que la economía mundial fuera cada vez más dependiente de las burbujas financieras. La financiarización, el crecimiento especulativo de la deuda en relación con la economía en su totalidad, se institucionalizó progresivamente como forma de amasar riqueza y estimular indirectamente la acumulación de capital. Aun así, la financiarización por sí misma es incapaz de resolver la tendencia al estancamiento y tan solo añade nuevas contradicciones al problema subyacente de la sobreacumulación. Como demuestran Foster y Magdoff, la financiarización no ha alterado la esencia real del sistema en esta fase, que se manifiesta en el desarrollo del capitalismo monopolista como forma dominante del capital. El resultado es sencillamente un nuevo sistema híbrido de capital financiero-monopolista.⁶

La teoría del capitalismo monopolista resalta el hecho de que el imperialismo —el sistema en toda su dimensión global— constituye una

formación histórica/estructural que trasciende a las políticas particulares de ciertos Estados o a la personalidad de los diseñadores de políticas.⁷ Foster, Hooleman y McChesney, basándose en la obra de Kalecki, argumentaron que la estructura históricamente incrustada del sistema imperialista descansaba sobre tres pilares clave complementarios que permitían al capital monopolista mantener y fortalecer el control sobre las materias primas y el trabajo en las zonas periféricas y generar oportunidades para la absorción de plusvalía: el complejo corporativo-militar, el complejo corporativo-mediático y el Estado keynesiano del bienestar/empleo.⁸

Por lo que respecta al complejo corporativo-militar, Foster, Holleman y McChesney señalaron que el gasto militar estadounidense es mayor que el de ningún otro país o grupo de países. Entre 2001 y 2007, el gasto nacional de defensa creció un 60% en dólares reales, hasta alcanzar la cifra de 553.000 millones de dólares (en gastos militares reconocidos), y hoy en día ha llegado a superar el billón de dólares.⁹ Esto indica hasta qué punto los sectores militar y empresarial están entrelazados en la economía y el Estado norteamericanos.

Para complementar el análisis, sugiero que resulta útil distinguir entre tres factores principales que conducen a la formación y la consolidación del complejo corporativo-militar: (a) el deseo del capital monopolista estadounidense de lograr la dominación mundial; (b) la revolución científica y técnica de la posguerra mundial que potenció la producción militar, y (c) la creciente unión de las élites del Estado y del capital monopolista en los Estados Unidos.¹⁰

Es igualmente importante reconocer dos grandes complicaciones que los factores que acabamos de mencionar han provocado. En primer lugar, en la medida en que el complejo corporativo-militar tiende a ser intensivo en tecnología, pierde su efecto de estimulación del empleo. En segundo lugar, tras la desaparición de la URSS, los Estados Unidos, co-

mo única superpotencia, han recurrido a estrategias militaristas e imperialistas más manifiestas en zonas que antes estaban dentro de la esfera de influencia soviética o próximas a esta, lo que se puede fácilmente entender como un nuevo proyecto imperial en el que los Estados Unidos pretenden utilizar su poder militar, la supremacía financiera del dólar y otros medios (como las políticas neoliberales y los acuerdos comerciales) para reforzar nuevamente su hegemonía económica.¹¹

En la actualidad, el complejo corporativo-militar es una realidad institucionalizada e inherente al propio desarrollo del capitalismo y al contexto político-económico específico que da forma al capitalismo.¹² Según István Mészáros, el componente militar del imperialismo actual es uno de los elementos más cruciales del capitalismo monopolista. Si consideramos el estado actual de la tecnología militar:

Hemos entrado en la fase más peligrosa del imperialismo en toda la historia. Porque lo que hoy en día está en juego no es el control de una parte del planeta en particular, sino el control de la totalidad de este por una superpotencia económica y militar hegemónica, por todos los medios, incluidos los medios militares más extremadamente autoritarios y, si es preciso, violentos. Es eso lo que exige la racionalidad última del capital globalmente desarrollado.¹³

En cuanto al complejo corporativo-mediático, Foster, Holleman y McChesney sostienen que los medios de comunicación corporativo-imperiales estadounidenses se cuentan entre los principales beneficiarios de la globalización neoliberal que lideran los Estados Unidos, ya que sus ingresos fuera del país se han disparado y el propio gobierno apoya a los monopolios de medios de comunicación en los acuerdos comerciales y sobre propiedad intelectual. El papel esencial del complejo corporativo-mediático es la despolitización de las masas, así como la prestación de

apoyo ideológico a la máquina de guerra estadounidense mediante todo tipo de propaganda.¹⁴

Como señala Peter Philips, la industria estadounidense de medios de comunicación está cada vez más centralizada y monopolizada por menos de una docena de grandes corporaciones que dominan la circulación de noticias en todo el mundo. Los miembros de los consejos de dirección de las once mayores corporaciones de medios de comunicación de los Estados Unidos (un total de 155 personas) se entrelazan con las más altas instancias del capital financiero-monopolista, de la Agencia Central de Inteligencia (o CIA) y de otros sectores clave del aparato estatal.¹⁵ En la medida en que los medios de comunicación están cada vez más monopolizados, algo que el desarrollo de internet solo ha acelerado, el entretenimiento y las noticias se combinan para multiplicar las ganancias de esas corporaciones globales hasta niveles nunca vistos, como ejemplifica perfectamente el caso de Time Warner, uno de los mayores conglomerados mediáticos, cuyas actividades incluyen la producción cinematográfica y televisiva, la industria editorial y los servicios de canales de cable.¹⁶ Como tal, el complejo corporativo-mediático se manifiesta claramente en el uso extensivo que se hace de los medios de comunicación en guerras de agresión «humanitarias» como la guerra de la OTAN contra Yugoslavia, en el transcurso de la cual se estigmatizó a los serbios y, posteriormente, se los asaltó, o las guerras de Irak, las más televisadas de la historia (y de las que los medios proporcionaron la versión más aséptica). El complejo corporativo-mediático también tiene su papel en el debilitamiento de los llamados «Estados villanos», como Venezuela y Cuba.

La supresión de las estrategias keynesianas (es decir, la retirada del Estado del fomento del empleo civil) y la introducción del neoliberalismo en la agenda imperialista allanaron el camino para el debilitamiento de la autonomía del Estado frente al capitalismo monopolista. El espacio que dejó vacante el abandono de las políticas estatales keynesianas se ha

llenado con un nuevo paradigma de desarrollo neoliberal que coloca en primer plano al sector sin ánimo de lucro como enclave de ingeniería social y para la financiarización de esferas sociales cada vez mayores. En consecuencia, en la década de 1980 surgió, como tercer pilar de la estructura triangular del imperialismo contemporáneo, un complejo corporativo-no-lucrativo (apoyado en las organizaciones no-gubernamentales u ONG) que domina todo un espectro de los servicios sociales, muchos de los cuales prestaba el Estado anteriormente. Este representa una especie de «tercera vía» por parte del capital, que privatiza las funciones del Estado y ocupa puntos estratégicos clave dentro de la sociedad civil (con la cooptación de los movimientos sociales), mientras que, en apariencia, se mantiene fuera del ámbito del capital privado, lo que permite la aceleración de la privatización y el fortalecimiento de la hegemonía global del capital financiero-monopolista.

Según Mészáros, la contradicción entre las tendencias globalizadoras del capital monopolista y el mantenimiento del dominio de los Estados-nación supone una de las limitaciones más importantes al imperialismo contemporáneo.

Hemos alcanzado una nueva fase histórica en el desarrollo transnacional del capital: una fase en la que ya no podemos evitar enfrentarnos a una contradicción fundamental y una limitación estructural del sistema. Dicha limitación es el grave fracaso a la hora de instaurar el Estado del sistema capitalista como tal, como complementario a las aspiraciones y la articulación transnacionales del capitalismo, de modo que se haga posible superar los explosivos antagonismos entre Estados nacionales que han caracterizado al sistema de manera cada vez más grave durante los dos últimos siglos.¹⁷

El complejo corporativo-no-lucrativo, surgido en este contexto, está dominado por las ONG internacionales. Tras ocupar un espacio marcado por la ausencia del Estado, estas se han convertido en un nuevo vehículo para intentar resolver en los términos del capital la contradicción entre las tendencias globalizadoras del capital monopolista y el mantenimiento de la centralidad de los Estados-nación sustituyendo a ciertos aspectos de estos últimos.

El gran auge de las ONG se puede vincular al espectacular aumento de los fondos destinados por los Estados Unidos al complejo corporativo-no-lucrativo. Los datos de la OCDE indican que la ayuda oficial estadounidense al desarrollo osciló entre los más de 3.000 millones de dólares del año 1970, hasta los más de 7.000 millones de 1980, los 11.000 millones de 1990, los 9.000 millones del año 2000 y los 30.000 millones de 2013, en desembolso neto de fondos en dólares estadounidenses actuales.¹⁸ De forma parecida, los pagos a ONG estadounidenses, no estadounidenses e internacionales aumentaron en más de un 130% entre 2001 y 2012, desde algo más de 2.000 millones a 5.000 millones de dólares.¹⁹

En la obra de 2007 titulada *The New Cold War: Revolutions, Rigged Elections and Pipeline Politics in the Former Soviet Union* [La nueva guerra fría: revoluciones, amañados electorales y política de oleoductos en la antigua Unión Soviética], Mark McKinnon traza la aparición del complejo corporativo-no-lucrativo hasta la Administración Reagan y los prolongados intentos del capital monopolista con base en los Estados Unidos por desestabilizar la Unión Soviética y los regímenes socialistas de la Europa Oriental. MacKinnon sostiene que la Fundación George Soros y el Fondo Nacional para la Democracia [o National Endowment for Democracy] son dos de los actores primordiales en la formación del complejo corporativo-no-lucrativo. Además, aporta pruebas de cómo Soros financió Solidarność, uno de los principales actores en el debilitamiento del régimen socialista, junto a Carta 77, una de las fuerzas que lideraron la

Revolución de Terciopelo en Checoslovaquia en 1989. El hecho de que la Fundación Soros destinara millones de dólares a financiar la publicación de libros de texto no marxistas y a apoyar a Alexander Yakovlev es un indicador significativo del desarrollo del complejo corporativo-no-lucrativo.

Esos mismos métodos se repitieron para el derrocamiento del gobierno de Slobodan Milošević en Serbia (durante el cual la organización Otpor!, financiada por Soros, se convirtió en un modelo emblemático de movilización para forzar un cambio de régimen) y de muchos otros gobiernos durante las Revoluciones de Colores en los antiguos países socialistas durante la década de 2000. Como ilustran las entrevistas de Tamara Vukov con activistas serbios de ONG, es bien sabido que la financiación occidental a las ONG llegaba en bolsas de dinero en efectivo, en lugar de hacerlo mediante legítimas transferencias bancarias, con la sola condición de participar en acciones contra Milošević. Los donantes cortaron la financiación a quienes querían diversificar sus acciones y dirigirlas a cuestiones más amplias, incluidos los derechos humanos, la educación y el poder judicial. Además, la financiación por proyectos sirvió para desviar la atención de las ONG serbias de las estrategias más a largo plazo y concentrarla en objetivos a corto compatibles con la adaptación al mercado capitalista.²⁰

El Fondo Nacional para la Democracia es otro actor destacado en el desarrollo del complejo corporativo-no-lucrativo, asociado a las ONG. Se creó en 1982 como una organización sin ánimo de lucro financiada por el gobierno y destinada a contrarrestar la expansión del comunismo en el mundo, con un presupuesto anual de 18 millones de dólares, que llegarían a ser 80 millones en la primera década de este siglo. Contribuyó con sus fondos a la consolidación de organizaciones como el Instituto Andrei Sajarov, el Centro para la Democracia, Carta 77 y Solidarność, con la vista puesta en movilizar a los disidentes de los regímenes socialistas. También presta apoyo a los esfuerzos desestabilizadores de los disi-

dentes en países como Venezuela y Cuba.²¹ El historial de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) no resulta menos impresionante. Los documentos de WikiLeaks y muchas otras fuentes creíbles han revelado cómo la USAID, en calidad de «agencia civil de ayuda exterior», ha transferido millones de dólares a ONG cubanas y venezolanas que defienden un cambio de régimen proestadounidense.²²

De distintas maneras, el complejo corporativo-no-lucrativo ha quedado establecido como uno de los componentes integrales y una de las fuerzas impulsoras del imperialismo actual del capital monopolista-financiero estadounidense. Vale la pena atender a cómo surgió este complejo ONG-imperial y se afianzó en distintas partes del mundo. Dylan Rodríguez define el complejo corporativo-no-lucrativo como «el conjunto de relaciones simbióticas que vinculan las tecnologías políticas y financieras del Estado con la supervisión y la vigilancia del discurso político público, sobre todo el de los movimientos sociales emergentes de izquierdas y progresistas, que efectúan las clases propietarias desde mediados de la década de 1970».²³ El complejo corporativo-no-lucrativo surgió como respuesta a la expansión de los movimientos revolucionarios en 1968 y al ascenso de los movimientos sociales radicales antibelicista, de liberación de la mujer y de liberación gay durante la década de 1970.²⁴ Rodríguez sostiene que el complejo corporativo-no-lucrativo es «la cartera de terciopelo de la represión estatal». Implícitamente, promueve la institucionalización de relaciones de dominio. El autor revela cómo las organizaciones de la izquierda liberal financiadas por las fundaciones fueron cooptadas por el Estado y se transformaron en agencias de servicios sociales no antagonistas y agencias reformistas defensoras del Estado que venían llenar el vacío dejado por el declive del Estado de bienestar.²⁵

Con el complejo corporativo-no-lucrativo, la absorción de los movimientos radicales queda garantizada gracias al establecimiento de

relaciones de patrocinio entre el Estado y/o el capital privado y los movimientos sociales. La represión ideológica y la subordinación institucional se basan en «una *gestión del miedo* burocratizada que atenúa la ruptura radical con el capital de las clases propietarias (léase: el apoyo de las fundaciones) y con el sentido común hegemónico (léase: la ley y el orden)». ²⁶ La crucial implicación del capital monopolista (por ejemplo, a través de las fundaciones Mellon, Ford y Soros) en el sector sin ánimo de lucro ayuda a transformar «proyectos de resistencia política en aventuras casi empresariales de estilo corporativo». ²⁷ El valor neto de todas esas fundaciones aumentó el 400% entre 1981 y 1996, hasta los 200.000 millones de dólares en total. ²⁸ «En el año 2000, el sector no lucrativo controlaba más de 1,59 billones de dólares de activos financieros y tuvo gastos de más de 822.000 millones». ²⁹

El papel de las fundaciones corporativas en el desarrollo del complejo corporativo-no-lucrativo ha aumentado en peso y en importancia. Christine Ahn explica que, «con escasas excepciones, los consejeros de las fundaciones son una extensión de los bancos estadounidenses, las casas de correduría, los bufetes de abogados, las universidades y las empresas». ³⁰ Señala también que las juntas de administración y el personal de las fundaciones más filantrópicas están formados por individuos blancos, de mediana edad y de clase alta que socaban abiertamente la rendición de cuentas de las fundaciones ante el público. Tan solo una docena de las fundaciones conservadoras más prominentes «controlaban 1.100 millones de dólares en activos y concedieron subvenciones de 300 millones desde 1992 hasta 1994». ³¹ Investigaciones realizadas hace 25 años, en 1995, indicaban que «las instituciones conservadoras con intereses múltiples como la Fundación Heritage, el Instituto de Empresa Estadounidense, la Fundación del Congreso Libre para la Investigación y la Educación, el Instituto Cato y Ciudadanos por una Economía Sana contaban ya con una recaudación colectiva de más de 77 millones de dólares». ³² Solo la Fundación Heritage recibió más de 28 millones de dólares en

subvenciones de numerosas fundaciones conservadoras entre 1999 y 2001.

Las fundaciones liberales (como la Rockefeller, la Ford, la Bill y Melinda Gates) figuran en la vanguardia para el progreso de la agenda imperial neoliberal. El papel de la Fundación Rockefeller en el fomento de las agroempresas de la llamada Revolución Verde es un ejemplo del modo de funcionar de las fundaciones liberales.³³ Estas han tenido un papel clave en la estrategia mundial de implementación de la escolarización neoliberal, diseñada para reestructurar todos los niveles educativos según líneas corporativas, con altos niveles de estandarización, control laboral de los profesores y financiarización de la financiación estatal de la educación.³⁴

Otra tendencia clara del complejo corporativo-no-lucrativo es la cooptación de los movimientos sociales radicales en nombre de la promoción de los intereses de la «sociedad civil». Andrea Smith, quien entrevistó a activistas palestinos, halló que la enorme mayoría de ONG y fundaciones defienden la «solución de dos Estados», que legitima la colonización y la ocupación, además del control total de los recursos palestinos por parte del Estado israelí.³⁵ Muchas de las ONG que operan en Palestina evitan tratar la cuestión de la ocupación, y centran su atención en el desarrollo de proyectos «israelopalestinos». Para resaltar hasta qué punto llega la conexión entre el imperialismo y el complejo corporativo-no-lucrativo, resulta sorprendente que el 80% de las infraestructuras palestinas estén financiadas por agencias subvencionadoras internacionales que intentan evitar el crecimiento de sentimientos anticapitalistas y establecer mecanismos de libre mercado.³⁶ Cuando los movimientos sociales radicales se integran en ONG, estos son absorbidos también por el sistema imperialista.

Ruth Wilson Gilmore afirma que los proponentes del neoliberalismo dieron la bienvenida al sector no lucrativo con una retórica de

eficiencia y rendimiento de cuentas. El sector no lucrativo empezó a llenar el vacío dejado por la disminución del papel del Estado en el bienestar social a partir de la década de 1980. Gilmore nos avisa de que el crecimiento del sector no lucrativo tuvo como resultado la profesionalización de las organizaciones sin ánimo de lucro que actúan como «Estados en la sombra», lo que coincide con la llegada de un aluvión de expertos sectoriales y la apertura a dicho sector de las escuelas de negocios, cuyos programas están completamente dedicados a la formación de gestores altamente capacitados.³⁷ Las organizaciones sin ánimo de lucro trabajan para desactivar los movimientos sociales.

Paul Kivel resalta algunas de las implicaciones más negativas de esta evolución. El trabajo en servicios sociales se centra en satisfacer las necesidades diarias de los individuos víctimas de la explotación y la violencia. Los movimientos sociales se concentran en el cambio social y en ocuparse de la raíz de la explotación y la violencia.³⁸ Argumenta Kivel que la pérdida de concentración en el cambio social y una concentración excesiva en los servicios sociales, con la profesionalización que la acompaña, inducen a los movimientos sociales a transformarse en defensores del statu quo. Los servicios sociales dan trabajo a los «empleados de servicios sociales» y hacen que estos se sientan bien con lo que hacen y con la posibilidad de ayudar a los individuos a sobrevivir en el sistema existente:

La existencia de esos empleos sirve para convencer a la gente de que las tremendas desigualdades de riqueza son naturales e ineludibles. Institucionalizar los comedores sociales lleva a la gente a esperar que existan, inevitablemente, personas que no tiene lo bastante para poder comer; establecer residencias permanentes para las personas sin hogar hace que la gente crea que es normal que no haya suficiente vivienda asequible.³⁹

Así pues, gran parte de la ayuda financiera que va a parar a los programas del sector no lucrativo se destina a asumir el anterior papel del Estado como agente de bienestar social y administrador de los servicios públicos. La expansión del complejo corporativo-no-lucrativo tiende a crear una nueva clase privilegiada de profesionales, que sirven al statu quo en lugar de trabajar para el cambio social.⁴⁰ Tiffany Lethabo King y Ewuare Osayande han escrito que:

La estructura sin ánimo de lucro se basa en una estructura y una jerarquía corporativas que recompensan las «credenciales burguesas» y la «movilidad ascendente»; el modelo no lucrativo hace que a los jóvenes económicamente privilegiados les resulte más fácil salir de la universidad y fundar una entidad sin ánimo de lucro que implicarse en movimientos ya establecidos a largo plazo; su modo de operar está obsesionado por la construcción institucional más que por las tareas de organización, y obliga a los activistas contra la injusticia social a responder más ante quienes los financian que ante nuestras comunidades.⁴¹

El proceso de expansión de las ONG tiene sus raíces en una problemática «perspectiva humanitaria del desarrollo». Nik Barry-Shaw y Dru Oja Jay explican que se trata de una postura que concibe la pobreza como un problema cuantitativo, más que considerarla producto de las relaciones sociales. En consecuencia, el desarrollo se considera como una cuestión puramente técnica que debería aislarse de la ideología y la política. Con el complejo corporativo-no-lucrativo, los movimientos sociales se ven arrastrados al servicio del proyecto imperial. El boom masivo de ONG de la década de 1980 contó con el apoyo de instituciones internacionales como el FMI y el Banco Mundial y estuvo sometido al dominio del Tesoro de los Estados Unidos y los departamentos o ministerios de Finanzas de los países ricos. Estas instituciones consideran las ONG «vehículos ideales para gestionar los costes sociales» asociados a los pro-

gramas de ajuste estructural, que provocan el empeoramiento de la pobreza y el desempleo. Las ONG se convirtieron en el canal preferido para la prestación de servicios sociales que antes solía asumir el Estado. Se las considera superiores al sector público por su capacidad de proporcionar servicios más efectivos en costes y mejor dirigidos a los usuarios, en oposición a la corrupción y la ineficiencia de la burocracia estatal. Barry-Shaw y Jay son muy claros al afirmar que las ONG no son organizaciones de «abajo a arriba» que trabajan al servicio de las personas ni están «guiadas por el valor», sino que son «organizaciones burocráticas, jerárquicas y con empleados profesionales» que sirven a los intereses imperialistas.⁴²

Desde el boom de las ONG en la década de 1980, el sector ha pasado a ser un componente integral de la globalización neoliberal. En los países de la OCDE, el número de ONG para el desarrollo creció de 1.600 a 2.500 tan solo entre 1980 y 1990. Una tendencia similar se ha observado en Canadá, donde la cifra de ONG aumentó de 107 en 1980 a 240 en 1990, y a más de 500 en 2005. El Sur global no ha estado exento de esa tendencia. Bolivia registró un aumento desde 100 ONG en 1980 a 530 ONG en 1994. La eclosión de ONG en Tanzania provocó un incremento desde las 41 de 1990 a las más de 10.000 ONG que operaban en el país para el año 2000. De manera parecida, Kenia las vio incrementarse de 511 en 1996 a 2.511 en 2003. A comienzos de la década de 1980, las ONG llegaban a 100 millones de personas. A comienzos de la de 1990, llegaban a 250 millones de personas. Para el año 2007, eran ya más de 600 millones.⁴³ Barry-Shaw y Jay sostienen que las ONG se han convertido en parte integral de la «industrial del desarrollo», así como del proyecto neoliberal:

Un estudio mostró que, para el año 2002, el sector de las ONG en 37 países tenía unos gastos de operación estimados de 1,6 billones de dóla-

res. Hay cálculos superiores, y algunos estudios muestran un incremento general del flujo de fondos a través de las ONG desde 200.000 millones en 1970 hasta 2,6 billones en 1997 [...] Las siete mayores ONG tenían unos ingresos combinados de 2.500 millones de dólares en 1999.⁴⁴

El discurso contemporáneo del desarrollo se apoya en un lenguaje de «empoderamiento» y «edificación de capacidad» por medio de ONG. Sin embargo, la realidad es bastante diferente. Los programas de las ONG que proclaman que producen empoderamiento y edifican capacidades han acabado por restar poder a los grupos de la sociedad civil. Esas organizaciones responden más ante sus donantes que ante las sociedades. Mientras que los verdaderos movimientos sociales dependen del hecho de granjearse un amplio apoyo popular para alcanzar prácticas de empoderamiento, las ONG dependen en su mayoría de donantes externos y no necesariamente sienten la necesidad de ganar apoyos ni de fomentar la participación activa de las masas populares. Las llamadas prácticas «empoderadoras» de edificación de capacidad priorizan la adquisición de «las capacidades y los entornos organizativos necesarios para satisfacer los requerimientos burocráticos penalizadores de los donantes» a fin de crear «clientes (auto)disciplinados de las agencias donantes». Para las ONG, empoderar es un proceso apolítico que refleja el deseo del donante de «evitar en las ONG posturas que puedan resultar controvertidas para los patrones extranjeros». ⁴⁵ A partir del caso de los microcréditos y las microempresas, que suelen acabar favoreciendo las actividades en el sector informal en zonas urbanas de rápido crecimiento, libres de regulaciones estatales y de la seguridad del bienestar, Barry-Shaw y Jay nos presentan los límites de los modelos neoliberales de empoderamiento. Estos no pueden ofrecer más opciones que la mera supervivencia mediante el pequeño comercio intensivo en trabajo, insostenible y vulnerable y otras prácticas parecidas (como puestos de verduras, talleres case-

ros de reparación y puestos de venta ambulante), que no logran mejorar la situación de los pobres.⁴⁶

Para ilustrar el ascenso del complejo corporativo-no-lucrativo en los países en desarrollo, es preciso hacer un análisis de Haití, Ghana, Filipinas, Turquía, la India, Bangladesh, Palestina y Afganistán. Haití, considerado el país más pobre y más desigual del continente americano, figura entre los países donde la devastación provocada por el neoliberalismo ha alcanzado sus más altos niveles. A Haití se lo considera la «República ONG», ya que cuenta con la concentración de ONG per cápita más alta del mundo, con «más de 900 ONG extranjeras para el desarrollo y unas 10.000 ONG en total que operan en la pequeña nación caribeña de 8 millones de habitantes». ¿Cuál es el resultado de tamaña presencia de ONG? «Casi el 80% de los servicios básicos de Haití (sanidad, educación, recogida y tratamiento de basuras, etc.) los prestan ONG». En 2005, más del 74% de todos los anuncios de empleo eran para trabajar en ONG u otras organizaciones internacionales.⁴⁷

Ghana se anunció profusamente como uno de los casos de éxito del Banco Mundial y el FMI en el África subsahariana a comienzos de la década de 1980. Los programas de ajuste estructural provocaron un enorme descontento popular, lo que comprometía el futuro económico del país. En 1987 se creó el Programa de Acción para Mitigar los Costes Sociales de los Ajustes (PAMSCAD, en sus siglas en inglés) para contrarrestar la oposición popular a las políticas neoliberales. Los fondos sociales del PAMSCAD, que ascendían a 85,7 millones de dólares, provocaron una eclosión de ONG por todo el país; la cifra pasó de 17 en 1987 a 120 a comienzos de la década de 1990, y a 400 a finales de la década pasada. Mientras descendía considerablemente el acceso a los servicios públicos, las ONG favorables al régimen comenzaron a llenar el espacio dejado por el Estado y contribuyeron al silenciamiento y la cooptación de la oposición popular en Ghana. Las políticas neoliberales erradicaron los servicios públicos: «Las tasas de matriculación se desplomaron y las

tasas de abandono escolar en la educación primaria aumentaron hasta un elevado 40%. En 1990, el 80,5% de los niños y niñas llegaban al quinto curso, pero para el año 2000 la cifra había disminuido al 66,3% [...] Las visitas a clínicas y hospitales cayeron un 33%».48

En las Filipinas, la colonización de la sociedad civil por las ONG se remonta a las décadas de 1980 y 1990, durante las cuales las instituciones internacionales transfirieron decenas de millones de dólares para el desarrollo a fin de crear un sector sin ánimo de lucro neoliberal. Como consecuencia, las Filipinas disfrutan hoy en día de la presencia de decenas de miles de ONG certificadas. Un informe de 2009 del Banco Mundial revela que el 75% de los préstamos y el 87% de las estrategias asistenciales del país implican «la participación de la sociedad civil».49 Actualmente, se cree que el 48% de las ONG dependen primariamente de financiación exterior, mientras que el 12% se beneficia de fondos corporativos como fuente principal de financiación. Sonny Africa resalta que las ONG al uso suelen ir acompañadas de programas militares de contrainsurgencia, sobre todo en zonas de conflicto, a fin de inhibir las auténticas iniciativas populares y encubrir las violaciones de derechos humanos. Más que movilizar a las comunidades locales contra las políticas neoliberales y las desigualdades estructurales, las ONG al uso funcionan como intermediarios de la caridad de las transferencias de fondos proporcionados por el Banco Mundial y el Banco de Desarrollo Asiático.50

En Turquía, el caso de Jóvenes Civiles (Genç Siviller) sirve también como ejemplo de la colonización de la sociedad civil por organizaciones financiadas desde el exterior y que forman parte de un proyecto más amplio de ingeniería social destinado a socavar el potencial revolucionario de la juventud. Las actividades de Jóvenes Civiles se remontan ya al año 2000, aunque su fundación oficial se produjo en 2006, como organización joven «pluralista» y «libertaria». Aspiraban a unir a los jóvenes de ascendencias «comunista», liberal e islámica a partir de influencias

eclécticas como Michel Foucault, Antonio Gramsci y Hannah Arendt. Atrajeron a un gran sector de jóvenes gracias al empleo de símbolos conformes con las modas. Por ejemplo, los Jóvenes Civiles adoptaron como logo el símbolo de la marca de calzado Converse para representar a la juventud «americanizada», rebelde y antiautoritaria. Utilizando la terminología neoliberal, jugaron con la palabra «civiles» para asociar superficialmente lo «civil» con la democracia y la sociedad civil, y al Estado con el autoritarismo. Consecuentemente con tales planteamientos, organizaron algunas movilizaciones importantes contra el ejército turco y el llamado putschismo turco. La finalidad era desviar la atención de los jóvenes de la amenaza del imperialismo estadounidense y del conflicto trabajo-capital y dirigirla hacia una oposición artificial a las «élites del Estado» de carácter burocrático. Para hacer frente a tal amenaza, prestaban un apoyo activo al Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), el partido gobernante en Turquía, globalmente infame por la violenta represión de las protestas sociales, el encarcelamiento de intelectuales y el apoyo a los yihadistas internacionales, asesinos en masa. Los Jóvenes Civiles apoyaron explícitamente al AKP en el referéndum para cambiar la constitución, en las elecciones presidenciales, en las Olimpiadas de Estambul y en los casos judiciales contra intelectuales disidentes. A cambio, y a expensas de contradecir su supuesta defensa de «proyectos civiles», recibieron grandes sumas de fondos gubernamentales para sus actividades, entre las que figuran campañas internacionales de prensa y un proyecto de «ciudadanía activa». Los Jóvenes Civiles hicieron público su apoyo explícito a la intervención extranjera en Siria.

Por último, todo ello ayuda a explicar los vínculos orgánicos de los Jóvenes Civiles con la Alianza de Movimientos Jóvenes, un actor clave del complejo corporativo-no-lucrativo respaldado por el Departamento de Estado estadounidense y USAID. Liderada por personas como Jared Cohen, antiguo consejero de Condoleezza Rice y de Hillary Clinton, cuando esta última fue secretaria de Estado, la Alianza ha tenido un

papel clave en la movilización de «revoluciones de colores» en países como Venezuela, Ucrania, Serbia, Egipto y Georgia. Pretende empoderar a «valientes defensores de los derechos humanos» en «sociedades cerradas» a través de su amplia red y sus poderosos recursos. Los Jóvenes Civiles, miembros de la Alianza, han creado fuertes vínculos con Hillary Clinton, quien participó en una de sus protestas «civiles» por la libertad en internet.

Los casos de la India y de Bangladesh demuestran que la colonización de la sociedad civil no se limita a las zonas urbanas. En la India, algunas ONG cruciales que fingían simpatizar con los movimientos contra los desplazamientos humanos, como Lok Adhikar Manch (LAM), han sido fácilmente cooptadas por el Estado y los actores corporativos por miedo a quedar descertificadas o a entrar en la lista negra de «ONG antiindustriales». La cooptación de ONG ha dado lugar a la formación de un foro prodesplazamiento y a favor de la industria minera. Los activistas de LAM también se quejan de que las grandes ONG realizan espionaje corporativo. Según los activistas, es habitual que las empresas contraten a ONG para que hagan encuestas e interactúen con la población local a fin de descubrir las fortalezas y las debilidades de las comunidades con el objetivo de cooptarlas. Se utilizan talleres y otras actividades educativas para crear estados de opinión favorables a la industrialización capitalista, y a los habitantes locales se los atrae con incentivos materiales como revisiones médicas gratuitas, ropa, bicicletas y microcréditos.⁵¹

En la década de 1980, la sociedad civil bangladesí exigía una reforma agraria. Se produjo un cambio radical en el debate público cuando se transfirieron millones de dólares para el desarrollo a programas de microcréditos dirigidos por ONG que propagaron la idea de que la pobreza rural no emana de una distribución desigual de la riqueza, sino del acceso inadecuado al mercado del crédito. «Hoy en día, la casi totalidad de las 2.000 ONG de Bangladesh están “involucradas en las microfinan-

zas de una forma u otra”». Como tales, las ONG se han convertido en uno de los mercados laborales más populares del país.

De forma parecida al caso de Bangladesh, el ejemplo palestino ilustra poderosamente el papel del complejo corporativo-no-lucrativo en la cooptación y la debilitación de los movimientos sociales radicales que representan una amenaza para el imperialismo capitalista monopolista. Barry-Shaw y Jay señalan que la Primera Intifada, que estalló en 1987 como una sublevación popular no violenta contra la ocupación israelí, estuvo liderada por una red de comités populares y organizaciones de izquierda.⁵² En el periodo que siguió a la Primera Intifada asistimos a una eclosión de ONG de gran alcance, que trajo como resultado la redirección de la ayuda occidental al desarrollo hacia la cooptación de los movimientos radicales antiisraelíes.

La financiación occidental de la «sociedad civil» creció exponencialmente después de 1993, y el número de ONG palestinas se multiplicó espectacularmente, desde las 444 de 1992 hasta las más de 1.400 de 2005. Las ONG palestinas que se beneficiaron de la avalancha de fondos occidentales se convirtieron en algunas de las organizaciones «de mayores dimensiones y, por lo tanto, más significativas» de los Territorios Ocupados. Para el año 2005, el sector de las ONG empleaba ya a más de 20.000 personas, y la prestación de servicios de las ONG cubría el 60% de todos los servicios sanitarios, el 80% de los servicios de rehabilitación y casi el 100% de la educación preescolar.⁵³

En el año 2000, los grupos islamistas que estaban fuera del sector de las ONG dirigieron la Segunda Intifada. Los afiliados a las ONG no apoyaron al movimiento por miedo a perder la financiación occidental.⁵⁴

Por último, el caso afgano es una clara ilustración de cómo el proceso de las ONG conduce a la erradicación del poder del Estado y a la

formación de una clase «compradora» compatible con los intereses del imperialismo. Las ONG tuvieron un papel clave en la implementación de los programas de desarrollo del Gobierno de Karzai, sobre todo de su programa insignia en las áreas rurales llamado Programa de Solidaridad Nacional, creado en 2003 con fondos occidentales. Se lo concibió como una «iniciativa de participación popular». Afirman Barry-Shaw y Jay que el proceso de las ONG crea una clase dependiente de los imperialistas y apoyada por ellos:

Los afganos con formación universitaria (menos del 1% de la población posee algún tipo de formación universitaria) que trabajan para las ONG y otras agencias internacionales fueron uno de los pocos grupos sociales que apoyó decididamente a las fuerzas de ocupación. Mientras que los funcionarios del gobierno cobraban 60 dólares mensuales de media, los afganos que trabajaban para las ONG ganaban un promedio de 1.000 dólares al mes.⁵⁵

Un hecho igualmente sorprendente es cómo el complejo corporativo-militar utiliza las ONG como una importante herramienta de contrainsurgencia e inteligencia. El manual de contrainsurgencia canadiense declara claramente el papel central de las ONG a la hora de ganarse el corazón y la mente en el campo de batalla y debilitar las tendencias insurgentes. Más sorprendente aún ha sido la revelación de que el 90% de la inteligencia de las fuerzas de la coalición en Afganistán procedía de organizaciones de ayuda sobre el terreno.

Conclusión

El imperialismo es una formación histórico-estructural cuya existencia resulta de la lógica misma del capitalismo más que del gobierno de una

clique o una coalición militarista particular entre las élites del Estado y los capitalistas monopolistas. La finalidad del funcionamiento del sistema imperialista es retener y mejorar el control de las materias primas y del trabajo en las áreas periféricas, generar oportunidades de inversión de manera perpetua y expandir el reino de la acumulación. Como tal, encuentra su expresión en la polarización de la economía mundial en centro y periferia. El imperialismo contemporáneo se caracteriza por una creciente financiarización y neoliberalización de la economía mundial bajo el liderazgo de los Estados Unidos.

Los estudiosos del capital monopolista sostienen que el sistema imperialista se articula sobre tres pilares complementarios clave que sirven para satisfacer el impulso a la mejora del control de las materias primas, los procesos de trabajo y las oportunidades de inversión: el complejo corporativo-militar, el complejo corporativo-mediático y (en el caso de mi presente análisis) el complejo corporativo-no-lucrativo, que cada vez sustituye más a las políticas keynesianas de empleo/bienestar basadas en el Estado. El complejo corporativo-militar de los Estados Unidos, como potencia hegemónica imperial, halla su esencia en los sectores militar y corporativo de la economía y el Estado estadounidenses. Una excelente ilustración de ello es el hecho de que el gasto militar de los Estados Unidos sea considerablemente mayor que el de otros países (y exceda el de todos los demás miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas juntos). Pese a que el complejo corporativo-militar ha perdido gran parte de su efecto de estímulo al empleo y ha necesitado nuevas justificaciones después de la desaparición de la Unión Soviética, continúa siendo indispensable para la estabilidad del sistema, dada la continuidad del papel hegemónico de los Estados Unidos. Sin embargo, todo ello apunta al mismo tiempo a que se produzcan una prolongada inestabilidad imperial y un nivel de peligro sin precedentes para el mundo en su totalidad según el poder relativo de los Estados Unidos vaya inevitablemente disminuyendo y se recurra a medios cada vez más des-

esperados para mantenerlo. El imperialismo estadounidense tiende a generar militarización en un grado sin precedentes. Por lo que respecta al complejo corporativo-mediático, parece hallarse entre los principales beneficiarios de la globalización neoliberal liderada por los Estados Unidos, ya que sus ganancias continúan creciendo con el apoyo estadounidense, sobre todo con la negociación de acuerdos comerciales y sobre propiedad intelectual. La tendencia general es hacia una mayor centralización y a la monopolización del sector de las empresas de medios de comunicación por menos de una docena de corporaciones mediáticas, además de hacia la fusión de los servicios de entretenimiento y noticias para multiplicar las ganancias de esos gigantes empresariales. Su agenda imperial despolitiza a las masas, presta apoyo ideológico a la maquinaria bélica estadounidense e impone el imperialismo cultural.

Es aquí donde entra el complejo corporativo-no-lucrativo y se integra con el complejo corporativo-militar y el corporativo-mediático. La retirada del Estado del fomento del empleo/bienestar con el neoliberalismo ha ido acompañada de un enorme crecimiento del complejo corporativo-no-lucrativo, que ha asumido un papel cada vez más globalizado en forma de ONG. El sector sin ánimo de lucro ha crecido ya hasta el punto de constituir un componente integral y una fuerza impulsora del imperialismo actual y conformar una sociedad civil pseudoglobal. Por eso, aunque a menudo se lo pase por alto, el complejo corporativo-no-lucrativo se ha convertido en el tercer pilar de la estructura triangular del imperialismo contemporáneo.

Notas

1. Michael Kalecki, *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1972.
2. John Bellamy Foster, *Naked Imperialism: America's Pursuit of Global Dominance*, Monthly Review

- Press, Nueva York, 2006; John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Robert W. McChesney, «The U.S. Imperial Triangle and Military Spending», *Monthly Review*, vol. 60, n° 5, 2008, pp. 1-19.
3. Foster, *Naked Imperialism*, p. 109.
 4. Foster, *Naked Imperialism*, p. 145.
 5. John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis: Causes and Consequences*, Monthly Review Press, Nueva York, 2009.
 6. Foster y Magdoff, *The Great Financial Crisis*, pp. 36 y 67.
 7. Foster y Magdoff, *The Great Financial Crisis*, p. 13.
 8. Foster, Holleman y McChesney, «The U.S. Imperial Triangle and Military Spending».
 9. Foster, Holleman y McChesney, «The U.S. Imperial Triangle and Military Spending».
 10. B. Pyadyshev, *The Military-Industrial Complex of the USA*, Progress Publishers, Moscú, 1977, p. 14.
 11. Foster, Holleman y McChesney, «The U.S. Imperial Triangle and Military Spending»; Foster, *Naked Imperialism*.
 12. Pyadyshev, *The Military-Industrial Complex of the USA*, p. 14.
 13. István Mészáros, *Socialism or Barbarism: From the «American Century» to the Crossroads*, Monthly Review Press, Nueva York, 2001, pp. 37 y 39.
 14. Foster, Holleman y McChesney, «The U.S. Imperial Triangle and Military Spending»; Foster, *Naked Imperialism*, pp. 25 y 29.
 15. Peter Philips, «Media Ownership and Control», en Lenora Foerstel (ed.), *Medya ve Savas Yalanlari: Gerçekler Nasil Karartilyor* [Guerra, mentiras y cintas de vídeo: cómo el monopolio de los medios de comunicación ahoga la verdad], Yordam, Estambul, pp. 58-60.
 16. Lenora Foerstel, «Introduction», en Foerstel (ed.), *Medya ve Savas Yalanlari*, p. 10; Robert W. McChesney, *Blowing the Roof off the Twenty-First Century*, Monthly Review Press, Nueva York, 2014.
 17. Mészáros, *Socialism or Barbarism*, pp. 23, 28.
 18. Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD), OECD Statistics, visitado el 25 de febrero de 2015, <http://stats.oecd.org>.
 19. United States Agency for International Development (USAID), USAID Database, visitado el 25 de febrero de 2015, <https://eads.usaid.gov>.
 20. Tamara Vukov, «Seven Theses on Neobalkanism and NGOization», en Aziz Choudry y Dip Kapoor (eds.), *NGOization: Complicity, Contradictions and Prospects*, Zed Books, Londres, 2013.
 21. Mark MacKinnon, *The New Cold War: Revolutions, Rigged Elections and Pipeline Politics in the Former Soviet Union*, Random House Canada, Toronto, 2007, pp. 24-27, 42-45.
 22. Den Beeton, «USAID Subversion in Latin America Not Limited to Cuba», 4 de abril de 2014, <http://globalresearch.ca>; Jeremy Bigwood, «Why USAID's Cuban Twitter Program Was Secret», <https://nacla.org>; Ryan Mallett-Outtrim, «Venezuela: WikiLeaks Shows Us Use "NGOs" to Cover Intervention», 15 de abril de 2013, <http://greenleft.org.au>.
 23. Dylan Rodríguez, «The Political Logic of the Non-Profit Industrial Complex», en INCITE! (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded: Beyond the Non-Profit Industrial Sector*, South End Press, Cambridge (Massachusetts), 2007, pp. 21-22.
 24. Paul Kivel, «Social Service or Social Change?», en INCITE! (ed.), *The Revolution Will Not Be*

EL COMPLEJO CORPORATIVO-NO-LUCRATIVO

- Funded*; Rodríguez, «The Political Logic».
25. Rodríguez, «The Political Logic».
 26. Rodríguez, «The Political Logic», p. 31.
 27. Rodríguez, «The Political Logic», pp. 27-28.
 28. Rodríguez, «The Political Logic», p. 27.
 29. Kivel, «Social Service or Social Change?», p. 138.
 30. Christine E. Ahn, «Democratizing American Philanthropy», en INCITE! (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded*, p. 66.
 31. Ahn, «Democratizing American Philanthropy», p. 68.
 32. Ahn, «Democratizing American Philanthropy», pp. 69-70.
 33. Ahn, «Democratizing American Philanthropy», pp. 70-72.
 34. Véase John Bellamy Foster, «Education and the Structural Crisis of Capital», *Monthly Review*, vol. 63, n° 3, julio-agosto de 2011, pp. 6-37.
 35. Andrea Smith, «The NGOization of the Palestine Liberation Movement: Interviews with Hatem Bazian, Noura Erekat, Atef Said, and Zeina Zaatari», en INCITE! (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded*.
 36. Andrea Smith, «The NGOization of the Palestine Liberation Movement», p. 177.
 37. Ruth Wilson Gilmore, «In the Shadow of the Shadow State», en INCITE! (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded*, pp. 45-47.
 38. Kivel, «Social Service or Social Change?», pp. 129-130.
 39. Kivel, «Social Service or Social Change?», pp. 139-140.
 40. Aziz Choudry y Dig Kapoor, «Introduction», en Choudry y Kapoor (eds.), *NGOization*.
 41. Tiffany Lethabo King y Ewuare Osayande, «The Filth on Philanthropy: Progressive Philanthropy's Agenda to Misdirect Social Justice Movements», en INCITE! (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded*, p. 83.
 42. Nik Barry-Shaw y Dru Oja Jay, *Paved with Good Intentions: Canada's Development NGOs on the Road from Idealism to Imperialism*, Fernwood Publishing, Nova Scotia, 2012, pp. 7-8, 16-19, 23, 34, 35, 40, 68-69.
 43. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, p. 16.
 44. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 16-17.
 45. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 76-78, 81, 85.
 46. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 35, 37-38.
 47. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 43-46.
 48. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 24-26.
 49. Sonny Africa, «Philippine NGOs: Defusing Dissent, Spurring Change», en Choudry y Kapoor (eds.), *NGOization*.
 50. Africa, «Philippine NGOs».
 51. Dip Kapoor, «Social Action and Ngoization in Contexts of Development Dispossession in Rural India: Explorations into the Un-Civility of Civil Society», en Choudry y Kapoor (eds.) *NGOization*.
 52. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 90, 105-109.
 53. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, p. 92.
 54. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 95-96.

55. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 215, 223.
56. Barry-Shaw y Jay, *Paved with Good Intentions*, pp. 210-211, 218.
57. James Petras, «Imperialism and NGOs in Latin America», *Monthly Review*, vol 49, n° 7, 1997, pp. 10-27.

Apropiaciones de tierras en el siglo XXI.

Acumulación por desposesión agraria

Fred Magdoff

Las apropiaciones de tierras, tanto si las promueven empresas multinacionales y fondos de inversión privados del núcleo capitalista, como si lo hacen fondos soberanos de Oriente Medio o entes estatales como China y la India, son hoy constantemente noticia.¹ Por ejemplo, en julio de 2013, el embajador de Colombia en los Estados Unidos dimitió por haber participado en un intento legalmente cuestionable de ayudar a la empresa estadounidense Cargill a utilizar empresas pantalla para hacerse con más de 50.000 hectáreas de terrenos. Se suponía que esas tierras iban a usarse para la producción agrícola, pero también se realizan apropiaciones de suelo para otros fines, como la minería o la construcción de carreteras, edificios y presas. Desde la perspectiva humana, la apropiación de tierras significa que personas y familias reales se ven desposeídas, y cuando las personas pierden el acceso a sus tierras, pierden también los

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 65, n° 6, noviembre de 2013, pp. 1-17. Traducción de Joan Quesada. Fred Magdoff es profesor emérito de Ciencias de las Plantas y el Suelo en la Universidad de Vermont. Es coautor, junto con John Bellamy Foster, de *The Great Financial Crisis* [La gran crisis financiera] (2009), y de *What Every Environmentalist Needs to Know About Capitalism* [Lo que todo ecologista debe saber sobre el capitalismo] (2011), ambos publicados por Monthly Review Press. Este artículo está basado en las notas de una conferencia en la reunión anual de la Sociedad de Sociología Rural, en Nueva York, 7 de agosto de 2013.

medios de obtener alimentos, pierden sus comunidades y pierden sus culturas.

Lo que está sucediendo hoy en día hay que situarlo en el contexto histórico del desarrollo continuado del capitalismo, aunque no queremos hacer aquí una historia de los últimos tres siglos, sino más bien un repaso general de forma más o menos cronológica. Los ejemplos concretos de desposesión de las personas de sus tierras resaltarán las distintas técnicas empleadas por el capital (o por el capital incipiente) y que han producido un torrente continuo de gente que emigra a las ciudades. Los ejemplos que presentamos a continuación no son sino una pequeña muestra de las desposesiones que han tenido lugar, y continúan teniendo lugar, en todo el mundo.

La mercantilización de la tierra —el recurso más básico, fuente de la vida terrestre y cimiento de la civilización humana— fue esencial para el desarrollo del capitalismo. Y desde los inicios de la moderna era capitalista hasta el presente, la mercantilización de la naturaleza ha sido el motivo subyacente a la desposesión de las personas de sus tierras, y ha llevado a la compra (o la obtención por otros medios) y la venta de tierras, la especulación con el suelo y su empleo para producir alimentos para los seres humanos y los animales, fibras o combustibles, con cultivos seleccionados en función del clima y el tipo de suelo, pero también en función de las ganancias que son capaces de reportar.

Cuando procedemos a discutir todos estos hechos, permítasenos recordar los versos de la canción de Woody Guthrie sobre Pretty Boy Floyd: «Hay quienes te robarán con una pistola, y quienes lo harán con una estilográfica».² Durante los tres últimos siglos, la desposesión de las personas de sus tierras ha sido una vía importante para la acumulación de capital o, como algunos lo han llamado, para la acumulación de capital por desposesión. Ha habido muchas variaciones en los medios utilizados, desde la fuerza (la «pistola») hasta el timo empleando toda una diversidad

de leyes o, directamente, mediante la estafa (la «estilográfica»). A veces se emplean ambos medios a la vez. Otras veces, los granjeros y los agricultores pierden las tierras como resultado de las relaciones económicas capitalistas; a menudo, porque no pueden competir en un mercado salvaje o no pueden pagar los arrendamientos que otros granjeros más capitalizados sí pueden satisfacer.

La desposesión por cercamiento: la acumulación primaria y la revolución agrícola británica

Para que el capitalismo pudiera desarrollarse era preciso que se produjeran muchos cambios en la sociedad feudal. Debían cambiar las actitudes hacia la sociedad, hacia el dinero y hacia las obligaciones para con los demás. Era preciso retener el dinero (el capital), en lugar de usarlo únicamente para el consumo, como era la norma durante el feudalismo. Y, por último, había que crear un grupo de personas que se vieran obligadas a vender su trabajo para sobrevivir. La revolución agraria en Europa y, sobre todo, en Gran Bretaña fue el punto de partida de todos esos cambios, y constituyó la base de la acumulación primaria, de la cual surgiría la revolución industrial.³

Para el año 1700, algo nuevo estaba sucediendo en la agricultura inglesa. El ritmo de producción aumentaba, y disminuían las hambrunas. Para 1750, Inglaterra tenía suficientes excedentes de grano como para exportar el 13% de la cosecha.⁴ Antes de empezar el siglo XIX, contaba ya con un excedente fiable de producción de grano.

Más que un hecho milagroso, el rápido aumento de la producción de alimentos y de la productividad fue consecuencia de toda una serie de factores, como el empleo del trébol en las rotaciones y la supresión de los años de barbecho, prácticas fomentadas por el «movimiento por la mejora» (o *improvement movement*). En inglés, *improve*, palabra que hoy en

día se emplea generalmente con el sentido de «mejorar», procede del vocablo anglofrancés *emprouver*, que significa «convertir en ganancia».⁵

El incremento de la productividad agrícola y el cambio de las actitudes hacia la tierra —que ahora constituye una fuente mayor y más estable de ingresos para los terratenientes— fue el impulso que puso en marcha el largo y sostenido proceso de desarrollo del capitalismo industrial. Ellen Meiksins Woods describió esa relación inicial entre la agricultura y el desarrollo del capitalismo en Gran Bretaña del siguiente modo:

Desde el punto de vista de los terratenientes y los agricultores capitalistas que mejoraban sus explotaciones, la tierra debía liberarse de cualquier obstrucción [...] al uso productivo y rentable de la propiedad. Entre los siglos XVI y XVII, hubo crecientes presiones para la rescisión de los derechos consuetudinarios que obstaculizaban la acumulación capitalista. Eso podía significar varias cosas: podía implicar que se disputara la propiedad comunal de los comunes y se reclamara su propiedad privada; podía implicar que se suprimieran diversos derechos de uso sobre terrenos privados, o podía implicar que se discutiera la tenencia tradicional de tierras que otorgaba derechos de propiedad a muchos pequeños titulares sin estar en posesión de un título indiscutiblemente legal. En todos esos casos, había que sustituir las concepciones tradicionales de la propiedad por una nueva concepción, capitalista, de esta: la propiedad no solo como un derecho «privado», sino, literalmente, excluyente de los demás individuos y de la comunidad, mediante la eliminación de las reglas que imperaban en los pueblos y de las restricciones a los usos de la tierra, mediante la rescisión de los derechos consuetudinarios de uso, etc.⁶

Según iban teniendo lugar los cercamientos y las desposesiones, los desposeídos encontraban trabajo en pequeñas fábricas de las zonas rurales y, más tarde, en las ciudades; migraban a las colonias de Norteamérica, Australia y África, o se convertían en indigentes, como se lla-

maba a las personas sin hogar que vivían en condiciones de miseria. Es imposible exagerar el papel de válvula de escape de la emigración a las colonias: en la segunda mitad del siglo XIX, decenas de millones de personas emigraron desde Europa.

La desposesión por la fuerza: el algodón en el siglo XIX

Las primeras fábricas de la revolución industrial se construyeron para hilar y, más tarde, para tejer el algodón y producir tela. El algodón se obtenía de la India y, después, de Egipto, pero a mediados del siglo XIX el mercado del algodón eclosionó. El sudeste de los Estados Unidos fue una de las zonas más extensas que se desarrollaron para atender a dicho mercado.

La apropiación de tierras en las colonias de las potencias europeas (y en los países finalmente nacidos de esas colonias) consistió por lo general en la «retirada» de los habitantes originarios a lo que diversamente se denominó como «reservas», «áreas tribales» o «bantustanes». Ese desplazamiento de los pueblos nativos dejaba «libres» lo que, fundamentalmente, habían sido los «comunes», a disposición ahora de los colonos europeos, que hicieron de la tierra propiedad privada o del gobierno. Walter Johnson describió el proceso en relación al Sur de los Estados Unidos y al algodón:

Para fines de la década de 1830, los seminola, los muscogui, los chickasaw, los choctaw y los cheroqui habían sido todos «retirados» de las tierras al oeste del Mississippi. Las tierras expropiadas proporcionaron la base del principal sector de la economía global en la primera mitad del siglo XIX.

En la década de 1830, se registraron y se pusieron a la venta centenares de millones de hectáreas de tierra conquistada en los Estados Uni-

dos. Esa enorme privatización de lo público desencadenó uno de mayores booms económicos en la historia del mundo hasta ese momento. El capital inversor de Gran Bretaña, del continente europeo y de los estados del Norte entró a raudales en el mercado de la tierra.⁷

Fue el algodón, producido por esclavos arrancados de su propia tierra en África para trabajar las tierras arrebatadas a las tribus indias desposeídas, el que proporcionó la materia prima a las fábricas textiles que llegaron a dominar las poblaciones del noroeste de Inglaterra y ocasionaron el gran ascenso de la ciudad de Manchester y de las poblaciones fabriles del condado de Lancashire. Fue la «edad dorada» de las fábricas textiles en un momento en el que los obreros, previamente dedicados a la agricultura, estaban ahora disponibles para servir de fuerza de trabajo barata. Johnson resumió sucintamente todos esos cambios: «Así pues, la tierra india, el trabajo afroamericano, las finanzas atlánticas y la industria británica se sintetizaron en la dominación racial, las ganancias y el desarrollo económico en las escalas nacional y global».⁸

Las tribus del sudeste de los Estados Unidos, expulsadas por la fuerza en la pugna por las tierras algodoneras hasta lo que hoy es el estado de Oklahoma, se vieron desplazadas de nuevo por diversos medios, entre ellos la estafa masiva después de la aprobación de la ley Dawes (de adjudicación general de tierras) en 1887.⁹ La ley se justificó en parte con el argumento de que la propiedad privada de la tierra ayudaría a los indios a adaptarse a la sociedad y la economía estadounidenses. Por el contrario, lo que provocó fue grandes pérdidas de tierras de propiedad india.

La desposesión por la fuerza: la colonización de África

Las mayores desposesiones en el África subsahariana se produjeron en países con grandes poblaciones de colonos agrícolas, sobre todo en

Sudáfrica, Namibia (África del Suroeste), Zimbabue (Rodesia del Sur) y Zambia (Rodesia del Norte). Por ejemplo, desde finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, los colonos europeos se apropiaron de una gran proporción de las tierras agrícolas de Zimbabue, de modo que, en el momento en que el país se independizó formalmente, aproximadamente un tercio de todas las tierras agrícolas eran propiedad de europeos.¹⁰ En Sudáfrica, los colonos blancos controlaban un 90% del total de las tierras antes de la década de 1930, y se habían apropiado del mejor suelo agrícola. Y la mitad aproximada de la tierra de Namibia estaba controlada por blancos en 1990.¹¹

La apropiación de tierras en las colonias continuó durante el siglo XX y hasta la independencia. Las grandes empresas estadounidenses y británicas estuvieron implicadas: Firestone, en la búsqueda de plantaciones de caucho en una Liberia ya formalmente independiente; Brooke Bond (ahora propiedad de Unilever) para la producción de té en Kenia, y Del Monte en la producción de fruta en Kenia. También en Malawi, Angola y Mozambique hubo alienación de tierras con la llegada de más colonos blancos.

La desposesión económica: la agricultura capitalista monopolista de los Estados Unidos

Durante gran parte del siglo XX, la producción misma de alimentos (agricultura y ganadería) era una pobre inversión para los capitalistas debido a los bajos precios tanto de los cultivos como de los animales. Aunque se podía obtener beneficios en determinados sectores, las ganancias no eran estables: algunos años los precios eran elevados y a los granjeros les iba bien, mientras que otros los precios eran bajos y podían acabar endeudados.

En el siglo XX, las verdaderas ganancias que producía el sistema agrícola no estaban en la tierra ni en el cultivo, sino en las industrias agrícolas no dedicadas al cultivo. Y estas tres o cuatro últimas décadas hemos asistido al aumento de la concentración de esas industrias y del control que ejercen sobre el sistema agrícola mundial: control de los *inputs* (semillas, fertilizantes, pesticidas y maquinaria), de la producción (compra-venta de productos agrícolas) y de los sectores de procesamiento final.

En todo este último periodo, una cifra cada vez mayor de explotaciones agrícolas ha producido una cantidad cada vez mayor de alimentos, no solo en los Estados Unidos, sino también en lugares como Europa, Brasil y China. La mayor escala hace que las explotaciones sean más rentables. A partir de un cierto nivel de mecanización, las posibilidades de las economías físicas de escala se agotan rápidamente, pero las ventajas financieras de ganar en escala aumentan cuando las explotaciones se hacen más grandes. Cuanto mayor es una explotación, mejores precios puede obtener el agricultor en todas las compras. También las tasas de intereses de los préstamos son menores cuanto mayor es el préstamo. Y los precios a los que las grandes explotaciones venden sus productos agrícolas suelen ser más altos. Estas también tienen más posibilidades de aprovecharse de la explotación del trabajo agrícola, si hace falta. Y según aumentan las dimensiones y la potencia de la maquinaria, aumenta también la productividad del trabajo en las grandes explotaciones. Así, es muy difícil, cuando no imposible, que los pequeños agricultores se mantengan en la producción de productos básicos indiferenciados —trigo, maíz, soja, algodón— si no cuentan también con un empleo urbano que les proporcione una renta familiar básica. En las décadas posteriores a la Gran Depresión, esta tendencia general hacia la desposesión por razones económicas, por la cual las explotaciones más grandes se apoderan de las más reducidas, fue causa de la expulsión del sector de millones de agricultores. (Hay que señalar que, más recientemente, algunos pequeños

agricultores han tenido éxito produciendo para nichos de mercado, para restaurantes locales o vendiendo directamente al público en los mercados y vendiendo lotes de temporada a través de las CSA [o granjas agrícolas respaldadas por la comunidad].)

Las grandes corporaciones integradoras de la producción de aves y porcino —que han desplazado a miles de granjeros— han hecho que el término «industria ganadera» cobre aún más sentido si cabe. En lugar de un gran número de productores independientes, ahora tenemos el «granjero» por contrato que cría cerdos o pollos en grandes instalaciones para una gran corporación integradora. Este tipo de productor, según Richard Lewontin:

Se ha convertido en el típico productor «a domicilio» de los primeros estadios de la producción capitalista, en los siglos XVII y XVIII. Lo que el granjero ha ganado es una renta más estable, a expensas de convertirse en un operario en una cadena de montaje. El cambio en la posición que ocupa el granjero [ha sido] el paso de ser un productor independiente, que vende en el mercado a múltiples compradores, a ser un proletario sin mayores opciones.¹²

La desposesión económica: los acuerdos de libre comercio neoliberales

Como parte de las presiones del capital para abrir las naciones del Sur a una explotación más sencilla, se impuso unas condiciones onerosas a los granjeros de los países que, bien firmaron voluntariamente acuerdos de libre comercio (como México y el NAFTA, el acuerdo norteamericano de libre comercio), o bien se vieron forzados a aceptar las «medidas de ajuste estructural» del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (como Jamaica y Haití).

Esos acuerdos redujeron los aranceles a la importación de alimentos. El resultado fue que millones de productores de maíz mexicanos de pequeña escala, la casi completa totalidad de los productores agrícolas jamaicanos y la mayoría de los arroceros jamaicanos no pudieron competir con los precios inferiores de los alimentos importados y abandonaron la agricultura. El documental de 2001 *Life and Debt* [Vida y deuda] describe la destrucción casi total de la agricultura jamaicana.¹³

En 1994, Bill Clinton obligó a Haití a aceptar el programa de ajustes estructurales del FMI y el Banco Mundial a cambio de permitir el regreso de Jean-Bertrand Aristide a la presidencia. En 2010, Clinton, en ese momento representante especial de Naciones Unidas en Haití para la ayuda a la recuperación del terremoto, se confesó arrepentido. Ante el comité de Relaciones Exteriores del Senado, dijo: «tal vez haya sido bueno para algunos granjeros de Arkansas, pero no ha funcionado. Fue un error... Tendré que vivir el resto de mis días con las consecuencias de la pérdida de la capacidad de producir una cosecha de arroz en Haití que sea capaz de alimentar a su gente, a causa de lo que yo hice. Nadie más lo hizo».¹⁴

El *New York Times* publicó recientemente un reportaje sobre los problemas que experimentan Jamaica, Haití y otros países caribeños debido a los elevados costes de importar tantos alimentos. «De 1991 a 2001, las importaciones totales de alimentos y bebidas de Jamaica se multiplicaron por dos veces y media, hasta los 503 millones de dólares, para después volverse a doblar. Gran parte de ese crecimiento inicial coincidió con la existencia de excedentes mundiales y el cambio de los gustos [...] Muchos de los 200.000 agricultores del país redujeron la producción en las décadas de 1990 y 2000 porque les resultaba difícil competir».¹⁵ El reportaje describe algunas de las medidas que Jamaica y Haití están tomando para recuperar la producción agrícola. Aun así, no menciona en absoluto cuál fue la causa de la catástrofe.

Las apropiaciones de tierras del siglo XXI: la acumulación por desposesión rural

Una suma de tendencias ha contribuido a la oleada de apropiaciones de tierras de este siglo XXI. Entre ellas:

1. Los nuevos acuerdos internacionales de libre comercio, favorables al capital globalizado (OMC, NAFTA, etc.).
2. La apertura del Sur global a la inversión directa extranjera.¹⁶
3. El desarrollo de la financiarización global y la especulación con sede en los países ricos.
4. El aumento de los precios de los alimentos derivado de la disminución de la producción en las regiones afectadas por sequías e inundaciones, un aumento que perjudica especialmente a los países que han de importar grandes cantidades de comida; la crisis alimentaria mundial de 2008 y sus secuelas fueron un buen susto para los países importadores de alimentos.
5. El deseo en los Estados Unidos y en Europa de contar con biocombustibles «ecológicos» como sustituto de los combustibles líquidos convencionales, deseo que estimula el mercado del maíz (para fabricar etanol), de la soja y del aceite de palma (para producir biodiesel).
6. El agotamiento de las reservas de agua subterránea en los acuíferos de importantes regiones agrícolas, debido a que se extrae más agua de la que las lluvias pueden reponer.

Todas estas tendencias, junto a la inseguridad de la propiedad de la tierra de los campesinos y la corrupción generalizada en muchos paí-

ses, han dado lugar a rápidos y grandes movimientos de capital extranjero para controlar enormes zonas de tierras —sobre todo en África, el Sudeste de Asia y Latinoamérica—, bien mediante la compra directa o mediante arrendamientos a largo plazo, con la expulsión de los agricultores de la tierra. Además, en algunos países, como Colombia y Brasil, el capital nacional ha invertido intensamente en la compra de tierras y el desarrollo de empresas agrícolas de gran escala.

Lo que ha sucedido en la última década, sobre todo tras la crisis alimentaria mundial de 2008, es claramente distinto en muchos aspectos de otros procesos anteriores de desposesión. Está avanzando más rápidamente y en muchos países a la vez, sobre todo en el Sur. Ahora participan fondos soberanos como los de Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y China, países que carecen de tierras suficientes y de fuentes fiables de agua como para producir bastante comida para alimentar a sus poblaciones y no quieren depender del funcionamiento del «mercado libre» para abastecerse de importaciones alimentarias. Los elevados precios de 2008 dejaron muy claro que, en el futuro, bien podría haber problemas para obtener la comida necesaria en los mercados mundiales. Además, los inversores de capital, sobre todo europeos y estadounidenses, creen que se pueden obtener ganancias invirtiendo en la producción de alimentos o biocombustibles, o participando en otros tipos de empresas agrícolas para el mercado mundial. Otro tema de menor importancia es el hecho de que algunos individuos acaudalados y ciertas organizaciones conservacionistas del Norte han adquirido grandes extensiones de tierras en el Sur para su «preservación», mientras que, en el proceso, las poblaciones locales han perdido, o han visto muy reducidos, sus derechos de uso sobre las tierras.

Una empresa de investigación e inversión con sede en Gran Bretaña que elabora informes por encargo de los clientes, Hardman & Co., ha explicado por qué la tierra y los productos agrícolas son inversiones interesantes:

Se lo llama la nueva apropiación de tierras, la fiebre del oro agrícola. Es una historia bien conocida, un mini *tsunami* de dinero caliente que busca un tipo de activos que, de repente, se ha puesto de moda [...] [L]o que hace que los gestores de fondos de alto riesgo [*hedge funds*] o fondos de inversión privada [*private equity funds*] se lancen a invertir en agricultura es [...] el reciente descubrimiento de una jugada con la que aún se puede obtener valor. Sin embargo, creemos que esta tendencia tiene un impulso mucho más sólido; no es solo una historia más de inversiones; el redescubrimiento de los activos agrícolas pone de manifiesto los problemas muy reales que afectan a la humanidad con respecto a la seguridad alimentaria en una época de rápido aumento de la población, riqueza creciente, urbanización y cambio climático [...] Los terrenos agrícolas en sí mismos no están resultando una clase de inversión muy sólida, pero creemos que cada vez más la atención de los inversores se centrará en los conocimientos esenciales en términos de ciencia, equipos y formas de gestión capaces de hacer que los activos de suelo produzcan aquello de lo que la humanidad no puede prescindir: los alimentos.¹⁷

En todo el campo prolifera la especulación financiada por la riqueza globalmente móvil de la era de la financiarización. Michael Burry, influyente gestor de fondos de alto riesgo [*hedge funds*] y personaje retratado en la obra de Michael Lewis *The Big Short: Inside the Doomsday Machine* [traducida al español como *La gran apuesta*], afirma que «el suelo productivo agrícola que dispone de agua en el propio enclave será muy valioso en el futuro. Y he puesto en ello una buena cantidad de dinero». Este tipo de inversiones especulativas no va destinado necesariamente a obtener una producción inmediata. Más bien, diversas corporaciones y fondos de inversión están tomando posiciones en los sectores del agua, el suelo, los minerales y los recursos de hidrocarburos.¹⁸ De hecho, dado que el cultivo de alimentos requiere una gran cantidad de agua, la «apro-

piación de tierras» en el Sur global tiene tanto que ver con el agua como con la propia tierra.¹⁹

A África, objetivo de muchas de estas apropiaciones de tierras, se la llama a veces «la última frontera agrícola», debido a las enormes extensiones de tierras «no utilizadas» o infrautilizadas y a la reducida producción de su agricultura campesina. El propio continente es mayor de lo que muchos alcanzan a ver —su superficie es mayor que la superficie sumada de los Estados Unidos, China, la India, Japón, la Europa continental (tanto occidental como oriental) y el Reino Unido—, y ofrece una extensión enorme en la que puede desarrollarse el nuevo imperialismo basado en la apropiación de tierras. Además, solo el 10% de las tierras se considera que poseen propietarios legales. Kenia, Sudáfrica, Namibia y Zimbabue son los únicos países donde existen extensiones significativas de tierras de propiedad privada: antiguas —y en muchos casos, actuales— propiedades de colonos blancos y de sus descendientes. La mayor parte del suelo africano se considera de propiedad estatal y, cuando se reconocen los derechos consuetudinarios sobre la tierra, suele ser tan solo para las viviendas y sus inmediatos alrededores.

Es difícil obtener cifras exactas de la cantidad de tierras del Sur global controlada por capitales privados internacionales y nacionales, así como por fondos soberanos extranjeros. A veces, los proyectos que se anuncian acaban no prosperando y, con frecuencia, en realidad se acaba utilizando mucho menos suelo del máximo acordado. En mayo de 2012, se calculaba que entre 32 y 82 millones de hectáreas de terrenos agrícolas en todo el mundo habían pasado a control extranjero, y la cantidad no para de crecer.²⁰ Los cálculos más exhaustivos de apropiaciones de tierras son los que ofrece Land Matrix, que posee información nacional sobre los terrenos obtenidos por fuentes extranjeras y que afectan a las comunidades locales, a los cultivos que se escoge producir y a los países «apropiadores». ²¹ Según sus datos, los países que han experimentado las mayores apropiaciones totales de tierras están casi todos ellos en África y

el Sudeste de Asia (véase la tabla 1). Entre los diez principales países inversores, además los sospechosos habituales, encontramos Malasia y Sudán del Sur, ambos también objetos de apropiaciones de tierras.²² Por ejemplo, el proyecto malasio de Sime Darby de crear plantaciones de aceite de palma en Liberia incorpora capital del Reino Unido, Finlandia y Holanda.

Tabla 1. Principales 10 países objeto de apropiaciones de tierras y países inversores

Países objeto de apropiaciones (en millones de hectáreas)		Países inversores (en millones de hectáreas)	
Sudán del Sur	4,1	Estados Unidos	8,0
Papúa-Nueva Guinea	3,9	Malasia	3,5
Indonesia	3,5	Emiratos Árabes	2,8
Rep. Democrática de Congo	2,7	Reino Unido	2,1
Mozambique	2,2	Singapur	1,9
Sudán	2,0	China	1,6
Liberia	1,4	Arabia Saudita	1,5
Argentina	1,3	Sudán del Sur	1,4
Sierra Leona	1,2	China, Hong Kong	1,3
Madagascar	1,1	India	1,3

Fuente: Land Matrix, <http://landmatrix.org>.

Hay tantos ejemplos de apropiaciones de tierras en el siglo XXI que es difícil escoger solo algunos para su discusión. Centrémonos por un momento en Sierra Leona e Indonesia, ambos entre los diez primeros países objeto de apropiaciones de terrenos.

Sierra Leona ha dejado claro que es un país abierto a los negocios, incluida la apropiación de tierras. La página web de la Agencia de Promoción de la Exportación y la Inversión del gobierno de Sierra Leona (SLIEPA, por sus siglas en inglés) resulta reveladora.²³ En la página de inicio se alternan mensajes como: «Potentes planes de desinversión e inversión privada» y «Abundante tierra cultivable». Land Matrix consigna 17 acuerdos sobre 1,1 millones de hectáreas para todo tipo de cultivos, desde caucho hasta aceite de palma, caña de azúcar, arroz, mandioca o eucaliptus. La mayor extensión de tierras (más de 600.000 hectáreas) la controla capital privado británico.

En cuanto a Indonesia, el corresponsal de *The Guardian* John Vidal ha escrito unos cuantos artículos sobre la destrucción de grandes extensiones de bosque tropical y lo que ello ha conllevado para las personas y la fauna que allí habitaban. La siguiente descripción da una idea de la catástrofe humana y ecológica que se está produciendo:

Los conflictos por la tierra entre agricultores y propietarios de plantaciones, compañías mineras y constructores se han desatado por toda Indonesia cuando se ha alentado a empresas nacionales y multinacionales a adjudicarse y deforestar terrenos tradicionales que eran propiedad de pueblos indígenas que los administraban según sus costumbres. En 2011 se tuvo constancia de más de 600 conflictos, que produjeron 22 muertes y centenares de heridos. La verdadera cifra probablemente sea mucho mayor aún, según varios observatorios.

La comisión nacional indonesia de derechos humanos informó de más de 5.000 violaciones de derechos humanos el año pasado, vinculadas

mayormente a la deforestación que llevan a cabo las corporaciones. «Están aumentando las muertes de agricultores provocadas por el incremento de los conflictos agrícolas en toda Indonesia», ha dicho Henry Saragih, fundador del Sindicato de Agricultores de Indonesia, organización que cuenta con 700.000 afiliados.

«La presencia de plantaciones de aceite de palma ha producido una nueva pobreza y está provocando una crisis de carencia de tierras y hambre. Las violaciones de los derechos humanos no se detienen en las proximidades de los recursos naturales del país, y la intimidación, la expulsión forzosa y la tortura son comunes», ha dicho Saragih. «Hay miles de casos que no han salido a la luz. Muchos de ellos se ocultan, sobre todo por parte de las autoridades locales», afirma.

Las comunidades se quejan de que no se las avisa, ni se las consulta ni se las compensa cuando se realizan las concesiones, y no se les deja otra opción que perder la independencia y trabajar por salarios mínimos para las compañías.²⁴

La desposesión de tierras en China: un caso especial

La situación que se está produciendo en China es tan diferente de la de otros países que requiere que nos ocupemos de ella por separado. En cierta manera, implica el retorno a la apropiación de tierras y la desposesión como formas de acumulación primitiva nacional. China, por supuesto, era un país en el que se había realizado una reforma agraria integral, seguida de la formación de comunas, tras lo que vino, en la década de 1980, la asignación de parcelas de terrenos a familias individuales con el «Sistema de Responsabilidad Familiar» de Deng Xiaoping. En China, la tierra es propiedad del Estado, o propiedad colectiva de las aldeas, y los agricultores tienen derecho de uso sobre las parcelas durante un determinado periodo de tiempo.

Los principales responsables del desplazamiento de los agricultores son los cargos locales y regionales que transfieren las tierras (o los derechos de uso) a constructores. Según han ido creciendo las antiguas ciudades y se han ido construyendo ciudades nuevas, también se destinan tierras a la construcción de infraestructuras tales como carreteras, presas, aeropuertos y distintos edificios públicos. Aunque hay una corrupción endémica entre cargos oficiales en el proceso de transferencia de usos de tierras, otro de los impulsos para la desposesión de terrenos agrícolas es la falta de financiación procedente de los gobiernos provinciales y central. Los fondos para la gestión de aldeas y municipios pequeños son perpetuamente deficientes, y una forma de generar fondos es transferir derechos contractuales sobre la tierra a los constructores. Según un profesor de la Universidad de Tsinghua, «en muchos casos, la urbanización en China es un proceso por el que el gobierno local coloca a los campesinos en edificios y se apropia de sus tierras».²⁵ Eso ha provocado, literalmente, decenas de miles de manifestaciones masivas. Aunque a veces los habitantes de los pueblos han arrancado concesiones, como sucedió en Wukan (donde la población ocupó el municipio y, después de una cierta lucha, consiguió la potestad de elegir a sus propios dirigentes), la indignación se ha extendido claramente por todas partes debido tanto a la corrupción como a la confiscación de casas y tierras agrícolas a los campesinos. Un estudio de 2011 de 17 provincias realizado por el estadounidense Instituto Landesa de Desarrollo Rural y la Universidad Estatal de Michigan halló lo siguiente:

- Unos 4 millones de agricultores perdían sus tierras anualmente.
- La compensación media que recibían los agricultores por sus derechos contractuales sobre las tierras era de 7.250 dólares por hectárea.
- El precio medio de venta a los constructores privados era de casi 300.000 dólares por hectárea.²⁶

Una reciente evolución que no presagia nada bueno es el programa chino para reubicar a grandes masas de personas de las zonas rurales en las ciudades. Para el año 2025, unos 250 millones de personas deben ser desplazadas de sus tierras, y China pasará de tener un 50% de población urbana a tener aproximadamente un 70%. Parte de la razón para ello tal vez sea el deseo de poblar las «ciudades fantasma» construidas por especulación, que permanecen vacías.

Por lo que respecta a la agricultura, el plan consiste evidentemente en tener explotaciones más grandes y menos agricultores. «Hoy en día los supermercados raras veces tratan directamente con los pequeños agricultores. Por el contrario, en los últimos cinco años ha surgido una nueva generación de empresas que los abastece de alimentos. Algunos de estos productores, como Chaoda, un productor de verduras que gestiona explotaciones en 29 zonas distintas del país, han conseguido arrendar extensiones de tierras lo bastante grandes como para justificar abultadas inversiones.»²⁷ Las agroempresas se están saltando el trato con los pequeños agricultores individuales y están «negociando contratos de suministro con los cargos de los pueblos, que controlan los usos de la tierra». Corporaciones como Starbucks (café) y Pepsico (patatas de la marca Frito Lay) están cultivando cosechas en terrenos bajo su control directo (Pepsico es el mayor productor de patatas de China), además de firmar contratos con agricultores que cultivan para ellos.

Según un artículo difundido por una agencia de noticias china, «el Gobierno central dijo en su “documento n° 1” para 2013 [...] [que] supervisaría la transferencia ordenada de derechos contractuales sobre terrenos rurales y fomentaría que los contratos de tierras fueran a parar a propietarios de gran escala, granjas familiares o cooperativas agrícolas a fin de que estos puedan desarrollar una gestión de escala. La agricultura de gran escala mejorará el rendimiento de la tierra y del trabajo y proporcionará un fuerte apoyo al nuevo tipo de urbanización del país».²⁸

La dudosa idea que se esconde tras este plan de desposesión masiva de agricultores y el desplazamiento de una cantidad tan enorme de personas a las ciudades es ayudar a crear una economía autopropulsada basada en el consumo individual, más que en la inversión en infraestructuras y en las exportaciones netas. «La urbanización puede desencadenar un proceso de creación de valor», dice el economista jefe del Banco Agrícola de China. «Debería poner en marcha un enorme flujo de ingresos».²⁹ Otros, sin embargo, albergan dudas. Como escribe Michael Pettis, profesor de Finanzas en la Universidad de Pekín: «El plan chino de trasladar a 300 millones de personas a las ciudades se ha convertido en el nuevo argumento por defecto a favor de un alto crecimiento, pero se basa en una falacia. Primero, la urbanización no produce crecimiento. El crecimiento produce urbanización [...] Los países no crecen porque se urbanizan, en otras palabras, se urbanizan porque están creciendo y hay mejores empleos y más productivos en las ciudades que en el campo».³⁰

Tal y como era de esperar, esa urbanización precipitada está causando numerosos problemas. El principal es la incapacidad de producir suficientes nuevos empleos para absorber a los agricultores desposeídos y desplazados. Hay personas que han usado el dinero de la compensación que han recibido por la reubicación forzosa para comprar bienes de consumo electrónicos, como lavadoras y televisores de pantalla plana, que ahora les son completamente inútiles porque no pueden pagar la electricidad que estos necesitan. Al mismo tiempo, hay escasez de trabajadores migrantes jóvenes—muy valorados por la industria porque son fácilmente sobreexplotables— en algunas de las zonas de desarrollo costeras del sur del país. De hecho, la capacidad de China para sobreexplotar a los trabajadores migrantes de las zonas rurales (conocidos como «la población flotante») ha sido uno de los factores clave del rápido crecimiento de la producción industrial en las regiones costeras, y se vería perjudicada por un desplazamiento masivo de población desde las zonas rurales.³¹

La idea misma de una rápida urbanización para tener muchos consumidores que consuman aún más productos —y sustituir a la dependencia de la inversión y las exportaciones para mantener el crecimiento de la economía— es, por lo menos, altamente cuestionable como política de desarrollo. Significa poner el carro (el desplazamiento a las ciudades) delante del buey (los empleos) y todo el esfuerzo puede irse al traste debido a su base irracional. Y si tiene éxito (aunque sea parcial), las implicaciones para el medio ambiente son abrumadoras: dará pie a un gasto masivo para fomentar el consumo personal de cada vez más productos a fin de mantener el crecimiento de la economía. También expone a los desposeídos a una gran vulnerabilidad hasta que se restablezca una red de seguridad social razonablemente adecuada. Si se produce una ralentización de la economía y la gente pierde el empleo, o se despide a los empleados para contratar a trabajadores más jóvenes, ya no existirá la opción de regresar a los pueblos y cultivar la tierra para alimentar a las familias.

En China existe también otra cuestión relacionada con la agricultura de importancia crítica: la gran cantidad de tierras contaminadas por los residuos industriales, que se calcula en entre 10 y 24 millones de hectáreas.³² Y eso con una base agrícola de unos 120 millones de hectáreas, que es el umbral mínimo que ha fijado la dirección china como la tierra mínima que se precisa para poder cultivar la mayoría de los alimentos necesarios.

La contaminación es consecuencia tanto del uso de aguas contaminadas para el riego (muchos estanques, riachuelos y ríos contienen residuos de plantas químicas) como de las partículas contaminantes que transporta el aire y que son productos colaterales de la explotación minera y la fundición de metales. Por ejemplo, el exceso de cadmio en el arroz —sobre todo en el cultivado en la provincia de Hunan— probablemente no sea más que la punta de un iceberg. Hasta el momento, el gobierno se

ha negado a publicar los resultados de un estudio del suelo realizado en toda la nación para localizar problemas de contaminación.

Problemas de la creciente insistencia global en las grandes explotaciones

Durante la mayor parte de los varios milenios en que los humanos han practicado la agricultura, la enorme mayoría de las personas trabajaban la tierra y producían alimentos para sí mismos y para un grupo relativamente reducido de clases no productoras de alimentos. Ahora, por primera vez en la historia humana, hay más residentes urbanos que habitantes de zonas rurales. A pesar de esta drástica transición, la agricultura continúa teniendo una importancia crucial para la vida de una gran parte de la humanidad. La Organización Internacional de Trabajo calcula que, en 2013, un tercio aproximado de todos los trabajadores (algo más de 1.000 millones de personas) trabajaba en la agricultura, en comparación con el 44% empleado en los servicios y el 23% de la industria.³³

En fases anteriores del capitalismo, existían empleos alternativos para los agricultores desplazados, aunque, con frecuencia pero no siempre, fuera a expensas de otras poblaciones. Durante la rápida expansión de la producción industrial, muchas personas que perdían la tierra podían emigrar a las colonias o a las antiguas colonias, o mudarse a las ciudades y trabajar en la industria. Ahora, sin embargo, en la segunda década del siglo XXI, la economía capitalista mundial no puede dar empleo productivo a la enorme cantidad de personas que están perdiendo sus tierras. Así pues, el destino de quienes emigran a las ciudades o a otros países es, por lo común, vivir en suburbios y llevar una existencia precaria dentro de la economía «informal»: un tercio aproximado de los residentes urbanos viven en suburbios. Alimentada por la rápida descampeñización del Sur global, «la clase trabajadora informal mundial»,

observaba Mike Davis en *Planet of the Slums* [El planeta de los suburbios], «es de 1.000 millones de personas, lo que la convierte en la clase social de más rápido crecimiento y sin precedentes que hay sobre la Tierra». ³⁴

Eso significa que el cada vez mayor aumento del tamaño de las explotaciones agrícolas y los crecientes niveles de mecanización representan un problema enorme. Los efectos sobre las pequeñas explotaciones y los pequeños agricultores son los mismos cuando las propietarias de las grandes explotaciones son personas del país (en Brasil, por ejemplo) que cuando son extranjeras. Las grandes explotaciones agrícolas tienden a desplazar a los pequeños agricultores directamente, mediante su desposesión (por el uso de la fuerza o por medios «legales»), o indirectamente, mediante la competencia; poseen elevados niveles de mecanización, y requieren menos horas de trabajo por hectárea. En una granja de 160 hectáreas, se precisa una media de 7,8 horas de trabajo por acre (0,41 hectáreas) para cultivar y cosechar maíz, mientras que en una explotación de 800 hectáreas se necesitan únicamente 2,7 horas. ³⁵ Aproximadamente un tercio de toda la tierra cultivada de los Estados Unidos son explotaciones de más de 800 hectáreas.

Sin embargo, esa reducción de las horas de trabajo no implica una mayor producción total por unidad de terreno. De hecho, las explotaciones más reducidas pueden producir más alimentos en un área determinada gracias a la asociación de cultivos y otras técnicas, y además poseen la ventaja, desde el punto de vista social, de emplear más trabajo. Y los pequeños agricultores son ecológicamente más eficientes que las grandes explotaciones, que han de depender del uso de productos petroquímicos, tanto directamente como a través de fertilizantes y pesticidas, que consumen enormes cantidades de energía en su producción.

Los sencillos cálculos matemáticos que se derivan del impulso dado en China a la creación de mayores explotaciones agrícolas se han señalado ya dentro del mismo país. «A pesar del prometedor potencial de

las explotaciones familiares, [el profesor] Lin [Wanlong, de la Facultad de Economía y Gestión de la Universidad Agraria de China] nos ha prevenido de que el establecimiento de dichas explotaciones familiares por toda la nación debería enfocarse con prudencia. Según sus cálculos, si el tamaño de una explotación familiar es de 6,7 hectáreas de media, la tierra cultivable de China, que es en total de 120 millones de hectáreas, solo daría para 18 millones de explotaciones de ese tipo. Dado que cada explotación familiar emplea a tres trabajadores, este sistema solo podría ocupar a 54 millones de personas, mientras que en la actualidad son 300 millones las personas que viven exclusivamente de la agricultura.»³⁶

Samir Amin afirma que el ideal del capitalismo es que 20 millones de explotaciones agrícolas de gran escala produzcan todos los alimentos que hacen falta en el mundo.³⁷ Tal y como reconoce, esto conlleva dos problemas importantes. Es más difícil gestionar las explotaciones más grandes de una forma ecológicamente sensata, y utilizar rotaciones complejas, integrar la producción de ganado y la de cosechas, criar a los animales de una forma humana, tener zonas naturales no utilizadas, utilizar cosechas asociadas y cosechas trampa. Sin embargo, hay también otra cuestión: ¿Qué harán los centenares de millones de personas, literalmente, que hoy trabajan en la agricultura si ya no pueden dedicarse a ello? La mayoría probablemente se adocenará en unas ciudades (y suburbios) que no ofrecen suficientes oportunidades de ocupación. Esta población «excedente» ya está aumentando rápidamente con las apropiaciones de tierras y el aumento de la mecanización agrícola. Son personas que ya no hacen falta ni para la producción industrial ni para la agrícola, y que ya no tienen acceso a la tierra para cultivar sus propios alimentos. Por lo tanto, este es precisamente uno de los problemas más críticos de nuestra época.

Últimas reflexiones

Desde los inicios del capitalismo, la persecución de ganancias ha sido la fuerza principal que ha impulsado la desposesión de los campesinos y los pequeños agricultores de sus tierras. Los cercamientos aportaron una gran parte de la acumulación primaria en los inicios del capitalismo industrial: en la acumulación de capital, en la formación de una fuerza de trabajo y en el desarrollo de un mercado interior.³⁸ Ha habido desposesiones cuando los pequeños agricultores no han podido competir con las explotaciones más grandes y cada vez más capitalizadas. También los «medios extraeconómicos» de desposesión han tenido un papel prominente: la aprobación de nuevas leyes para derogar derechos consuetudinarios o fomentar la inversión; el cañón de una pistola, y la corrupción de cargos locales, regionales y nacionales. Hoy en día, las apropiaciones de tierras guardan cierta similitud con las del pasado. Y, en algunos países, el robo de tierras por parte de las oligarquías locales continúa. Sin embargo, las dimensiones de las apropiaciones mundiales de tierras; la participación de capitales europeos y norteamericanos y de fondos soberanos; la combinación de los acuerdos internacionales de comercio con leyes nacionales que favorecen el desarrollo de la agenda neoliberal; la moda de los biocombustibles, y los rápidos aumentos de precios, todos juntos constituyen una evolución histórica específica, cualitativamente nueva. Y, por supuesto, la situación en China es absolutamente única.

Antes de acabar, es importante reconocer que muchos agricultores no están aceptando la desposesión de las nuevas apropiaciones de tierras sin plantar batalla. Organizaciones campesinas como La Vía Campesina están luchando contra la nueva ola de apropiaciones. Y, aunque no estén organizados, los agricultores chinos también están luchando contra muy poderosas fuerzas ideológicas, además de policiales y militares. Sin embargo, para que las personas del mundo tengan acceso seguro a la cantidad y la calidad de comida que se precisa para una vida decente, las

apropiaciones de tierras y el desarrollo de grandes explotaciones-fabrica fuertemente mecanizadas deben cesar. Los países deben tomar el control de su propia agricultura al margen de las fuerzas internacionales y del mercado y apoyar el desarrollo de la soberanía alimentaria nacional, basada en explotaciones de tamaño familiar o, en algunos casos, en colectivos mayores o cooperativas agrícolas.

«La moraleja de la historia», escribía Marx en el tercer volumen de *El capital*, «es que el sistema capitalista va en contra de una agricultura racional, o que una agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (aunque esta promueva los desarrollos técnicos en la agricultura) y requiere o bien pequeños agricultores que trabajen para sí mismos o bien el control de productores asociados».³⁹

Notas

1. Ambrose Evans-Pritchard, «The Backlash Begins Against the World Landgrab», *Telegraph* (Londres), 12 de septiembre de 2010, <http://telegraph.co.uk>.
2. Woody Guthrie, «Pretty Boy Floyd», <http://woodyguthrie.org/lyrics>.
3. Sobre el concepto de «acumulación primaria (o primitiva)», véase Harry Magdoff, «Primitive Accumulation and Imperialism», *Monthly Review*, vol. 65, n° 5, octubre de 2013, pp. 13-25.
4. Paul Bairoch, «Agriculture and the Industrial Revolution», en Carlo M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe: The Industrial Revolution*, Collins/Fontana, Londres, 1973, p. 459.
5. «Improve», *Online Etymology Dictionary*, <http://etymonline.com>.
6. Ellen Meiksins Wood, «The Agrarian Origins of Capitalism», en Fred Magdoff, John Bellamy Foster y Frederick H. Buttel (eds.), *Hungry for Profit*, Monthly Review Press, Nueva York, 2000. [Traducción castellana en esta misma entrega: «Los orígenes agrarios del capitalismo», pp. 195-220; la cita exacta figura en las páginas 207-208.]
7. Walter Johnson, «King Cotton's Long Shadow», *New York Times*, *Opinionator* blog, 30 de marzo de 2013, <http://opinionator.blogs.nytimes.com>.
8. Johnson, «King Cotton's Long Shadow».
9. Angie Debo, *And Still the Waters Run: The Betrayal of the Five Civilized Tribes*, Princeton University Press, Princeton, 1973, y «What Were the Results of Allotment?», Native American Documents Project, California State University San Marcos, <http://public.csusm.edu/nadp>.
10. The African Studies Center y MATRIX Digital Humanities Center de la Universidad Estatal de Michigan, *Exploring Africa*, «Module 30: Zimbabwe Teacher's Edition»,

- <http://exploringafrica.matrix.msu.edu>; y Tony Allan, Martin Keulertz, Suvi Sojamo y Jeroen Warner (eds.), *Handbook of Land and Water Grabs in Africa: Foreign Direct Investment and Food and Water Security*, Routledge, Londres, 2013.
11. Deborah Potts, «Land Alienation Under Colonial and White Settler Governments in Southern Africa», en Allan, Keulertz, Sojamo y Warner (eds.), *Handbook of Land and Water Grabs in Africa*, tabla 1.2.1, p. 26.
 12. R.C. Lewontin, «The Maturing of Capitalist Agriculture: Farmer as Proletarian», en Magdoff, Foster y Buttel (eds.), *Hungry for Profit*.
 13. Para información sobre *Life and Debt*, véase <http://lifeanddebt.org>.
 14. Jonathan M. Katz, «With Cheap Food Imports, Haiti Can't Feed Itself», *Huffington Post*, 20 de marzo de 2010, <http://huffingtonpost.com>.
 15. Damien Cave, «As Cost of Importing Food Soars, Jamaica Turns to the Earth», *New York Times*, 3 de agosto de 2013, <http://nytimes.com>.
 16. Las políticas comerciales promovidas por los países capitalistas más ricos y avanzados tenían distintos objetivos. Sin embargo, uno de los más importantes era permitir la entrada y la salida de capitales de los países con las mínimas restricciones (o ninguna en absoluto). Esto incluía el hecho de que las personas extranjeras pudieran invertir en las naciones y repatriar los beneficios a voluntad. Aunque las regulaciones de la Organización Mundial del Comercio tuvieron aquí su papel, también lo tuvieron los ajustes estructurales impuestos por el FMI, así como las ONG del Norte, que habían asimilado un enfoque ideológico parecido. Además, muchos gobiernos y economistas académicos de los países del Sur se habían formado en los bastiones de la ideología del «libre comercio»: Estados Unidos y Reino Unido. Así pues, para atraer capital extranjero —la forma en que supuestamente se desarrollan los países— se cambiaron las leyes nacionales para hacer posible ese tipo de inversiones. Por ejemplo, las compañías multinacionales han adquirido aproximadamente 2,5 millones de hectáreas de suelo en Tanzania con las leyes aprobadas a finales de la década de 1990 bajo la supervisión del FMI y el Banco Mundial. Las leyes aprobadas siguiendo la estrategia de Liberalizar, Mercantilizar, Privatizar allanaron el camino para que grandes extensiones de suelo agrícola pasaran a manos extranjeras.
 17. Citado en Mark Campanale, «Private Investment in Agriculture», en Allan, Keulertz, Sojamo y Warner (eds.), *Handbook of Land and Water Grabs in Africa*.
 18. Evans-Pritchard, «The Backlash Begins Against the World Landgrab».
 19. Maria Cristina Rullia, Antonio Savoria y Paolo D'Odorico, «Global Land and Water Grabbing», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 110, n° 3, 2013, pp. 892-897.
 20. Rullia, Savoria y D'Odorico «Global Land and Water Grabbing».
 21. Land Matrix se describe a sí misma como «una iniciativa de supervisión de la tierra, global e independiente, que promueve la transparencia y el rendimiento de cuentas en decisiones relacionadas con la tierra y la inversión», véase <http://landmatrix.org>.
 22. La inclusión de Sudán del Sur entre los países «inversores» se debe a la connivencia de un pequeño grupo de influyentes individuos que forman la Cooperativa Mukaya Payam. Esta coopera con unos inversores estadounidenses llamados Nile Trading & Development, subsidiaria de la firma Kinyeti Development LLC, con sede en los Estados Unidos, que, a su vez, se describe como «un holding y partenariatado para el desarrollo global de negocios fundado

APROPIACIONES DE TIERRAS EN EL SIGLO XXI

- por profesionales con décadas de experiencia en los negocios, las finanzas y la diplomacia internacionales». Véase «About Kinyeti», <http://kinyeti.com>.
23. Véase <http://investsierraleone.biz>.
 24. John Vidal, «Indonesia Is Seeing a New Corporate Colonialism», *Observer*, 25 de mayo de 2013, <http://theguardian.com>.
 25. Nota de prensa de Landesa, «Insecure Land Rights: The Single Greatest Challenge Facing China's Sustainable Development and Continued Stability», 2010, <http://landesa.org>.
 26. James Pomfret, «Freedom Fizzles in China's Rebel Town», *Reuters*, 28 de febrero de 2013, <http://reuters.com>.
 27. Geoff Dyer, «Taking the Countryside: Why Agribusiness May Reap Profits and Problems for China», *Financial Times*, 4 de abril de 2007, <http://ft.com>.
 28. «Premier Underlines Developing Modern Agriculture, Scale Farming», *Xinhua*, 30 de marzo de 2013, <http://news.xinhuanet.com>.
 29. Ian Johnson, «China's Great Uprooting: Moving 250 Million Into Cities», *New York Times*, 15 de junio de 2013, <http://nytimes.com>.
 30. Michael Pettis, «The Urbanization Fallacy», *China Financial Markets*, 16 de agosto de 2013, <http://blog.mpettis.com>.
 31. Sobre el papel del trabajo migrante en China y su relación con toda la estrategia de acumulación del país, véase John Bellamy Foster y Robert W. McChesney, *The Endless Crisis*, Monthly Review Press, Nueva York, 2012, pp. 165-176.
 32. Josh Chin y Brian Spegele, «China's Bad Earth», *Wall Street Journal*, 27 de julio de 2013, <http://online.wsj.com>.
 33. International Labour Office, *Global Employment Trends 2013: Recovering From A Second Jobs Dip*, ILO, Ginebra, 2013, <http://ilo.org>.
 34. Mike Davis, *Planet of the Slums*, Verso, Londres, 2006, p. 178. Sobre la «descampesinización», véase Farshad Araghi, «The Great Global Enclosure of Our Times: Peasants and the Agrarian Question at the End of the Twentieth Century», en Magdoff, Foster y Buttel (eds.), *Hungry for Profit*, pp. 145-160.
 35. James M. MacDonald, Penni Korb y Robert A. Hoppe, *Farm Size and the Organization of U.S. Crop Farming*, United States Department of Agriculture, Economic Research Report n° 152, agosto de 2013, <http://ers.usda.gov>, p. 18.
 36. Hou Weili, «Back to Their Roots: New Incentives for Family Farming Provide Opportunities to Boost China's Rural Economy», *ChinAfrica*, n° 5, abril de 2013, <http://chinafrica.cn/english>.
 37. Samir Amin, «World Poverty, Pauperization, & Capital Accumulation», *Monthly Review*, vol. 55, n° 5, octubre de 2003, pp. 1-9.
 38. H. Magdoff, «Primitive Accumulation and Imperialism».
 39. Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Penguin, Londres, 1981, p. 216.

La economía política de la descolectivización en China

Zhun Xu

La descolectivización de la economía rural china a inicios de la década de 1980 fue uno de los aspectos más significativos de la transición del país a una economía capitalista. Deng Xiaopeng la elogió como una «innovación», y probablemente sea imposible sobrestimar su importancia en todo el proceso de «reforma» de orientación capitalista.¹ El gobierno chino ha hablado repetidamente de los supuestos beneficios económicos de la descolectivización como algo que ha «aumentado enormemente los incentivos de millones de campesinos».² Sin embargo, las implicaciones político-económicas de la descolectivización siempre han sido muy ambiguas y, cuanto menos, muy cuestionables. En las explicaciones ortodoxas, solía describirse con frecuencia a campesinos individuales o pequeños grupos de estos como las estrellas políticas que habían puesto en marcha el proceso, pero esto servía para ocultar la profunda resistencia a la colectivización en muchos lugares. Además, en la mayoría de escritos se subestiman las verdaderas causas y consecuencias de la reforma agraria, y se da la impresión de que la reforma rural fue fundamentalmente neutra desde el punto de vista político.

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 65, n° 1, mayo de 2013, pp. 17-36. Traducción de Joan Quesada. Zhun Xu (zhun@ruc.edu.cn) es profesor asistente en la Universidad Remnin de China, en Pekín. Entre sus intereses de investigación figuran la economía política, el desarrollo social y la historia económica.

Existen algunos trabajos que abordan su aspecto político-económico, pero incluso estos son por lo general análisis conformistas que presentan los estereotipos habituales en la historia oficial. Uno de los relatos reza que los campesinos querían liberarse del control colectivo y, por lo tanto, conjuntamente y de manera creativa disolvieron sus propios colectivos.³ Cualquier análisis típico tiende a seguir estar grandes líneas maestras: la agricultura colectiva provocó años de pobreza y holgazanería, de modo que los valientes y sabios campesinos firmaron contratos secretos para practicar la agricultura familiar. Debido al poderoso efecto de incentivo de la descolectivización, la producción agrícola aumentó drásticamente. Cuando la iniciativa se imitó en todo el país con impresionantes resultados, el Partido Comunista China (PCCh) hubo de aceptar esa innovación institucional de los campesinos.

Sin embargo, las pruebas demuestran cada vez más que la descolectivización no tuvo los tan aclamados efectos sobre la eficiencia.⁴ Estos estudios, que desafían el consenso existente en la literatura, tienen importantes implicaciones. Ahora parece que los beneficios económicos de la descolectivización no fueron tan grandes. Eso sugiere que tal vez hubiera otros factores más importantes que los de la eficiencia y el incentivo que siempre se resaltan en las explicaciones convencionales. En particular, en los relatos ortodoxos se echa en falta un análisis de clase.

A continuación, sostendremos que la descolectivización sirvió de base política a la transición capitalista china. No solo restó poder al campesinado, sino que rompió la alianza entre campesinos y obreros, y redujo enormemente la potencial resistencia a las reformas. Para el PCCh, la importancia política de la reforma rural para la transición capitalista no puede ser mayor, y fue por eso justamente por lo que el PCCh interpretó oficialmente la descolectivización como un hecho espontáneo y puramente económico.

Desmontar los mitos sobre las políticas de descolectivización

Hay muchos mitos creados sobre la historia de la descolectivización. Los dos más destacados son que: (1) todo el movimiento fue mayormente espontáneo y apolítico, y (2) los únicos que se opusieron a la descolectivización fueron los cuadros, y no los campesinos. Dado que estos mitos constituyen los pilares de la interpretación ortodoxa, vale la pena examinarlos críticamente.

¿Un movimiento espontáneo?

La descolectivización de la década de 1980 se ha calificado de acción espontánea, popular y colectiva contra los anteriores colectivos. Según este relato, la mayoría de los campesinos deseaban la descolectivización, y el PCCh tuvo un papel pasivo en la reforma.⁵ Sin embargo, una lectura más de cerca de la verdadera historia revela que lo cierto es justamente lo contrario.

Todas las anécdotas de campesinos que dismantelan sus propios colectivos parecen contradecir la lógica fundamental de la descolectivización. La explicación convencional fue que los campesinos no estaban de acuerdo con la producción colectiva. Sin embargo, como dice Chris Bramall, si los campesinos fueran capaces de organizar su propia descolectivización tal y como se dice que hicieron, entonces la agricultura colectiva habría sido un gran éxito y no habría habido necesidad alguna de descolectivizar.⁶ Por supuesto que hubo algunos casos singulares de descolectivización de pequeños grupos y casos aislados. No obstante, es simplemente ahistórico explicar la mayoría de los casos así.

El propio informe del PCCh en aquellos primeros tiempos afirmaba que la descolectivización la estaban llevando a cabo las autoridades locales siguiendo instrucciones procedentes de arriba.⁷ Se pueden encon-

trar pruebas del carácter coercitivo de la reforma agraria en los registros provinciales oficiales. Shanghái, una de las regiones más desarrolladas de la China socialista, declaraba en 1980 que no llevaría a cabo la descolectivización. Sin embargo, acabó descolectivizando rápidamente su economía después de decidir en 1982 que seguiría la política nacional.⁸

Pekín también trató de mantener los colectivos y resistirse a la descolectivización a comienzos de la década de 1980. No obstante, Hu Yaobang, secretario nacional del PCCh en aquellos tiempos, criticó a los cuadros de Pekín por su resistencia en 1982. Acto seguido, el Comité del Partido Comunista de Pekín hizo público un anuncio en el que acusaba a algunos de sus cuadros de no haber liberado sus mentes y albergar aún reservas sobre la descolectivización y los instaba a ponerla rápidamente en marcha.⁹

La provincia de Yunnan solo había descolectivizado un 3,5% de las cuadrillas de producción para marzo de 1981. La dirección provincial celebró una reunión en mayo para «uniformizar las ideas sobre la descolectivización», y en noviembre pasó a defender el modelo. Para fines de 1981, Yunnan había descolectivizado más de la mitad de las cuadrillas.¹⁰

En la provincia de Zhejiang, los informes oficiales opinan que los líderes locales no eran demasiado entusiastas por lo que respecta a la descolectivización y atribuían su actitud a la «falta de conciencia». El informe incluso menciona las discusiones entre líderes provinciales sobre el hecho de que mantener la economía colectiva se considerara «inapropiado». Este tono poco habitual implica una fiera lucha política entre los líderes locales y los líderes centrales favorables a la descolectivización. En agosto y septiembre, Zhejiang celebró diversas reuniones de cuadros para corregir «los errores izquierdistas en la reforma agraria» y defender la agricultura familiar. El resultado estuvo claro: mientras que en junio de 1982 menos del 40% de las cuadrillas estaban descolectivizadas, para abril de 1983 más del 90% lo estaban.¹¹

La provincia de Hunan tuvo una historia similar a la de Zhejiang. Los líderes de Hunan apoyaban inicialmente a los colectivos. Sin embargo, varios líderes centrales acudieron a presionar a favor de la descolectivización en la primavera de 1981. Después de eso, el secretario provincial del partido se disculpó oficialmente por su falta de comprensión de la política central y la lentitud a la que avanzaba la descolectivización. Los líderes de Hunan empezaron a continuación la campaña y, en un año, casi el 80% de las cuadrillas estaban descolectivizadas.¹²

Du Runsheng, el arquitecto de la descolectivización en todo el país, revelaba más información interna en sus recientes memorias. Du afirma que algunas provincias solo aceptaron la agricultura familiar después de sustituir a las direcciones; entre estas se contaron las provincias de Fujian, Jilin, Hunan, Guangxi y Helongjiang.¹³ Además, Du documenta de qué forma los líderes centrales impusieron la campaña de descolectivización utilizando su autoridad. Por ejemplo, después de que el líder nacional del PCCh Hu Yaobang viajara a la provincia de Hebei y criticara la lenta adopción de la agricultura familiar, el modelo familiar se implementó rápidamente.¹⁴ Hu también afirmó públicamente que había que eliminar sencillamente los cuadros que se opusieran a la descolectivización.¹⁵

Las presiones desde arriba están bien documentadas en la literatura.¹⁶ Hasta uno de los principales defensores de la descolectivización admitió que, «aunque la agricultura familiar comenzó como una innovación de los campesinos, eso no significaba que todas las comunidades campesinas la desearan». No obstante, después afirmaba que, una vez llevado a cabo el proceso, la mayoría de los campesinos pareció aceptar su parte de tierra con placer.¹⁷ Algunos autores son claramente selectivos a la hora de presentar pruebas. Por ejemplo, Kate Xiao Zhou cita a Shumin Huang para mostrar que la colectivización fue espontánea, pero ignora un relato del libro de Huang que sugiere que esta fue impuesta por el PCCh.¹⁸

Es difícil decir cuántos campesinos defendían de hecho la agricultura familiar, pero, según un estudio nacional realizado por He Xuefeng, experto en temas rurales chinos, al menos un tercio de ellos tenía notables reservas sobre la descolectivización.¹⁹ El PCCh desempeñó claramente un papel crucial a inicios de la década de 1980, cuando la reforma se llevó a cabo rápidamente en toda la nación.

Zhou dijo que no se había enviado jamás ningún equipo de trabajo a los pueblos para implementar la descolectivización, y veía eso como prueba importante de que el Estado había estado ausente de la campaña.²⁰ Sin embargo, los informes de varias provincias hablan de equipos de trabajo a gran escala. Por ejemplo, más de 10.000 personas se enviaron a la provincia de Fujian para implementar la descolectivización.²¹ Además, los equipos de trabajo no eran necesarios cuando la maquinaria política ya existente era capaz de hacerlo. Una entrevista sobre el equipo de la provincia de Jiangxi ilustra claramente el papel pasivo de los campesinos: «los cuadros del Partido Comunista habían celebrado una reunión en una comuna. Después, el jefe del equipo volvió y celebró una reunión de cuadros de equipos. Los cuadros llamaron al sistema «divide la tierra entre los hogares» (*fen tian dao hu*). Los cuadros no intentaron vender el sistema; simplemente celebraron una reunión [de miembros del equipo] y dijeron que así era como se iban a hacer las cosas».²²

De hecho, incluso algunos investigadores que no necesariamente apoyaban a los colectivos afirman que la campaña de descolectivización distó mucho de ser espontánea. Anita Chan, Richard Madsen y Jonathan Unger documentan que, como muchas otras campañas anteriores, Pekín mostró un decidido entusiasmo a favor de la adopción de la descolectivización, y algunos cuadros locales que parecían reticentes a implementarla se vieron públicamente reprendidos por tener ideas izquierdistas.²³ Thomas Bernstein admite que, para el año 1982, la adopción del modelo familiar era cuestión de ajustarse a la línea del partido en aquel momento y esta se impuso independientemente de las preferencias locales.²⁴

Todo esto desafía la opinión según la cual la descolectivización fue una acción colectiva espontánea y muestra que la reforma agraria fue una cuestión fuertemente política y estuvo liderada por el PCCh desde el inicio. Naturalmente, esto nos lleva a la cuestión de entender la resistencia a la descolectivización a comienzos de la década de 1980.

La oposición a la descolectivización

Ocupémonos ahora del segundo mito que predomina: allí donde hubo una oposición significativa a la descolectivización, esta provino de los cuadros, sencillamente temerosos de que los campesinos escaparan a su control.²⁵ Dicho con concisión, y tal y como a menudo se cita en los medios de comunicación habituales: «Los de arriba [los líderes del Partido] estaban de acuerdo, los de abajo [los campesinos] lo deseaban, los de en medio [los cuadros] lo bloqueaban».²⁶

Tal vez algunos cuadros no quisieran la descolectivización porque «dificultaría la gestión»,²⁷ pero cuesta creer que la mayoría de los cuadros se opusiera a la política de los líderes centrales por miedo de «perder el control». Como decíamos en el apartado anterior, la oposición a la descolectivización era casi un suicidio político y, además, seguir la política central podía ofrecer sus recompensas. Como documenta David Zweig, el comité provincial del Partido de la provincia de Shanghái sustituyó a los líderes del condado de Zhidan en 1978 por su defensa continuada de una política agraria radical (es decir, la colectivización).²⁸ En el invierno de 1979, los nuevos líderes del condado distribuyeron tierras a familias y grupos de campesinos en el caso del 90% de las cuadrillas del condado, y no fue este un caso aislado. Dongping Han ha señalado también que en el condado de Jimo, en la provincia de Shangdong, la descolectivización fue algo impuesto, y a los líderes que se opusieron a ella se los apartó del cargo.²⁹ Un caso extremo fue el del un investigador de base de la provincia de Hebei favorable a la descolectivización al que ascendieron a

miembro del comité permanente provincial del PCCh.³⁰ Los cuadros provinciales se resistieron brevemente a la descolectivización, pero en cuanto se dieron cuenta de las intenciones de los líderes centrales, sus actitudes «viraron ciento ochenta grados» para poder conservar la posición política que ocupaban.³¹ Hubo aún algunos líderes provinciales favorables a la agricultura colectiva que lograron resistir, aunque no pudieron prestar apoyo a esta durante mucho tiempo.³²

Roderick MacFarquhar observa que los cuadros rurales no estaban muy contentos con sus nuevas funciones al principio, pero pronto se dieron cuenta de que la reforma rural podía beneficiarlos. Los contactos que poseían y sus dotes políticas podían servir para preservar el estatus e incrementar la renta.³³ Es interesante que Shu-min Huang sugiera también que muchos cuadros locales promovían con entusiasmo la descolectivización porque esta era una forma de hacerse con el control de las empresas colectivas y obtener ganancias.³⁴ La experiencia y los contactos adquiridos como líderes de los colectivos les permitirían dirigir las empresas como si fueran suyas. Huang sugiere que a los campesinos comunes y a los obreros de los colectivos les inquietaba su futuro y protestaron enérgicamente, y Han describe cambios políticos similares.³⁵ Con la descolectivización, las empresas colectivas pasaron a estar bajo el control de los líderes del Partido en los pueblos y gestores empresariales que a menudo arrendaban las empresas o, sencillamente, las adquirían, pese a la fuerte resistencia de los habitantes locales. La descolectivización despojó de poder a los campesinos. La pérdida de los intereses económicos colectivos fragmentó su poder político. Por el contrario, los líderes de las poblaciones lograron concentrar el poder político en sus propias manos y, así pues, fueron los más beneficiados por la descolectivización.

Aunque fuera de forma anecdótica, conocemos el caso de algunos cuadros superiores que también se opusieron a la reforma, pero su voz nunca fue significativa en la arena pública.³⁶ Algunos autores han creído encontrar a ciertos líderes centrales opuestos a la descolectivización, pero

los argumentos que presentan son poco convincentes. Tomemos como ejemplo a Kate Xiao Zhou, que identifica al primer ministro Zhao Ziyang como uno de los líderes centrales opuestos a la descolectivización en 1980; en la misma página que realiza esa afirmación, presenta también a Zhao como favorable a la descolectivización en otra ocasión, ¡en el mismo año de 1980!³⁷ En realidad, Deng Xiaoping, figura dominante en el PCCh, alababa ya la descolectivización en 1980, con lo que era muy improbable que ningún líder central se opusiera a ella, como ha señalado MacFarquhar y ha confirmado el propio Zhao Ziyang.³⁸

Huang documenta una historia que tuvo lugar en el sudeste de China, donde las autoridades superiores y algunos habitantes presionaron a la dirección local para que dismantelara los colectivos, pero el líder logró resistirse hasta 1984.³⁹ No se resistió porque tuviera miedo de perder el control, ya que él mismo se mantendría igualmente en una posición indisputada de poder incluso tras la descolectivización. Sencillamente, creía que no había que destruir un sistema que funcionaba adecuadamente.

Los informes oficiales de las provincias mencionan las reacciones de algunos campesinos y algunos cuadros. Por ejemplo, en la provincia de Jilin, algunos antiguos miembros del Partido Comunista afirmaron públicamente que no habría socialismo sin los colectivos, por no hablar de comunismo o del Partido Comunista. Se explica que algunos cuadros rompieron a llorar mientras dividían las tierras agrícolas y los animales de tiro. Se temían sinceramente que con la descolectivización se perderían las ventajas de los colectivos, como eran la economía de escala, la mecanización y la diversificación de la producción.⁴⁰

Otro informe del distrito de Lu'an, en la provincia de Anhui, también resulta esclarecedor.⁴¹ El autor documenta minuciosamente dos debates entre los líderes que tuvieron lugar en 1979 y en los que se discutió si debían seguir la senda de la descolectivización. Los cuadros favora-

bles a los colectivos expusieron diversas críticas importantes a la descolectivización. En primer lugar, señalaron que el crecimiento de la agricultura se debía a una buena dirección, más que a la descolectivización. En segundo lugar, solo el 30% de los campesinos que contaban con trabajo y capital humano de un alto nivel deseaban la descolectivización. En tercer lugar, la agricultura requería por naturaleza de decisiones colectivas en materia de riego y cultivos. Los argumentos esgrimidos eran poderosos, y nada en absoluto tenían que ver con la inquietud por «perder el control». Así pues, la facción favorable a los colectivos ganó de hecho el debate. Sin embargo, sometidos a claras presiones de los líderes que defendían la descolectivización, los cuadros favorables a los colectivos hubieron de hacer significativas concesiones en el segundo debate y vieron como sus críticas quedaban rechazadas.

Por lo tanto, el cambio general hacia la descolectivización era potencialmente beneficioso para los cuadros,⁴² pero no lo era tanto para los campesinos comunes. Una premiada novela favorable a la reforma, de 1981, mostraba distintas actitudes hacia esta de manera sutil. En el relato, un líder joven y formado inicia la reforma descolectivizadora; otros «líderes» se le oponen, mientras que los campesinos la reciben de buen grado. Algunas mujeres contrarias a la descolectivización se oponen también al principio, pero más tarde aceptan las ideas reformistas.⁴³ En esta novela, las contradicciones que antes mencionábamos las resuelve el espíritu sobrehumano del líder: este, deliberadamente, se adjudica a sí mismo tierras de calidad inferior, en lugar de aprovecharse de la situación. Además, trabaja gratuitamente día y noche para las familias que no cuentan con la suficiente fuerza de trabajo. Sin embargo, hay un problema lógico que se plantea una vez más: si el líder es una persona tan carismática y tan sacrificada, es difícil imaginar que no fuera capaz de dirigir bien a los campesinos en la producción colectiva.

La interpretación según la cual la reforma agraria fue una iniciativa de abajo a arriba que partió de los campesinos y a la que se resistieron los

cuadros locales está plagada de defectos. Los cuadros y una pequeña parte de los campesinos llevaron a cabo la reforma y se beneficiaron de ella. Al campesino medio no le entusiasmaba la descolectivización, e incluso se opuso a ella en algunos casos. Aun así, la pregunta es: si la reforma estuvo liderada en realidad por los cuadros del PCCh y otros grupos privilegiados, ¿cuál era entonces su objetivo principal? Un breve repaso de la línea del partido en materia de relaciones agrarias a lo largo de las tres últimas décadas arrojará cierta luz sobre la cuestión.

Vientos políticos cambiantes

La muerte de Mao en 1976 fue el inicio de una nueva era en China. No pasó mucho tiempo antes de que Deng Xiaoping se convirtiera en la persona más poderosa en el comité central del PCCh. Aunque él y sus aliados hacía tiempo que defendían las explotaciones familiares, al principio no estaba claro que quisiera dismantelar la economía colectiva con tanta rapidez. En su famoso discurso político de 1978, en el que se describían las líneas maestras de su plan de amplias reformas de mercado en la economía, solo brevemente se hacía referencia a la agricultura.⁴⁴ Por ejemplo, se decía: «Ahora la tarea más importante es incrementar la autonomía de las fábricas y los equipos de producción [...] ¡Cuánta riqueza se puede producir con eso! [...] Cuanta más riqueza creen los individuos para el Estado, mayor es la renta que deberían percibir y mejor podría ser el bienestar colectivo».⁴⁵

Estaba claro que no sentía mucho aprecio por los colectivos ma-
oístas en los que la renta se distribuía de forma igualitaria. Aun así, la crítica a la agricultura colectiva era muy genérica. En esa época, el PCCh aprobó también una resolución sobre desarrollo agrícola en la que animaba a los colectivos a emprender iniciativas económicas y se elevaban los precios de adquisición de los productos para aumentar los ingresos de los campesinos.⁴⁶ Los documentos oficiales del PCCh concluían que

el principal problema de la agricultura colectiva era el legado de los «izquierdistas extremos» durante la Revolución Cultural. A pesar de ello, todas las nuevas políticas mantenían el modelo colectivo.

En una resolución política de extrema importancia, en 1981 los cuadros del PCCh alcanzaron por fin un consenso general sobre su propia trayectoria histórica.⁴⁷ En ese informe, quedaban resueltos los debates internos del Partido y se hacía una evaluación formal de Mao y sus políticas. Es interesante señalar que, aunque en el informe se criticaban muchos aspectos de la Revolución Cultural y se afirmaba que esta había causado un gran derroche y costes innecesarios a la economía, se alababa la agricultura y el aumento de la producción de grano como una de las áreas en las que había habido un «crecimiento sostenido». En esta misma línea, algunos libros de historia afirmaban también que la agricultura crecía de forma sostenida a pesar de la Revolución Cultural.⁴⁸

Después de que se implementara rápidamente la reforma descolectivizadora, empezó a considerarse la economía colectiva como «estancada». En un informe político al XII Congreso Nacional del PCCh en 1982, Hu Yaobang afirmaba que, cuando se había corregido «el error previo de la “izquierda” en la dirección», «el rendimiento de la agricultura había cambiado significativamente y se había pasado del estancamiento a la prosperidad».⁴⁹ Esta se convirtió después en la descripción estándar de la agricultura colectiva. El problema no solo se identificaba ahora con la «extrema izquierda», sino también con la «izquierda» normal. En ese mismo congreso nacional, Du Runsheng, director del comité agrícola del Consejo de Estado, explicaba: «el error de la izquierda en agricultura ha estado vigente durante más de 20 años, hasta que el sistema de responsabilidad y, sobre todo, el *bao gan dao hu* [la descolectivización] se le opusieron con fuerza; se liberaron los incentivos que llevaban largo tiempo suspendidos y se hizo variar el prologando estancamiento de la agricultura».⁵⁰ Así pues, en el XII Congreso Nacional del PCCh se empezó a de-

monizar a los colectivos, solo un año después de que el PCCh hubiera alabado la agricultura colectiva por su «crecimiento sostenido».

Sin embargo, la evaluación que se hacía de la descolectivización también estaba sujeta a cambio. Tras 1984, la producción de grano se estancó durante un buen tiempo. Los líderes del PCCh cambiaron de sintonía con respecto a esta cuestión. Zhao Ziyang afirmó que la agricultura, si había de avanzar, necesitaba políticas de apoyo más allá de la descolectivización.⁵¹ Du Runsheng también restó importancia a la descolectivización y dijo que la agricultura dependía en última instancia del progreso tecnológico.⁵²

Es interesante que la agricultura colectiva no siempre se haya demonizado. En realidad, la evaluación que se hacía de esta variaba según el clima político. Por ejemplo, tras los sucesos de la plaza Tiananmen en 1989, las figuras políticas tenían que parecer un poco más de «izquierdas» de lo que lo eran en la década de 1980. Tal y como descubrieron D. Y. Hsu y P. Y. Ching, los líderes comenzaron a alabar repetidamente los logros de los cuarenta años anteriores.⁵³ Hsu y Ching nos ofrecen también este ejemplo: «el vicepresidente del Gobierno chino, Tien Chi-yun (Tian Jiyun) reconoció que el desarrollo de la infraestructura agrícola en los treinta años anteriores a la reforma había sido la principal razón de los incrementos de la producción agrícola desde la reforma».⁵⁴ Fue también después de la agitación política de 1989 cuando el nuevo líder del PCCh, Jiang Zemin, cambió deliberadamente el nombre del «sistema de responsabilidad familiar» (la política estándar de descolectivización) por el de «sistema de responsabilidad», en un discurso en ocasión del XL Día Nacional en 1989.⁵⁵ El cambio, aunque sutil, restaba importancia al papel de la descolectivización en la reforma.⁵⁶ Sin embargo, cuando la presión política se relajó a comienzos de la década de 1990, se recuperó el nombre de «sistema de responsabilidad familiar», que ha estado vigente desde entonces. El informe del Tercer Plenario del XV Comité Central del PCCh solo vino a confirmar aún más lo que eso significaba, al considerar

que la descolectivización de la economía rural había llevado a las reformas más amplias de mercado y había contribuido enormemente a estas.⁵⁷

Sin embargo, desde inicios del nuevo siglo, la línea previamente establecida del Partido con respecto a la producción familiar ha vuelto a variar. Los líderes han olvidado su anterior insistencia en que solo la agricultura individual o familiar puede proporcionar unos incentivos efectivos. Ahora creen que los incentivos son efectivos cuando los obreros trabajan juntos, siempre que se trate de obreros asalariados que trabajan para un propietario capitalista. El nuevo argumento político persevera en la superioridad de la agricultura familiar sobre la colectiva, aunque, al mismo tiempo, señala los límites de la pequeña agricultura familiar. Como alternativa, reclama la consolidación de tierras para lograr una escala suficiente como para fomentar la inversión agrícola y una gestión más eficiente. La producción familiar se considera ahora que resulta ineficiente. Por supuesto, esta valoración jamás se mencionó en el relato esgrimido en contra de la agricultura colectiva en la década de 1980, cuando se decía que los pequeños agricultores eran la base de la modernización agrícola.⁵⁸

La nueva línea quedaba clara en las resoluciones del Tercer Plenario de los XVI y XVII Comités Centrales, de 2002 y 2008 respectivamente.⁵⁹ En particular, la resolución aprobada por el Tercer Plenario del XVII Comité Central estaba centrada en el desarrollo rural y en ella se animaba a los campesinos a comerciar con los derechos de uso de tierras para concentrar las tierras y alcanzar una producción agrícola de gran escala, más eficiente.

La línea del Partido en materia de agricultura ha variado constantemente a lo largo de los últimos treinta años. Al principio, la agricultura colectiva era buena, pero pronto pasó a aplaudirse el modelo familiar. Más tarde, el PCCh y los medios de comunicación ortodoxos empezaron a afirmar que, en realidad, las familias no eran lo bastante productivas, y

defendieron la consolidación de tierras. La escala de las unidades agrícolas cambió cíclicamente: de grandes explotaciones a pequeñas explotaciones, para volver de nuevo a las grandes explotaciones. La estructura de propiedad, en cambio, evolucionó siempre en la misma dirección: hacia la continua erosión de la propiedad colectiva. Tal vez todas esas variaciones en la línea del Partido puedan llevarnos a una explicación causal de la transformación agraria en su conjunto. Al menos, sí que acrecientan nuestra curiosidad sobre cuáles fueron las motivaciones políticas que impulsaron la descolectivización.

Causas y condiciones de la descolectivización en el contexto post-Mao

Aunque muchos miembros de la dirección central, incluido Deng Xiaoping, defendían la agricultura familiar, con ello no basta para explicar la descolectivización de toda la economía rural. Es posible que se hubiera podido imponer la reforma, pero esta no habría estado tan libre de problemas como lo estuvo. También es improbable que Deng y otros burócratas pragmáticos hubieran defendido algo sin que se hubieran creado las condiciones suficientes. En este apartado analizaremos las causas políticas de la descolectivización y las condiciones para ella.

El fin de la lucha de clases

Poco tiempo después de la muerte de Mao, todo lo que sostenía la sociedad maoísta pareció cambiar. De hecho, la condena, ahora incesante, de los activistas de la Revolución Cultural; la restauración de los antiguos cuadros que habían perdido poder durante la Revolución Cultural y las anteriores campañas políticas,⁶⁰ y el surgimiento de la literatura de las cicatrices (que describía los destructivos impactos de la era precedente),

marcaron todos ellos el fracaso político de Mao y sus aliados. Además, los burócratas buscaron la formación de alianzas con los intelectuales de más alto nivel que habían perdido sus privilegios durante la época de Mao. Las nuevas políticas intelectuales, como el restablecimiento del examen de entrada a la universidad, eran formas de ganarse su apoyo. Como ha sostenido Maurice Meisner, Deng Xiaoping logró hacerse con el poder de Hua Guofeng (el sucesor inmediato de Mao) gracias a un amplio apoyo de los cuadros, de los militares y de los intelectuales.⁶¹ Aunque estos diferían de los del pasado y diferirán de los del futuro, a finales de la década de 1970 todas esas fuerzas políticas se unieron en torno a Deng con la idea compartida de que era preciso mantener un orden burocrático estable, y de que no debían repetirse movimientos de masas maoístas como la Revolución Cultural.

Este cambio en los intereses de las élites se expresó en las decisiones políticas y económicas del PCCh. Una resolución del Tercer Plenario del XI Comité Central sustituyó el principio central de la «lucha de clases» del PCCh por el de la «modernización». En esa misma resolución se afirmaba también que, desde que han quedado corregidos los errores de la Revolución Cultural, el principal enemigo político de los obreros y los campesinos ha desaparecido. En este mismo punto profundizaba aún más la resolución del Sexto Plenario del XI Comité Central, de 1981, cuando anunciaba oficialmente que la lucha de clases no era ya la principal contradicción de China.⁶² Por supuesto, tal afirmación solo era cierta en el sentido de que los burócratas y sus aliados gozaban ahora de un poder abrumador sobre el país, y sus principales oponentes políticos dentro del PCCh ya habían sido derrotados. Aun así, los trabajadores y los campesinos no estaban aún domesticados, y seguían siendo enemigos potenciales de los burócratas.

Ese fuerte empuje hacia la modernización, junto a la admiración que provocaba la riqueza de los países capitalistas avanzados, dio pie a la ideología según la cual China debe ponerse al nivel del capitalismo avan-

zado utilizando su tecnología y sus técnicas de gestión «científicas y avanzadas». Pero ¿qué es lo que era exactamente «científico y avanzado»? Deng ya nos había dado la respuesta en 1978: el sistema de responsabilidad. Este término vago incluía el hecho de otorgar más poder a las direcciones, más poder a los técnicos y los intelectuales, e imponer una disciplina más severa al trabajo, con bonificaciones y penalizaciones.⁶³

De hecho, las reformas orientadas hacia el capitalismo ya se estaban implementando en las industrias urbanas desde finales de la década de 1970.⁶⁴ Para los líderes del PCCh, modernización era algo claramente distinto de socialismo, y no era probable que los obreros la aceptaran de buen grado. Aun así, todas esas tendencias e inclinaciones no habían provocado conflictos sociales inmediatos. Una de las razones fue que, en lugar de intentar extraer más de los trabajadores y los campesinos, el gobierno fingió pactar con ellos. En las zonas rurales, se elevaron fuertemente los precios de las adquisiciones y, en las zonas urbanas, se concedieron mayores dividendos y recompensas a los trabajadores.⁶⁵ Todas esas medidas se suponía que fortalecerían los incentivos de obreros y campesinos y, de hecho, la agricultura y la industria ligera experimentaron a continuación un rápido crecimiento. No obstante, la luna de miel entre los cuadros de mentalidad capitalista y obreros y campesinos no tardaría en llegar a su fin.

Una reforma urbana frustrante

El programa de modernización de la industria fue en realidad una guerra contra los trabajadores de las empresas de propiedad pública. En 1979, Jiang Zilong, quien era entonces un escritor obrero, publicó una novela que ilustra los conflictos entre los cuadros reformistas y los trabajadores.⁶⁶ En el relato, un director de fábrica recién nombrado, un hombre lúcido y valiente, acompañado de su esposa, una mujer muy inteligente (ambos habían estudiado en un país avanzado: la Unión Soviética), decla-

raba que, debido a la pérdida de ideales tras la Revolución Cultural, los obreros se habían vuelto holgazanes y se escaqueaban del trabajo. Tal y como sugerían las «técnicas científicas de dirección», pasaron a utilizar métodos muy rigurosos con los trabajadores, entre ellos el despido de más de 1.000 obreros sin contrato permanente para aumentar la productividad. Muchos trabajadores empezaron a odiarlo, y escribían quejas al secretario del Partido en la fábrica con la esperanza de que el PCCh los salvaría. Sin embargo, el secretario del Partido era de la misma opinión que el director. Al final, los líderes superiores animaban al director a tomarse la libertad de experimentar, mientras que los líderes de la fábrica decidían viajar a un país avanzado para aprender más sobre las nuevas técnicas de dirección.

Lo que la novela describía era exactamente la dirección que habría de tomar la reforma urbana. En lugar de aumentar la participación y el poder político de los obreros, los líderes se convirtieron en comandantes, y a los obreros sencillamente se los disciplinó para que fueran útiles a la producción. Aunque en la novela el fin de la dirección de la fábrica era aún la «modernización», este fácilmente podría cambiar más adelante al de obtener beneficios, ya que los trabajadores carecerían de todo poder. Aun así, para ser justos hay que decir que al final de la década de 1970 los obreros aún gozaban de considerable poder en la mayoría de los casos, e incluso muchos de los obreros partidarios de la reforma no aceptaban el capitalismo. Un ejemplo sería el autor mismo de la novela: aunque inicialmente era partidario de la reforma, Jiang ha reconsiderado más tarde su postura y se ha opuesto públicamente a la privatización y la supresión de trabajadores.⁶⁷

Según MacFarquhar, la fuerte oposición a la reforma urbana de la década de 1980 planteó serios problemas al PCCh.⁶⁸ El fracaso de la reforma urbana se hace evidente en el enorme déficit de 1979 y 1980 (aunque la tensión social no fuera inmediata). Este no fue solo consecuencia del aumento de la remuneración de obreros y campesinos, sino

también de las importaciones a gran escala de países extranjeros en persecución de ambiciosos programas de modernización.⁶⁹ La población china se sorprendió enormemente por la inflación que eso creó, ya que no había habido inflación en la China maoísta.⁷⁰ Para equilibrar el presupuesto, el PCCh hubo de cerrar muchas fábricas, lo que provocó un desempleo masivo.⁷¹ Según reconocía un libro de historia de la corriente ortodoxa: «a finales de la década de 1980, debido a algunos efectos negativos del Nuevo Gran Salto Adelante en las empresas de propiedad estatal, hubo déficits fiscales, la inflación se aceleró y el orden económico se volvió caótico».⁷²

Así pues, quedaba claro que el pacto entre los cuadros y los trabajadores no se mantendría. En primer lugar, la idea básica de la reforma era disciplinar a los trabajadores para obtener más beneficios, de manera que, antes o después, habría de aflorar el conflicto de intereses. En segundo lugar, aunque los cuadros planearan comprar el apoyo a la reforma de los trabajadores, hubieron de dejar de hacerlo debido a la grave situación que se vivía en las ciudades.

Los problemas presentes en las áreas urbanas provocaron la primera crisis política y económica del PCCh posterior a Mao. Ahora resultaba políticamente arriesgado seguir adelante con la línea capitalista de reformas, ya que eso llevaría a una confrontación directa con los trabajadores en una mala situación económica. Era natural que en 1980 los cuadros dirigieran la mirada hacia la economía rural.⁷³

El eslabón débil

Los líderes del PCCh fueron afortunados de que la economía rural fuera el talón de Aquiles de la economía socialista. No era solo que un tercio de los colectivos no estuvieran en buena forma, sino que incluso los más exitosos estaban aquejados de todo un número de problemas.⁷⁴

En primer lugar, aunque la agricultura colectiva había obtenido logros impresionantes, el rápido crecimiento de la población hacía que gran parte de lo ganado fuera en vano. Sulamith Potter y Jack Potter han mostrado que, en la comuna que estudiaron, la distribución per cápita (renta por persona por unidades de trabajo) disminuyó desde un máximo de 180 yuanes en 1962, hasta quedar en poco más de 100 yuanes durante la mayor parte de las décadas de 1960 y 1970, a pesar del constante incremento de la producción bruta.⁷⁵ Aunque el rápido ritmo de aumento de la población, debido a la mejora de la sanidad y otros progresos en la calidad de vida, se aminoró en la década de 1970, esa disminución no bastó para revertir la tendencia. En el nivel nacional, la producción de grano se incrementó en un 2,68% anual desde 1956 hasta 1978; al mismo tiempo, la población creció anualmente en un 1,95%, de modo que la mejora per cápita de la producción resultó limitada, a pesar del desarrollo de la agricultura.⁷⁶

En segundo lugar, había falta de mecanización en la agricultura. La agricultura colectiva no es necesariamente más productiva que las explotaciones individuales si no cuenta con la mecanización y las infraestructuras suficientes. En la época de Mao, las comunas construyeron muchas infraestructuras, pero la mecanización solo empezó a aumentar rápidamente a mediados de la década de 1970.

En tercer lugar, las diferentes trayectorias históricas habían conducido a distintos rendimientos de las explotaciones colectivas. Como ha señalado William Hinton, los colectivos más exitosos tenían una larga historia de reforma agraria y lucha militar contra los reaccionarios y, en el proceso, habían surgido muchos líderes políticos campesinos que habían dirigido la producción colectiva.⁷⁷ En otros lugares, como en la provincia de Anhui, la reforma agraria y la colectivización la habían realizado rápidamente agentes exteriores, y no los líderes políticos locales. En estos lugares, la agricultura colectiva nunca había gozado de una amplia aceptación campesina.

Por último, aunque no menos importante, la estratificación política dominante desalentaba la movilización y socavaba la capacidad organizativa de los colectivos, lo que provocaba el infrarrendimiento de la agricultura colectiva. En algunos casos, la ausencia de una superestructura socialista reducía el apoyo potencial de los campesinos al mantenimiento de los colectivos.

El infrarrendimiento de la agricultura en muchos lugares facilitó que las autoridades centrales subrayaran la ineficacia del régimen colectivo e impusieran la reforma descolectivizadora. El poder político de los campesinos nunca había sido tan fuerte como el de los trabajadores industriales, que contaban con décadas de experiencia de industrialización y organización política. Así pues, la debilidad relativa de los campesinos, tanto económica como política, los convirtió en blanco principal tras el fracaso de la reforma urbana.

Vender la descolectivización

A pesar de la relativa falta de poder del campesinado, la descolectivización no fue fácil. La reforma hubo de hacer frente a oposición en todos los niveles. Esa fuerte resistencia se debía en gran medida a los beneficios que obtenían los campesinos de los colectivos y al largo tiempo durante el cual se había insistido en la necesidad de explotaciones colectivas en tiempos de Mao. Sin embargo, resultó que el PCCh logró convencer, de hecho, a muchos campesinos de que la descolectivización sería tan eficiente como socialista. La campaña, con una extraña combinación de propaganda burguesa y viejos eslóganes revolucionarios, tuvo tanto éxito que merece que nos ocupemos de ella por separado.

Primero, los líderes miraron siempre de hacer encajar las nuevas políticas dentro de la tradición socialista. Desde el principio, los cuadros cuidaron mucho el lenguaje. Por ejemplo, Deng y otros utilizaban siem-

pre la expresión «sistema de responsabilidad», que era deliberadamente vaga porque nadie podía negar la necesidad de que las personas asumieran la responsabilidad de su propio trabajo. De hecho, en el periodo maoísta estaba muy extendida entre los colectivos la práctica de contratar a grupos o individuos para pequeños trabajos, y era algo que se alentaba, sin que tales medidas alteraran la naturaleza de los colectivos.⁷⁸ Aun así, el término se utilizó para esconder una descolectivización radical, como si esta fuera lo mismo que la contratación de pequeñas tareas que ya existía. El PCCh también puso mucho empeño en distinguir la descolectivización de la completa privatización, ya que la propiedad nominal de la tierra seguía siendo colectiva. La vaguedad de la propaganda contribuyó a que campesinos y cuadros percibieran la reforma como socialista y progresista.⁷⁹

Una anécdota interesante muestra que lo más importante de la etiqueta de «responsabilidad» no era en realidad la «responsabilidad» per se. Durante la campaña de descolectivización, visitaron China unos representantes del Gobierno rumano y preguntaron si el «sistema de responsabilidad familiar» no podría rebautizarse sencillamente como «sistema de responsabilidad», ya que la inclusión de término «familiar» hacía que se pareciera mucho a la privatización. Los diseñadores de políticas rápidamente rechazaron la sugerencia, porque consideraban que el aspecto «familiar» de la descolectivización era un elemento crucial del paquete de reformas.⁸⁰

Había una vaguedad deliberada en los dos términos más populares utilizados en la campaña en pro de la descolectivización: *dao bao gan* y *lianchan*. El primero significa en chino «divide la tierra y trabaja solo». Sin embargo, puede tener también otro significado: «garantía de trabajo». Muchas personas creyeron que el término poseía ese segundo significado, que no tenía ninguna implicación política. El segundo término significa «vincular los ingresos a la producción», lo que implica que los colectivos ya no son los responsables de distribuir la renta. No obstante, en

chino la palabra puede designar también una especie de «producción cooperativa». Nuevamente, muchas personas pensaron erróneamente que se utilizaba en la segunda acepción.

En segundo lugar, mientras que los cuadros no habían conseguido el apoyo de los obreros a las reformas, sí que lograron el de los campesinos. Durante el periodo de transición (1979-1984), las rentas de los campesinos aumentaron fuertemente debido sobre todo al incremento de los precios de adquisición. La propaganda atribuyó ese hecho a la descolectivización. Así pues, al menos al principio, la mayoría de los campesinos vio con buenos ojos la reforma rural.

Finalmente, cuando hubieron de hacer frente al desafío de las zonas favorables a la agricultura colectiva, los reformadores evitaron la confrontación directa y utilizaron sofisticadas habilidades diplomáticas. Por ejemplo, muchos de los informes favorables a la descolectivización de comienzos de la década de 1980 reconocían que la reforma rural podría conducir al final al desmantelamiento de los colectivos y a la restauración de la agricultura de pequeñas explotaciones.⁸¹ Sin embargo, solo admitían el problema en un nivel abstracto; en el plano de lo concreto, tan solo presentaban casos que resultaban favorables a la descolectivización. Afirmaban, también, que un grado reducido de descolectivización no sería realmente perjudicial para la agricultura socialista. Al final, concluían con un apoyo optimista y definitivo al avance de la descolectivización como una «tendencia inevitable».

En resumen, nuestra presentación de las causas de la descolectivización ha mostrado que una fuerte oposición de los obreros provocó directamente el fracaso de la reforma obrera, lo que llevó al PCCh a redirigir la atención hacia la reforma rural. Debido a todos los factores que hemos reseñado, los colectivos rurales eran vulnerables a los ataques desde el PCCh. Al mismo tiempo, cabe no subestimar la importancia de la ideología en la reforma agraria en toda la nación.

Consecuencias políticas

Con el triunfo de la descolectivización en las zonas rurales, el PCCh podía retomar los programas urbanos, tal y como concluía la resolución del Tercer Plenario del XII Comité Central en 1984: la reforma rural estaba casi acabada y había que centrarse ahora en la reforma urbana.⁸² ¿Por qué estaban tan seguros de poder lidiar con los obreros llegados a esta coyuntura?

En primer lugar, los campesinos dejaron de ser una fuerza política importante en China. La descolectivización, que había convertido a un campesinado colectivo organizado en pequeños productores independientes y en competencia, redujo enormemente de poder conjunto de los campesinos.

La amenaza potencial de una revuelta campesina siempre había acechado a los líderes del PCCh, que habían dirigido ellos mismos una revolución campesina. Aún una década después de la descolectivización rural, un vicepresidente del Gobierno afirmaba que, en ese momento, no había nadie en el régimen capaz de mantenerse en el poder si había problemas en el campo.⁸³ Los líderes de comienzos de la década de 1990 sabían que, si se recolectivizaban las explotaciones agrarias, se seguiría un grave deterioro de las relaciones entre el campesinado, el Partido y el Gobierno. El temor a la fuerza de los campesinos explicaba también en parte las reticencias de los líderes a crear una asociación de agricultores, a pesar de las numerosas propuestas.⁸⁴

La descolectivización ha logrado en gran medida el objetivo de reducir el poder de los campesinos, y el PCCh ha eliminado una gran amenaza al avance de la transición al capitalismo. Por ejemplo, los campesinos guardaron silencio cuando la agitación política provocada por la privatización y las reformas de mercado subió de tono a finales de la

década de 1980. Cuando se les preguntó a los estudiantes de la plaza Tiananmen dónde estaban los campesinos, la respuesta fue: «están todos dormidos».⁸⁵ Al mismo tiempo, Deng Xiaoping aseguraba a los demás líderes que los campesinos no planteaban ningún problema.⁸⁶ Ni siquiera en los disturbios que se produjeron en años posteriores los agricultores representaron una amenaza tan notable como lo habrían sido si hubieran estado organizados.

En segundo lugar, se había roto la tradicional alianza entre campesinos y obreros. El temporal aumento de las rentas en el campo convenció a la mayoría de los campesinos de prestar su apoyo a nuevas reformas. Estaba también la consecuencia a largo plazo de aportar a las industrias privadas de las zonas urbanas una cantidad casi infinita de trabajo, ya que, tras la reforma agraria, el PCCh alentó a los campesinos individuales a vender su fuerza de trabajo en las ciudades. La superabundancia de trabajo urbano socavó el poder de la antigua clase obrera en las empresas de propiedad pública. Fue en esas condiciones, incluido el desempleo masivo, cuando fue posible seguir avanzando con la reforma urbana.

Las rentas campesinas no eran en absoluto mejores que las de los trabajadores urbanos después de que menguara su propia fuerza política y disminuyera la necesidad que había tenido el PCCh de mantenerlos en calma. La tabla 1 muestra, en la primera columna, los cambios históricos en la ratio per cápita entre las rentas urbanas y rurales. Aunque la pasividad de los campesinos a finales de la década de 1980 podría explicarse por la satisfacción de estos con la fuerte reducción de las diferencias entre el campo y la ciudad, no es posible aplicar esa misma lógica al periodo posterior, cuando las diferencias volvieron a ensancharse y acabaron siendo mucho mayores de lo que eran en 1980. El declive del poder político de los campesinos provocó también indirectamente el descenso relativo de la inversión del Estado en la agricultura. Claramente, los políticos parecía que se hubieran olvidado del campo. Como muestra la se-

gunda columna de la tabla 1, la proporción del gasto rural sobre la totalidad del presupuesto fiscal descendió desde su máximo en la era de la agricultura colectiva, aun después de ajustar la cifra por el descenso de la población rural. Además, la tercera columna de la tabla 1 muestra cómo el gasto correspondiente a infraestructuras dentro del ya reducido presupuesto para el campo también descendió fuertemente en comparación con la época de la agricultura colectiva.

Tabla 1. El declive del campo

	Ratio entre rentas urbanas y rurales [valor (año)]	Proporción ajustada de gasto fiscal en zonas rurales	Proporción del gasto en infraestructuras frente al gasto rural total
1971-1980	2,5 (1980)	13,7%	39,6%
1981-1990	2,2 (1990)	11,8%	22,7%
1991-2000	2,8 (2000)	13,2%	25,3%
2001-2006	3,1 (2010)	12,8%	25,0%

Notas: La ratio entre rentas urbanas y rurales se define como la renta per cápita disponible en las zonas urbanas dividida por su equivalente en las zonas rurales. La proporción del gasto fiscal en las zonas rurales se calcula como la proporción del gasto fiscal rural per cápita con respecto al gasto fiscal nacional per cápita para ajustarla a los cambios temporales en la composición poblacional. Los datos sobre gasto fiscal posteriores a 2006 no están disponibles debido a cambios en el modo de medición.

Fuente: Calculado a partir de Ministerio de Agricultura, *Agricultural Statistics of China's 60 years* (Zhongguo Nongye Chubanshe, Pekín, 2009), p. 10; Agencia Estatal de Estadística, *China Compendium of Statistics 1949-2004* (China Statistics Press, Pekín, 2005), secciones 19 y 30; Agencia Estatal de Estadística, *China Statistical Yearbook* (China Statistics Press, Pekín, 2012), secciones 3.1 y 9.2.

Obreros y campesinos eran potenciales oponentes al capitalismo, y el PCCh habría obrado insensatamente si hubiera querido hacer frente a dos oponentes al mismo tiempo. Sin embargo, una vez disuelto el poder de los campesinos, el PCCh pudo enfrentarse a los obreros solos. Aunque después los campesinos empezaron a sufrir penurias, no tenían

ya la solidaridad ni la organización que habían tenido en la época de la agricultura colectiva.

Conclusión

Los esfuerzos propagandísticos del PCCh procuraron hacer que la reforma rural pareciera espontánea y políticamente neutra. Aun así, queda claro a partir de los cambios en la línea del Partido que la reforma siempre fue un tema político. Este artículo ha discutido las tensiones políticas entre el PCCh y los campesinos y los obreros, y ha sostenido que la reforma rural sirvió de base política para las posteriores transiciones al capitalismo, aunque el PCCh siempre ha intentado restar importancia política a la descolectivización.

En realidad, el carácter político de la descolectivización ya lo dejó claro Mao en 1962: «¿Queremos el socialismo o el capitalismo? ¿Queremos la colectivización o la descolectivización?». ⁸⁷ En particular, nos recordó a todos que «no debemos olvidar nunca la lucha de clases». A pesar de los continuados esfuerzos de despolitización realizados por el PCCh, cada día vemos en China más protestas y movimientos anticapitalistas. ⁸⁸ La histórica huelga en la empresa Tonghua Steel en 2009 y la agitación campesina en los sucesos de Wukan en 2011 son solo la punta del iceberg. Aunque no fueron muchos los campesinos o los obreros que comprendieron a tiempo los recordatorios de Mao, está claro que ahora ya los comprenden.

Notas

1. Extractos de los discursos de Deng Xiaoping pronunciados en Wuchang, Shenzhen, Zhuhai y Shanghái, 18 de enero a 21 de febrero de 1992. Publicados en *The Selected Works of Deng*

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DESCOLECTIVIZACIÓN EN CHINA

- Xiaoping*, vol. 3, Renmin Chubanshe, Pekín, 1993, pp. 370-383 (en chino).
2. Por ejemplo, véase la Comunicación del Tercer Plenario del XV Comité Central del PCCh, 14 de octubre de 1998, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
 3. Esto se ha sugerido en muchos escritos. Véase Justin Lifu Lin, «The Household Responsibility System in China's Agricultural Reform», *Economic Development and Cultural Change*, n° 36, abril de 1988 (suplemento), S-199-S-224, y «Rural Reforms and Agricultural Growth in China», *American Economic Review*, vol. 82, n° 1, 1992, pp. 34-51; Daniel Kelliher, *Peasant Power in China*, Yale University Press, New Haven, 1992; Kate Xiao Zhou, *How the Farmers Changed China: Power of the People*, Westview Press, Boulder, 1996, y Licheng Ma y Zhijun Lin, «The Night of Xiaogang Village Shakes the Earth», en *Jiaofeng* [Crossing Swords], (Jin Ri Zhongguo Chubanshe, Pekín, 1998 (en chino).
 4. Carl Riskin, *China's Political Economy: The Quest for Development Since 1949*, Oxford University Press, Nueva York, 1987; Louis Putterman, «Entering the Post-Collective Era in North China: Dahe Township», *Modern China*, vol. 15, n° 3, 1989, pp. 275-320; Carol Carolus, «Sources of Chinese Agricultural Growth in the 1980s», tesis doctoral, Universidad de Boston, 1992; Chris Bramall, «Origins of the Agricultural "Miracle": Some Evidence from Sichuan», *China Quarterly*, n° 143, 1995, pp. 731-755; Dongping Han, *The Unknown Cultural Revolution: Life and Change in a Chinese Village*, Monthly Review Press, Nueva York, 2008.
 5. Véanse las distintas versiones en Justin Lifu Lin, «The Household Responsibility System in China's Agricultural Reform» y «Rural Reforms and Agricultural Growth in China»; Kelliher, *Peasant Power in China*; Zhou, *How the Farmers Changed China*; Ma y Lin, «The Night of Xiaogang Village Shakes the Earth»; Wu Jinglian, «Twenty Years' Development of the Theory of Reform», en Zhang Zhuoyuan, Huang Fanzhang y Li Guangan (eds.), *Twenty Years of Economic Reform: In Retrospect and Prospect*, Zhongguo Jihua Chubanshe, Pekín, 1998 (en chino).
 6. Chris Bramall, *Sources of Chinese Economic Growth, 1978-1996*, Oxford University Press, Nueva York, 2000, p. 330.
 7. Hongqi, *Selected Reports on China's Agriculture Responsibility System*, Hongqi Chubanshe, Pekín, 1984 (en chino).
 8. Shanghai Nongyezhi Committee, *Shanghai Agricultural Records*, Shanghai Shehui Kexueyuan Chubanshe, Shanghái, 1996, pp. 35-36 (en chino).
 9. Beijing Difangzhi Committee, *Beijing Rural Economic Records*, Chubanshe, Pekín, 2008, pp. 545-559 (en chino).
 10. Yunnan Difangzhi Committee, *Yunnan Agricultural Records*, Yunnan Renmin Chubanshe, Kunming, 1998, pp. 138-139 (en chino).
 11. Zhejiang Nongyezhi Committee, *Zhejiang Agricultural Records*, Zhonghua Shuju, Pekín, 2004, pp. 192-198 (en chino).
 12. Hunan Difangzhi Committee, *Hunan Agriculture Records*, Hunan Chubanshe, Changsha, 1991, pp. 53-57 (en chino).
 13. Du Runsheng, *Du Runsheng's Recollections*, Renmin Chubanshe, Pekín, 2005, pp. 130-131 (en chino).
 14. Runsheng, *Du Runsheng's Recollections*, p. 131.
 15. Esto lo confirman los recuerdos del hijo de Hu Yaobang, «Hu Deping on the Motivations of Hu Yaobang's Reform», 27 de septiembre de 2011, <http://history.gmw.cn>.

16. David Zweig, «Opposition to Change in Rural China: The System of Responsibility and People's Communes», *Asian Survey*, vol. 23, n° 7, 1983, pp. 879-900; Kathleen Hartford, «Socialist Agriculture Is Dead: Long Live Socialist Agriculture! Organizational Transformation in Rural China», en Elizabeth Perry y Christine Wong (eds.), *The Political Economy of Reform in Post-Mao China: Causes, Content, and Consequences*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1985; William Hinton, *The Great Reversal*, Monthly Review Press, Nueva York, 1990; Bramall, *Sources of Chinese Economic Growth*; Tongxue Tan, «Morality, Power, and Social Structure in the Transition of Rural Society», tesis doctoral, Universidad de Ciencia y Tecnología de Huazhong, 2007 (en chino); Han, *The Unknown Cultural Revolution*.
17. Kelliher, *Peasant Power in China*, p. 105.
18. Zhou, *How the Farmers Changed China*, p. 28, citas de Huang Shu-min, *The Spiral Road: Change in a Chinese Village Through the Eyes of a Communist Party Leader*, Westview Press, Boulder, 1989, sobre la colectivización espontánea. El relato sobre la descolectivización aparece en el libro de Huang Shumin, pp. 162-173.
19. He Xuefeng, «Three Functions of People's Commune», 14 de noviembre de 2007, <http://snzg.cn> (en chino).
20. Zhou, *How the Farmers Changed China*.
21. Fujian Difangzhi Committee, *Fujian Communist Party Records*, Zhongguo Shehui Kexue Chubanshe, Pekín, 1999, pp. 189-192; Hunan Difangzhi Committee, *Hunan Agriculture Records*, pp. 53-57 (ambos en chino).
22. Referido en Hartford, «Socialist Agriculture Is Dead: Long Live Socialist Agriculture!», p. 39.
23. Anita Chan, Richard Madsen y Jonathan Unger, *Chen Village Under Mao and Deng*, University of California Press, Berkeley, 1992, p. 271.
24. Thomas Bernstein, «Farmer Discontent and Regime Responses», en Merle Goldman y Roderick MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1999, pp. 197-219.
25. Lin, «Rural Reforms and Agricultural Growth in China»; Kelliher, *Peasant Power in China*.
26. La frase es posible que tenga su origen en la provincia de Heilongjiang. Véase Wang Zhenqi, «Hu Yaobang Harshly Criticizes "Blocks"», *Shi ji qiao*, n° 12, 2011, pp. 45-47 (en chino). Como han sugerido David Kotz y Sigrid Schmalzer, este tipo de frase se utilizó también durante la época de Mao en China, y en la Unión Soviética.
27. Hartford, «Socialist Agriculture Is Dead: Long Live Socialist Agriculture!».
28. Zweig, «Opposition to Change in Rural China».
29. Han, *The Unknown Cultural Revolution*, p. 156.
30. Shi Bai, «Huge Promotion to Provincial Standing Committee», *Yanbuang chunqiu*, n° 7, 2007, pp. 6-11 (en chino).
31. Zweig, «Opposition to Change in Rural China».
32. Zweig, «Opposition to Change in Rural China»; Bramall, «Origins of the Agricultural "Miracle"».
33. Roderick MacFarquhar, «The Succession to Mao and the End of Maoism, 1969-82», en MacFarquhar (ed.), *The Politics of China: The Eras of Mao and Deng*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 248-339.
34. Huang, *The Spiral Road*, pp. 162-173.

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DESCOLECTIVIZACIÓN EN CHINA

35. Han, *The Unknown Cultural Revolution*, pp. 158-159.
36. Aquí va una historia: en una reunión, un antiguo cuadro izquierdista fue a Wan Li (gobernador por entonces de la provincia de Anhui) y le dijo que la descolectivización no era igualitaria y que no estaba trayendo el socialismo. Wan contraatacó preguntándole: ¿socialismo o pueblo, qué es lo que tú quieres? El pobre hombre no captó la trampa de la pregunta e inmediatamente respondió: ¡socialismo! Wan dijo: yo quiero al pueblo. Véase Du Runsheng, *Du Runsheng's Recollections*, p. 126.
37. Zhou, *How the Farmers Changed China*, p. 67.
38. MacFarquhar, «The Succession to Mao and the End of Maoism, 1969-82», confirmado por el propio Zhao Ziyang; véase Zhao Ziyang, *The Secret Journal of Zhao Ziyang*, Xinshiji Chubanshe, Hong Kong, 2009, p. 138 (en chino). La conferencia de Deng sobre política rural tuvo lugar en mayo de 1980; más tarde se publicó en los *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 2, Renmin Chubanshe, Pekín, 1994, pp. 315-317 (en chino).
39. Huang, *The Spiral Road*, 162-173.
40. Jilin Difangzhi Committee, *Jilin Agricultural Records*, Renmin Chubanshe, Jinlin, 1993, pp. 478-483 (en chino).
41. Wang Yanhai, «Hard to Make the First Step», *Jianghuai wenshi*, n° 4, 2007, pp. 117-129 (en chino).
42. Maurice Meisner, *Mao's China and After: A History of the People's Republic*, Free Press, Nueva York, 1999, p. 463.
43. La novela la escribió Caiqin Zhou, recibió el premio nacional de novela breve en 1981, que era el premio de literatura más importante a comienzos de la década de 1980. Véase Caiqin Zhou, «The Innocent Country Moon», en la antología *People's Literature. Short Novel Awards of 1981*, Shanghai Wenyi Chubanshe, Shanghai, 1981 (en chino).
44. Deng Xiaoping, «Emancipate the Mind, Seek Truth from Facts and Unite as One in Looking to the Future», en Deng, *Selected Works of Deng Xiaoping*, original de diciembre de 1978.
45. Xiaoping, «Emancipate the Mind».
46. Véase el editorial del *Peoples' Daily*, «The Force of Accelerating Agricultural Development», 7 de octubre de 1979, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
47. «Resolutions on Some Historical Issues of CCP», del Sexto Plenario del XI Comité Central del PCCh, 1981, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
48. Suinian Liu y Wu Qungan, *The Economy During the Cultural Revolution*, Heilongjiang Renmin Chubanshe, Harbin, 1986, p. 109; Du Runsheng (ed.), *Collective Agriculture in Modern China*, Dangdai Zhongguo Chubanshe, Pekín, 2002, p. 722 (ambos en chino).
49. Hu Yaobang, «Create the New Stage of Socialist Modernization», informe político ante el XII Congreso Nacional del PCCh, 8 de septiembre de 1982, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
50. Du Runsheng, «Historical Transformation of Rural Management», *People's Daily*, 16 de septiembre de 1982 (en chino).
51. Yu Jiafu, «Zhao Ziyang Claims Chinese Agriculture Needs More Policy Support in His Meeting with T. Shultz», *People's Daily*, 17 de mayo de 1988 (en chino).
52. Du Runsheng, «Rely on Technology, Improve the Agricultural Economy», *People's Daily*, 11 de abril de 1986 (en chino).

53. D.Y. Hsu y P.Y. Ching, «The Worker-Peasant Alliance as a Strategy for Rural Development in China», *Monthly Review*, vol. 42, n° 10, marzo de 1991, pp. 27-43.
54. En *People's Daily* (edición internacional), 12 de junio de 1986; citado en Hsu y Ching, «The Worker-Peasant Alliance as a Strategy for Rural Development in China», p. 43n1.
55. Véase «Jiang Zemin's Speech for the 40th Anniversary of the People's Republic of China», *People's Daily*, 30 de septiembre de 1989 (en chino).
56. Wu Rong, «Working for the Central Agriculture Research Bureau», *Zhongshan jingyu*, n° 3, 2008, pp. 20-22 (en chino).
57. Comunicación del Tercer Plenario del XV Comité Central del PCCh, 14 de octubre de 1998, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
58. Por ejemplo, Du Runsheng, «The Responsibility System and the New Development of Rural Co-operatives», *People's Daily*, 7 de marzo de 1983 (en chino).
59. Las resoluciones aprobadas en el plenario son: «Resolución del PCCh sobre la mejora de la economía socialista de mercado», Tercer Plenario del XVI Comité Central del PCCh, 14 de octubre de 2003, <http://cpc.people.com.cn>; «Resolución del PCCh sobre algunas cuestiones cruciales de reforma y desarrollo rural», Tercer Plenario del XVII Comité Central del PCCh, 12 de octubre de 2008, <http://cpc.people.com.cn> (ambos en chino).
60. Meisner, *Mao's China and After*, pp. 430-432.
61. Meisner, *Mao's China and After*.
62. «Resoluciones sobre algunas cuestiones históricas del PCCh», del Sexto Plenario del XI Comité Central del PCCh, 27 de junio de 1981, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
63. Xiaoping, «Emancipate the Mind».
64. Meisner, *Mao's China and After*, p. 470.
65. En el caso de los granos, los precios de las cuotas aumentaron el 20% y los de la producción por encima de la cuota el 50%. Véase Terry Sicular, «Agricultural Planning and Pricing in the Post-Mao Period», *China Quarterly*, n° 116, 1988, pp. 671-705.
66. Jiang Zilong, «Qiao Became the New Director», en la antología *Renmin wenxue. Short Novel Awards of 1979*, Shanghai Wenyi Chubanshe, Shanghai, 1979 (en chino).
67. Jiang Zilong, «Pride and Sorrow: A Recollection of an Old Worker», *Tong zhou gong jin*, n° 8, 2010, pp. 4-17 (en chino).
68. MacFarquhar, «The Succession to Mao and the End of Maoism, 1969-82».
69. Descrita a veces como *yang yue jin* («gran salto adelante de las importaciones»), la anterior reforma urbana importó algunas maquinarias muy caras para edificar nuevas fábricas.
70. Meisner, *Mao's China and After*, p. 470.
71. Meisner, *Mao's China and After*, p. 471.
72. Wu, «Twenty Years' Development of the Theory of Reform».
73. Meisner, *Mao's China and After*, p. 471; Wu, «Working for the Central Agriculture Research Bureau».
74. Du Runsheng, «The Rural Responsibility System and Rural Economic Reform», *Hongqi* (Bandera Roja), n° 19, 1981, p. 383 (en chino).
75. Sulamith Potter y Jack Potter, *China's Peasants: The Anthropology of a Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 158-179.
76. Calculado a partir de Agencia Estatal de Estadística, *Statistics of China in 55 Years*, Zhongguo

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DESCOLECTIVIZACIÓN EN CHINA

Tongji Chubanshe, Pekín, 2005, sección 3, p. 39 (en chino).

77. Hinton, *The Great Reversal*.
78. Véase la crítica de la descolectivización en «Expose the Real Nature of Decollectivization», *People's Daily*, 2 de noviembre de 1959 (en chino).
79. La mayoría de los boletines/panfletos políticos sobre agricultura de la época denominaban todas las medidas de descolectivización como una especie de «sistema de responsabilidad» dentro del socialismo. Por ejemplo, véase Wu Xiang, «Shining Road and Single-Log Bridge», *People's Daily*, 5 de noviembre de 1980 (en chino).
80. Wu, «Twenty Years' Development of the Theory of Reform».
81. Por ejemplo, véase Wu Xiang, «Shining Road and Single-Log Bridge», *People's Daily*, 5 de noviembre de 1980 (en chino), y Du Runsheng, «The Rural Responsibility System and Rural Economic Reform».
82. «Resolución de PCCh sobre reforma económica estructural», Tercer Plenario del XII Comité Central del PCCh, 20 de octubre de 1984, <http://cpc.people.com.cn> (en chino).
83. Bernstein, «Farmer Discontent and Regime Responses».
84. Bernstein, «Farmer Discontent and Regime Responses».
85. Clemens Stubbe-Østergaard, «Introduction», en Jørgen Delman, Clemens Stubbe-Østergaard y Flemming Christiansen, *Remaking Peasant China: Problems of Rural Development and Institutions at the Start of the 1990s*, Aarhus University Press, Aarhus, 1990.
86. Bernstein, «Farmer Discontent and Regime Responses».
87. Mao lo repitió muchas veces. Véase Pang Xianzhi y Jin Chongji (eds.), *A Biography of Mao Zedong: 1949-1976*, Zhongyang Wenxian Chubanshe, Pekín, 2003, cap. 30 (en chino).
88. Minqi Li, «The Rise of the Working Class and the Future of the Chinese Revolution», *Monthly Review*, vol. 63, n° 2, junio de 2011, pp. 38-51.

Los orígenes agrarios del capitalismo

Ellen Meiksins Wood

Una de las convenciones más establecidas en la cultura occidental es la asociación del capitalismo con las ciudades. Se supone que el capitalismo nació y se desarrolló en la ciudad. Sin embargo, lo que se suele implicar es que cualquier ciudad, con sus prácticas características de intercambio y de comercio, es por naturaleza potencialmente capitalista desde el principio, y solo obstáculos extrínsecos han impedido que cualquier civilización urbana diera origen al capitalismo. Solo una religión equivocada, o cualquier otro tipo de cadenas ideológicas, políticas o culturales que ataran a las clases urbanas, han evitado que el capitalismo surgiera en cualquier lugar y en todo lugar, desde tiempos inmemoriales o, al menos, desde que la tecnología ha permitido la producción de los excedentes adecuados.

Según esta perspectiva, lo que explica el desarrollo del capitalismo en Occidente es la autonomía única de la que gozaban allí las ciudades y su clase por antonomasia, los burgueses o la burguesía. En otras palabras, el capitalismo surgió en Occidente menos a causa de lo que allí había *presente* que de lo que estaba *ausente*: las restricciones a las prácticas económicas urbanas. En tales circunstancias, solo hizo falta que la ex-

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 50, n° 3, julio-agosto de 1998, pp. 13-31. Traducción de Joan Quesada. En el momento en que apareció publicado el presente artículo, Ellen Meiksins Wood era coeditora de *Monthly Review*.

pansión más o menos natural del comercio desencadenara el desarrollo del capitalismo hasta alcanzar la plena madurez. Solo era preciso un crecimiento cuantitativo que, inevitablemente, se produjo con el paso del tiempo (en algunas versiones, por supuesto, ayudado por la ética protestante, aunque no causado originariamente por esta).

Hay mucho que decir en contra de esos supuestos sobre la relación natural entre las ciudades y el capitalismo; entre ellas, el hecho de que estos tienden a *naturalizar* el capitalismo, a ocultar su especificidad como forma social históricamente concreta, con un principio y (sin duda) con un final. Esa tendencia a identificar el capitalismo con las ciudades y el comercio urbano ha ido acompañada por lo general de la inclinación a hacer que el capitalismo aparezca como la consecuencia más o menos automática de unas prácticas que son tan viejas como la propia historia humana o, incluso, como la consecuencia automática de la naturaleza humana, de la inclinación «natural», en palabras de Adam Smith, a «negociar, cambiar o permutar una cosa por otra».

Tal vez, el correctivo más saludable a todas esas asunciones, y a sus implicaciones ideológicas, sea reconocer que el capitalismo, con sus impulsos específicos a la acumulación y la maximización de ganancias, no nació en la ciudad, sino en el campo, en un lugar muy concreto y muy tarde en la historia humana. No bastó con la simple extensión o expansión del trueque y el intercambio, sino que fue precisa una transformación completa de las relaciones y prácticas humanas más básicas, una ruptura con patrones de interacción con la naturaleza para la producción de las necesidades básicas de la vida que contaban con siglos de antigüedad. Si la tendencia a identificar el capitalismo con las ciudades va asociada a una tendencia a oscurecer la *especificidad* del capitalismo, una de las mejores formas de comprender dicha especificidad es atender a los orígenes agrarios del capitalismo.

¿Qué fue el «capitalismo agrario»?

Durante milenios, los seres humanos han satisfecho las necesidades materiales mediante el trabajo de la tierra. Y, probablemente, durante casi el mismo tiempo que se han dedicado a la agricultura, se han dividido en clases sociales, entre quienes trabajaban la tierra y quienes se apropiaban del trabajo de los demás. La división entre apropiadores y productores ha tomado muchas formas en distintas épocas y lugares, pero una característica general que todas ellas han tenido en común ha sido que los productores directos han sido habitualmente los campesinos. Esos productores campesinos han conservado la posesión de los medios de producción, en concreto, de la tierra. En todas las sociedades precapitalistas, esos productores han tenido acceso directo a los medios de su propia reproducción. Eso ha implicado que, cuando los explotadores se han apropiado de su trabajo excedente, lo han hecho por medios que Marx denominó «extraeconómicos», es decir, mediante la coerción directa, ejercida por terratenientes y/o Estados mediante el uso de una fuerza superior: el acceso privilegiado al poder militar, judicial y político.

En eso radica, pues, la diferencia más fundamental entre todas las sociedades precapitalistas y el capitalismo. No tiene nada que ver con si la producción es urbana o rural, y está completamente relacionada con las relaciones particulares de propiedad entre productores y apropiadores, sea en la industria o en la agricultura. Solo en el capitalismo el modo prevaleciente de apropiación de excedentes se basa en la desposesión de los productores directos, cuyo trabajo excedente es objeto de apropiación por medios puramente «económicos». Porque, en el capitalismo completamente desarrollado, los productores directos carecen de propiedades y porque el único acceso que tienen a los medios de producción, a la satisfacción de sus propias necesidades de reproducción e incluso a los medios para su propio trabajo consiste en la venta de su

fuerza de trabajo a cambio de un salario, los capitalistas pueden apropiarse del excedente de los trabajadores sin coerción directa.

Esta relación única entre productores y apropiadores está mediada, claro está, por el «mercado». A lo largo de la historia registrada y, sin duda, también antes, han existido mercados de distintos tipos y la gente ha intercambiado y vendido sus excedentes de muy diferentes formas y por muy distintos propósitos. Sin embargo, en el capitalismo, el mercado tiene una función particular y sin precedentes. En una sociedad capitalista, casi todo lo que hay son mercancías que se producen para el mercado. Más fundamental aún es el hecho de que tanto el capital como el trabajo son totalmente dependientes del mercado para las condiciones más básicas de su propia reproducción. Igual que los trabajadores dependen del mercado para vender su fuerza de trabajo como mercancía, los capitalistas dependen de él para comprar fuerza de trabajo, además de los medios de producción, y realizar las ganancias mediante la venta de bienes o servicios producidos por los trabajadores. Esta dependencia del mercado le otorga a este un papel sin precedentes en las sociedades capitalistas, no solo como simple mecanismo de intercambio o de distribución, sino como determinante principal y regulador de la reproducción social. El surgimiento del mercado como determinante de la reproducción social presupuso la penetración de este en la producción de lo más imprescindible para la vida: la comida.

Este sistema único de dependencia del mercado implica unas «leyes de movimiento» absolutamente distintivas, requerimientos sistémicos específicos y obligaciones que no comparte con ningún otro modo de producción: los imperativos de la competencia, la acumulación y la maximización de ganancias. Y esos imperativos, a su vez, implican que el capitalismo pueda, y deba, expandirse constantemente de maneras y en una medida nunca vistas en ninguna otra forma social: acumular constantemente, buscar incesantemente nuevos mercados, imponer incansa-

blemente sus imperativos a nuevos ámbitos de la vida, a los seres humanos y al medio natural.

Una vez que reconocemos lo específicos que son esos procesos y esas relaciones sociales, lo distintos que son de otras formas sociales que han dominado la mayor parte de la historia humana, resulta claro que, para explicar el surgimiento de esta forma social concreta, es preciso mucho más que asumir sin justificación alguna que esta siempre ha existido en una forma embrionaria que tan solo cabía liberar de toda limitación antinatural. Así pues, la cuestión de sus orígenes se puede formular del siguiente modo: dado que, durante milenios antes del advenimiento de capitalismo, los productores ya eran explotados por los apropiadores de maneras no capitalistas, y dado que los mercados han existido también desde «tiempos inmemoriales» y en casi todas partes, ¿cómo es que productores y apropiadores, así como las relaciones entre ambos, llegaron a ser tan dependientes del mercado?

Evidentemente, sería posible reseguir indefinidamente hacia atrás los largos y complejos procesos que condujeron en última instancia a esa situación de dependencia del mercado. Sin embargo, la cuestión resultará más manejable si identificamos el primer momento y el primer lugar en los que se puede discernir con claridad una nueva dinámica social, una dinámica que deriva de la dependencia del mercado de los principales actores económicos. Después, podremos explorar las circunstancias específicas que rodean a esa situación única.

Aún en el siglo XVII, e incluso mucho más tarde, la mayor parte del mundo, incluida Europa, estaba libre de los imperativos que antes hemos descrito. Ciertamente, existía un vasto sistema de comercio, que para entonces se extendía ya por todo el mundo. No obstante, en ningún lugar, ni en los grandes centros comerciales de Europa ni en las amplias redes comerciales del mundo islámico ni de Asia, la actividad económica y, en particular, la producción se regía por los imperativos de la compe-

tencia y la acumulación. El principio que prevalecía en el comercio era en todas partes el de «beneficio por alienación», o «comprar barato y vender caro»; habitualmente, comprar barato en un mercado y vender caro en otro.

El comercio internacional era esencialmente un comercio de «transporte», y los mercaderes compraban bienes en una ubicación para venderlos por una ganancia en otra. Aún dentro de un reino europeo único, poderoso y relativamente unificado como era Francia, lo que prevalecían eran esos mismos principios básicos del comercio no capitalista. No existía un mercado único y unificado, un mercado en el que las personas pudieran obtener ganancias, no gracias a comprar barato y vender caro, o no llevando bienes de un mercado a otro, sino produciendo de una forma más eficiente en costes en competencia directa con otros y en un mismo mercado.

El comercio solía tener aún como objeto bienes de lujo o, al menos, bienes destinados a las familias más prosperas o que satisfacían las necesidades y los patrones de consumo de las clases dominantes. No existía un mercado de masas de productos baratos de consumo diario. Lo normal era que los productores campesinos no solo produjeran para cubrir sus propias necesidades alimenticias, sino también otros bienes cotidianos como la ropa. Quizás llevaban los excedentes al mercado local, donde podían cambiar lo obtenido por otras mercancías que no producían en casa. Y la producción agrícola podía incluso venderse en mercados algo más lejanos. Sin embargo, los principios comerciales eran básicamente los mismos que en el caso de los bienes manufacturados.

Esos principios comerciales no capitalistas existían de la mano de formas de explotación no capitalistas. Por ejemplo, en la Europa occidental, aún allí donde la servidumbre feudal había desaparecido efectivamente, continuaban prevaleciendo formas de explotación «extra-económicas». En Francia, por ejemplo, donde los campesinos

representaban la enorme mayoría de la población y continuaban en posesión de la mayor parte de las tierras, el servicio en el Estado central suponía un recurso económico para muchos miembros de las clases dominantes, una manera de extraer trabajo excedente en forma de impuestos a los productores campesinos. Incluso los terratenientes que se apropiaban de los arriendos sufragados solían depender de diversos poderes y privilegios extraeconómicos para incrementar su riqueza.

Así pues, los campesinos tenían acceso a los medios de producción, las tierras, sin tener que ofrecer su fuerza de trabajo en el mercado como mercancía. Los terratenientes y los cargos públicos, con la ayuda de diversos poderes y privilegios «extraeconómicos», extraían el trabajo excedente directamente de los campesinos en forma de arriendos o impuestos. En otras palabras, aunque todas las clases de personas pudieran comprar y vender todo tipo de cosas en el mercado, ni los campesinos-propietarios que producían, ni los terratenientes y cargos públicos que se apropiaban de lo que otros producían, dependían directamente del mercado en lo que respecta a las condiciones de su propia reproducción, y las relaciones entre ellos tampoco estaban mediadas por el mercado.

Sin embargo, existía una importante excepción a esta regla general. Inglaterra, ya en el siglo XVI, estaba evolucionando en una dirección completamente nueva. Aunque había otros Estados monárquicos relativamente fuertes, más o menos unificados bajo la monarquía (como España y Francia), ninguno de ellos estaba tan efectivamente unificado como Inglaterra (cabe insistir aquí en que era Inglaterra, y no otras partes de las «islas Británicas»). En el siglo XVI, Inglaterra, que ya estaba más unificada que la mayoría de territorios en el siglo XI, cuando la clase dirigente normanda se estableció en la isla como una entidad política y militar bastante cohesionada, avanzó considerablemente hacia la supresión de la fragmentación del Estado, de la «soberanía por parcelas» heredada del feudalismo. Los poderes autónomos que en otros lugares de Europa tenían los señores, los municipios y otros entes corporativos, en Inglate-

rra estaban cada vez más concentrados en el Estado central. Esto contrastaba con la situación de otros Estados europeos, donde las monarquías, a pesar de su poder, continuaron coexistiendo incómodamente durante mucho tiempo con otros poderes militares posfeudales, con unos sistemas legales fragmentados y con privilegios corporativos cuyos titulares insistían en su autonomía frente al poder centralizador del Estado.

La distintiva centralización política del Estado inglés tenía sus correlarios y sus cimientos materiales. En primer lugar, ya en el siglo XVI, Inglaterra tenía una impresionante red de carreteras y transporte de agua que unificaba la nación hasta un grado nada habitual en ese periodo. Londres, que se estaba volviendo desproporcionadamente grande en relación con otras poblaciones inglesas y con la población total de Inglaterra (y acabaría siendo la ciudad más grande de Europa), se estaba convirtiendo también en centro de un creciente mercado nacional.

Los cimientos materiales sobre los que descansaba esa incipiente economía nacional eran la agricultura inglesa, que era única por distintos motivos. La clase dirigente inglesa tenía dos importantes rasgos distintivos relacionados entre sí: por un lado, como parte de un Estado cada vez más centralizado, en alianza con una monarquía centralizadora, no contaba con los mismos poderes «extraeconómicos» más o menos autónomos que sus equivalentes en el continente, poderes que otras clases dirigentes podían emplear para extraer trabajo excedente de los productores directos. Por otra parte, en Inglaterra existía una concentración poco habitual de la tierra, y los grandes terratenientes poseían una proporción anormalmente grande de tierras. Esa concentración de la propiedad de la tierra significaba que los terratenientes ingleses podían usar sus propiedades de formas nuevas y características. Lo que les faltaba en cuanto a poderes «extraeconómicos» para la extracción de excedentes lo compensaban ampliamente los crecientes poderes «económicos» de que gozaban.

Esa especial combinación tuvo importantes consecuencias. Por una parte, la concentración de la propiedad de la tierra en Inglaterra implicaba que una proporción inusualmente grande de las tierras las trabajaban, no campesinos propietarios, sino arrendatarios (en inglés, la palabra «farmer» [granjero] significa en última instancia «arrendatario», un sentido que aún sugieren algunas expresiones familiares hoy en día como «farming out» [externalizar la explotación de un terreno]). Eso sucedía aún antes de las oleadas de desposesiones que tuvieron lugar sobre todo en los siglos XVI y XVIII, y que convencionalmente se relacionan con los «cercamientos» (de los que en seguida nos ocuparemos), lo que contrasta, por ejemplo, con el caso francés, donde una proporción mayor de la tierra continuaba en manos de los campesinos, y seguiría estando en manos de estos durante mucho tiempo.

Por otro lado, el hecho de que los poderes «extraeconómicos» de los terratenientes fueran relativamente débiles significaba que estos dependían menos de la capacidad para extraer directamente mayores rentas de los arrendatarios por medios coercitivos que de la productividad de los arrendatarios. Así pues, los terratenientes tenían fuertes incentivos para animar (y, cuando era posible, obligar) a los arrendatarios a buscar modos de incrementar la producción. A este respecto, eran fundamentalmente distintos de los aristócratas rentistas cuya riqueza ha dependido a lo largo de la historia de la capacidad para extraer excedentes de los campesinos por la simple coerción y para los cuales mejorar los poderes de extracción de excedentes ha consistido, no en incrementar la productividad de los productores directos, sino más bien en mejorar los propios medios de coerción: militares, judiciales y políticos.

En cuanto a los arrendatarios mismos, estos estaban cada vez más sometidos, no solo a presiones directas de los terratenientes, sino también a los imperativos del mercado, lo que los obligaba a mejorar la productividad. Los arrendamientos ingleses tomaban diversas formas, y existía un gran número de variaciones entre regiones, pero una cantidad

cada vez mayor de ellos se regían por el pago de rentas económicas, es decir, rentas que no se fijaban mediante un patrón legal o consuetudinario, sino que respondían a las circunstancias del mercado. Para inicios de la época moderna, incluso muchos de los arriendos establecidos consuetudinariamente se habían convertido de hecho en arrendamientos económicos de ese tipo.

El efecto que tuvo ese sistema de relaciones de propiedad fue que muchos productores agrícolas (incluidos los prósperos *yeomen* o pequeños propietarios de tierras) eran dependientes del mercado, no simplemente en el sentido de que estaban obligados a vender sus productos en este, sino en el sentido más fundamental de que su propio acceso a la tierra, a los medios de producción, estaba mediado por el mercado. Existía, en efecto, un mercado de arrendamientos, en el que los potenciales arrendatarios habían de competir. Cuando la seguridad del arriendo dependía de la capacidad para satisfacer en cada momento el arrendamiento, una producción poco competitiva podría significar directamente la pérdida de la tierra. Para pagar la renta económica en una situación en la que otros potenciales arrendatarios competían por el arriendo, los arrendatarios se veían obligados a producir de manera eficiente en costes, amenazados por la pena de la desposesión.

Aún los arrendatarios que gozaban de arriendos de tipo consuetudinario, que les ofrecían una mayor seguridad, pero que estaban igualmente obligados a vender sus productos en los mismos mercados, podían verse en circunstancias en las que los agricultores más directamente y urgentemente sometidos a las presiones del mercado establecían unos estándares de productividad muy competitivos. Y eso mismo sucedía cada vez más incluso con los terratenientes que trabajaban sus propias tierras. En ese entorno competitivo, los agricultores más productivos prosperaban y sus propiedades era probable que aumentaran, mientras que los productores menos competitivos chocaban contra un muro y pasaban a sumarse a las clases no propietarias.

En todos los casos, el efecto de los imperativos del mercado fue la intensificación de la explotación a fin de incrementar la productividad, tanto si se trataba de la explotación del trabajo de otros como de la autoexplotación del agricultor y su familia. Este patrón se reproduciría en las colonias y, especialmente, en la Norteamérica posterior a la independencia, donde los agricultores que se suponía que eran la médula de una República libre se enfrentaron desde el principio a las crudas opciones que planteaba el capitalismo agrario: en el mejor de los casos, una intensa autoexplotación; en el peor, la desposesión y el desplazamiento por parte de empresas mayores y más productivas.

El nacimiento de la propiedad capitalista

Así pues, ya en el siglo XVI, la agricultura inglesa se caracterizaba por una combinación única de circunstancias, al menos en ciertas regiones, que gradualmente fijarían el rumbo económico de toda la economía. La consecuencia fue un sector agrario más productivo que nunca en la historia. Terratenientes y arrendatarios por igual pasaron a preocuparse por lo que dio en llamarse la «mejora» (o, en inglés, *improvement*), el incremento de la productividad de la tierra en busca de ganancias.

Vale la pena detenerse un momento en el concepto inglés de «improvement», porque es muy revelador de las circunstancias de la agricultura inglesa y el desarrollo del capitalismo. La propia palabra «improve», en su sentido original, no significaba simplemente «mejorar» en sentido general, sino literalmente «hacer algo por una ganancia monetaria» y, particularmente, «cultivar la tierra para obtener ganancias» (a partir del francés antiguo *en y pros* [provecho], o su caso oblicuo *pren*). Ya en el siglo XVII, la palabra «improve» (o «mejorador») estaba firmemente establecida en la lengua para referirse a la persona que hacía que la tierra fuera productiva y rentable, sobre todo mediante el cercado o la reclama-

ción de terrenos baldíos. La «mejora» agrícola era ya una práctica bien establecida y, en el siglo XVIII, la edad de oro del capitalismo agrario, la «mejora», de palabra y obra, se convirtió en todo un fenómeno en sí mismo.

Al mismo tiempo, la palabra «improve» fue adquiriendo gradualmente un sentido más general, el significado de «mejorar» que tiene hoy en día (estaría bien reflexionar sobre las implicaciones de una cultura en la que la palabra que significa «hacer una cosa mejor» tiene sus raíces en la palabra para designar la «ganancia monetaria»). Incluso cuando se la empleaba en relación con la agricultura, acabó perdiendo su antigua especificidad, hasta que, por ejemplo, algunos pensadores radicales del siglo XIX podían defender el «improvement» o mejora, en el sentido ahora de la agricultura científica, sin que esta tuviera la connotación de ganancia comercial. Aun así, a comienzos de la época moderna, productividad y ganancia estaban inextricablemente unidos en el concepto de «mejora» o «improvement», y esto resume bien la ideología del incipiente capitalismo agrario.

En el siglo XVII, pues, apareció todo un nuevo corpus literario, una literatura que detallaba de un modo sin precedentes las técnicas y los beneficios de la mejora. La mejora era también una de las grandes preocupaciones de la Royal Society, la sociedad que juntó a algunos de los científicos más prominentes de Inglaterra (Isaac Newton y Robert Boyle pertenecieron a ella) con algunos de los miembros de las clases dirigentes de miras más avanzadas (como el filósofo John Locke y su mentor, el conde de Shaftesbury, ambos muy interesados en la mejora agrícola).

Al principio, la mejora no dependía de innovaciones tecnológicas significativas, aunque sí se usaron nuevos equipos, como la azada de rueda. En general, fue más bien cuestión de evoluciones en las técnicas de cultivo como, por ejemplo, la agricultura convertible: alternancia de

labranza y periodos de barbecho, rotación de cultivos, drenaje de marismas y tierras de labranza, etc.

No obstante, la mejora era algo más que el empleo de nuevos métodos y técnicas agrícolas. Más esenciales que estos eran las nuevas formas y concepciones de la propiedad. Idealmente, para el terrateniente emprendedor y sus prósperos arrendatarios capitalistas, la agricultura «mejorada» requería extensiones de terrenos agrandadas y concentradas. También exigía, tal vez aún más, la eliminación de las antiguas prácticas y costumbres que interferían con el uso más productivo de la tierra.

Las comunidades campesinas han utilizado desde tiempos inmemoriales diversos medios para regular el uso de la tierra en interés de la comunidad local. Han limitado ciertas prácticas y han concedido determinados derechos, no para aumentar la riqueza de los terratenientes o de los Estados, sino para preservar la propia comunidad campesina, tal vez para conservar la tierra o distribuir sus frutos de manera más equitativa, y a menudo para cubrir las necesidades de los miembros menos favorecidos de la comunidad. Hasta la posesión «privada» de las propiedades ha estado habitualmente condicionada por esas prácticas consuetudinarias, que otorgan a los no propietarios ciertos derechos de uso de propiedades que otros «poseen». En Inglaterra, existían muchas prácticas y costumbres de ese tipo. Había terrenos comunales, en los que los miembros de la comunidad podían tener derechos de pasto o derecho a recoger leña, y había también diversos tipos de derechos de uso sobre propiedades privadas, como el derecho a recolectar los sobrantes de las cosechas durante épocas concretas del año.

Desde el punto de vista de los terratenientes y los agricultores capitalistas que mejoraban sus explotaciones, la tierra debía liberarse de cualquier obstrucción de ese tipo al uso productivo y rentable de la propiedad. Entre los siglos XVI y XVII, hubo crecientes presiones para la rescisión de los derechos consuetudinarios que obstaculizaban la acumu-

lación capitalista. Eso podía significar varias cosas: podía implicar que se disputara la propiedad comunal de los comunes y se reclamara su propiedad privada; podía implicar que se suprimieran diversos derechos de uso sobre terrenos privados, o podía implicar que se discutiera la tenencia tradicional de tierras que otorgaba derechos de propiedad a muchos pequeños titulares sin estar en posesión de un título indiscutiblemente legal. En todos esos casos, había que sustituir las concepciones tradicionales de la propiedad por una nueva concepción, capitalista, de esta: la propiedad no solo como un derecho «privado», sino, literalmente, excluyente de los demás individuos y de la comunidad, mediante la eliminación de las reglas que imperaban en los pueblos y de las restricciones a los usos de la tierra, mediante la rescisión de los derechos consuetudinarios de uso, etc.

Estas presiones para transformar la naturaleza misma de la propiedad se manifestaban de distintas formas, en la teoría y en la práctica. Afloraban en casos judiciales, en conflictos por derechos específicos de propiedad, por algún terreno comunal o por terrenos privados sobre los que distintas personas poseían derechos de uso que se solapaban. En esos casos, las prácticas y las demandas basadas en la costumbre con frecuencia chocaban directamente con los principios de la «mejora», y los jueces solían reconocer las razones de mejora como demandas legítimas contra los derechos de carácter consuetudinario que habían estado vigentes desde que la gente tenía memoria.

Las nuevas concepciones de la propiedad también se estaban teorizando de una forma más sistemática; un ejemplo bien conocido de ello es el *Segundo tratado sobre el gobierno civil* de John Locke. El capítulo cinco de la obra es la formulación clásica de una teoría de la propiedad basada en los principios de la mejora. Allí, la propiedad como derecho «natural» se basa en lo que Locke considera el mandato divino de hacer que la tierra sea productiva y rentable, de *mejorarla*. La interpretación convencional de la teoría de la propiedad de Locke sugiere que el *trabajo* estable-

ce el derecho a la propiedad, pero una lectura atenta del capítulo que Locke dedica a la propiedad deja claro que de lo que realmente se trata no es del trabajo como tal, sino de la utilización productiva y rentable de la propiedad, de su mejora. Un terrateniente emprendedor, mejorador, establece su derecho a la propiedad no mediante su propio trabajo directo, sino mediante la explotación productiva de sus tierras y el trabajo de otras personas en ellas. Las tierras no mejoradas, las que no se convierten en productivas y rentables (como las de los pueblos indígenas de América), son «tierras baldías», y los mejoradores tienen el derecho, incluso el deber, de apropiárselas.

Esa misma ética de la mejora podría usarse para justificar ciertos tipos de desposesión, no solo en las colonias, sino también en la propia Inglaterra. Y esto nos lleva a la más conocida de las redefiniciones de los derechos de propiedad: los *cercamientos*. A menudo, los cercamientos se entienden simplemente como la privatización y el vallado de tierras que antes eran comunes, o de los «campos abiertos» que caracterizaban a ciertas zonas del campo inglés. Sin embargo, los cercamientos significaron, más en particular, la extinción (con o sin el vallado físico de las tierras) de los derechos de uso comunales y tradicionales de los que muchas personas dependían para subsistir.

La primera gran oleada de cercamientos tuvo lugar en el siglo XVI, cuando los terratenientes con mayores propiedades quisieron expulsar a los usuarios comunales de las tierras que podían emplearse como pastos para la cría de ovejas, que cada vez resultaba más lucrativa. Los comentaristas de la época afirmaban que los cercamientos, más que ningún otro factor individual, eran los culpables de la plaga cada vez mayor de vagabundos, esos «hombres sin oficio» desposeídos que recorrían el campo y amenazaban el orden social. El más famoso de tales comentaristas, Tomás Moro, aun siendo él mismo responsable de cercamientos, describió tales prácticas como «ovejas que devoran hombres». Es posible que estos críticos sociales, como muchos historiadores que vinieron después,

sobreestimarán los efectos de los cercamientos en sí mismos, a expensas de otros factores que provocaron la transformación de las relaciones de propiedad en Inglaterra. Aun así, estos siguen siendo la más viva expresión de un proceso incesante que estaba transformando, no solo el campo inglés, sino el mundo: el nacimiento del capitalismo.

Los cercamientos continuaron siendo fuente importante de conflictos en Inglaterra en los albores de la época moderna, tanto si el objetivo era criar ovejas como incrementar unas provechosas tierras de cultivo. Los motines provocados por los cercamientos salpican los siglos XVI y XVII, y, en la Guerra Civil Inglesa, estos constituyen uno de los principales agravios que se intenta dirimir. En las primeras fases, la práctica topaba con cierta resistencia por parte del Estado monárquico, aunque solo fuera por la amenaza que representaba para el orden público. Sin embargo, una vez que las clases terratenientes lograron moldear el Estado para que sirviera a sus cambiantes necesidades (lo que quedó más o menos consolidado al fin en 1688, con la llamada «Revolución Gloriosa»), ya no hubo más interferencias estatales, y en el siglo XVIII apareció un nuevo tipo de cercamientos, los llamados cercamientos parlamentarios. En este tipo de cercado, la extinción de los derechos de propiedad problemáticos que obstaculizaban la capacidad de acumulación de un terrateniente se realizaba mediante decreto parlamentario. Nada prueba mejor el triunfo del capitalismo agrario.

Así pues, en Inglaterra, una sociedad en la que la riqueza derivaba primordialmente de la producción agrícola, la autorreproducción de los dos principales actores económicos del sector agrario (los productores directos y quienes se apropiaban de sus excedentes) dependía cada vez más, al menos a partir del siglo XVI, de lo que equivalía a las prácticas capitalistas: la maximización del valor de intercambio mediante la reducción de gastos y la mejora de la productividad debido a la especialización, la acumulación y la innovación.

Este modo de satisfacer las necesidades materiales básicas de la sociedad inglesa llevó aparejada una dinámica totalmente nueva de crecimiento autosostenido, un proceso de acumulación y expansión muy distinto de los patrones cíclicos que desde hacía siglos habían dominado la vida material en otras sociedades. También vino acompañado de los típicos procesos capitalistas de expropiación y de la creación de una masa no propietaria. Es en este sentido que podemos hablar de un «capitalismo agrario» en la Inglaterra de inicios de la era moderna.

¿Era el capitalismo agrario realmente capitalista?

Deberíamos detenernos aquí para insistir en dos puntos importantes. Primero, no fueron los mercaderes ni los fabricantes quienes impulsaron ese proceso. La transformación de las relaciones sociales de propiedad tuvo su origen en el campo, y la transformación del comercio y la industria ingleses, más que causa, fue consecuencia de la transición de Inglaterra al capitalismo. Los comerciantes podían operar perfectamente bien en sistemas no capitalistas. Prosperaron, por ejemplo, en el contexto del feudalismo europeo, donde sacaban partido no solo de la autonomía de las ciudades, sino también de la fragmentación de los mercados y de la oportunidad de efectuar transacciones entre un mercado y otro.

En segundo lugar, y aún más fundamental, los lectores habrán notado que, hasta ahora, hemos usado el término «capitalismo agrario» sin hacer referencia al trabajo asalariado, que hemos aprendido a considerar que constituye la esencia del capitalismo. Esto requiere una explicación.

Debería decir, para empezar, que muchos arrendatarios empleaban de hecho trabajo asalariado, tanto que muchos han considerado a la «tríada» que Marx y otros identificaron —la tríada de terratenientes que viven de las rentas capitalistas de la tierra, arrendatarios capitalistas que viven de las ganancias y trabajadores que viven de un salario— como el

rasgo definitorio de las relaciones agrarias en Inglaterra. Y, efectivamente, así era, al menos en aquellas partes del país (el este y el sudeste sobre todo) más señaladas por su productividad agraria. En realidad, las nuevas presiones económicas, las presiones competitivas que expulsaban de la actividad a los agricultores no productivos, fueron un factor destacado a la hora de polarizar a la población agraria en grandes terratenientes y trabajadores asalariados carentes de propiedades, así como a la hora de fomentar la mentada tríada agraria. Y, por supuesto, las presiones para incrementar la productividad se hicieron sentir igualmente en la intensificación de la explotación del trabajo asalariado.

Así pues, no deja de ser razonable el definir el capitalismo agrario inglés en términos de la tríada citada. Sin embargo, es importante tener presente que las presiones competitivas, y las nuevas «leyes de movimiento» que llevaban aparejadas, dependían en primera instancia, no de la existencia de una masa proletaria, sino de la existencia de arrendatarios-productores dependientes del mercado. Los trabajadores asalariados, sobre todo los que vivían únicamente del trabajo asalariado y dependían de este para subsistir y no solo como un suplemento estacional (el tipo de trabajo asalariado estacional y complementario que ha existido en las sociedades agrarias desde la antigüedad), seguían siendo una minoría en la Inglaterra del siglo XVII.

Además, las presiones competitivas no solo afectaban a los arrendatarios que empleaban a trabajadores asalariados, sino también a los agricultores que, normalmente junto a sus familias, eran productores directos que trabajaban sin emplear a nadie más. La gente podía depender del mercado —para las condiciones básicas de su propia reproducción— sin estar del todo desposeída. Depender del mercado requería tan solo la pérdida del acceso directo a los medios de producción al margen del mercado. De hecho, una vez que los imperativos del mercado quedaron bien establecidos, ni siquiera la propiedad absoluta podía proteger a

las personas de este. Y la dependencia del mercado fue causa, y no consecuencia, de la masiva proletarización.

Esto es importante por varias razones, y más adelante me ocuparé de las implicaciones más generales. De momento, lo principal es que las dinámicas específicas del capitalismo ya estaban operando, en la agricultura inglesa, antes de la proletarización de la fuerza de trabajo. De hecho, dichas dinámicas fueron un de los principales factores que provocaron la proletarización del trabajo en Inglaterra. El factor crucial fue la dependencia del mercado de los productores, así como de los apropiadores, y los nuevos imperativos sociales creados por dicha dependencia del mercado.

Habrá quien sea reticente a describir esta formación social como «capitalista» precisamente porque el capitalismo, por definición, se basa en la explotación del trabajo asalariado. Tales reticencias son razonables, siempre que reconozcamos que, independientemente de cómo lo llamemos, la economía inglesa de inicios de la época moderna, gobernada por la lógica de su sector productivo básico, ya funcionaba según unos principios y unas «leyes de movimiento» distintos de los prevalecientes en ninguna otra sociedad desde los albores de la historia. Esas leyes de movimiento fueron las precondiciones, que no existían en ningún otro lugar, para el desarrollo de un capitalismo maduro que, de hecho, se basaría en la explotación masiva del trabajo asalariado.

¿Cuál fue la consecuencia de todo esto? En primer lugar, la productividad de la agricultura inglesa era única. Para fines del siglo XVII, por ejemplo, la producción de grano y cereales había aumentado tanto que Inglaterra se convirtió en uno de los principales exportadores de dichos productos. Esos avances en la producción se lograron con una fuerza de trabajo agrícola relativamente reducida. Eso es lo que significa que la productividad de la agricultura inglesa era única.

Algunos historiadores han querido oponerse a la idea misma de un capitalismo agrario con el argumento de que la «productividad» de la agricultura francesa en el siglo XVIII era aproximadamente la misma que en Inglaterra. Sin embargo, lo que quieren decir es que la *producción agrícola total* de los dos países era aproximadamente igual. Lo que no dicen es que, en un país, ese nivel de producción se alcanzaba con una población la mayoría de la cual estaban formada todavía por productores campesinos, mientras que en el otro país la misma producción total se lograba con una fuerza de trabajo mucho más reducida y una población rural en declive. En otras palabras, de lo que se trata aquí no es de la producción total, sino de la *productividad* en el sentido de la producción por unidad de trabajo.

Los datos demográficos son bien elocuentes por sí mismos. Entre 1500 y 1700, Inglaterra experimentó un sustancial aumento de población, igual que otros países europeos. Sin embargo, el crecimiento de la población inglesa fue característico en un aspecto: el porcentaje de población urbana más que se duplicó en ese periodo (algunos historiadores colocan la cifra en poco menos de una cuarta parte de la población, ya a finales del siglo XVII). El contraste con Francia resulta revelador: allí, la población rural se mantuvo bastante estable, en entre el 85% y el 90% en la época de la Revolución Francesa de 1789 y periodos posteriores. Para el año 1850, cuando la población urbana representaba el 40,8% en Inglaterra y Gales, en Francia aún suponía tan solo el 14,4% (en Alemania, el 10,8%).

En Inglaterra, la agricultura era ya lo bastante productiva a comienzos del periodo moderno como para sustentar a una cantidad inusualmente grande de personas que ya no se dedicaban a la producción agrícola. Por supuesto, un hecho así es revelador de mucho más que la existencia de unas técnicas agrícolas especialmente eficientes. Denota también la existencia de una revolución en las relaciones sociales de propiedad. Mientras que Francia continuaba siendo un país de campesinos

propietarios, la tierra, en Inglaterra, estaba concentrada en muchas menos manos, y la masa de personas desprovistas de propiedades aumentaba con rapidez. Mientras que en Francia la producción agrícola aún respondía a prácticas campesinas tradicionales (no existía en Francia nada similar al corpus inglés de escritos sobre la mejora, y las comunidades rurales aún imponían sus reglas y sus restricciones a la producción, que afectaban incluso a los mayores terratenientes), la agricultura inglesa respondía ya a los imperativos de la competencia y la mejora.

Cabe añadir una observación más sobre el patrón demográfico característico de Inglaterra. Ese crecimiento poco usual de la población urbana no se produjo de manera uniforme en todas las poblaciones inglesas. En otras partes de Europa, el patrón típico era que la población urbana se repartiera entre varias ciudades importantes, de forma que, por ejemplo, Lyon no era tanto menor que París. En Inglaterra, Londres se volvió desproporcionadamente grande, y pasó de unos 60.000 habitantes en la década de 1520 a los 575.000 de 1700, para convertirse en la mayor ciudad de Europa, mientras que otras ciudades inglesas eran mucho más pequeñas.

Este patrón resulta mucho más significativo de lo que pudiera parecer a primera vista. Da fe, entre otras cosas, de la transformación de las relaciones sociales de propiedad en el corazón del capitalismo agrario, el sur y el sudeste, y de la desposesión de los pequeños productores, una población desplazada y migrante cuyo destino era comúnmente Londres. El crecimiento de Londres es muestra también de la creciente unificación, no solo del Estado inglés, sino también del mercado nacional. La enorme ciudad era el centro del comercio inglés, no solo como principal lugar de tránsito del comercio nacional e internacional, sino también como un enorme consumidor de productos ingleses, entre los cuales los productos agrícolas tenían un lugar no poco significativo. En otras palabras, el crecimiento de Londres representa de múltiples formas el surgimiento del capitalismo inglés: su mercado integrado, un mercado cada

vez más único, unificado y competitivo; su agricultura productiva, y su población desposeída.

Las consecuencias a largo plazo de todos esos patrones distintivos deberían ser lo bastante evidentes. Aunque no es este lugar para explorar las relaciones entre el capitalismo agrario y el posterior desarrollo de Inglaterra hasta convertirse en la primera economía «industrializada», algunas de esas relaciones resultan evidentes por sí mismas. Sin un sector agrícola productivo capaz de sustentar a una gran fuerza de trabajo no agrícola, es poco probable que hubiera surgido el primer capitalismo industrial del mundo. Sin el capitalismo agrario inglés, no habría existido una masa de desposeídos forzada a vender su fuerza de trabajo por un salario. Sin esa fuerza de trabajo no agraria desposeída, no habría existido el mercado masivo de consumidores de bienes baratos de uso cotidiano, como los alimentos y los productos textiles, que impulsó el proceso de industrialización en Inglaterra. Y sin su enorme riqueza, junto con unas motivaciones completamente nuevas para la expansión colonial (motivaciones distintas de las viejas formas de adquisición territorial), el imperalismo británico habría sido algo muy distinto del motor del capitalismo industrial que llegaría a ser. Igualmente, aunque esto resulta sin duda mucho más polémico, sin el capitalismo inglés, probablemente no habría habido nunca un sistema capitalista de ningún tipo: fueron las presiones de la competencia procedentes de Inglaterra, sobre todo de la Inglaterra industrializada, las que empujaron a otros países a fomentar el desarrollo económico por vías capitalistas.

Lecciones del capitalismo agrario

Así pues, ¿qué nos enseña todo esto sobre la naturaleza del capitalismo? En primer lugar, nos recuerda que el capitalismo no es una consecuencia «natural» e inevitable de la naturaleza humana, ni siquiera de prácticas

sociales inmemoriales como «negociar, cambiar o permutar una cosa por otra». Es un producto tardío y localizado de circunstancias históricas muy específicas. El impulso expansivo del capitalismo, hasta el punto de su presencia casi universal hoy en día, no es consecuencia de la conformidad de este con la naturaleza humana ni de leyes naturales transhistóricas, sino producto de sus propias y específicas leyes de movimiento internas. Y esas leyes de movimiento requirieron enormes transformaciones y revueltas sociales para comenzar a operar. Requirieron la transformación del metabolismo humano con la naturaleza, de la forma de proveer las necesidades básicas de la vida.

Una segunda cuestión es que el capitalismo, desde los inicios, ha sido una fuerza profundamente contradictoria. Basta con considerar los efectos más evidentes del capitalismo agrario inglés: por un lado, en la Inglaterra de inicios de la época moderna existían unas condiciones de prosperidad material que no había en ningún otro lugar; por otra parte, sin embargo, tales condiciones se alcanzaron al precio de una amplia desposesión y una intensa explotación. Apenas si es preciso decir que esas nuevas condiciones sentaron también las bases de unas formas nuevas y más efectivas de expansión colonial e imperialismo, así como generaron una nueva necesidad de ese tipo de expansión, en busca de nuevos mercados y nuevos recursos.

Además de todo eso, están también los corolarios de la «mejora»: por un lado, la productividad y la capacidad de alimentar a una enorme población; por otro, la subordinación de todas las demás consideraciones a los imperativos de la obtención de ganancias. Eso significa, entre otras cosas, que personas que podrían alimentarse están a menudo condenadas a pasar hambre. De hecho, significa que existe por lo general una gran disparidad entre la capacidad productiva del capitalismo y la calidad de vida que proporciona. La ética de la «mejora», en su sentido original en el que la producción es inseparable de las ganancias, es también la ética de la explotación, la pobreza y la falta de vivienda.

Esta ética de la «mejora», de la productividad en pos de ganancias, es también, por supuesto, la ética del uso irresponsable de la tierra, de la enfermedad de las vacas locas y la destrucción del medioambiente. El capitalismo nació en el núcleo mismo de la vida humana, en la interacción con la naturaleza de la que depende la propia vida. La transformación de dicha interacción por parte del capitalismo agrario pone de manifiesto los impulsos inherentemente destructivos de un sistema en el que los fundamentos mismos de la existencia están sujetos a los requisitos que impone la obtención de ganancias. Dicho de otro modo, aflora aquí el secreto esencial del capitalismo.

La expansión de los imperativos del capitalismo a todo el mundo ha reproducido constantemente algunos de los efectos que este tuvo al inicio en su país de origen. El proceso de desposesión, supresión de los derechos de propiedad tradicionales, imposición de los imperativos del mercado y destrucción medioambiental ha seguido su rumbo. Ese mismo proceso ha extendido su alcance desde las relaciones entre clases explotadoras y explotadas hasta las relaciones entre países imperialistas y subordinados. Más recientemente, la expansión de los imperativos del mercado ha consistido, por ejemplo, en obligar (con la ayuda de agencias capitalistas internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) a los agricultores del Tercer Mundo a sustituir las estrategias de autosuficiencia agraria por la especialización en cultivos para el mercado global generadores de ganancias. Los nefastos efectos de esa transformación se exploran en otros textos de este mismo número [de julio-agosto de 1998].

No obstante, si bien los efectos destructivos del capitalismo se han reproducido incesantemente, sus efectos positivos no han sido tan sistemáticos. Una vez que el capitalismo quedó establecido en un país y comenzó a imponer sus imperativos al resto de Europa y, finalmente, al mundo entero, su desarrollo en otros lugares no pudo jamás seguir el mismo curso que había seguido en el país de origen. La existencia de una

sociedad capitalista transformó desde ese momento todas las demás sociedades, y la posterior expansión de los imperativos del capitalismo alteró sin cesar las circunstancias del desarrollo económico.

Hemos llegado ahora al punto en que los efectos destructivos del capitalismo superan a sus beneficios materiales. Hoy en día, por ejemplo, ningún país del Tercer Mundo puede esperar alcanzar ni siquiera el desarrollo contradictorio que experimentó Inglaterra. Dadas las presiones de la competencia, la acumulación y la explotación impuestas por otros sistemas capitalistas más desarrollados, es cada vez más probable que los intentos de alcanzar la prosperidad material según los principios del capitalismo aporten únicamente el aspecto negativo de la contradicción básica del capitalismo: la desposesión y la destrucción, sin beneficios materiales, al menos para la enorme mayoría.

Hay también una lección más general que aprender de la experiencia del capitalismo agrario inglés. Una vez que los imperativos del mercado determinan los términos en los que tiene lugar la reproducción social, todos los actores —apropiadores y productores, aunque estos segundos mantengan la posesión o, incluso, la propiedad directa de los medios de producción— están sometidos a las exigencias de la competencia, el aumento de la productividad, la acumulación de capital y la explotación intensa del trabajo.

A este respecto, ni siquiera la ausencia de división entre apropiadores y productores es garantía de inmunidad (y es por eso por lo que el «socialismo de mercado» es una contradicción terminológica): cuando se establece el mercado como «disciplina» económica o «regulador» de la economía, cuando los actores económicos están sometidos al mercado por lo que respecta a las condiciones de su propia reproducción, incluso los trabajadores que son propietarios de sus propios medios de producción, sea individual o colectivamente, están obligados a responder a los imperativos del mercado, a competir y acumular, a hacer que las empre-

sas «no competitivas» y sus trabajadores se estrellen contra la pared, y a autoexplotarse.

La historia del capitalismo agrario, y todo cuanto de este se siguió, debería dejar claro que, allí donde los imperativos del mercado rigen la economía y determinan la reproducción social, no existe escapatoria a la explotación.

De la oportunidad al imperativo.

La historia del mercado

Ellen Meiksins Wood

Casi todas las definiciones de diccionario de «mercado» connotan una oportunidad: como lugar concreto o como institución, un mercado es un lugar en el que existen oportunidades de comprar y vender; como abstracción, un mercado es la posibilidad de venta. Los bienes «encuentran un mercado», y decimos que existe un mercado para un servicio o un producto cuando hay demanda de él, lo que significa que es posible venderlo. Los mercados están *abiertos* a quienes desean vender. El mercado representa «condiciones relativas a la compra y la venta, la oportunidad de comprar y vender» (*The Concise Oxford Dictionary*). El mercado implica *oferta y posibilidad de elección*.

Así pues, ¿qué son las *fuerzas* del mercado? ¿Acaso fuerza no implica coerción? En el lenguaje convencional de la ideología capitalista, el mercado no implica coacción, sino libertad. Al mismo tiempo, esa libertad la garantizan ciertos mecanismos regulatorios que aseguran la racionalidad de la economía, por la que la oferta se ajusta a la demanda, y se ofrecen mercancías y servicios que la gente escoge libremente. Tales mecanismos constituyen las «fuerzas» impersonales del mercado, y si estas son en algún sentido coercitivas es solo en el sentido de que obli-

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 46, n° 3, julio-agosto de 1994, pp. 14-40. Traducción de Joan Quesada. En el momento en que se publicó el presente artículo, Ellen Meiksins Wood era profesora de Ciencia Política en la Universidad de York, en Ontario.

gan a los actores económicos a actuar «racionalmente» a fin de maximizar la posibilidad de elección y la oportunidad.

Todo esto implica que el capitalismo, la «sociedad de mercado» por excelencia, presenta las condiciones óptimas para existencia de oportunidades y posibilidades de elección. Se ofrecen más bienes y servicios; son más las personas que son más libres de vender y sacar provecho de ellos, y son más las personas que son más libres de elegir entre ellos y adquirirlos.

Entonces, ¿qué es lo que falla en esta descripción? Un socialista es probable que responda que el principal ingrediente que falta es la mercantilización de la fuerza de trabajo y la explotación de clase. Hasta aquí, bien. Pero lo que no siempre está tan claro, ni siquiera en las explicaciones socialistas del mercado, es que el rasgo distintivo y primordial del mercado capitalista no es la oportunidad o la posibilidad de elección, sino la coacción. En el capitalismo, la vida material y la reproducción social están universalmente mediadas por el mercado, de modo que todos los individuos deben establecer relaciones de mercado de una forma u otra para tener acceso a los medios de vida, y los dictados del mercado capitalista, sus imperativos de competencia, acumulación, maximización de ganancias y aumento de la productividad del trabajo, no solo regulan todas las transacciones económicas, sino las relaciones sociales en general. Dado que las relaciones entre los seres humanos están mediadas por el proceso de intercambio de mercancías, las relaciones sociales entre las personas se presentan como relaciones entre cosas: el «fetichismo de las mercancías», según la conocida fórmula de Marx.

Algunos lectores es probable que objeten que eso es algo que todo socialista —o al menos todo marxista— sabe, pero yo tengo mis dudas. A continuación, sostendré que la mayoría de las explicaciones históricas del capitalismo, tanto de izquierdas como de derechas, han tendido a ignorar lo que este tiene de históricamente específico, la peculiaridad de

que el mercado capitalista supone una coacción, más que una oportunidad. Creo que, en consecuencia, nuestra comprensión del capitalismo actual y de las posibilidades políticas de que dispone una oposición socialista se verá afectada por nuestro modo de entender la historia, las formas concretas en que el capitalismo supone una ruptura histórica con formas sociales anteriores y lo que estas nos dicen acerca de lo que tiene de específico el mercado capitalista.

I

Lejos de reconocer que el mercado se hizo capitalista cuando se volvió *obligatorio*, la mayoría de las explicaciones históricas sugieren que el capitalismo surgió cuando el mercado *se liberó* de las restricciones milenarias que lo afectaban y cuando, por alguna razón, se ampliaron las *oportunidades* para comerciar. En tales explicaciones, el capitalismo representa no tanto una ruptura cualitativa con formas anteriores como un enorme aumento cuantitativo, una expansión de los mercados, y una creciente comercialización de la vida económica. La explicación tradicional de la economía política clásica, las concepciones del progreso de la Ilustración y muchos otros relatos modernos sostienen lo siguiente.

Con o sin una inclinación natural a «negociar, cambiar o permutar una cosa por otra» (según las conocidas palabras de Adam Smith), unos individuos movidos por el propio interés han realizado intercambios desde los albores de la historia. Esos intercambios se volvieron cada vez más especializados con la evolución de la división del trabajo, que estuvo además acompañada de mejoras técnicas en los instrumentos de producción (la mejora de la productividad, según muchas de estas explicaciones, es posible que fuera el objetivo primordial del incremento de la especialización de la división del trabajo, de modo que suele existir una íntima relación entre todas estas explicaciones del desarrollo comercial y una

especie de determinismo tecnológico). Y el capitalismo, o la «sociedad comercial», el estadio más elevado del progreso, supone la maduración de unas prácticas comerciales milenarias y su liberación de restricciones políticas y culturales.

Sin embargo, fue únicamente en Occidente, según reza esta historia, donde todas esas restricciones se eliminaron de manera resuelta e integral. En el Mediterráneo antiguo, esa «sociedad comercial» estaba ya bastante bien establecida, pero su evolución se vio interrumpida por rupturas poco naturales como el paréntesis que supuso el feudalismo y los varios siglos de «oscuridad» en los que la vida económica volvió a estar coartada por la irracionalidad y el parasitismo político del poder terrateniente. La explicación clásica de esta interrupción invoca habitualmente las invasiones «bárbaras» del Imperio romano, aunque entre las décadas de 1890 y 1920 el historiador belga Henri Pirenne elaboró una versión posterior y muy influyente de este modelo en la que situaba la ruptura de la civilización comercial mediterránea mucho más tarde, en la invasión musulmana que puso fin al antiguo sistema de comercio al cortar las rutas comerciales mediterráneas entre Oriente y Occidente.¹ Una creciente «economía de intercambio» liderada por una clase profesional de mercaderes quedó sustituida por una «economía de consumo», la economía rentista de la aristocracia feudal.

No obstante, al final, según Pirenne y sus predecesores, el comercio resucitó con el desarrollo de las ciudades y la liberación de los mercaderes. Esta vez, sin embargo, aparecieron unas ciudades con una autonomía única y sin precedentes, ciudades dedicadas al comercio y dominadas por una clase burguesa autónoma que quedaría definitivamente liberada de los obstáculos que suponían las viejas restricciones culturales y el parasitismo político. Esa liberación de la economía urbana, de la actividad comercial y de la racionalidad mercantil (acompañada de las inevitables mejoras de las técnicas de producción que evidentemente

conlleva la emancipación del comercio) parece que fue suficiente como para dar cuenta del surgimiento del capitalismo moderno.

Ha habido refinamientos posteriores de este antiguo modelo de la «comercialización», desde Weber a Braudel.² También ha habido ataques frontales al «modelo de la comercialización» en general o a la tesis de Pirenne en particular (que actualmente ha caído por lo general en desgracia). El más influyente de estos, y actualmente el más o menos hegemónico, ha sido el modelo demográfico, que atribuye el desarrollo económico europeo a ciertos ciclos autónomos de crecimientos y descensos de población. Aun así, por muy vehementes que hayan sido los desafíos al viejo modelo, los presupuestos fundamentales de este parece ser que continúan intactos. De una forma u otra, debido a procesos de urbanización y desarrollo del comercio o debido al crecimiento demográfico, en todas esas explicaciones la transición al capitalismo es la respuesta a las leyes universales y transhistóricas del mercado, la leyes de la oferta y la demanda.³

Hay aquí, por supuesto, una gran paradoja. La concepción del mercado como lugar de elección y de la «sociedad comercial» como la perfección de la libertad ha tendido a asociarse con una teoría de la historia en la que el capitalismo moderno es el resultado de un proceso casi natural que sigue ciertas leyes universales, transhistóricas e inmutables. La operación de esas leyes se puede obstaculizar, al menos temporalmente, pero no sin grandes costes. Y su producto final, el «libre» mercado, es un mecanismo impersonal que es posible controlar y regular en cierta medida, pero que no se puede coartar definitivamente sin caer en todos los peligros (y la futilidad) que comporta cualquier intento de violar las leyes de la naturaleza.

II

Todas esas explicaciones comparten ciertos presupuestos en lo tocante a la continuidad del comercio y los mercados, desde sus primeras manifestaciones en los actos primitivos de intercambio hasta su madurez con el capitalismo industrial moderno. En estos modelos, la antigua práctica de obtener un beneficio «comprando barato y vendiendo caro» no es fundamentalmente distinta de los intercambios capitalistas y la acumulación mediante apropiación de la plusvalía. Efectivamente, hubo un gran cambio en el paso del feudalismo al capitalismo, pero la transformación no afectó a la naturaleza misma del comercio ni de los mercados. El cambio tuvo que ver más bien con lo que les sucedió a las fuerzas y las instituciones —políticas, legales, culturales, ideológicas y también tecnológicas— que habían impedido la evolución natural del comercio y la maduración de los mercados.

Si hay algo que representa una verdadera ruptura histórica para todos esos modelos, esto es el feudalismo, y si bien la reanudación del desarrollo comercial que tuvo lugar en los intersticios del feudalismo y, posteriormente, se abrió paso a través de todos los impedimentos que este suponía se trata efectivamente como un gran cambio en la historia de Europa, dicho cambio se presenta como una especie de corrección del curso de un proceso histórico que había sufrido una desviación temporal, por drástica y prolongada que fuera. Tales supuestos tienden a asociarse a otro corolario importante, a saber, que las ciudades y el comercio fueron, por naturaleza, antitéticos al feudalismo, de manera que el crecimiento de ambos, se produjera como se produjera, socavó los cimientos del sistema feudal.

Si bien el feudalismo, según esas explicaciones, había hecho descarrilar el progreso de la sociedad comercial, la lógica intrínseca del mercado jamás varió significativamente. Desde los inicios, el mercado siempre implicó la existencia de unos individuos racionalmente guiados por el

propio interés que maximizaban sus utilidades vendiendo bienes para obtener una ganancia allí donde se les presentaba la ocasión. Más en concreto, implicaba una creciente división del trabajo y especialización de este, que requería redes de comercio cada vez más imbricadas y, sobre todo, técnicas de producción constantemente mejoradas para reducir costes en vistas a elevar las ganancias comerciales. Dicha lógica podía inhibirse de diversas formas. Aun así, por principio, la lógica del mercado continuaba siendo la misma, este era siempre una oportunidad a aprovechar cuando fuera posible, conducía siempre al crecimiento económico y a la mejora de las fuerzas productivas, llevaba siempre al final al surgimiento del capitalismo industrial si era libre de operar según su lógica natural.

En ningún momento se reconocen aquí los imperativos específicos del capitalismo, las formas específicas en que funciona el mercado en el capitalismo, sus leyes de movimiento específicas que *obligan* a las personas a participar en el mercado y *obligan* a los productores a producir de manera «eficiente» mejorando la productividad del trabajo: las leyes de la competencia, la maximización de ganancias y la acumulación de capital. Según estos modelos, se sigue que no hay necesidad alguna de explicar las relaciones sociales de propiedad específicas del capitalismo ni el modo específico de explotación que determinan esas leyes de movimiento específicas. De hecho, no hay necesidad alguna de explicar el surgimiento mismo del capitalismo, ya que se asume que este ha existido, al menos en forma embrionaria, desde los albores de la historia, si no es que forma parte del núcleo mismo de la naturaleza y la racionalidad humanas. Las personas, cuando se les da la oportunidad (y cuando no existen inhibiciones institucionales o culturales que se lo impidan), siempre se han comportado según las reglas de la racionalidad capitalista: han buscado la ganancia y, en dicha búsqueda, han buscado también formas de mejorar la productividad del trabajo, de modo que la historia ha avanzado siguiendo las leyes del desarrollo capitalista en un proceso de crecimiento

económico basado en el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque haya habido algunas interrupciones importantes. Si el surgimiento de una economía capitalista madura requiere alguna explicación en absoluto, esta es solo la explicación de los obstáculos que se han interpuesto en el camino de su desarrollo, así como del proceso por el que se han levantado dichas barreras.

III

Una notable excepción a la regla fue la que supuso el historiador económico y antropólogo Karl Polanyi. En su obra clásica, *La gran transformación* (publicada originalmente en 1944), y en otros trabajos, el mensaje principal es que la motivación del beneficio individual asociada a los intercambios en el mercado no fue nunca el principio dominante de la vida económica hasta llegados a la edad moderna. Incluso allí donde los mercados estaban bien desarrollados, cabe establecer una marcada distinción entre sociedades con mercados, como las que han existido a lo largo de la historia conocida, y la «sociedad de mercado». En todas las sociedades anteriores, las relaciones y las prácticas «económicas» estaban «incrustadas» o sumergidas en relaciones sociales no económicas: distintos tipos de relaciones de parentesco, comunales, religiosas y políticas. Había otras motivaciones que guiaban la actividad económica, distintas de los motivos puramente «económicos» del beneficio y la ganancia material —el logro de estatus y prestigio, o el mantenimiento de la solidaridad comunal—, y había otras formas de organizar la vida económica distintas de los mecanismos del intercambio en el mercado; en particular, lo que él llama los principios de la «reciprocidad» y la «redistribución».

Según sostiene Polanyi, solo en la «sociedad de mercado» moderna existe una motivación específicamente «económica», así como instituciones y relaciones específicamente económicas, separadas de las relacio-

nes no económicas. Y, dado que los seres humanos y la naturaleza, en forma de trabajo y de tierra, se tratan como mercancías (por muy ficticias que sean) de un sistema de mercados autorregulados gobernado por el mecanismo de los precios, la sociedad misma se convierte en un «adjunto» del mercado. Una *economía* de mercado solo puede existir en una *sociedad* de mercado, es decir, una sociedad en la que, en lugar de tener una economía incrustada en unas relaciones sociales, las relaciones sociales están incrustadas en la economía.

Polanyi desafió directamente el presupuesto de Adam Smith relativo al «hombre económico» y a su natural «inclinación a negociar, cambiar o permutar una cosa por otra», y sostuvo que esa «inclinación» no había tenido jamás, antes de la propia época de Smith, la función dominante que este le asignó, y que no llegó a *regular* la economía hasta un siglo más tarde. En las sociedades pre-mercado, allí donde había mercados, por muy importantes fueran y por bien extendidos estuvieran, estos seguían siendo un elemento subordinado de la vida económica, que estaba dominada por otros principios de conducta económica. Y no solo eso, dichos mercados, incluso en los sistemas comerciales más amplios y complejos, funcionaban según una lógica bien distinta de la del mercado capitalista moderno.

En particular, Polanyi sostenía que ni los mercados locales ni el comercio a larga distancia característicos de las economías precapitalistas eran esencialmente competitivos. El comercio exterior consistía sencillamente en «transportar». La tarea del comerciante consistía en llevar los bienes de un mercado a otro, mientras que, en el comercio local, la actividad comercial estaba estrictamente regulada y era exclusiva de ciertos sectores. En general, la competencia se eliminaba deliberadamente porque esta tendía a desorganizar el comercio.

Permítaseme que clarifique algunos puntos que tal vez no estén del todo claros en la explicación de Polanyi. Tomemos como ejemplo el

comercio a larga distancia, la forma particular de actividad económica que caracterizaba los grandes centros comerciales que, según todas las versiones del modelo de la comercialización, se supone que fueron los precursores del capitalismo. Este tipo de comercio tomaba la forma de «arbitraje [*arbitrage*] comercial entre mercados separados»:4 comprar barato en un mercado y vender caro en otro era aquí el principio operativo fundamental, y no la competencia dentro de un mercado único, integrado. Si existía competencia, esta no era en forma de producción competitiva y eficiente en costes, y la economía no se regía de ningún modo por la competencia. En esencia, la clave de las ventajas comerciales estaba en ciertas condiciones «extraeconómicas», como el dominio de los mares y otras rutas de transporte o unas instituciones financieras y unos instrumentos de arbitraje [*arbitrage*] altamente desarrollados. Así pues, este tipo de comercio, muy centrado en bienes de lujo para un mercado bastante limitado, no llevaba implícito en sí mismo ningún impulso hacia la mejora de la productividad. La principal vocación de los grandes comerciantes era la circulación de bienes, más que la producción de estos. E incluso en los casos en los que un gran centro comercial, como Florencia, desarrollaba la producción local, además del papel de prestar servicio a la actividad mercantil exterior, la lógica fundamental de las transacciones económicas no era esencialmente distinta. Para el mercader, seguía tratándose de una producción limitada para el mercado del lujo y del reciclado de la riqueza en el proceso de circulación, más que de crear valor en la producción y la apropiación gracias a la maximización de la plusvalía al modo capitalista.

Polanyi señala que solo los mercados internos nacionales —un desarrollo muy tardío al que opusieron gran resistencia los comerciantes locales y las ciudades autónomas de los centros comerciales más avanzados de Europa— llegarían a regirse por principios de competencia. No obstante, durante algún tiempo, incluso los mercados internos de los Estados-nación modernos de Europa fueron poco más que una colec-

ción poco compacta de mercados municipales separados entre sí y solo relacionados gracias a un comercio de transporte que en principio se diferenciaba poco del comercio transoceánico a larga distancia. Los mercados internos integrados tampoco fueron descendientes directos del comercio local o a larga distancia que los precedió, o una evolución natural de este. Según Polanyi, fueron producto de la intervención estatal, e incluso cuando comenzaron a estar presentes, en una economía todavía basada en gran medida en la producción para la subsistencia por parte de familias campesinas autosuficientes, la regulación estatal continuó prevaleciendo sobre los principios de la competencia.

Pienso regresar a la cuestión de los mercados interiores competitivos y las condiciones en las que surgieron. Por el momento, solo quiero resaltar un punto que es especialmente importante en la explicación que ofrece Polanyi de la historia del mercado. No ha sido el único, por supuesto, que ha señalado el papel secundario del mercado en las sociedades precapitalistas. Cualquier historiador económico o antropólogo competente es probable que reconozca los diferentes principios de conducta económica ajenos al mercado que operaban en tal tipo de sociedades, desde las civilizaciones más «primitivas» e igualitarias, hasta las «grandes» civilizaciones más complejas, estratificadas y explotadoras. Y otros historiadores económicos (aunque quizás no tantos como podríamos imaginar) han consignado algunos de los cambios que se produjeron en los principios del comercio. Aun así, la explicación de Polanyi es particularmente notable por su magnífica descripción de la ruptura entre la «sociedad de mercado» y las sociedades no de mercado que la precedieron, aunque fueran sociedades que ya poseían mercados, y no solo se trata de la descripción de las diferencias entre ambas lógicas económicas, sino también de las dislocaciones sociales que tal transformación ocasionó. Insiste Polanyi en que el sistema de mercados autorregulados fue tan disruptivo, no solo para las relaciones sociales, sino para la mente humana, tan terribles fueron sus efectos en la vida de las personas, que la

historia de su implantación tiene que ser al mismo tiempo la historia de la protección contra sus devastadoras consecuencias, la historia de los «contramovimientos», sobre todo a través de la intervención del Estado, sin los cuales «la sociedad humana habría quedado aniquilada».⁵

El argumento de Polanyi supone, en muchos aspectos, un drástico alejamiento de las explicaciones del desarrollo económico que subrayan las continuidades (más o menos benignas) entre el comercio antiguo y la economía capitalista moderna, incluso de aquellas que insisten en el antagonismo entre los principios capitalistas o «comerciales» y la lógica económica (o antieconómica) del feudalismo. Sin embargo, en algunos puntos importantes, su explicación también conserva algunas afinidades significativas con las historias económicas más convencionales.

Su argumento contiene, en primer lugar, algo más que un ligero determinismo tecnológico. El tema principal de la explicación histórica de Polanyi es cómo la Revolución Industrial trajo la sociedad de mercado; cómo, en una sociedad comercial, la invención de máquinas complejas hizo necesario convertir «la sustancia natural y humana de la sociedad en mercancías».⁶ «Dado que las máquinas complejas son caras», afirma, «no compensan si no se producen grandes cantidades de bienes». Y asegurar la producción ininterrumpida que se precisa para alcanzar la escala de producción necesaria supone que, para el comerciante, «todos los factores implicados deben estar a la venta».⁷ El último paso, y el más desastroso, en el proceso de creación de las condiciones necesarias —es decir, de creación de la sociedad de mercado que en principio requería la producción mediante máquinas complejas— es la transformación del trabajo en un «factor» mercantilizado.

Aquí, la secuencia causal es significativa. La Revolución Industrial fue «meramente el comienzo» de una revolución «extrema y radical» que transformó completamente la sociedad al mercantilizar la humanidad y la naturaleza.⁸ En el núcleo del proceso hubo «una mejora casi milagrosa de

las herramientas de producción»,⁹ y, aunque esta ocasionó la transformación de la sociedad, en sí misma fue la culminación de anteriores mejoras de la productividad, tanto de las técnicas como de la organización de los usos de la tierra, como sucedió en Inglaterra con los cercamientos. Aunque Polanyi discrepa de la creencia en un «progreso espontáneo», ni por un momento parece dudar de la inevitabilidad de esas mejoras, al menos en el contexto de la sociedad comercial occidental, con sus «instituciones libres», sobre todo sus comunidades urbanas libres, y la expansión del comercio: «la tendencia de la Europa occidental al progreso económico».¹⁰

Así pues, en algunos aspectos, los principales trazos del relato histórico de Polanyi no son tan diferentes de las versiones menos críticas del modelo de la comercialización: la expansión de los mercados va de la mano del progreso tecnológico para crear el capitalismo industrial moderno. Y, aunque la culminación del proceso tiene lugar en Inglaterra, se trata de un proceso general en Europa. A este respecto, parece que el proceso que condujo de la comercialización a la industrialización y a la «sociedad de mercado» puede haber constituido, después de todo, una evolución más o menos natural en un mundo cada vez más comercializado, una evolución que solo culminó en Europa porque, sencillamente, fue allí donde no se vio bloqueada por determinados obstáculos no económicos. Tal y como ha explicado en las páginas de *Monthly Review* un estudioso de Polanyi en un trabajo sobre sus conferencias de «Historia económica general», Polanyi sostenía que, a diferencia de un Oriente igualmente comercializado, el feudalismo de la Europa occidental no se caracterizaba por unos fuertes lazos de parentesco, clan o tribu, de modo que «cuando los vínculos feudales se debilitaron y desaparecieron, era poco lo que podía interponerse en el dominio de las fuerzas de mercado». Y, aunque era precisa la intervención del gobierno para crear «mercados de factores», «el desarrollo de la economía de mercado contribuyó a la destrucción de las instituciones políticas y económicas feudales».¹¹

Lo que todo esto no acierta a proporcionarnos es una apreciación de cómo la transformación radical de las relaciones sociales *fue anterior* a la industrialización y creó un imperativo históricamente único para mejorar las fuerzas de producción. Afirmar tal cosa no es solo acusar a Polanyi de poner el carro delante de los bueyes. Lo esencial aquí es que el orden causal sugiere que este no acierta a tratar el mercado capitalista en sí mismo como una forma social específica. De hecho, a pesar de la insistencia del autor en las consecuencias sociales del mercado moderno y en las formas en las que la sociedad ha quedado subsumida en la economía de mercado, sobre todo con la mercantilización del trabajo, Polanyi en ningún momento trata realmente el propio mercado como una relación social, algo nítidamente diferente de un mecanismo impersonal que se impone a las relaciones sociales. Así pues, los imperativos específicos del mercado capitalista —las presiones de la acumulación y de incrementar la productividad del trabajo— se tratan, no como el producto de unas relaciones sociales específicas, sino como el resultado de las mejoras tecnológicas (¿más o menos inevitables, al menos en Europa?).

Yo sugiero, por el contrario, que, tanto cronológicamente como causalmente, la industrialización estuvo precedida por una dinámica capitalista que tuvo sus raíces en una nueva forma de relaciones sociales de propiedad. En realidad, una cierta especie de «sociedad de mercado» —una sociedad en la que los productores dependían del mercado para acceder a los medios vitales, el trabajo y la autorreproducción, y estaban sometidos a los imperativos del mercado— no fue el resultado de la industrialización, sino su causa primordial. Solo una transformación de las relaciones sociales de propiedad que obligara a las personas a producir de manera competitiva (y no únicamente a comprar barato y vender caro), una transformación que hiciera que el acceso a los medios de producción dependiera del mercado, es capaz de explicar la dramática revolución de las fuerzas de producción tan específicamente característica del capitalismo moderno.

Por lo tanto, no es posible explicar el surgimiento del capitalismo como el *resultado* de mejoras técnicas o ni siquiera de «la tendencia de la Europa occidental al progreso económico», ni tampoco por cualquier otro mecanismo transhistórico. Se sigue igualmente de mi razonamiento que la transformación específica de las relaciones sociales de propiedad que *puso en marcha* un «progreso» históricamente único de las fuerzas productivas no puede pasarse por alto y requiere una explicación.

IV

De lo que se trata aquí no es tan solo de algunas discrepancias sobre el proceso particular que dio lugar al capitalismo. Nuestra forma de entender la historia de este tiene mucho que ver con la forma de entender el propio objeto de estudio. Los modelos antiguos del desarrollo capitalista eran una mezcla paradójica de determinismo transhistórico y voluntarismo del «libre» mercado, en la cual el mercado capitalista era tanto una ley natural inmutable como la perfección de la libertad y de la capacidad humana de elección. La antítesis de dichos modelos la constituiría una concepción del mercado capitalista que tuviera bien presentes los imperativos y las obligaciones que este impone, y que, simultáneamente, reconociera que dichos imperativos no tienen su origen en una ley natural transhistórica, sino en unas relaciones sociales históricamente específicas, establecidas por la agencia humana y susceptibles de cambio. Es este el tipo de concepción que esperaríamos encontrar en el marxismo. Así pues, ¿qué lugar ha ocupado el marxismo en estos debates históricos? ¿Qué han tenido que decir los historiadores marxistas sobre la historia del mercado? La respuesta es que han existido tanto desacuerdos entre marxistas como entre estos y los historiadores burgueses. Muchos marxistas, no menos que el propio Marx en sus primeros escritos,¹² se han adherido al viejo modelo de la comercialización y, a menudo, lo han hecho tal vez con una dosis mayor, si cabe, de determinismo tecnológi-

co. Otros se han opuesto muy críticamente a dicho modelo, aunque, incluso en estos casos, han conservado una fuerte influencia residual de este. El debate continúa abierto, y queda aún mucho trabajo por hacer.

El debate más importante entre los marxistas sobre las cuestiones que aquí nos ocupan es el llamado «debate sobre la transición», desencadenado por un intercambio entre Paul Sweezy y Maurice Dobb en *Science and Society* a comienzos de la década de 1950.¹³ Entre los temas principales de ese debate figuraba el papel de las ciudades y el comercio en la transición y, sobre todo, la cuestión de si el comercio, particularmente el comercio a larga distancia entre Oriente y Occidente al modo sugerido por Pirenne, había sido el responsable de la disolución del feudalismo; en otras palabras, la cuestión era si el «impulsor inicial» había sido un factor externo a las relaciones primarias del feudalismo, o si las causas de la disolución de este y el surgimiento del capitalismo había que buscarlas en el interior mismo de dichas relaciones, en las relaciones entre señores y campesinos.

Sweezy sostenía que el feudalismo, a pesar de todas sus ineficiencias y sus inestabilidades, era intrínsecamente persistente y resistente al cambio, y que la principal fuerza impulsora para su disolución tenía que haber sido externa. El sistema feudal podía tolerar —y, de hecho, requería— una cierta cantidad de comercio; sin embargo, con el establecimiento de centros urbanos localizados de comercio y transbordo de mercancías basados en el comercio a larga distancia (sobre lo que Sweezy citaba la autoridad de Henri Pirenne), se puso en marcha un proceso que favoreció el crecimiento de la producción destinada al intercambio, en tensión con el principio feudal de producción para el uso. No obstante, eso no bastaba para hacer surgir el capitalismo. Sweezy realizaba aquí la importante observación de que, aunque «solemos pensar en la transición de un sistema social a otro como un proceso en el que ambos sistemas se enfrentan entre sí y luchan por la supremacía», sería «un grave error» concebir la transición del feudalismo al capitalismo en esos términos.¹⁴

Sweezy no se proponía explicar la segunda fase del proceso, aunque sí que planteó algunas críticas a las explicaciones ofrecidas por otros. Destacan dos de ellas en particular. En primer lugar, se mostraba escéptico con respecto a la plausibilidad de la idea de que —según se sigue de la interpretación convencional de la teoría de Marx de la «vía realmente revolucionaria» hacia el capitalismo industrial— los capitalistas industriales surgieran de las filas de los pequeños productores, y proponía, por el contrario, que debería entenderse la «vía realmente revolucionaria» como un proceso en el que el productor, en lugar de crecer hasta pasar de pequeño productor a comerciante y capitalista, «*empieza* siendo tanto un comerciante como un empleador de trabajo asalariado», y las empresas capitalistas aparecen ya en su forma completamente madura en lugar de en un proceso gradual de crecimiento a partir del sistema de producción a domicilio.¹⁵ La segunda crítica era que ni siquiera la generalización de la producción de mercaderías podía explicar el surgimiento del capitalismo, y que un nivel elevado de desarrollo de la producción de mercaderías —como el existente en la Italia o el Flandes medievales— no necesariamente daba origen al capitalismo.¹⁶

Por el contrario, los oponentes de Sweezy, en particular Maurice Dobb y Rodney Hilton, argumentaban que el comercio en sí mismo no fue el responsable de la disolución del feudalismo. Hilton, en concreto, señalaba que se había demostrado que el argumento de Pirenne, en todo caso, presentaba problemas empíricos. Insistían en que el «impulsor inicial» de la transición que buscaba Sweezy había hallarlo en las relaciones entre señores y campesinos. Particularmente, Hilton explicaba detalladamente cómo el dinero, el comercio, las ciudades e, incluso, la llamada «revolución comercial» formaban parte integral del sistema feudal. Eso implicaba que, aunque hubo sin duda un proceso complejo por el cual todos ellos contribuyeron a la transición, no podía considerarse que todos esos elementos fueran incompatibles con el feudalismo o antitéticos de este y, por lo tanto, fueran lo que condujera a su disolución.

Tanto Dobb como Hilton sugerían de diversas formas que la disolución del feudalismo y el surgimiento del capitalismo habían sido la consecuencia de la *liberación* de la pequeña producción de mercaderías de las cadenas del feudalismo, con la ayuda de la lucha de clases entre señores y campesinos. Dobb, por ejemplo, sostenía que, aunque la lucha de clases no dio origen «de manera simple y directa» al capitalismo, sí que sirvió para

modificar la dependencia de la caciquería feudal que afectaba al modo de producción de cantidades reducidas y, finalmente, liberar al pequeño productor de la explotación feudal. Así pues, es a partir de dicho modo de producción de cantidades reducidas (en la medida en que este se asegura la independencia de sus acciones, y con la diferenciación social que, a su vez, se crea dentro de este) de donde surge el capitalismo.¹⁷

De manera similar, Hilton sugería que las presiones que los señores imponían a los campesinos para la transferencia del trabajo excedente fueron la raíz de las mejoras de las técnicas de producción y la base del desarrollo de la producción simple de mercaderías, mientras que la resistencia de los campesinos a esas mismas presiones tuvo una importancia crucial para el proceso de transición al capitalismo, para «la liberación de las economías campesina y artesana con vistas al desarrollo de la producción de mercaderías y, al final, para el surgimiento del emprendedor capitalista».¹⁸

Por supuesto, el resumen que aquí presentamos es una grave simplificación de los complejos argumentos que ofrecen los participantes en el debate. Aun así, debería bastar para plantear ciertas críticas con respecto a los presupuestos con los que opera cada uno de los bandos. A primera vista, es Sweezy quien parece mostrar mayor afinidad con el modelo de la comercialización, mientras que sus oponentes parecen distan-

ciarse de él. Pero la cuestión no es tan sencilla. Si la examinamos más de cerca, no está tan claro que Dobb y Hilton desafíen todos los presupuestos fundamentales del modelo de comercialización, mientras que algunas de las cuestiones que plantea Sweezy tratan del núcleo mismo de los problemas que Dobb y Hilton dejan sin resolver. Hay un punto que destaca especialmente en los argumentos de Dobb y Hilton: la transición al capitalismo es cuestión de *liberar* una lógica económica que ya estaba presente en la producción simple de mercaderías. Eso nos deja con una poderosa sensación de que, si tenía la oportunidad de hacerlo, el campesino-productor de mercaderías (y el artesano) iba a transformarse en capitalista. Tal vez el centro de gravedad se haya desplazado de la ciudad al campo con este argumento, pero ¿los supuestos que a él subyacen son realmente tan distintos de algunas de las premisas principales del modelo de la comercialización? ¿En qué se diferencian estos de la premisa de que el mercado capitalista es una *oportunidad* más que un imperativo, y de lo que hay que dar cuenta en cualquier explicación del surgimiento del capitalismo es de la supresión de obstáculos, la rotura de cadenas, más que de la creación de una lógica económica enteramente nueva?

Y aquí cobran perfecta relevancia los problemas que preocupaban a Sweezy en su controversia con el argumento de Dobb. En primer lugar, con demasiada frecuencia la costumbre de concebir las transiciones como confrontaciones entre dos modos de producción antitéticos ha servido de excusa para esquivar la verdadera cuestión. Como sugería Sweezy, aunque tal vez tenga un sentido distinto cuando de lo que se trata es de la transición del capitalismo al socialismo, dicha costumbre resulta especialmente problemática al ocuparnos de la transición del feudalismo al capitalismo. Como hemos visto, el modelo de la comercialización y otras explicaciones relacionadas presuponen de hecho la preexistencia del capitalismo, o de una racionalidad capitalista, a fin de explicar el propio surgimiento de este. Al feudalismo se le enfrenta un capitalismo ya previamente existente, al menos en forma embrionaria,

cuya aparición no se explica en ningún momento. Las explicaciones que ofrecen algunos marxistas como Hilton y Dobb, aunque en muchos sentidos resulten devastadoras para el modelo de la comercialización y los presupuestos de este sobre la antítesis entre feudalismo y comercio, no se han liberado completamente de la trampa y continúan presuponiendo, en algunos aspectos importantes, aquello mismo que debe ser explicado.

Tampoco ofrecen una respuesta del todo convincente a la cuestión que plantea Sweezy sobre la falta de transición hacia el capitalismo de centros comerciales avanzados como los de Italia y Flandes. Una vez más, existe una tendencia a dar por supuesta la preexistencia del capitalismo y explicar sencillamente los *obstáculos* que impidieron que esas ciudades comerciales alcanzaran la madurez. La cuestión que se plantea con respecto a Flandes o a Italia no es tanto por qué y en qué circunstancias los imperativos capitalistas se impusieron a los actores económicos, como sucedió en Inglaterra, sino más bien por qué y cómo los actores económicos de las transiciones «fallidas» no quisieron o no pudieron (por motivos ideológicos o culturales, entre los no menos importantes) zafarse de los vínculos con el feudalismo para crear una nueva forma social.¹⁹

También está justificado el escepticismo de Sweezy con respecto a la «vía realmente revolucionaria». La idea aparece especialmente (aunque no exclusivamente) en Dobb, cuando habla de los agricultores capitalistas surgidos de las filas de los pequeños propietarios de tierras. El problema, una vez más, es que a esos propietarios en alza se los suele describir como personas que escogen la vía capitalista de manera más o menos libre, tras liberarse de los impedimentos feudales, mientras que se describe el capitalismo como algo que se desarrolla de manera más o menos orgánica a partir de la pequeña producción de mercaderías (aunque sean precisas revoluciones burguesas para eliminar los últimos obstáculos). Sin embargo, para explicar esa buena disposición de los

productores a comportarse como capitalistas hace falta algo más que su simple liberación de las restricciones que operaban o el paso de «medianos» propietarios a grandes propietarios; además, existe también una diferencia cualitativa entre la pequeña producción de mercaderías y el capitalismo que sigue siendo preciso explicar.

V

Lo que el debate sobre la transición dejó sin explicar —la cuestión que nunca se planteó realmente— es cómo y en qué circunstancias los productores pasaron a estar sometidos a los *imperativos* del mercado. Ha habido, no obstante, una entrega más en este debate constante entre marxistas. El historiador Robert Brenner, al recoger el desafío del debate sobre la transición, ha producido una importante obra que pretende explicar la transición del feudalismo al capitalismo sin interpretar como capitalistas principios presentes en las sociedades precapitalistas, y sin presuponer de ningún modo lo que es preciso explicar. Rechaza también el modelo de transición del feudalismo al capitalismo según el cual esta fue fruto de la confrontación de dos modos de producción antagonistas. No hubo ningún capitalismo embrionario en los intersticios del feudalismo, ni en las formas de comercio precapitalistas ni en la pequeña producción de mercaderías, entendida como una especie de protocapitalismo. Brenner critica otras explicaciones de esa transición por no tomar en consideración la «lógica y la solidez interna» de las economías precapitalistas y proceder como si los actores económicos adoptaran estrategias capitalistas en cuanto se les presentara la oportunidad; una crítica que, aunque Brenner nunca lo dice explícitamente, podría aplicarse tanto a la teoría del alza de la pequeña producción de mercaderías como al modelo de la comercialización. Sin embargo, Brenner profundiza en su concepción, no buscando algún impulso externo que provocara la disolución del feudalismo (en el contexto de ciertas relaciones de producción, por

ejemplo, el comercio podía conducir y, de hecho, condujo a un *fortalecimiento* más que a una relajación de las formas de propiedad precapitalistas), sino buscando una dinámica interna del feudalismo que no presupusiera en sí misma una lógica ya capitalista. La lucha de clases tiene un papel preponderante en su argumento, igual que lo tenía en los de Dobb y Hilton, pero aquí no se trata ya de *liberar* un impulso preexistente hacia el capitalismo. De lo que se trata más bien es de que señores y campesinos, en ciertas condiciones específicas que fueron peculiares de Inglaterra, pusieron en marcha involuntariamente una dinámica capitalista mientras que con sus acciones pretendían reproducirse *tal y como eran*, con lo que crearon una situación en la que los productores se vieron sometidos a imperativos de mercado: no a la *oportunidad* de producir para el mercado y crecer hasta pasar de ser pequeños productores a convertirse en capitalistas, sino a la *necesidad* de especializarse para el mercado y producir de forma competitiva, sencillamente, para asegurarse el acceso a los medios de subsistencia.

No tenemos aquí el espacio necesario para entrar en detalles.²⁰ Bastará con decir que la explicación de Brenner tiene que ver con las condiciones específicas de las relaciones de propiedad en Inglaterra, donde una proporción excepcionalmente grande de las tierras eran propiedad de terratenientes y las trabajaban arrendatarios cuyas condiciones de uso de la tierra tomaron cada vez más la forma de arriendos económicos, lo que los forzó de hecho a competir, no solo en un mercado de consumidores, sino en el mercado del acceso a la tierra, y a producir de manera competitiva para poder pagar rentas económicas. Al mismo tiempo, los terratenientes ingleses habían quedado desmilitarizados antes que otras aristocracias europeas, y el Estado inglés estaba excepcionalmente centralizado, sin la «parcelación de la soberanía» que caracterizaba al feudalismo y a los Estados que vinieron tras este. Eso significaba que, pese a que el Estado servía a la aristocracia como instrumento de orden, la clase dirigente carecía hasta un punto poco habitual de poderes «extra-

económicos» autónomos, o lo que Brenner llama «propiedad políticamente constituida»: el tipo de poderes políticos, jurídicos y militares independientes mediante los cuales las clases explotadoras de las sociedades precapitalistas (como los señores feudales) se apropiaban comúnmente el trabajo excedente. Esta clase terrateniente única se volvió cada vez más dependiente de la *productividad* de sus arrendatarios, más que del ejercicio del poder coercitivo, para obtener de ellos mayores excedentes. Cuando las «fuerzas del mercado» quedaron establecidas, los agricultores menos productivos se fueron a pique y eso, junto con la intervención de medios coercitivos directos para expulsarlos o poner fin a los derechos tradicionales de uso de las tierras, aceleró la polarización de la sociedad rural inglesa en grandes terratenientes y una creciente multitud de personas sin propiedades. La consecuencia fue la famosa «tríada» formada por el terrateniente, el arrendatario capitalista y el trabajador asalariado, y, con el aumento del trabajo asalariado, aumentaron también las presiones para mejorar la productividad del trabajo. Ese mismo proceso dio lugar a una agricultura altamente productiva capaz de sostener a una gran población no dedicada a la producción agrícola, pero también a una masa cada vez mayor de personas sin propiedades que constituirían tanto una gran fuerza de trabajo asalariado como un mercado interior para bienes de consumo baratos, un tipo de mercado que carecía de precedentes históricos. Este es el trasfondo de la formación del capitalismo industrial inglés.

A pesar de que la influencia de Dobb y Hilton está clara en Brenner, también debería estarlo ya la diferencia entre el argumento del segundo y el de los primeros. Una vez más, el principio operativo del argumento de Brenner es la obligación o el imperativo, y no la oportunidad. Si, por ejemplo, el agricultor pequeño propietario tiene un papel en su explicación, no es el de portador de una oportunidad, sino el de persona sometida a un imperativo. Los pequeños propietarios eran por lo general el tipo de arrendatarios capitalistas que se hallaban some-

tidos a las presiones competitivas de la tríada inglesa, e incluso los agricultores que trabajaban tierras de su propiedad se encontrarían sometidos a esas mismas presiones una vez que la productividad competitiva del capitalismo agrario estableciera los términos de la supervivencia económica. Tanto los terratenientes como los arrendatarios pasarían a depender del éxito que alcanzaran en el mercado, ya que los primeros dependían de las ganancias de los segundos para obtener sus rentas, y ambos tenían un interés en la «mejora» agrícola, en el incremento de la productividad mediante usos innovadores de la tierra y nuevas técnicas, que a menudo implicaban, entre otras cosas, el cercamiento, por no hablar de la explotación del trabajo asalariado.

En una de las contribuciones al debate sobre la transición, otro de los participantes ilustra inadvertidamente la diferencia entre el modelo del mercado como oportunidad y el mercado como imperativo, aunque tal vez lo hace de una forma que un especialista como Hilton habría evitado. John Merrington, en su destacado artículo sobre el papel estructural de las ciudades en el feudalismo, sugiere que, a pesar de que la transformación del excedente de trabajo feudal en rentas dinerarias no alteraba por sí mismo la naturaleza fundamental de las relaciones feudales, al ayudar a fijar el excedente de trabajo en una magnitud constante sí que «estimuló el crecimiento de la producción independiente de mercaderías». ²¹ La idea parece basarse menos en pruebas empíricas que en el supuesto de que los pequeños productores escogerían comportarse como capitalistas si tenían la oportunidad de hacerlo. Brenner, por el contrario, muestra de qué modo unas rentas *no fijas, arbitrarias*, que se comportaban como rentas económicas que respondían a los imperativos del mercado, estimularon el desarrollo de la producción de mercaderías, la mejora de la productividad y un crecimiento económico autosostenido. En los demás lugares, como en Francia, donde los campesinos gozaban por lo general de las tierras a una renta fija nominal, no existía ese estímulo.

En un cierto sentido, Brenner ha respondido también a la pregunta de Sweezy sobre la «vía realmente revolucionaria». El arrendatario capitalista inglés no era solo un pequeño productor que se convirtió en un capitalista. Su relación específica con los medios de producción, las condiciones en que tenía acceso a la tierra misma, lo convertían desde el principio en un capitalista, un productor sometido a los imperativos del mercado y, por norma, un empleador de trabajo asalariado.

El contraste con Francia resulta iluminador. Allí, la aristocracia conservó durante mucho tiempo la posesión de la propiedad políticamente constituida o poderes «extraeconómicos» de explotación. Y, cuando el feudalismo se reemplazó por el absolutismo, dichos poderes no se sustituyeron por la explotación puramente económica o la producción capitalista. Por el contrario, la clase dirigente francesa obtuvo nuevos poderes extraeconómicos cuando el Estado absolutista creó un vasto aparato de cargos por medio del cual un sector de la clase propietaria podía apropiarse del excedente de trabajo de los campesinos en forma de impuestos. Incluso entonces, en la cima del absolutismo, Francia siguió siendo un confuso galimatías de jurisdicciones opuestas, mientras la nobleza y las autoridades municipales se aferraban a lo que aún quedaba de sus poderes feudales, los residuos de la «soberanía parcelada» del feudalismo. En tales circunstancias, la estrategia económica preferida continuaba siendo la explotación de los campesinos por medios extraeconómicos, en lugar de fomentarse la producción competitiva y la «mejora». No hubo impulso alguno del desarrollo capitalista que fuera comparable al de Inglaterra hasta que la propia Inglaterra logró imponer sus presiones competitivas a la economía internacional. Ese sería igualmente el patrón de desarrollo de otras sociedades capitalistas, cuando las presiones competitivas del exterior, en un sistema internacional, obligaron a otros Estados a fomentar el desarrollo económico.

Vale la pena señalar también que el mercado integrado nacional que describió Polanyi como el primer tipo de mercado que funcionó

según los principios de la competencia se desarrolló en Inglaterra mucho antes que en ningún otro lugar, mientras que Francia tendría que esperar hasta la época de Napoleón para suprimir las barreras internas al comercio. La importancia de este hecho es que el desarrollo de un mercado nacional competitivo fue un corolario, y no una de las causas, del capitalismo y la «sociedad de mercado». El desarrollo de un mercado nacional unificado y competitivo fue un reflejo de los cambios en el modo de explotación y en la naturaleza del Estado. Así, por ejemplo, en Francia, la persistencia de los poderes «extraeconómicos» de explotación, no solo en forma de cargos del Estado, sino también de los restos de las antiguas jurisdicciones aristocráticas y otros poderes y privilegios corporativos heredados del feudalismo, implicaban que ni el Estado ni la economía estaban verdaderamente integrados. Esa fragmentación corporativa de la sociedad es un elemento constituyente tanto del absolutismo como de la burocracia centralizada que predomina en los habituales estereotipos del Estado absolutista. En Inglaterra, donde existía una clara separación entre los poderes políticos, coercitivos, del Estado y los poderes de explotación de las clases propietarias, que derivaban su riqueza de formas puramente «económicas» de explotación, los poderes económicos privados de la clase dirigente no iban en detrimento de la unidad política del Estado, y había tanto un Estado realmente centralizado como una economía nacional integrada.

VI

Así pues, el argumento de Brenner, al mostrar cómo los productores directos quedaron sometidos a los imperativos del mercado, explica el contexto en el que se transformó la naturaleza misma del comercio y de los mercados, y estos cobraron una función económica absolutamente nueva y adquirieron una nueva lógica sistémica. Eso sucedió mucho antes de la industrialización, y fue una condición previa de esta. En otras

palabras, los imperativos del mercado se impusieron a los productores directos antes de la proletarización masiva de la fuerza de trabajo y, en realidad, fueron un factor decisivo para la creación de un proletariado masivo, ya que las «fuerzas del mercado», con el apoyo de la coerción directa en forma de intervención política y judicial, dieron lugar a una mayoría carente de propiedades.

Aun así, la proletarización, que supuso la completa mercantilización de la fuerza de trabajo, confirió unos poderes coercitivos nuevos y de mayor alcance al mercado, al crear una clase trabajadora totalmente dependiente del mercado y absolutamente vulnerable a sus rigores, sin mediación alguna y sin recursos alternativos. Por supuesto, no basta tampoco con decir que tanto el capital como el trabajo quedaron sometidos de diversas formas a las fuerzas impersonales del mercado. El propio mercado se convirtió en un gran eje de división de clases entre explotadores y explotados, entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo, y en un nuevo instrumento de coerción para el capital: la disciplina última para el control del trabajo.

El modo en el que llegó a instaurarse la «sociedad de mercado» en el periodo interino lo ha descrito con gran vivacidad E. P. Thompson. En su obra, la instauración de la «sociedad de mercado» se hace efectiva, no solo como un proceso de proletarización —sobre todo en su trabajo clásico *La formación de la clase obrera en Inglaterra*—, sino también —en sus obras sobre el siglo XVIII que lo precedió— como una viva confrontación entre la «sociedad de mercado» y las prácticas y los valores alternativos. La implantación de la «sociedad de mercado» aparece también como una confrontación entre clases, entre aquellos cuyos intereses se veían expresados por la nueva economía política del mercado, junto a la filosofía de «mejora» de esta, y quienes luchaban por oponerse a ella desde la perspectiva que situaba el derecho a la subsistencia por encima de los imperativos de las obtención de ganancias.

Para aquellos que se han preguntado por qué Thompson, después de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, retrocedió al siglo XVIII en lugar de avanzar más allá de la década de 1830 para presentar una explicación más completa de la industrialización, la respuesta solo puede ser que lo que Thompson pretendía explicar era la instauración del *capitalismo* como forma social, y no un proceso neutro llamado «industrialización». Le interesaba particularmente el siglo XVIII como el momento en el que la transformación capitalista de las relaciones de propiedad se estaba consolidando y se manifestaba en la articulación de una ideología capitalista más explícita y consciente de sí misma que nunca antes. Era también un momento en el que la oposición a los nuevos principios económicos aún no había quedado subsumida en una ideología hegemónica, la economía política del mercado, que no tardaría en infiltrarse incluso en una parte de la oposición más radical al capitalismo.

Thompson sugiere que, en la Inglaterra del siglo XVIII, el mercado era en realidad el principal caballo de batalla. Y así era por motivos muy específicos de ese momento de «transición» de la historia inglesa. Por un lado, fue una época de trabajo «libre», no sujeto ni a formas precapitalistas, extraeconómicas, de dominación, ni tampoco aún, en general, a la nueva disciplina de la fábrica, de modo que las personas, durante un breve periodo de tiempo, todavía controlaban «sus propias relaciones inmediatas y modos de trabajo». ²² Por otra parte, «tenían muy poco control del mercado para sus productos o sobre los precios de las materias primeras o de la comida». Es por eso por lo que la protesta social se dirigía con mucha frecuencia contra el mercado. Las personas (a menudo las mujeres) no solo se oponían a lo que consideraban que eran unos precios injustos, sino a las prácticas ilegítimas e inmorales del mercado, unas prácticas diseñadas para incrementar las ganancias, lo que hoy en día parecería perfectamente normal desde el punto de vista de la «sociedad de mercado» y la racionalidad capitalista, pero que entonces violaba

ciertas expectativas tradicionales relativas al derecho de acceso a los medios de vida.

En algunas de las protestas, se aprecia también la oposición a la transformación del mercado de ser una institución visible y más o menos transparente a constituir una «mano invisible». El mercado con el que la gente estaba familiarizado era un lugar físico en el que las personas ofrecían productos para que otras personas los compraran, según unos principios que aún se regían en gran medida por la costumbre, las reglas comunales, las expectativas relacionadas con el derecho a la subsistencia y lo que Thompson denominó con la famosa expresión de «la economía moral de la multitud». En esos momentos se estaba convirtiendo en un mecanismo fuera del control de la comunidad, ya que la transparencia de las transacciones en el mercado se estaba sustituyendo por los misterios del mercado «autorregulado», por el mecanismo de precios y la subordinación de todos los valores de la comunidad a los imperativos del beneficio.

Thompson nos muestra también cómo la nueva ideología de la economía política, junto con las nuevas concepciones de la propiedad y la ética del beneficio y de la «mejora» en que este se basaba, se impusieron cada vez más mediante la represión llevada a cabo por el Estado. Los tribunales otorgarían preeminencia a las razones de «mejora» —el derecho del propietario a la ganancia mediante el incremento de la productividad— frente a los derechos de uso tradicionales o el derecho a la subsistencia. Y las autoridades civiles reaccionarían más violentamente (sobre todo inmediatamente después de la Revolución Francesa) ante las protestas contra los precios injustos y las prácticas de mercado. En otras palabras, hizo falta la coerción del Estado para imponer la coerción del mercado.

VII

Aún nos queda mucho que aprender sobre el papel de los mercados, las ciudades y el comercio en la historia del capitalismo. Sin embargo, reconocer tan solo que el capitalismo no fue un desarrollo orgánico a partir de formas inmemoriales de comercio, ni fue consecuencia del desarrollo tecnológico, así como el hecho de tomar consciencia de las relaciones sociales que constituyen el mercado capitalista, posee ya enormes implicaciones.

Estoy convencida, por ejemplo, de que varios de los programas políticos de la izquierda —desde la reivindicación socialdemócrata de un mercado más «social» en el contexto del capitalismo, hasta las teorías algo más radicales del «socialismo de mercado»— continúan basándose de algún modo en la ilusión de una naturaleza del mercado como lugar de oportunidades y libertad de elección, y no aciertan a tomar en consideración todas las consecuencias del hecho de que el mercado ejerza de regulador económico. Todavía recuerdo —aunque aquellos emocionantes días del colapso comunista parecen ya muy distantes— las respuestas de los demócratas idealistas de la Europa del Este a las advertencias de la izquierda occidental sobre el mercado (en una época en que parecía existir aún una izquierda contraria al mercado en Occidente y en que parecía haber alguna oportunidad de diálogo entre esta y las fuerzas más progresistas de los antiguos países comunistas). Cuando las personas los advertían de que el mercado no solo significa supermercados llenos de productos para elegir, sino también desempleo y pobreza masivos, la respuesta era: «Sí, claro, pero no es eso lo que queremos decir cuando hablamos de mercado». La idea era que uno podía escoger lo que quisiera del mercado autorregulado. Es posible que el mercado regule la economía lo justo como para garantizar la existencia de una cierta «racionalidad», una cierta correspondencia, entre lo que las personas desean y lo que se produce. El mercado puede funcionar como una señal, una fuente

de información, una forma de comunicación entre los consumidores y los productores, y puede garantizar que las empresas inútiles o ineficientes se transformen o desaparezcan. Podemos, sin embargo, librarnos de su lado más desagradable.

Tal vez todo esto les parezca inocente hoy en día a muchos europeos del Este, igual que se lo parecía a muchos marxistas occidentales en aquellos tiempos. Aun así, no está claro en absoluto que muchas personas de la actual izquierda occidental se sientan menos inclinadas a pensar que el mercado, como regulador económico, nos permite elegir entre sus rigores más beneficiosos y sus consecuencias más destructivas. Es difícil explicar de otro modo la idea de un «socialismo de mercado», e incluso la noción socialdemócrata, menos utópica, de un «mercado social», donde los estragos del mercado se controlan gracias a la regulación estatal y al fortalecimiento de los derechos sociales.

No quiero decir con eso que el «mercado social» no sea mejor que el capitalismo de libre mercado. Tampoco quiero sugerir que ciertas instituciones y ciertas prácticas asociadas con el mercado no puedan adaptarse a una economía socialista. Sin embargo, no es bueno negarse a hacer frente a las implicaciones de la única e irreductible condición sin la que el mercado no puede actuar como disciplinador de la economía: la mercantilización de la fuerza de trabajo, una condición que impone severas limitaciones a la «socialización» del mercado y a la capacidad de este para adoptar un rostro humano.²³

Hoy en día, el mercado continúa funcionando, no solo como imperativo «impersonal», sino también como instrumento directo del poder de clase, manipulado por el capital en su control del trabajo, por no mencionar su papel como medio de un nuevo imperialismo en el que las economías capitalistas avanzadas, con la ayuda del Estado, imponen la «disciplina» del mercado al Tercer Mundo y a las «nuevas democracias». Evitar los estragos de la sociedad de mercado exigirá mayores transfor-

maciones de lo que creía Polanyi pero, como forma social históricamente específica, el capitalismo quizás esté también más abierto de lo que él imaginaba a la contestación y a experimentar otra «gran transformación».

A estas alturas del «largo declive», los propios capitalistas —en sus exigencias cada vez más desesperadas de «flexibilidad»— parecen más próximos que nunca a reconocer que los imperativos del mercado capitalista no les permitirán prosperar sin disminuir las condiciones de los trabajadores y degradar el medioambiente. En estas circunstancias, el socialismo podría resultar ser menos irrealistamente utópico que la idea de un capitalismo «social».

Notas

1. Véase, por ejemplo, Henri Pirenne, *Medieval Cities: Their Origins and the Revival of Trade*, Princeton, 1952.
2. He sostenido que Max Weber figura dentro de esta categoría en mi libro, *Democracy Against Capitalism: Renewing Historical Materialism*, Cambridge, 1995.
3. Véase Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, 1985, p. 10.
4. Eric Kerridge, *Trade and Banking in Early Modern England*, Manchester, 1988, p. 4.
5. Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, 1957, p. 76.
6. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 42.7.
7. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 41.
8. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 40.9.
9. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 33.
10. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 37.
11. Daniel R. Fusfeld, «The Market in History», *Monthly Review*, vol. 45, nº 1, mayo de 1993, p. 6.
12. Para una discusión de los cambios en la concepción de la historia y el desarrollo del capitalismo de Marx, de sus cambios de opinión sobre toda una gama de cuestiones, desde la división del trabajo hasta la revolución burguesa, véase George Comminel, *Rethinking the French Revolution: Marxism and the Revisionist Challenge*, Londres, 1987, y Robert Brenner, «Bourgeois Revolution and Transition to Capitalism», en A. L. Beier et al. (eds.), *The First Modern Society*, Cambridge, 1989.

13. Todo el debate, que incluyó también a otros destacados historiadores marxistas, se publicó posteriormente, con algunos añadidos, en Rodney Hilton (ed.), *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, 1976.
14. Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, p. 49.
15. Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, p. 54.
16. Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, pp. 106-107.
17. Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, p. 59.
18. Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, p. 27.
19. Véase, por ejemplo, Hilton, *Transition*, pp. 157-159.
20. La explicación más destacada de Brenner de la transición aparece en *The Brenner Debate*.
21. Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, p. 179.
22. E. P. Thompson, *Customs in Common*, Londres y Nueva York, 1991, p. 74.
23. Para una discusión de este punto, véase David McNally, *Against the Market*, Londres, 1994.